



THE
FOREVER
SONG



New York Times Bestselling Author

JULIE KAGAWA



SINOPSIS

LA VENGANZA SERÁ SUYA

Allison Sekemoto una vez tuvo problemas con la pregunta: ¿monstruo o humano? Con la muerte de su amor, Zeke, encontró su respuesta.

MONSTRUO

Allie abrazará a su lado vampiro para dar caza y acabar con Sarren, el vampiro psicópata que asesinó a Zeke. Pero el camino es largo y sangriento, y Sarren ha dejado muchas sorpresas para Allie y sus compañeros, su creador, Kanin, y su hermano de sangre, Jackal. El sendero se dirige directamente al único lugar que deben proteger a cualquier costo, la última zona libre de vampiros en la Tierra, el Edén. Y Sarren tiene un último, brutal choque almacenado para Allie.

En un mundo en ruinas, donde ninguna vida es sagrada y antiguos aliados pueden volverse contra ti en un momento, Allie se enfrentará a sus días más oscuros. Y si tiene éxito, el triunfo es de corta duración en cara a sobrevivir para siempre, sola.

LA BATALLA FINAL COMIENZA.





—No espero que lo entiendas, pajarito.
Espero que solamente cantes. Canta para mí,
canta por Kanin, y que sea una canción gloriosa.

~Sarren





PARTE I



DEMONIO





CAPÍTULO I



La entrada del puesto fronterizo hizo un chirrido en el viento, oscilando de nuevo en sus bisagras. Toqué ligeramente a la puerta, un toque rítmico que hizo eco en un silencio amenazador. Una brisa helada se arremolinó a través del hueco, y el olor a sangre yació en el aire como una manta pesada.

—Él ha estado aquí —murmuró Kanin a mi lado. El vampiro Maestro era una figura oscura contra la nieve que caía, quieto y tranquilo, pero con ojos graves. Contemplé la valla sin inmutarme, el viento tirando de mi abrigo y mi largo cabello negro.

—¿Hay alguna razón para entrar?

—Sarren sabe que lo estamos siguiendo —fue la corta respuesta—. Pretende que veamos esto. Quiere que sepamos que él lo sabe. Seguramente habrá algo esperándonos ahí dentro cuando crucemos la puerta.

Unos pasos crujieron sobre la nieve, Jackal nos seguía sigilosamente con una funda negra ondeando a su espalda. En sus ojos brillaba un amarillo salvaje mientras ojeaba la puerta.

—Bueno pues —dijo con la punta de los colmillos asomándose tras una sonrisa—, si él pasó por todo el trabajo de prepararlo todo, no deberíamos tener al psicópata esperando, ¿no?

Se encaminó con paso decidido y atravesó la puerta rota a zancadas hacia el asentamiento más allá. Después de un momento de duda, Kanin y yo le seguimos.

El olor a sangre se volvió más intenso una vez pasamos el muro, aunque nada se movió por el paso estrecho que serpenteaba entre las dos casas. Las chozas de madera endeble y tejado de hojalata estaban silenciosas y oscuras, mientras nosotros nos aventurábamos más, pasando por porches cubiertos de nieve y con sillas vacías. Todo parecía intacto, tranquilo. No había ningún cuerpo. Ningún cadáver mutilado en las camas, ni rastro de sangre esparcida por las paredes de las pocas casa en las que entramos. Ni siquiera había ningún animal muerto en el diminuto y pisoteado pasto pasando la sección principal. Solo nieve y vacío.

Y aun así, el olor a sangre emanaba de ese lugar, colgaba pesado en el aire, haciendo que me doliera el estómago y que el Hambre rugiera y se avivara. Lo aplaqué, apretando los dientes para evitar gruñir de frustración. Había pasado mucho tiempo. Necesitaba comida. El olor a sangre me estaba volviendo loca, y el hecho de que aquí no hubiera humanos me puso furiosa. *¿Dónde estaban?* No era posible que un puesto entero de humanos se hubiese levantado y desapareciera sin rastro.





Y entonces, mientras seguíamos el camino alrededor del pasto y subíamos hacia un granero enorme en la cima de la montaña, nos topamos con la gente del pueblo.

Un gran roble seco estaba plantado al lado del granero, con sus ramas enredadas arañando el cielo. Se mecían bajo el peso de docenas de cuerpos colgando boca abajo con cuerdas atadas a las extremidades. Hombres, mujeres, incluso unos cuantos niños se balanceaban con la brisa, con los brazos blancos y muertos colgando. Les habían cortado el cuello, y la base del árbol estaba manchada de negro por la sangre derramada en la nieve. Pero el olor casi me derriba de todas formas, y apreté los puños, el Hambre subiendo por dentro con intensidad.

—Vaya —murmuró Jackal, cruzándose de brazos y observando el árbol—, ¿no es esto festivo? —Su voz era tensa como si también estuviera al borde de perder la cabeza—. Supongo que esta es la razón por la que no hemos encontrado una sola bolsa de sangre desde Nueva Covington hasta aquí —refunfuñó, sacudiendo la cabeza y curvando los labios por los colmillos—. Este tipo me está empezando a enojar de verdad.

Me tragué mi Hambre, tratando de concentrarme a pesar del dolor insistente.

—Vaya, James, no me digas que te sientes mal por los sacos de carne andantes —me burlé, porque a veces, provocar a Jackal era lo único que mantenía mi mente ocupada. Él puso los ojos en blanco.

—No, hermana, estoy molesto porque no tienen la decencia de estar vivos para así poder comérmelos —me contestó, mostrándome los colmillos y un temperamento inusual—. Puto Sarren —dijo—. Si no quisiera a ese psicópata muerto diría que a la mierda. Si esto sigue así, tendremos que apartarnos de la senda para encontrar un saco de carne que no tenga cortado el cuello, que probablemente sea lo que ese bastardo quiere. —Suspiró, mirándome de forma exasperada—. Hubiese sido mucho más sencillo si no te hubieses cargado el Jeep.

—Por última vez —refunfuñé—, solamente señalé la calle que no estaba bloqueada. Yo no dejé esos clavos en el camino para que tú pasaras sobre ellos.

—Allison.

La voz calmada de Kanin rompió nuestra pelea, haciendo que nos volviéramos. Nuestro sire estaba parado en una esquina del granero, y su cara se ensombreció cuando nos señaló algo adelante. Con un último vistazo al árbol y su espeluznante contenido, caminé hacia él sintiendo una vez más una punzada aguda de Hambre. El granero apestaba a sangre, incluso más que las ramas del árbol. Probablemente porque toda una pared del edificio estaba cubierta de ella, seca y negra, pintada en líneas verticales de arriba abajo en la madera.

—Sigamos moviéndonos —dijo Kanin cuando Jackal y yo nos reunimos con él. Su voz era calmada, aunque sabía que él estaba tan Hambriento como el resto de nosotros. Puede que incluso más, ya que se estaba recuperando de su experiencia cercana a la muerte en Nueva





Covington—. No quedan supervivientes —siguió Kanin dirigiéndole una mirada solemne al árbol—, y se nos está agotando el tiempo. Sarren nos espera.

—¿Cómo lo sabes, anciano? —preguntó Jackal, siguiéndome a un lado del granero—. Sí, esto es obra de ese psicópata, pero lo podría haber hecho solo por diversión. ¿Estás seguro que sabe que vamos?

Kanin no respondió, simplemente señaló a la pared cubierta de sangre a nuestra espalda. Miré hacia ella, al igual que Jackal, pero no pude ver nada fuera de lo normal. Más allá de una pared cubierta de sangre, de todos modos.

Pero Jackal soltó una risita grave y sin gracia.

—Ay, bastardo. —Sonrió, sacudiendo su cabeza y levantando la vista al granero—. Eso es lindo. Ya veremos si eres tan gracioso cuando te mate a golpes con tu propio brazo.

—¿Qué? —pregunté, obviamente sin enterarme de lo que estaba pasando. Miré de nuevo al granero, preguntándome qué era lo que los otros vampiros veían y yo no—. ¿Qué es tan divertido? No veo nada.

Jackal suspiró, poniéndose detrás de mí, y agarró el dorso de mi cuello, alejándome así de la pared.

—¡Oye! —le espeté, luchando contra él—. ¡Suéltame! ¿Qué diablos te pasa?

Me ignoró y continuó caminando hacia atrás, arrastrándome con él. Nos habíamos alejado una docena de pasos de la pared cuando se paró, y me solté de su agarre.

—¿Cuál es tu problema? —le exigí, enseñándole los colmillos. Jackal señaló silenciosamente hacia el granero.

Volví a mirar al granero y me tensé. Ahora que me había alejado podía ver qué era lo que Kanin y Jackal estaban diciendo.

Sarren, pensé, ese odio frío y familiar llenándose por dentro. Tú, cabrón enfermo. Esto no me detendrá, y no te salvará. Cuando te encuentre, lamentarás hasta escuchar mi nombre.

Pintado en el lateral del granero, escrito con letras de sangre unos tres metros de alto, había una pregunta. Una que probaba, sin ningún ápice de duda, que Sarren sabía que íbamos tras él. Y que seguramente nos encaminábamos hacia una trampa.

¿TODAVÍA CON HAMBRE?



Habían pasado dos semanas desde que dejamos Nueva Covington. Dos semanas de viaje, de caminar por interminables calles cubiertas de nieve. Dos semanas de frío y tierra salvaje, y de pueblos silenciosos. De casas vacías cubiertas de enredaderas, de calles desiertas, de esqueletos antiguos de coches pudriéndose en las canaletas. Ningún movimiento, excepto el





murmullo de la fauna, tanto grande como pequeña, tomando las calles que antes eran de los humanos. El Jeep, tal y como Jackal señaló tan elocuentemente, estaba estropeado, dejándonos a los tres deambulando por las calles vacías a pie, siguiendo a un demente que sabía que le perseguíamos. El cual siempre estaba un paso por delante.

“Nos estamos quedando sin tiempo”, había dicho Kanin. De algún modo, supuse que era cierto. Lo que Sarren tenía, lo que llevaba consigo, podría significar el fin de mucha gente. Quizás de todo el mundo. Sarren poseía una versión mutante del virus Red Lung que había diezmando la humanidad seis décadas atrás, solo que este venía con un pequeño efecto secundario: también mataba a vampiros. Nosotros tres —yo, Jackal, y Kanin— estuvimos expuestos al virus de Sarren cuando fuimos a Nueva Covington, y habíamos presenciado los verdaderos horrores de esa plaga. Los humanos se habían convertido en locos depravados que gritaban y reían, y se arañaban la cara hasta que se quedaban sin piel, y después seguían con lo que se encontraban. Para los vampiros, los efectos eran incluso más horribles; el virus se comía su carne muerta, y se acababan pudriendo por dentro. En la última confrontación con Sarren, supimos que el vampiro demente usó Nueva Covington como un lugar de prueba, y que su verdadera intención era mucho más siniestra.

Planeaba matarlos a todos. A todos los humanos, y a todos los vampiros. “Borrar la pizarra”, me había dicho, “y dejar que el mundo se curase a sí mismo”. Su virus, cuando lo volviera a lanzar, sería imparable.

Solo había un pequeño problema con sus planes.

Teníamos una cura. O al menos la *tuvimos*. Ahora estaba en Edén, esa pequeña esperanza para el mundo. Eso era lo que Sarren quería; la cura, o bien para destruirla, o bien para utilizarla contra nosotros. Creía que lo estábamos siguiendo a Edén para detenerlo, para evitar que destruyese la cura o liberase el virus. Creía que intentábamos salvar el mundo.

Él no sabía nada. No me importaba Edén. Me daba igual su virus, la cura o el resto del mundo. Me daba lo mismo si los humanos encontraban una cura contra el Rabidismo, o si podían parar la nueva plaga de Sarren. Los humanos no significan nada para mí, ya no. Ellos eran comida, y yo era un vampiro. Ya no iba a pretender que no era un monstruo.

Pero *mataría* a Sarren.

Él morirá por lo que ha hecho, por lo que ha destruido. Le despedazaría y le haría sufrir. Éramos cuatro esa noche en Nueva Covington cuando nos enfrentamos al vampiro loco por última vez. Cuando le había cortado el brazo y se había esfumado en la oscuridad, solo para volver y cumplir su peor acto hasta el momento. Nosotros cuatro: yo, Jackal, Kanin... y otro más. Pero no podía pensar en él ahora. Él se había marchado. Y yo seguía siendo un monstruo.

—Oye.

De forma abrupta, Jackal aminoró el paso y se volvió hacia donde yo me encontraba, arrastrándome unos pasos detrás de la figura oscura y firme de Kanin, siguiendo el camino





que se extendía por las llanuras de nieve. Dejamos atrás el asentamiento y sus habitantes masacrados, y por fin el olor a sangre se había disipado en el aire. Aunque eso no detuvo el Hambre; podía sentirlo incluso ahora, un dolor punzante constante, preparado para arder en un infierno de cruda y feroz necesidad a la mínima provocación. Incluso se encolerizaba por Jackal, enfurecido porque él no era humano, porque no podía retorcerle el cuello e hincarle los colmillos en su garganta. Jackal parecía felizmente ajeno a todo esto.

Le ignoré y seguí mirando al frente, sin ganas de pelear o de escuchar sus comentarios crueles y odiosos. Eso, por supuesto, nunca detuvo a mi hermano de sangre.

—Así que, hermana —empezó Jackal—, me estaba preguntando. Cuando finalmente alcancemos a Sarren, ¿cómo crees que deberíamos matar a ese viejo cabrón? Estaba pensando en mutilarlo y torturarlo todo lo que podamos. —Chasqueó los dedos—. Oye, tal vez podamos atarle y dejar medio cuerpo al sol, eso siempre es interesante. Ya lo hice hace unos años con algunos putos no-muertos que me enojaron. La luz comenzó en sus pies y subió hacia su cara, y tardó un tiempo en hacer efecto. Al final, gritaba para que le cortara la cabeza —dijo con una risita—. Me encantaría ver a Sarren morir así. Si es que eso no ofende a tus delicados sentimientos, claro.

Soltó una risita de suficiencia con sus ojos dorados abrasando un lado de mi cabeza.

—Solo quería avisarte, hermanita, por si decides ponerte en plan sensiblero conmigo. Pero claro, si tienes alguna otra sugerencia de cómo deberíamos acabar con ese viejo psicópata, soy todo oídos.

—No me importa —dije sin emoción—. Haz lo que quieras. Me da lo mismo, con tal de que me dejes dar el último golpe.

Jackal resopló.

—Bueno, eso no es muy divertido.

No le respondí, en cambio caminé más rápido para alejarme de él, pero él aceleró el paso.

—Vamos, hermana, ¿dónde está esa odiosa moralidad con la que me hablas cada dos por tres? Haces que sea difícil disfrutar del placer de burlarme de ello.

—¿Por qué me hablas? —pregunté, aún sin mirarle. Jackal dejó escapar un suspiro exasperado.

—Porque estoy *aburrido*. Y porque el anciano no me hace ni caso. —Meneó su cabeza hacia Kanin, aún unos metros por delante. Sospeché que Kanin podía oírnos, pero no se giró ni nos hizo ninguna señal. Probablemente a Jackal no le importaba que escuchara—. Y porque quiero saber qué piensas sobre nuestro trastornado asesino en serie. —Jackal señaló con su mano de forma impaciente a las llanuras que nos rodeaban—. Aún queda un largo camino hasta Edén, y tengo el presentimiento que no vamos a encontrar ninguna bolsa de sangre,





viva, quiero decir, de aquí hasta la Isla de Sacos de Carne. No me agrada la idea de enfrentarme a ese demente contigo y con Kanin al borde de perder la cabeza.

Me giré rápidamente para mirarle y fruncí el ceño.

—¿Y qué hay de ti?

—Ah, no te preocupes por mí, hermana. —Jackal sonrió con suficiencia—. Yo siempre salgo victorioso, no importa lo que pase. Solo quería señalarte que esta estúpida política de “Arrasar con la Tierra” que Sarren ha tomado va a hacer que lo pases mal. Un par de días más y el próximo humano que veamos va a acabar hecho trizas, y tú serás la que lo hagas.

Me encogí de hombros. La revelación de Jackal no era ninguna sorpresa, y me di cuenta que no me importaba. Donde quiera que fuera Sarren, a cualquier rincón olvidado del país al que huyera, yo no andaré muy lejos. No importa lo que haga, no importa lo lejos o rápido que corra, lo alcanzaré. Y cuando lo haga pagaré por lo que ha hecho.

—¿Y qué? —pregunté, volviendo a mirar al frente—. Ahora soy un vampiro. ¿Qué importa eso?

—Oh, por favor. —Podía oír lástima en su voz, y disgusto—. Ya para con esa mierda pasiva de “todo me da igual”. Sabes que algún día tendrás que lidiar con ello.

Un frío puño retorció mis entrañas. Jackal no hablaba de alimentarme, y ambos lo sabíamos. Los recuerdos surgieron —recuerdos sobre él— pero entonces el monstruo emergió, tragándose los antes de que pudiera sentir nada.

—Ya he lidiado con ello —dije de forma calmada.

—No, no es cierto.—La voz de mi hermano se había vuelto dura—. Simplemente lo has enterrado. Y si no consigues tratarlo pronto, saldrá en el peor momento posible. Seguramente cuando nos enfrentemos a Sarren. Porque así es como funciona la mente de ese psicópata, sabe cuándo y qué decir, para así confundirnos y tomar la delantera. Y entonces te matará mientras estés decaída y me enojaré, o tendré que hacerlo yo mismo.

—Es mejor que tengas cuidado, Jackal. —Mi voz salió fría. Vacía, porque incluso ahora, no podía sentir nada—. Suena cómo si te preocuparas.

—Ah, bueno, Dios no quiera, hermana. —Jackal me hizo una mueca y se alejó—. Dejaré de hablar, pues. Pero si nos topamos con Sarren y él dice algo para hacer que te derrumbes, no esperes que recoja tus pedacitos.

No tienes de qué preocuparte, pensé mientras Jackal avanzaba, sacudiendo la cabeza. Un recuerdo apareció, abrupto y confuso, pero mi demonio interior lo aplacó. No me queda nada por destruir. Nada de lo que Sarren diga me puede tocar ahora.

Caminamos unos metros más, por llanuras vacías que se congelaban bajo una capa de hielo y nieve, hasta que las estrellas se disiparon y un tono rosado amenazaba el cielo del este. Me estaba empezando a incomodar cuando Kanin se salió del camino y se dirigió a un granero





gris y deteriorado que se hundía al final de un campo descuidado, con un silo oxidado junto a él. El interior del edificio olía a humedad y estaba lleno de ejes rotos y de pilas de paja enmohecida. Pero también estaba oscuro y apartado, y no tenía muchos agujeros en el techo donde el sol pudiera traspasar. Ignorando las quejas de Jackal sobre dormir en un granero sucio e infestado de ratas, abrí una puerta de la caseta, busqué un hueco detrás del montón de heno rancio, y me dejé caer contra la pared para dormir.

Por un momento, un recuerdo volvió a surgir, como si fueran fragmentos de la vida de otra persona, alzándose en la oscuridad. Recordé otro granero igual a este, cálido y con olor a moho, lleno por el suave balido de la ganadería y el murmullo de los humanos a mi alrededor. Heno, faroles y alegría. Una ovejita con manchas, sentada en mi regazo, y dos niños humanos recostados cada uno a un lado, viendo como la alimentaba.

El monstruo se alzó. También había estado hambrienta esa vez, y había visto que los dos humanos se dormían, enseñando sus pequeños cuellos sin saber nada del vampiro al que se habían arrimado. Recordé doblarme, hacia el cuello del niño que estaba en mi regazo, mientras mis colmillos se hacían más grandes y se salían de mis encías... hasta que reaccioné con horror. Hui de allí antes de que pudiera perder el control y acabara matando a dos niños inocentes mientras dormían.

El monstruo se burló de mi recuerdo. Eso parecía haber sido hace mucho, mucho tiempo. Como una vida. Ahora, con el Hambre desgarrando mi estómago y consumiendo cada rincón de mi mente, pensé con anhelo en esos humanos durmiendo, tan vulnerables a mi lado, imaginándome como me inclinaba hacia abajo y acababa lo que había empezado.

La siguiente noche fue más de lo mismo. Más llanuras vacías y tierra salvaje. Más nieve impenetrable, crujiendo bajo nuestras botas, y un camino interminable que serpenteaba hasta llegar al nordeste. Más del Hambre carcomiéndome las entrañas, poniéndome irritable y salvaje. Me concentré en caminar con un pie delante del otro, tratando de ignorar el dolor que se negaba a marcharse. Pude sentir el monstruo dentro, peligrosamente cerca de salir a la superficie, una cosa fría y oscura que rugía y se revolvía sin cesar, siempre alerta. Podía escuchar el sonido de diminutas patas arrastrándose en la oscuridad, mapaches o comadreja u otras criaturas nocturnas, moviéndose por la maleza. Podía sentir el abatir de los murciélagos por encima de nuestras cabezas, y oler el aliento profundo y lento de los ciervos, apiñados en los matorrales. Quería atacar, abalanzarme contra cualquier ser vivo y descuartizarlo, derramar su sangre caliente en la nieve y en nuestras gargantas. Pero él sabía, al igual que yo, que malgastar energía matando animales era inútil. Eso no saciaría el Hambre. Solo un tipo de presa podría llenar el vacío turbio de mi interior, y esa presa no estaba por ninguna parte.

Así que caminamos, con Kanin en la delantera, y Jackal y yo siguiéndole de cerca. Tres vampiros que no necesitaban descansar, que nunca pasaban frío o se cansaban o les faltaba el





aire, viajando por un mundo devastado que mataría a la mayoría de humanos. Cosa que, con toda sinceridad, ya había pasado.

Y Sarren también estaba de camino para terminar su trabajo. Kanin se dio la vuelta en mitad de la calle, con una expresión alerta mientras nos miraba. También me detuve, sorprendida y en alerta. No habíamos hablado mucho desde que salimos de Nueva Covington. El vampiro Maestro había avanzado sin aminorar la marcha, silencioso y distante, sin mirar ni una sola vez a sus dos vástagos. No es que me importara. Tampoco tenía mucho que decir. Ahora había como un muro entre nosotros. Podía sentir su decepción, la mirada que me echaba cada vez que Jackal hacía uno de sus comentarios sarcásticos y maliciosos... y yo no decía nada. Ni siquiera la desaprobación de Kanin cambiaría el hecho de que yo era un monstruo.

—Alguien viene —dijo Kanin, mirando al camino detrás de nosotros. También me giré, forzando mis sentidos, pero no fue necesario. El rugido de un motor restalló en la oscuridad, acercándose rápidamente.

El Hambre se disparó, y, cerca de la superficie, el monstruo se movió con impaciencia. Los vehículos significaban humanos, lo que significaba comida. Me imaginé hincando mis dientes en sus cuellos, imaginando la sangre caliente entrando en mi boca, y sentí mis colmillos alargarse, con un gruñido ansioso que se escapaba de mi garganta.

—Vuelvan atrás —dijo Kanin mientras pasaba a mi lado. Le hice una mueca, desafiante, pero él no lo notó ya que me daba la espalda—. Salgan de la carretera, los dos —siguió, mientras el ruido del motor se volvía más fuerte y las luces delanteras destellaban tras los árboles—. Detenerse para ver a tres extraños en una carretera solitaria y en mitad de la noche es un riesgo que muchos preferirían evitar. Es mejor que vean un viajero solo y desarmado que a un grupo. —Su voz se hizo más fuerte—. Sal de la carretera, Allison.

Jackal ya había retrocedido, mezclándose en la oscuridad. Kanin ni siquiera me estaba mirando, sus ojos se posaban en las luces que se acercaban. Con un gruñido, me bajé de la acera y me escondí detrás de un gran árbol a un lado de la carretera. Y esperé, con el Hambre retorciéndome por dentro y el demonio observando apenas conteniendo su violencia.

Las luces se volvieron más nítidas, y tras pasar una curva llegó una furgoneta, antes blanca pero ahora oxidada. Kanin dio un paso al frente, alzando los brazos con un movimiento mientras el vehículo se acercaba rápidamente, bañándole con las luces delanteras.

No frenó. Se posicionó hacia donde estaba Kanin, aceleró, y un humano de aspecto tosco se asomó por la ventanilla del pasajero. Sonrió con malicia y sacó una pistola negra, apuntando al desconocido en la carretera.

Kanin saltó hacia atrás cuando se oyeron unos disparos, que iluminaron de blanco la oscuridad. La furgoneta pasó de largo, oyéndose sus molestas carcajadas y la bocina, y el monstruo se elevó con un rugido.





De golpe salté hacia la furgoneta que venía hacia mí, sacando mi katana. Cuando pasó acelerando, descargué con un gruñido enfadado, apuntando a las ruedas delanteras, cortando goma y metal. Lo que resultó en un ruido metálico y chispas. La furgoneta dio un volantazo, chirriando sobre el asfalto, y chocó precipitadamente contra un árbol.

Salté por él, con un Hambre viva quemándome las venas, y el monstruo aullando con malicia en mi cabeza. El conductor y el pasajero yacían contra el parabrisas destrozado, quietos y llenos de sangre, pero una puerta lateral se abrió y dos hombres salieron, ambos con armas, y de las grandes para variar. El primero me apuntó con su pistola cuando salí disparada hacia ellos. Mi espada destelló, y él gritó mientras su arma caía al suelo junto a sus dos brazos. El segundo maldijo e intentó escapar. Llegó hasta el borde del bosque antes de que me abalanzara sobre él e hincara mis colmillos en su cuello.

La sangre llenó mi boca, caliente y adictiva. Aullé de placer y me dejé llevar por ese sentimiento, mientras el humano se debilitaba en mi agarre. ¿Por qué me había protegido de esto? Ahora no lo podía recordar.

—Bien, esto es simplemente fabuloso. Cuatro humanos, para empezar. Ahora dos muertos y uno desangrándose como una manguera de gasolina rota. —La voz fría y exasperada se interpuso entre el éxtasis.

Levanté la cabeza, con la sangre reciente corriendo por mi barbilla, solo para ver a Kanin y Jackal parados al lado de los restos de la furgoneta. Kanin miró hacia el casi sabroso humano sin brazos, que se retorció de dolor en el suelo, gimiendo y llorando, pero Jackal me miraba a mí, con una mirada mezclada de diversión y disgusto.

—Oh, no te preocupes por mí —remarcó—. Adelántate y disfruta de esa bolsa de sangre. No es como si tuviera tanta Hambre.

Tragué, escondiendo mis colmillos, sintiéndome vagamente culpable. Kanin y Jackal también tenían Hambre, y yo voy y acaparo la única fuente saludable de comida. Los vampiros no se alimentaban de los muertos, ni siquiera de los muertos recientes. Beber de un cadáver tenía el mismo efecto que beber de un animal; no hacía nada contra el Hambre. Sin mencionar que la mayoría de vampiros lo encontraban repulsivo. Nuestra presa tenía que ser humana, y tenía que estar viva; esa era una de las reglas más antiguas e inmensurables por la que vivíamos. Una de esas reglas que uno no se cuestiona.

Me giré, arrastrando mi presa unos pasos hacia la carretera, donde Jackal me miraba con divertida exasperación.

—Toma —dije, y le pasé el humano. Se cayó al suelo, con los huesos rotos—. Este aún respira, casi. Ya he acabado.

Jackal hizo una mueca.

—No quiero tus sobras, hermana —dijo con desprecio. Le sonreí.





—Bien. ¿Entonces me lo quedo?

Me echó una mirada asesina y se dirigió al asfalto, poniendo de pie al humano. La cabeza del humano cayó para atrás, colgando, su cuello hecho un embrollo de sangre, y Jackal introdujo sus colmillos al otro lado de su garganta.

Miré hacia la furgoneta para ver que Kanin gentilmente tumbaba al humano sin brazos al suelo, donde se desplomó sin vida en el asfalto. Los muñones de los antebrazos ya no goteaban más, y su piel se había vuelto blanca. Me preguntaba cuánta sangre había conseguido sacar Kanin antes de que muriera. *No mucha*, supuse, pero un poco era mejor que nada. Debería haberle cortado solo un brazo. O un pie, quizás. Así no habría sido capaz de correr.

En algún lugar, muy al fondo, una parte de mí reulaba de asco, horrorizada conmigo misma y mis pensamientos actuales. Una vieja parte, la Allison que seguía siendo un poco humana, gritaba que esto estaba mal, que no tenía que ser así. Pero esa voz era muy débil y tenue. Temblé de horror, pero el monstruo enterró la voz bajo dura indiferencia. *Era demasiado tarde*, pensé, sintiendo un hormigueo dichoso que se expandía por mi médula. Sabía lo que yo era. Simpatía, piedad, arrepentimiento, esos sentimientos no tenían cabida para un vampiro. La vieja Allison era terca; tomaría un tiempo para que muriera, pero ahora la escuchaba cada vez menos. Y algún día, desaparecería para siempre.

Con la indiferencia característica de un vampiro firmemente en su lugar, observé a mi creador. Kanin se había alejado del humano muerto y ojeaba el interior de la furgoneta. Una breve mirada de dolor le cruzó el rostro antes de volverse a suavizar. Curiosa, me acerqué tras él y miré dentro del vehículo.

Había otro cuerpo en la furgoneta. Una mujer joven, solo uno o dos años mayor que yo, vestida de blanco. Sus manos estaban atadas frente a ella, y yacía desplomada contra el interior de la furgoneta, con el cuello en un ángulo antinatural. Su cabello rubio rizado se esparcía por su cara, y sus ojos azules vidriosos miraban a la nada, directos hacia fuera de la puerta abierta.

Oh, no. Era una prisionera, una inocente. Yo he hecho esto. Por un momento me sentí asqueada. Los ojos de la chica muerta parecían atravesarme, acusándome. La había matado. Tal vez no le había desgarrado el cuello, o cortado la cabeza, pero seguía estando muerta, y todo por mi culpa.

Pude sentir la oscura mirada de Kanin en mi espalda, y escuché los pasos de Jackal crujiendo sobre la fina capa de nieve detrás de nosotros mientras venía a echar un vistazo sobre mis hombros.

—Pues vaya —remarcó, como si estuviera mirando un pájaro muerto en la acera—. Bueno, ahora ya sabemos por qué esos cabrones tenían tanta prisa. Es una pena que no sobreviviera, aún tengo un poco de Hambre. —Resopló, y sentí que ahora me miraba, resentido—. Ese humano que tan generosamente me dejaste apenas aguantó.





— No sabía que ella estaba ahí —murmuré, sin girarme. No sabía a quién se lo estaba diciendo, Si a Kanin, a Jackal, o a mí misma—. No sabía...

Pero eso no era excusa. Lo sabía, y Kanin también. No dijo nada, solo se volvió y se alejó, pero como siempre, su silencio hablaba por sí solo.

—Ah, bueno. —Jackal se encogió de hombros—. Ya nada se puede hacer. Esto te recuerda lo frágiles que estos sacos de carne pueden ser. No puedes ni mirarlos con gracia sin que se rompan el cuello. —Me volvió a mirar—. Aww, no te mortifiques, hermana —dijo, asomando una sonrisa—. No es como si esa humana tuviera mucho por lo que vivir, no hacia donde se dirigía. Le hiciste un favor a la bolsa de sangre, créeme.

Miré de nuevo fijamente a la chica y sentí que el monstruo salía, frío y práctico, enterrando la culpa. *¿Qué más da?, susurró. Entonces, mataste a otra humana. No fue la primera ni será la última. Ellos son tus presas, y tú eres un vampiro. Matar es lo que hacemos.*

—Sí. —Suspiré y le di la espalda a la furgoneta, alejándome de la humana y de sus ojos acusadores. Jackal tenía razón; no había nada que pudiera hacer. Esa chica no significaba nada, una muerte más para añadir a la lista interminable. Kanin ya se había adelantado por la carretera, y nosotros nos dimos prisa para alcanzarlo. Dejando atrás el vehículo, sus pasajeros muertos, y otra pieza pequeña de mi humanidad.





CAPÍTULO 2



Tres noches después, encontramos un cuerpo en la carretera.

O mejor dicho, esparcido por la carretera. No habían dejado mucho más que los huesos rotos y destripados de una desafortunada criatura, yaciendo en una mancha negra en la nieve. A simple vista, habían desmembrado el cuerpo, literalmente en pedazos, y lo habían dejado ahí para pudrirse en medio del asfalto. Nos topamos con otro pueblo muerto, cuya carretera pasaba por una fila de edificios derrumbados, descuidados y deteriorados, con tejados cedidos y ventanas destrozadas. Un parque antiguo se alzaba en un rincón, con columpios llenos de nieve, y un tobogán oxidado, retorcido y doblado en el suelo. Estaba vacío, como todo lo demás.

—¿Sarren? —pregunté, refiriéndome al esqueleto destripado con una mezcla de enfado y apatía. No era humano, así que no había nada desperdiciado, nada que lamentar. Pero el Hambre en mi interior aún se enfurecía por la cantidad de sangre derramada, pidiendo alimentarse. Incluso las secuelas de la violencia avivaban el frenesí. Deseaba que se callara.

Kanin negó con la cabeza.

—No —murmuró—. Sarren no se molestaría con un animal. No si quisiera dejar un mensaje. Además, está muy fresco. Lo hicieron esta noche.

—Rabids —supuse entonces, y él asintió, serio—. ¿Podemos esquivarlos?

—Lo podemos intentar —dijo, ganándose un resoplido de Jackal—. Pero no nos podemos desviar del camino. Tenemos que llegar a Edén cuanto antes, si no es para acabar con Sarren, que sea para evitar que use ese virus. —Alzó la vista al horizonte—. Temo que ya pueda ser demasiado tarde.

Sentí una diminuta punzada de preocupación. Conocía a gente en Edén. Gente por la que me lo había jugado todo, solo para verles en su santuario libre de vampiros. Caleb, Bethany, Silas y Theresa. ¿Y si Sarren llega allí antes que yo y libera el terrible virus? ¿Y si, cuando llegue a Edén, todo el que conocía estaba muerto? O peor ¿infectados, sangrando y desgarrándose a pedazos? Pensé en el alegre Caleb, en la pequeña y tímida Bethany, en la buena y paciente Theresa. Ellos no sospechaban nada. Creían que estaban a salvo en Edén, y ahora, un loco con un virus horripilante se dirigía hacia ellos.

Me estremecí, y la oscuridad en mí se alzó para protegerme. Si Sarren llegaba a Edén antes que nosotros, esos humanos estaban muertos. No podía hacer nada por ellos, y no era





cosa mía protegerlos nunca más. Ellos no me importaban. Solo quería encontrar a mi enemigo y enterrarlo en pedazos.

Sentí el peso de la mirada de Kanin, seria y escrutadora. Como si supiera lo que estaba pensando, porque siempre lo sabía. Le devolví la mirada, inquebrantable, el monstruo le miraba sin remordimiento. No hacía mucho, esa mirada me habría hecho estremecer, ponerme los pelos de punta, esforzarme más. Pero ahora ni siquiera tenía voluntad para importarme lo que quiera que Kanin pensara sobre mí.

Sin embargo, no dijo nada. Simplemente se volvió, con paso firme, hacia el nordeste. Y seguimos adelante.

Empezó a nevar de nuevo, los copos grandes cayendo a la deriva desde un cielo negro, depositándose en mi cabeza y en mis hombros. La carretera continuaba pasados unos edificios derrumbados, tiendas destruidas y gasolineras, y esqueletos oxidados de coches viejos. Los árboles escuálidos invadían el asfalto y los tejados, con ramas secas y congeladas, y raíces que rompían piedras, madera y cemento, haciendo que la naturaleza engullera el pueblo. Quizás pasados otros sesenta años, desaparecería por completo. Quizás pasados sesenta años, no quedaría rastro alguno de la humanidad.

Nos movimos haciendo zigzag entre los antiguos vehículos cubiertos de nieve, muchos de ellos habían chocado los unos con los otros en la intersección, y llegamos al cruce.

Kanin se detuvo en medio de la calle y sacó repentinamente su daga. La fina hoja mortal brilló en la oscuridad cuando apareció en su mano, y el vampiro se quedó completamente quieto. Jackal y yo nos congelamos cuando nuestro sire se paró allí, sin moverse.

—Ya vienen —dijo en voz baja.

No vacilamos, y sacamos nuestras armas para ponernos junto a él. El anterior rey de los raiders metió la mano en su estuche y sacó un hacha de acero, con la punta manchada de sangre seca, y le dio un suave giro. Desenvainé mi katana, alzando la hoja curvada y afilada frente a mí, y escuché.

Pasos. Pies que se arrastraban por la nieve, muchos de ellos. Por todas partes de la intersección. Capté unos movimientos por el mar de coches, atisbos de formas pálidas y demacradas moviéndose rápidamente entre los vehículos. Gemidos y siseos ásperos que se alzaban en el aire, el chirrido de garras contra el metal haciendo eco en la noche, y el horrible olor a muerte que llegó con la brisa.

—Ya era hora —dijo Jackal mientras sostenía en alto su hacha, con los colmillos asomándose en una sonrisa desafiante. De forma extraña su voz hizo eco en la noche, y el llanto a nuestro alrededor se oyó más fuerte—. Vamos, pequeños. Estoy *más* que preparado para cortar cabezas.





Como respuesta, una criatura subió al techo del coche que tenía al lado. Vagamente tenía forma humana, con el cabello apelmazado y la piel blanca desplegándose por su cuerpo demacrado, y olía a muerte. Ojos blancos y locos, sin iris o pupilas, bajaron la vista hacia nosotros mientras el Rabid enseñaba sus dentados colmillos y se lanzaba con un grito.

Se encontró con el hacha de Jackal cuando el vampiro dio la vuelta y golpeó sin pensarlo al Rabid contra la puerta del coche, rompiendo cristales y haciendo un sonoro *boom* contra el metal. La sangre oscura se esparció por el lateral del vehículo, y el Rabid se dejó caer en la nieve con su cráneo aplastado. Jackal levantó la cabeza y rugió, salvaje y desafiante, cuando una multitud de cosas pálidas gateaban por encima del techo y el cofre de los coches y descendía hasta nosotros. Mi propio monstruo interior gruñó para desafiarles como respuesta, y lo dejé salir.

Un Rabid se abalanzó hacia mí enseñando las garras. Cuando caía, batí mi katana y le hice un corte limpio a través de la erecta cintura, derramando sangre negra al cortarle en dos. Otro se arrojó sobre el capó de una furgoneta, y me abalancé hacia él, bajando mi espada para cortarle la cabeza. Una júbilo salvaje me llenó por dentro cuando el cráneo rebotó y rodó a mis pies, y entonces me subí al techo de la furgoneta, dando la bienvenida a la multitud que aullaba y saltaba hacia mí. Los Rabids se subían a los coches y me agarraban los pies, tratando de subir gateando al vehículo o tirarme hacia la multitud. Di vueltas y dancé sobre el metal, saltando de techo en techo y rebanando a los monstruos que me seguían, cortando las extremidades que me agarraban.

Abajo, Jackal y Kanin luchaban lado a lado, una pareja letal a pesar de sus diferencias. El hacha de Jackal daba vueltas en el aire y golpeaba con una fuerza capaz de aplastar huesos, rompiendo cráneos, estampando a sus oponentes contra los coches y el asfalto. La daga fina y brillante de Kanin era como un borrón que se movía con gracia cerca de los agitados monstruos, rebanando cuellos y cortando cabezas con precisión quirúrgica. No necesitaban mi ayuda; a ambos les iba bien.

El instante que mi atención se desvió hacia Kanin y Jackal, un Rabid aterrizó en el techo del coche cerca de mí y descargó sus garras. Salté para atrás, barriendo con mi hoja para hendir la espada, pero un dolor agudo surgió en mi cara cuando sus garras arañaron mi mejilla.

El mundo se volvió rojo. Gritando, salté en medio de la multitud y empecé a arrasar con mi katana todo lo que me encontraba. Extremidades y cabezas volaban a mi alrededor mientras pasaba entre la multitud a golpes de espada. Mi demonio se reveló en el caos y la destrucción, aullando de placer por todo el que caía, pintando de sangre oscura la nieve y los coches alrededor.

Una sombra cayó sobre mí, y el suelo tembló con un rugido. Me giré solo para ver que un Rabid enorme, de más de dos metros, tapaba mi visión un segundo antes de que una mano-garra grande me golpeará en el lateral, resultando en una explosión de dolor. Me tumbó contra





un coche, los cristales rompiéndose a mi alrededor, mientras el gigante rugía destacando sobre el resto y viniendo una vez más por mí.

Me lance hacia un lado cuando el Rabid cayó sobre el coche, y con las garras despegó el metal con un chirrido, dejando tras de sí grandes surcos. A pesar de su monstruoso tamaño, era más hueso que carne. Bajo las costillas que sobresalían pronunciadamente en su piel pálida, su estómago parecía un valle cóncavo y abierto que presionaba su vértebra. Pero sus hombros eran muy grandes, y sus pesados brazos deformes colgaban por debajo de las rodillas, con manos que parecían zarpas de segador. Me lanzó un grito y saltó sobre mí, pero me escapé rodando y le propiné un corte por la cintura mientras me ponía en pie. La katana golpeó unas cuantas costillas, cortándolas, y la criatura se dio la vuelta con un rugido.

La sangre corrió hasta mis ojos, haciendo que no pudiera ver. Parpadeé y sacudí mi cabeza, tratando de concentrarme. El Rabid rugió una vez más, atacándome con esos largos brazos, y paré su golpe con mi espada, descargándola en el antebrazo de esa cosa. La hoja penetró la extremidad gruesa y le hizo un corte profundo, pero su fuerza me echó para atrás, haciéndome rodar por la nieve. Era fuerte, si quería matarlo tendría que darle en un punto vital.

Aún sosteniendo mi arma, me puse a gatas presionando mis manos y rodillas. Pero antes de que pudiera levantarme, algo me agarró por detrás del cuello, levantándome unos metros, y empotrándome contra el asfalto con fuerza bruta. Sentí que mi nariz se rompía y mi mandíbula crujía, y el dolor explotó tras mis ojos. La cosa me estrelló contra el suelo tres veces más, haciendo que mis huesos explotaran y se partieran con cada golpe, antes de girarse y arrojarme al cofre del coche. Más cristales rotos, penetrándome en la carne, y nuevas punzadas de dolor se unieron a la agonía que palpitaba en mi cabeza. El Rabid bramó triunfante, moviéndose con pesadez hacia delante, y mi delirio se convirtió en una furia que me consumía.

Ignorando el dolor, tomé mi katana del cofre y rugí desafiante al gigante que hacía presión contra mí. Mientras se cernía por encima de mí, lanzándome un golpe con su gran puño, lo esquivé echándome a un lado, y su brazo se encontró con metal, dejando un gran agujero. Me lancé sobre mi enemigo por encima de sus codos y descargué con mi espada tan fuerte como pude. La hoja cortó por la clavícula hasta abajo de su cuerpo pálido, abriéndole desde el cuello hasta el estómago.

La gigantesca criatura se tambaleó, con las dos mitades despellejándose a diferentes lados, hasta que lentamente se deslizó por el asfalto, retorciéndose una vez, y se quedó quieto. Mis colmillos se asomaron, y miré a mi alrededor buscando al siguiente atacante mientras alzaba mi espada, pero nada se movía en la noche. La horda ya no estaba, esparcidos en piezas detrás de mí y a mis alrededores, llenando el aire con el hedor de su sangre. Estaba sola.





Y estaba herida. Me dolía todo, por dentro y por fuera. Necesitaba comida, sangre. Necesitaba cazar, pero aquí no había ninguna presa. El dolor interior se estaba yendo; sabía que me estaba curando, pero tenía Hambre. *Mucha Hambre...*

—Bueno, hermanita, no estoy muy orgulloso de decirlo. Pero eso fue casi impresionante.

Una voz, sarcástica y desafiante, hizo eco a mi espalda. El Hambre rugió, y me giré, enseñando mis colmillos en una mueca. Otro vampiro se encontraba a unos pasos de mí, oliendo a sangre y poder, con ojos amarillos abriéndose de asombro. Mayor que yo, posiblemente más fuerte, pero eso nunca me había detenido. Mis labios se curvaron en una mueca, y me dirigí a él, alzando mi espada.

—Hermana. —La voz del vampiro tenía un deje de advertencia, y levantó sus manos, una de ellas sosteniendo un hacha sangrienta—. No seas estúpida. Despierta. No me hagas untar el asfalto con tus sesos.

Su voz sonó extraña en mi cabeza, casi familiar. *¿Le conocía?* Dudé, confundida, pero el dolor feroz dentro de mí se avivó, consumiéndome. Me encaré al vampiro y siseé, invitándole a atacar. Para mi sorpresa, él no hizo nada.

—Allison.

Otra figura apareció de entre el laberinto de coches, caminando con pasos grandes para encararme. Me encogí, sintiendo el inmenso poder que radiaba de esa forma oscura. El primer vampiro era insignificante ahora. Este vampiro era mayor, y mucho, mucho más fuerte que nosotros dos.

—Uno de esos cabrones la ha atrapado fuerte. —Escuché decir al otro vampiro, cosa que no tenía mucho sentido—. Esta cerca de ponerse en modo frenesí. Ni siquiera nos reconoce.

El mayor me observó, sus ojos perforándome, y el miedo se disparó en mí. No podía luchar contra él; me destrozaría. Me eché para atrás, tensándome para volar hacia las sombras, para alejarme de esa aterradora presencia.

—Allison, detente. —La voz del Maestro, suave y persuasiva, me llegó, haciendo que no me moviera—. Mírame —siguió, no tuve más remedio que obedecer—. Relaja tu mente —dijo en voz baja, y sus palabras calmaron el bullicio de caos y oscuridad dentro de mí—. Me conoces. Sabes quién soy. —Su voz me llegó, volviéndose cada vez más conocida, y la furia empezó a aplacarse—. Recuerda —siguió el vampiro Maestro, con sus ojos fijos en mí—. Recuerda cuál es nuestro cometido. —Su voz se endureció, volviéndose seria e inflexible—. No puedes perder la cabeza por el frenesí. No lo permitiré. *¿Quién soy?*

Los recuerdos llegaron al fin. Cerré los ojos y me desplomé en el cofre del coche, agachando la cabeza.

—Kanin —susurré cuando todo se hizo más claro. Sentí los colmillos presionando mi labio, la sangre que había dejado el Rabid en mi mejilla, el daño que me había hecho por





dentro. El Hambre se reavivó, dolorosa y exigente, pero la enterré en la oscuridad una vez más.

Sus pasos crujieron en la nieve hasta que llegó hasta mí, mirándome por encima de la cabeza. La vergüenza me abrasaba, caliente e intensa. Había perdido el control. Lo único que había prometido que nunca pasaría, casi pasa. Había estado a un paso de estar en Frenesí de Sangre, de perder el control sobre el Hambre, y de atacar a cualquier cosa que se moviera.

No, Allison. No te mientas a ti misma. La verdad salió a la luz, haciendo que sintiera frío. No perdiste el control por culpa del demonio, esta vez le diste la bienvenida. Te dejaste llevar, por propia voluntad. Y Kanin lo sabe.

—¿Estás muy herida? —La voz de mi sire era grave, con tono de decepción. Apreté los puños contra el metal, haciendo retroceder la vergüenza y el Hambre, y me puse en pie.

—Viviré. —Sacudí la sangre de mi katana, y después la envainé con calma, manteniendo una voz neutra. Me negaba a sentirme culpable, me negaba a dejar que Kanin me humillara por lo que casi pasaba. Me habían herido de gravedad, y el Frenesí de Sangre era un hecho para los vampiros. Tarde o temprano, todos perdemos el control—. Fui descuidada —balbuceé, dándole la espalda a mi sire para mirar a Jackal que estaba en el borde de la carretera. Era más fácil hacerle frente a Jackal que a Kanin; mi hermano de sangre estaba allí parado con los brazos cruzados, sonriéndome con suficiencia, pero eso era mucho más tolerable que la mirada de decepción del vampiro Maestro—. No volverá a pasar.

—Pasará —dijo Kanin y siguió caminando, bajando por la carretera, pero tomando otra dirección. Parpadeé, incrédula, a su espalda.

—¿A dónde vas?

—Vamos a desviarnos del camino —dijo Kanin, dándolo por hecho—. Sarren tendrá que esperar. Debemos ir de caza antes de que alguno de nosotros caiga en Frenesí de Sangre. —*O más bien yo, supuse.*

—No —dije furiosa, y me encaminé hacia mi sire, haciendo que se girara—. Kanin, estoy bien. No tenemos por qué hacer esto.

—Allison. —Kanin entrecerró los ojos—. De los tres, tú eres la que más cerca está de caerse por el borde. No estás haciendo nada para evitarlo, y el monstruo está a punto de salir. Viendo lo cerca que estás de perderte en el frenesí lo hace muy peligroso para todos nosotros. De hecho, no estoy tan seguro que puedas frenarte en presencia de humanos. Estoy incluso menos seguro que siquiera lo intentes.

No fue la muda condena lo que me tocó hondo, sino la pena y el arrepentimiento. Como si él fuera el que hubiese fallado. Como si alguna vez hubiera estado orgulloso de mí, pero ahora se arrepentía de haberme traído a su mundo, de hacerme vampiro.





Y de pronto me enfadé. Me enfurecí porque me hacía sentir vergüenza de lo que yo sabía era mi naturaleza. Estaba enfadada porque no importaba lo que me dijera a mí misma, de lo mucho que lo había tratado de negar, lo que yo quería era hacer que él se sintiera orgulloso. Estaba enfadada porque él esperaba más de mí, porque me había puesto en un pedestal tan ridículamente alto que nunca podría alcanzar.

Alcé la cabeza y le miré.

—Quizás no lo haga —dije despreocupada—. ¿Por qué debería importarte?

Una angustia le pasó por su impassible rostro hasta que se volvió a calmar.

—Eso no es lo que te he enseñado, Allison —dijo en baja, solo para mí—. Tú eres más fuerte que esto.

Me encogí de hombros.

—Tal vez me he dado cuenta que es inútil, y que no quiero luchar contra mi naturaleza el resto de la eternidad. Tal vez he comprendido que Jackal tenía razón.

—No. —La voz de Kanin se volvió más grave, más aterradora—. Simplemente estás usando tu demonio para esconder lo que realmente sientes. Porque temes lo que eso significa, porque puede ser doloroso. Es mucho más sencillo ser un monstruo que enfrentarse a la realidad.

Gruñí, enseñándole los dientes.

—¿Y qué? —exigí, queriendo que Kanin reaccionara, que mostrara algún tipo de emoción, pero ni se inmutó—. Lo he intentado, Kanin. De verdad que lo he hecho. ¿Pero sabes qué he descubierto? —Curvé mis labios en una mueca—. Nosotros *somos* monstruos. No importa cuánto luche contra ello, siempre voy a querer cazar, matar y destruir. *Tú* me enseñaste eso, ¿recuerdas? Lo que pasó con... —Mi mente reculó de dolor por su nombre—... con ese humano, eso fue estúpido y estuvo mal, poco a poco le hubiese acabado matando. Es... mejor... que esté muerto. —Casi me atraganto con mis palabras, pero me obligué a continuar, a creérmelo—. Podían haberle usado contra mí. Ahora no hay nada que me detenga.

—Muy bien. —La voz de Kanin parecía vacía—. La próxima vez que tambalees por el borde, no te sacaré de ahí. —Su mirada se agudizó, mirándome con intensidad—. Hay una diferencia entre matar por un arrebato de Hambre o de Frenesí de Sangre, o dejarse llevar por el monstruo. Una vez lo hagas, una vez estés dispuesta a cruzar esa línea, te cambiará. Para siempre.

Nos miramos, dos monstruos encarándose en mitad de un lío de coches y Rabids muertos, con la nieve cayendo delicadamente a nuestro alrededor. La mirada de Kanin era glacial, pero no presentí ira, solo una aprobación cansada, remordimiento y un ligero toque de tristeza. *Él lo entendía*, comprendí. Él sabía, mejor que nadie, la atracción del monstruo, lo difícil que era negar su propia naturaleza. Estaba decepcionado por haber perdido a otro





contra el demonio, pero lo entendía. Me preguntaba si Kanin, en su larga existencia, había caído alguna vez en su propia oscuridad, si era incluso posible resistirse por siempre.

Decidí que no me importaba. Dejaría que Kanin hiciera y pensara lo que quisiera; *yo* seguía siendo un monstruo, y eso nunca cambiaría.

—Está bien, como sea... —La voz impaciente de Jackal atravesó nuestro frío silencio—. No es por interrumpir, pero, ¿vamos a ir de caza pronto, o van a seguir mirándose hasta que salga el sol?

Fuimos por la calle que daba al norte, una dirección que se alejaba de Edén y Sarren. No quería posponer la persecución, dejar que nuestra presa tuviera tanta ventaja. Pero Kanin insistió, y cuando Kanin insiste, no hay nada que hacer. Durante el resto de la noche, caminamos pasando por bosques y llanuras, y retazos de civilización, bien resguardada en la nieve y los bosques secos.

Kanin me ignoraba, caminando silencioso delante de nosotros sin mirar atrás. No es que su comportamiento fuera tan diferente del resto de días, pero ahora tenía esa sensación glacial e intocable. Se había desentendido de mí, por lo que parece. Me dije a mí misma que no me importaba. Los valores de Kanin ya no eran los míos. Y él se equivocaba conmigo. No estaba enterrando el dolor que me provocó esa noche en Nueva Covington, o usando al monstruo para protegerme del dolor. Simplemente había aceptado lo que era. Lo que debí haber hecho desde el principio.

—Entonces, hermana —dijo Jackal después de un rato, dejándose caer a un lado con su siempre presente sonrisa—. Parece que ahora estamos en el mismo barco. ¿Qué se siente al ser una de las muchas decepciones de Kanin?

—Cállate, Jackal —dije, más que nada por costumbre. Sabiendo que igualmente él no lo haría.

—Ah, no es para tanto —siguió Jackal, señalando en dirección a Kanin—. Ahora ya no tendrás que escucharle una y otra vez hablar de sus estúpidas bolsas de sangre y de “controlar al monstruo”. Se hace muy pesado después de unos meses. —Me enseñó una sonrisa traviesa—. ¿No es más fácil aquí abajo, hermana? ¿Ahora que te has caído de sus ridículas expectativas? Ya puedes empezar a vivir como un vampiro debería.

—¿Tiene algún propósito todo esta charla?

—En realidad, sí. —Su sonrisa se esfumó, y por un momento, casi se veía serio—. Quiero saber qué harás después de encontrar a Sarren y darle una paliza de muerte —dijo—. No espero que el anciano nos quiera cerca por mucho tiempo, y más ahora que has aceptado el hecho de que te gusta el sabor de la sangre, cosa que él suele desaprobar. ¿A dónde irás una vez acabe todo esto? Suponiendo que aún sigues con vida, claro. Y que nuestro querido sire no decida terminar con nosotros por “el bien común”.





—No lo sé —dije, ignorando esa última parte. No pensé que Kanin intentara matarme, pero... una vez trato de acabar con la vida de Jackal, hace mucho tiempo. ¿He caído tan bajo que Kanin cree que Jackal y yo somos iguales? ¿Errores que nunca debería haber traído a este mundo?— No sé dónde iré después de esto —volví a decir, perdiendo la vista entre los árboles. No me veía a mí misma quedándome en un solo lugar, no entre los humanos que me odiaban y me temían, y a quienes sistemáticamente mataría, uno a uno, para alimentarme. Quizás iría vagando de un lugar a otro, para siempre—. Supongo que no importa.

—Bueno, tengo una sugerencia —dijo Jackal, con un tinte de ironía en su voz—. Ven conmigo a Viejo Chicago.

Le mire sorprendida. Él parecía ir completamente en serio con la propuesta.

—¿Por qué? —pregunté con cautela—. Nunca te creí de los que comparte.

—Tú como que tienes memoria selectiva, lo sabes, ¿no? —Jackal sacudió la cabeza—. ¿Qué es lo que te he estado diciendo todo este tiempo, hermana? Te he hecho esta oferta antes, de hecho, muchas veces, pero estabas tan apegada a tus bolsas de sangre que ni siquiera lo pensaste. No, no toleraré a otros chupasangres en mi ciudad, pero tú no eres un vampiro sin clase cualquiera. Tú eres familia. —Sonrió ampliamente, mostrando la punta de sus colmillos—. Podríamos hacer grandes cosas, tú y yo. Piensa en ello.

Aún con cautela, le pregunté:

—¿Y qué son esas “grandes cosas” que acabaríamos haciendo?

Jackal soltó una risita.

—Para empezar —dijo—, una vez obtengamos la cura de Edén, podríamos empezar a trabajar con todo eso del ejercito de vampiros que te he estado contando. Podríamos tener nuestra propia ciudad de vampiros, y los otros príncipes se inclinarían ante nosotros. Podríamos gobernarlo todo, tú y yo. ¿Qué dices?

—¿Y tú compartirías todo eso? —Le miré con incredulidad—. ¿Y qué te detendría de clavarme un puñal en la espalda a la mínima oportunidad que hubiera algún desacuerdo?

—Hermana, eso me ha dolido. —Jackal me miró con sentida burla—. Haces que parezca alguien poco razonable. ¿No te parece suficiente que quiera conocer mejor a mi querida hermanita, él único familiar que me queda aparte de Kanin?

— No —dije, ahora incluso más cautelosa. Le miré, y él me sonrió casi inocente—. No intentes comprarme con toda esa mierda de la familia y la sangre. Nos echarías a los Rabids si pensaras que así sacarías algo de provecho, tú mismo lo dijiste. —Jackal resopló, pero no lo negó, y yo entrecerré los ojos—. ¿Cuál es el verdadero motivo para tenerme cerca?

—Porque, mi densa hermanita... —Jackal suspiró—. Confío en ti.





Casi me tropiezo del asombro. Me le quedé mirando, sin creer lo que acababa de oír, y él me miró con intensidad. Como si esto fuera muy molesto, y necesitara acabar de hablar de ello rápidamente.

—Porque sé que al menos tú no me darás la espalda si aparece algo mejor —explicó—. Porque tienes ese repugnante sentido de la lealtad que evita que te metas en problemas. Y porque no se te da tan mal pelear. —Su expresión se movía entre arrogancia y lástima—. He pensado que yo podría ser el tipo práctico lógico y listo y tú podías ser la guapa, impulsiva y sentimental, y entre los dos, estaríamos preparados para lo que venga.

—Así que me quieres cerca porque puedo pelear, y porque no te daré la espalda. —Mi voz hizo eco en mi cabeza, con un deje agri dulce—. Eso es un buen trato para ti. Pero veo que tú no haces esas mismas promesas.

Jackal se encogió de hombros.

—Míralo de esta forma, hermana —dijo, con sus ojos dorados observando demasiado mientras bajaba la vista—. Al menos no estarás sola.

Sus palabras provocaron escalofríos en mis entrañas. *Sola*. Volvería a estar sola otra vez. Después de que todo esto terminara, aunque acabemos con Sarren, volvería a donde empecé la noche que Kanin y yo huimos de Nueva Covington y nos separamos. No había vuelto más a la ciudad, pero no tenía ni idea de qué hacer. Sin sire, sin amigos y sin rumbo, vagué sin sentido por un mundo cruel y vacío, sin saber qué hacer o hacia dónde dirigirme. No sabía lo sola que había estado hasta que me topé con un grupo de peregrinos en busca de un místico paraíso. Ellos me dieron una meta, un propósito. Había hecho lo posible por llevarlos a Edén... pero ahora ya no estaban. Y una vez Sarren estuviera muerto, todo volvería a ser así. Kanin se marcharía y yo estaría sola de nuevo, vagando por el mundo. A menos que aceptara la oferta de Jackal.

—No sé —dije una vez más, haciendo que él volviera a suspirar—. Lo... pensaré.

—Piensa rápido —dijo Jackal, pero en ese momento, Kanin se detuvo en mitad del asfalto, observando algo bajo sus pies. Curiosos, avanzamos con prisa hacia él, saltando por encima del tronco de un árbol que había caído a la carretera. Habíamos estado siguiendo un sendero estrecho que atravesaba por unos bosques conteniendo todo lo de fuera mientras pasábamos, y las pocas casas que habíamos visto entre los anchos troncos no eran más que vigas podridas envueltas de vegetación. Nada se movía por aquí; incluso la fauna parecía estar dormida o hibernando, y la nieve lo cubría todo con un silencioso manto. Esperaba que Kanin supiera lo que estaba haciendo al llevarnos tan lejos.

Kanin no se había movido cuando llegamos, pero su mirada fue tras algo dentro del bosque. Mirando hacia la carretera, vi lo que le había hecho parar.

Un par de huellas rectas y estrechas cruzaban por la nieve, atravesando el camino, y subiendo por la ladera del bosque. Parpadeé. ¿Algún tipo de vehículo? Tendría que ser muy





pequeño para viajar por un bosque tan denso. Y también había huellas de animal de algún tipo entre las líneas. Al menos estaba segura que no eran de humanos.

—Una carreta con un caballo pasó por aquí —explicó Kanin, quizás al ver mi confusión—. No hace mucho. Tal vez unas pocas horas. —Volvió a mirar al bosque, y su voz se tornó grave de pronto—. Quien quiera que dejara estas huellas no puede andar muy lejos.

—Ya era hora —masculló Jackal a mi lado, y una malvada sonrisa asomó su boca mientras su mirada seguía a la de Kanin hacia el bosque. Sus ojos brillaron peligrosamente, y sus colmillos resplandecieron al sonreír—. Esperemos que haya más de uno. No me apetece compartir.

Hay humanos cerca. El Hambre se avivó al comprenderlo, retorcida y con dolor. Sentí que mis colmillos salían, mordiendo mi labio inferior, y de pronto resentí a los dos vampiros que tenía cerca, eran la competencia para conseguir mi comida.

—Vamos, pues —dijo Kanin, cauteloso. Salió de la carretera, encaminándose al bosque sin mirar atrás—. Acabemos con esto.





CAPÍTULO 3



El camino no nos llevó muy lejos.

Habíamos seguido las huellas por alrededor de doscientos metros por un bosque cuando los árboles empezaron a volverse más delgados y un pequeño campo se extendía frente a nosotros, delineado con leños cortados toscamente. El suelo pasando la barrera había sido pisoteado hasta volverse lodo, y cuando respiré profundo, capté el aroma familiar a estiércol y ganado pendiente en el aire helado. El prado, por supuesto, estaba vacío. Nadie dejaba a los animales domésticos afuera en la noche, por la misma razón por la que un humano nunca se aventuraba afuera de noche: serían desgarrados por los Rabids a la primera oportunidad.

Ansiosa, me quedé mirando el prado, buscando cualquier signo de que estos humanos pudieran estar vivos. Mientras viajaba con el grupo de Jebbadiah, nos habíamos encontrado con la granja de los Archer una noche, un caserío aislado rodeado por una valla protectora que mantenía a los Rabids a raya. Tanto el granero como la casa estaban junto al muro, y el clan Archer había sido capaz de moverse libremente incluso durante la noche, mientras se quedaran dentro de los límites.

Pero, para mi sorpresa, aquí afuera no había ningún muro, ni siquiera uno pequeño. Al borde del prado estaba una casa, con humo que salía en espirales desde su chimenea de ladrillo. Era oscura, de dos pisos y sin protección alguna, yaciendo descaradamente a campo abierto sin fogatas, portones, o cualquier cosa que la protegiera de los horrores que rondaban afuera.

—Bueno, esto es interesante —murmuró Jackal, reclinándose contra la valla con los codos sobre la barandilla—. No hay muro. Y no hay duda de que adentro hay bolsas de sangre, a menos que de pronto los Rabids hayan descubierto que no le temen al fuego. —Frunció el ceño, examinando la casa como si fuera alguna nueva curiosidad que nunca hubiera visto antes—. Entonces, me imagino que estos sacos de carne o son los hijos de perra más suertudos que hayan caminado sobre la faz de la tierra, o esa casa tendrá algunas feas sorpresas esperándonos. —Bufando, se separó de la barandilla, negando con la cabeza—. Claro, eso no va a importarnos. Como quiera voy a comérmelos. El cuánto dependerá de a qué grado me enojen para el momento en que entre.

Le gruñí, mi monstruo encabritándose en protesta.





—Será mejor que no los mates a todos —dije fríamente, haciéndolo alzar una ceja—. Al menos no hasta que yo haya terminado. Encuentra a tu propio humano de quien alimentarte, esta vez no voy a compartir.

—Oh, hermana —se burló Jackal, pretendiendo secarse una lágrima—. Escúchate, sonando igual a un vampiro de verdad. Estoy tan orgulloso.

—No vamos —dijo Kanin con una voz tranquila y terrorífica—, a matar a nadie. Ejecutar a hombres que nos están disparando es una cosa. No hay necesidad de masacrar un hogar de gente durmiente. Cuando nos separemos, ambos podrán hacer lo que deseen. Hasta entonces, como soy el más viejo y técnicamente el líder de este coven, haremos las cosas a mi modo. Si no pueden acatar esto, son libres de irse. No voy a detenerlos.

Una vez le había dicho esas mismas palabras a Jackal, quien había tomado la oferta y nos traicionó uniéndose a Sarren, solo para que al último minuto cambiara de bando una vez más. Pero ahora la oscura mirada de Kanin estaba dirigida solo a mí, fría e inflexible. Esto hizo que sintiera un repentino retortijón en el estómago. Mi sire no confiaba en mí; en verdad me había puesto en la misma categoría que Jackal, el vampiro a quien una vez había despreciado por tratar a los humanos como comida. Las palabras de Jackal regresaron para burlarse de mí: *“Eso es lo que me gusta de ti, hermana. Tú y yo; somos exactamente iguales”*.

Él tenía razón. Mi despiadado hermano de sangre, un asesino, había tenido razón todo el tiempo.

Me encontré con la penetrante mirada de Kanin y me encogí de hombros.

—Bien —dije, igualando mi frialdad a la suya—. Tu punto está claro. Trataré de no matar a las bolsas de sangre.

Un parpadeo de lo que pudo haber sido dolor cruzó la impasible cara de Kanin ante mi última frase. Ese último término, uno que nunca antes había usado. *Bolsas de sangre*.

Entonces Jackal se rió disimuladamente, lanzándole a Kanin una mirada maliciosa.

—Aw, ¿qué sucede, anciano? —preguntó—. ¿No esperabas que tu pequeño engendro cayera tan lejos del árbol? ¿De verdad esperabas que conservara tu moral tan ridícula e inconveniente? —Me dio una mirada de reojo—. Abre tus ojos Kanin. Tu engendro del infierno favorito es un demonio, justo como el resto de nosotros. Sólo que ahora ella por fin se dio cuenta de ello.

Kanin nos miró fijamente con las facciones una vez más frías y remotas, después nos dio la espalda.

—Haremos esto rápido y en silencio —dijo, siguiendo las huellas de la carreta alrededor del prado hacia la casa—. Vayan, tomen lo que necesiten, y salgamos de aquí. Podría haber guardias cerca, así que tengan cuidado.





Cuando nos acercamos a la monstruosa casa que yacía al borde del prado, la razón por la que no estaba rodeada por un muro se volvió clara. No lo necesitaba.

De cerca, el edificio era una fortaleza. Las paredes eran de ladrillo, reforzadas en algunos lugares con barras de metal y placas. Una amplia zanja rodeaba la casa entera, con postes afilados de metal que salían del suelo y se entrecruzaban. Las ventanas tenían barras de hierro a través de ellas, y las puertas dobles, pesadas, blindadas y con placas de metal, parecían capaces de soportar el ataque Rabid más violento.

Pero nada de eso detenía a los vampiros.

—Son unos bastardos creativos, ¿no lo creen? —reflexionó Jackal mientras rodeábamos la casa en silencio, buscando accesos de entrada, un punto débil en potencia que pudiéramos explotar. No había muchos; cada ventana tenía barras, la puerta trasera blindada y picas rodeaban el perímetro, incluso el techo—. Si no estuviera planeando comerme a las bolsas de sangre, podría estar impresionado. Como lo hago, esto es solo molesto. Oye, Kanin —lo llamó susurrando más fuerte, mirando al otro vampiro a unos cuantos pasos—, ¿sigues en ese plan de mierda de “entrar en silencio e irse”? Porque justo ahora estoy pensando que un acercamiento tipo “rompan la puerta” funcionaría mejor.

Kanin se detuvo al borde del foso y examinó sus alrededores con calma. Mi demonio estaba intrigado por el acercamiento que sugirió Jackal, cualquier cosa que nos hiciera entrar a la casa más pronto, pero el vampiro Maestro de repente saltó la zanja de siete metros como su fuera una grieta en la banqueta, aterrizando con gracia al otro lado sin empalarse a sí mismo en las picas. Sujetó las barras de metal frente a la ventana y las separó con tanto esfuerzo como doblar un cable, y se metió por la abertura. Jackal bufó.

—Supongo que también podrías hacer eso.

Seguimos a Kanin dentro de la casa, saltando sobre la zanja, evitando de alguna manera las picas puntiagudas que nos esperaban al otro lado, y deslizándonos a través de la ventana. El interior era espacioso y limpio, con pisos de madera y muebles simples y antiguos, y con brazas ardiendo en la chimenea. Habíamos entrado en lo que parecía la sala, con la cocina a un lado, un pasillo oscuro junto a ella, y una serie de escaleras hacia el segundo piso en el centro de la habitación. Respiré profundo y capté una mezcla de aromas de humo y madera cortada, ganado y polvo, y el distintivo olor de criaturas de sangre caliente. El Hambre se despertó con venganza, y me tragué un gruñido de impaciencia., sintiendo que mis colmillos salían de mis encías.

Kanin era una figura oscura contra el muro que nos hizo un gesto para que guardáramos silencio, su mirada era dura. Me mordí el labio tratando de calmarme, aunque el Hambre se rehusaba a ser ignorada, ahora que la presa estaba tan cerca. El vampiro Maestro apuntó con dos dedos al final del pasillo, después arriba de las escaleras. Cuatro humanos: dos en el





primer piso y otros dos arriba. Todos dormían, pensando que esta casa fortificada los mantendría a salvo.

Tal vez de los Rabids, pero no de mí.

Jackal me dirigió una dura mirada amarilla que muy claro significaba *no me sigas* y rondó lejos por el pasillo, sin hacer ruido en el piso de madera. Lo observé irse, aliviada que se quedara fuera de mi camino, y me dirigí hacia las escaleras en el centro de la habitación. Sentí que Kanin me miraba cuando empecé a subir, pero entre el Hambre y la anticipación al final de la caza, apenas lo noté.

Subí al segundo piso, tan silenciosa como un fantasma, y el Hambre se volvía más fuerte a cada paso que daba. Hasta que era un fuego oscuro y rugiente que me consumía. Mis colmillos presionaban contra mi labio inferior, ansiosos por rasgar y desgarrar, por encontrar a un humano y liberar el torrente de poder que corría por sus venas. Había sofocado el Hambre tantas veces, negando mi naturaleza y monstruo interior. La vieja Allison, luchando desesperadamente por mantenerse humana.

Ya no más. Era un vampiro, y conocía el resultado de esta caza. Era tan fácil dejar ir mi conciencia humana y emociones, dejar que el monstruo liderara el camino. No sabía por qué había sido tan terca, cuando el tratar de seguir siendo humana no me había traído otra cosa más que desgracia. No me expondría a ese tipo de dolor otra vez.

En la cima de las escaleras se abría un pasillo ante mí, el cual tenía dos puertas de madera idénticas una frente a otra. Una estaba parcialmente abierta, revelando un baño. La otra estaba firmemente cerrada, pero podía escuchar el débil sonido de unos ronquidos a través de ella.

Sonreí. Llegué hasta la puerta, giré la perilla y la empujé con suavidad. Crujió al abrirse, revelando una pequeña recámara envuelta en sombras. Había un ropero, un espejo y un tocador a un lado, y dos mugrientas ventanas protegidas con barras al otro. La pálida luz de la luna se filtraba a través de las cortinas rasgadas y tocaba el pie de una gran cama en la esquina. Podía ver un bulto bajo las sábanas y una cabeza que descansaba sobre una almohada, con el cabello oscuro derramándose por el borde. El Hambre resurgió con un rugido.

Me adentré a la habitación y cerré la puerta detrás de mí con un leve clic. Apenas podía contenerme para no abalanzarme a través de la habitación con un gruñido y enterrar mis colmillos en el cuello expuesto, abrirlo con un mordisco, derramando sangre caliente sobre las sábanas blancas. Pero Kanin desaprobaría una masacre violenta y sangrienta, y además yo no dejaría que el Hambre sobrepasara mi voluntad. Podía ser un monstruo, pero no era un animal.

Caminé a través de la habitación con pasos deliberados hasta que estuve al borde del colchón, mirando hacia abajo. Ahí yacía una mujer con cabello largo y suelto, respirando pacíficamente. Aunque su rostro era joven, tenía líneas y ojeras, con la frente arrugada en un leve y constante ceño. Me quedé ahí parada, con mi sombra cayendo sobre la cama,





observando a mi presa dormir, sintiendo el Hambre arder como fuego por mis venas. La sentía golpear las barreras de mi mente, aullando hacia mí para que la alimentara, para que desgarrara a mi presa y pintara las sábanas con sangre. Y aun así, esperé.

En el momento en que supe que podría darme la vuelta e irme, dejar la habitación y a sus ocupantes indemnes, atacué.

Moví el largo cabello a un lado con gentileza, teniendo cuidado de no despertar a mi presa, separé los labios, me incliné, y hundí los colmillos a un lado de su cuello.

Se puso rígida por un instante, se le escapó un diminuto jadeo, antes de hundirse aún más en la almohada y el semi-delirio que causaba la mordida de un vampiro. Gloriosa sangre caliente me llenó la boca y gruñí en éxtasis, hundiendo mis colmillos todavía más profundo. El Hambre bramaba mientras bebía de mi presa, queriendo más, siempre más. Nunca estaba satisfecha. Llegué a un punto en el que estaría saciada por otras dos semanas, donde el Hambre sería demandante y constante, pero no abrumadora. Donde, si extraía mis colmillos y me iba ahora, mi presa estaría débil y cansada por la pérdida de sangre, pero seguiría viva.

Cerré los ojos... y seguí bebiendo. Continué alimentándome deseando nunca parar. Me llené de calidez y poder, intoxicante y abrumador, y no me resistí. El demonio y el Hambre lo aprobaron, aullaban de alegría, sofocando cualquier pizca de culpa o remordimiento que pudiera sentir. Kanin estaría disgustado de que hubiera matado a esta mortal, que la hubiera drenado hasta dejar una cáscara de lo que era, pero ya lo había decepcionado más allá de cualquier reparo. La única persona por la que quería conservar mi humanidad se había ido. Bien podía sucumbir a mis instintos más básicos de una vez por todas y aceptar que sin importar lo que hiciera, siempre sería un monstruo.

La humana debajo de mí se puso blanca, la piel tomó un matiz mortal. Hizo un pequeño sonido entrecortado, un nombre susurrado a través de labios pálidos, como si estuviera atrapada en una pesadilla. La ignoré, hundiendo mis colmillos más profundo, y continué alimentándome. Esto terminaría pronto. Después de esto no tendría más pesadillas.

—¿Mami?

La voz apagada que venía a través del pasillo era apenas más que un susurro, pero me dio una advertencia suficiente. Retraje mis colmillos y sellé con rapidez las heridas de punzón al presionar mi lengua contra la garganta de mi víctima, justo cuando la manija detrás de mí hizo clic y giró. Cuando la puerta empezó a crujir abriéndose, me erguí, me lancé a través de la habitación con velocidad y gracia vampírica y me escondí en el ropero.

Después, cuando reflexioné sobre mis acciones, no sabía *por qué* había elegido huir, esconderme. Tal vez después de todo sí era culpa, no querer que nadie me viera alimentarme de un humano. La vergüenza de lo que tenía que hacer para sobrevivir. O tal vez ahora era sólo hábito. Pero cerré la puerta detrás de mí, dejando solo una pequeña ranura para ver a





través, y me cerní en la oscuridad. Literalmente un monstruo en el ropero, mirando y esperando.

A través de la rendija de la puerta vi una pequeña figura en un pijama desgarrado color azul caminar en silencio a través de la habitación y pararse a un lado de la cama. Estaba pequeña, no tendría más de ocho años, con cabello oscuro y fibroso que le caía hasta los hombros y brazos delgados como los de un pájaro. Esos brazos estaban envueltos alrededor de una clase de criatura rellena y abultada, sosteniéndola apretada contra su pecho, mientras gateaba subiendo por el colchón, con ojos grandes y asustados. Era extraño, pero aunque sabía que nunca había visto a esta niña antes, sentí que la reconocía, lo que me hizo fruncir el ceño. Esta escena era de alguna manera... familiar.

—¿Mami? —La niña se cernía al borde de la manta, aferrándose a su cosa rellena—. Tuve una pesadilla y me desperté. ¿Mami?

Sus susurros se volvieron más fuertes y asustados cuando la figura en la cama se rehusó a moverse. Al final, la pequeña estiró su bracito y sacudió el de la mujer.

—¡Mami!

—¿Mmm? —Por fin la figura bajo la manta se movió; una cabeza oscura se elevó de la almohada para mirar a la niña. Estaba muy pálida: su piel había tomado un tono gris insano. Pero al ver a la niña, se enderezó más y estiró una mano para acariciar el cabello de la niña—. ¿Abigail? ¿Qué pasa, cariño?

De repente no podía respirar bien. Algo apretaba mi corazón y hacía que mi garganta doliera con anhelo. Memorias de otro tiempo, otra vida, muy parecida a esta. Una pequeña habitación, cortinas andrajosas que ondeaban en la brisa helada, una mujer y una niña en una cama...

Me cerré a esas memorias, aterrorizada, empujándolas de regreso a donde vinieron, tratando de enterrarlas una vez más en la oscuridad. No *quería* recordar. Sabía, con una terrible certeza, que si recordaba, algo dentro de mí se desvelaría, y no quería enfrentarme a las consecuencias de lo que saliera a la luz.

La pequeña sollozó y murmuró:

—Tuve una pesadilla. Soñé que había Rabids subiendo por la ventana. Me asusté y vine a buscarte, pero no podía despertarte.

—Ven aquí, mi amor —dijo la mujer, esforzándose por enderezarse. Sus brazos temblaron cuando se forzó a incorporarse, recostándose contra la cabecera. Pero no parecía notar o interesarse por su repentina debilidad cuando palmeó su lado para que la niña se sentara—. Súbete conmigo. ¿Quieres que te cuente un cuento?

Mi estómago se revolvió, y ese puño helado estrujó mi corazón muerto.

¿Quieres que te lea un cuento, Allison?





Tomé un paso hacia atrás, alejándome de la habitación. La mujer y la niña se desvanecieron de mi vista, pero eso no detuvo la comprensión. Ahora las reconocía. Sabía porqué esto se sentía tan familiar.

Era yo. Esta escena: la niña en la habitación con la cama y las cortinas andrajosas... era yo. Era obvio que no era el mismo lugar, ni las mismas circunstancias, pero podía verme a mí misma en la pequeña; una delgada niña desamparada de apenas diez años, subiéndome a la cama con mi madre. Escuchando su voz suave mientras me leía una historia que había escuchado una docena de veces antes.

El dolor del anhelo se extendió, haciéndose más fuerte, y me mordí el labio para mantener bajo control unos celos repentinos. Con puños apretados, escuché a la niña treparse a la cama con su mamá y acurrucarse contra ella bajo las sábanas. Recordaba haber hecho eso mismo, una vez. Sentirme en paz y contenta, sin más miedo, porque mi mamá estaba justo ahí, sosteniéndome. Fuera de ese cuartucho, los vampiros rondaban en la noche, y los humanos se aprovechaban el uno del otro cuando podían, pero cuando estaba con ella, sabía que estaba a salvo.

Aunque todo fuera mentira. Cuando vivías en una ciudad vampiro, nunca estabas seguro. Aunque mi madre siguió las reglas y fuera una Registrada, aunque hubiera dado sangre fielmente cada vez que fue requerida, aun así vinieron por ella cuando estaba demasiado débil para salir de la cama. Habían tomado su sangre, sin importarles que estuviera enferma, sin importarles que una aterrorizada niña de diez años los observara desde una esquina, juzgando en silencio. Odiando. Sin importarles que, después que se fuera, la niña hubiera visto desvanecer a su madre a la nada, que estuviera sola en las calles. Y ese odio, sembrado en su interior cuando las mascotas de los vampiros forzaron su entrada en su casa, fuera a crecer hasta convertirse en una ardiente determinación que la mantendría con vida cuando la mayoría hubiera muerto. Nunca se sometería a los vampiros. Nunca les daría sangre. Y los odiaría por el resto de su vida. Porque había observado a la cosa más importante de su vida marchitarse y morir... para *alimentarlos*.

Justo como esta niña.

Oh, Dios. Me alejé de la puerta tambaleándome, empujando a un lado el puñado de abrigos y vestidos en el ropero conmigo, y colapsé contra la pared. Me llené de horror y conmoción, que se fueron abriendo paso a través del frío aturdidor, haciendo añicos el vacío de una vez por todas. *Estoy... estoy haciendo exactamente lo mismo. Esa niña ahí dentro podría ser yo. Y yo...*

Me había convertido en ese monstruo. En la cosa que más odiaba en el mundo. El demonio que se alimentaba de humanos y no le importaba lo que dejaba atrás, una familia rota, un padre angustiado... una pequeña niña que solo tenía dolor y odio para sostenerla.





Enferma, me deslicé por la pared hasta que quedé sentada en la esquina, mientras los murmullos de la mujer y la niña llegaban a través de la puerta cerrada. *¿Qué me sucedió?*, pensé con desesperación entumecida. *¿Qué infiernos estoy haciendo?*

El monstruo gruñó, molesto y consternado, recordándome que era un vampiro. Estaba en mi naturaleza cazar, matar y destruir. Las emociones humanas no eran nada para mí. Los mortales eran la comida, la presa, nada más. Sentía su fría apatía hacia la escena que transcurría afuera, la fría y bienvenida indiferencia, y solo por un momento me balanceé en la línea otra vez: dejar que el monstruo me protegiera del dolor, del duelo y la horrible y aplastante culpa que empezaba a emerger de la oscuridad. *Estás más segura en la oscuridad*, susurró el demonio, calmante y tentador. No sentiría nada, no recordaría nada. No tendría que enfrentarme a la razón por la que había sacrificado mi humanidad. El porqué había dejado que el monstruo ganara.

El porqué...

Mi mano cubrió mi cuello, encontrando la delgada cadena de plata que ahí descansaba, trazando la forma de la pequeña cruz de metal bajo mi camiseta. Y sólo con eso, todos mis recuerdos de *él* regresaron precipitadamente.

Oh, Zeke.

Mis ojos picaban, cubriendo mi visión de una capa roja y borrosa. El nudo en mi pecho se deshizo, la barrera que mantenía mis emociones a raya se desvaneció en la sombras, liberando todo en un torrente. Y en ese ropero diminuto, con los humanos que casi había asesinado murmurando justo afuera de la puerta, puse mi cabeza sobre mis rodillas y me sacudí con sollozos silenciosos. Por el horror de lo que era, de lo que casi me había convertido. Por la vergüenza de mi humanidad perdida, incluso si fue sólo por un momento.

Y por Zeke. Lloré por el chico que había perdido, el humano que había creído que yo era más que un monstruo, incluso si yo misma no podía creerlo. Nunca me pude despedir de él de forma apropiada, nunca me dejé a mí misma hacer duelo por su muerte antes de esta noche. La venganza había sido lo único en mi mente, mi odio absoluto por Sarren lo que me hacía avanzar. Ahora dolía, el darme cuenta que Ezekiel Crosse de verdad se había ido, y nunca lo volvería a ver. En este mundo o el siguiente. Porque estaba segura que el alma de Zeke había ido a su lugar de descanso final, muy lejos de la miseria de este infierno olvidado por Dios, un lugar donde los demonios, monstruos y criaturas de la noche sin alma nunca podrían ir. Ahora estaba a salvo, de verdad a salvo. Estaba con su padre y todas esas personas que había perdido en su camino a Edén, y ellos nunca tendrían que volver a sentir miedo de algo.

Las sangrientas lágrimas se fueron deteniendo de forma paulatina hasta que al final se detuvieron, dejándome vacía y drenada en esa pequeña esquina. Mi cara se sentía pegajosa, mi garganta dolía, y mi pecho se sentía apretado. Pero, por primera vez desde que dejé Nueva Covington, podía enfrentarme al horror de lo que había pasado en ese laboratorio sin caerme a





pedazos. Por fin podía recordar a Sarren torturando a Zeke por información sobre Edén y la cura, el llanto angustiado y los gritos de Zeke, ese brillante y terrible momento en que él había susurrado... que me amaba. Justo antes que Sarren lo matara.

Me preguntaba si podría verme ahora, si estaría horrorizado y decepcionado de la cosa en la que me había convertido. ¿O me había olvidado? Tal vez ni siquiera recordaba su vida mortal. Tal vez todo el dolor, pesar y oscuridad que había soportado no era nada más que un sueño que se iba desvaneciendo allá en donde estaba. Eso esperaba. Quería que olvidara. Era mejor así, que olvidara este mundo con sus monstruos, demonios y oscuridad que asfixiaban cualquier esperanza o calidez por diminuta que fuera. Yo todavía tendría que soportarlo, por la eternidad.

La amargura se unió al remolino de dolor y remordimiento. Kanin y Jackal habían tenido razón; me había estado escondiendo de esto, dejando que el monstruo me protegiera del dolor, porque no quería enfrentarme a la verdad. Zeke estaba muerto. Tenía que dejarlo ir.

Tallándome los ojos, me puse de pie, aunque me pesaran el dolor, la vergüenza y un centenar de emociones más. Esta vez les di la bienvenida. Aunque fuera doloroso. Aunque al recordar me hiciera sentir como si nunca fuera a sonreír otra vez. Significaba que una pequeña parte de mí seguía siendo humana. Esta noche había estado tan cerca del abismo, en ese borde del no retorno, tal y como Kanin me había advertido. ¿Qué habría pasado si el monstruo hubiera en verdad ganado?

Sacando la cadena, cerré los dedos alrededor de la cruz de Zeke, cerrando los ojos. Los bordes se presionaron contra mi palma mientras me forzaba a recordar lo que me había dicho una vez. *"No eres malvada"*, había susurrado mientras esos solemnes ojos azules me miraban fijamente, viendo a través de cada defensa que tenía. *"Nadie que lucha tan fuerte por hacer lo correcto es malvado"*.

Tenía que creerlo. Tenía que creer que *algo* dentro de mí seguía siendo humano, que no era un completo monstruo.

Mantenme humana, Zeke, pensé, sintiendo una llamarada aguda de determinación a través de la culpa y arrepentimiento sofocantes. Mis ojos ardieron otra vez, pero me mordí el labio yforcé las lágrimas a que retrocedieran. *Lo juro, seguiré luchando. No olvidaré otra vez.*

Cuando me asomé a través de la puerta del ropero, vi que la mujer y la pequeña se habían quedado dormidas, la madre enroscada de forma protectora alrededor de la niña. Las observé en silencio cuando me deslicé por la puerta, sintiendo un dolor agudo de anhelo cuando recordé a mi madre haciendo lo mismo. La pequeña sorbió por la nariz y se acurrucó más cerca; su rostro estaba en calma y feliz, libre de todo miedo o preocupación, y sonreí con tristeza.

Después me di la vuelta y me deslicé en silencio fuera de la habitación, hasta el rellano y bajé por las escaleras hasta el primer piso.





Ena figura oscura me esperaba frente a la ventana, una silueta contra el vidrio. Como siempre, Kanin no daba indicios de lo que sentía, de lo que pensaba que había estado haciendo, de si estaba molesto porque me hubiera tomado tanto. Sus ojos estaban en blanco mientras me acercaba, y no pude encontrarme con su mirada, mirando al piso cuando me paré a un metro de distancia.

—¿Terminaste? —Su voz era apenas un murmullo en el silencio inminente. No podía estar segura, pero pensé que había escuchado el indicio más pequeño de esperanza, una última y terca plegaria, debajo de esa silenciosa superficie. Rezando porque estuviera equivocado—. ¿La mataste?

Negué con la cabeza.

—No —susurré, y por fin levanté la mirada hacia él—. No lo hice. No... —Un rostro surgió en mi cabeza, ojos azules brillantes mientras me sonreía, y tragué duro—. No pude.

Kanin no respondió, pero pude sentir que la tensión lo dejaba cuando le dije esto. Pero sólo asintió.

—Entonces vámonos —murmuró, girándose hacia la ventana—. Jackal nos está esperando por la cerca. Para este momento Sarren debe haber tomado una buena ventaja. Necesitamos encontrar su rastro otra vez y dirigirnos a Edén.

Seguí a mi sire entumecida, salimos por la ventana al borde de la casa, donde el vampiro Maestro puso las barras en su lugar una vez más. Después de saltar la zanja, miré alrededor y noté una nueva pila enorme de madera que había sido apilada a un lado del tocón de cortar, y sonreí. El “pago” de Kanin de esta noche, *“por el daño que nuestras acciones pudieran causar”*, en sus propias palabras. Tal vez debería hacer algo también, dejar algo atrás que pudiera ayudar.

—Me he encargado de ello, Allison —dijo Kanin detrás de mí, como si leyera mis pensamientos—. Aunque leña y el suministro de carne por un día nunca sería compensación por la pérdida de un miembro de tu familia. Me alegro que no hubiera llegado a eso.

—Sí —susurré, sintiendo el ardor de la vergüenza extendiéndose otra vez a través de mí. Sentí sus ojos en mí y me pregunté, brevemente, si alguna vez me ganaría la confianza de Kanin otra vez, si alguna vez me vería de la manera en que lo hacía antes.

—Lo siento, Kanin —dije con voz suave, sin mirarlo. No tenía que decir más; él sabía a qué me refería. *Por todo. Por ser un monstruo. Por dejarme a mí misma convertirme en un monstruo. Por decepcionarte y dejarte pensar que habías fallado. Sé que tú, de todas las personas, nunca quiso verme de esta manera. Como Jackal.*

Kanin me observó en silencio. Sólo el tiempo suficiente para hacerme preguntarme si era demasiado tarde, si se había dado por vencido en cuanto a sus dos descendientes se refería. Entonces sentí su presencia detrás de mí, sus fuertes manos descansando sobre mis hombros.





—Todos tenemos remordimientos, Allison —dijo con una voz insoportablemente gentil—. Todos hemos sucumbido a la oscuridad y al monstruo. No hay ningún vampiro en el mundo que no lo haya hecho. Incluso James tiene cosas en su pasado que cambiaría si pudiera. Lo importante es que no dejes que esas cosas te definan. James dejó de luchar hace mucho tiempo. Para ti y para mí, es una batalla constante cuesta arriba para no dejarnos vencer, para no convertirnos en ese demonio, y así será por toda la eternidad. No te mentiré y diré que se vuelve más fácil.

»Pero —continuó en la misma voz gentil—, tú has logrado algo que pocos vampiros han conseguido, has elegido amaestrar tu demonio, recordar tu vida antes de que te volvieras inmortal. Aunque es duro. Aunque el Hambre siempre te dirá que es más fácil rendirte, no recordar nada de tu humanidad. Es la razón por la que te dije, desde el principio, que siempre serás un monstruo. —Su voz, que ya era baja, se volvió aún más suave—. Había esperado que, cuando te convirtiera, escogieras un camino más noble que el de James, que fueras lo suficientemente tenaz para conservar alguna semblanza de humanidad. Esperaba que, si te enseñaba bien, tu voluntad para vivir te ayudaría en la lucha para contener a la bestia. —Entonces el fantasma de una sonrisa se escuchó en su voz, y dejó caer los brazos—. Ahora resulta que subestimé en grande esa terquedad.

—Sí, bueno... —El indicio más pequeño de una sonrisa tiró de una esquina de mis labios, a pesar de la culpa aplastante—. Tuve un estupendo maestro.

La voz de Kanin volvió a la normalidad.

—Dejando a un lado las circunstancias, caminaste por el borde esta noche, miraste a la oscuridad a la cara, y le diste la espalda. No diste ese último paso para convertirte en un monstruo. Eso no significa que no pasará otra vez, en algún momento del futuro. Siempre lucharás contra ello, porque nunca estamos lejos de ese borde, y es una línea muy delgada entre un humano y un demonio. Un día puedes llegar a traspasarla, pero hasta entonces, debes estar muy segura: ¿Es este el camino que quieres tomar?

—Sí —dije de inmediato—. Lo es.

Esta vez no había duda. No vacilé. Aunque doliera, aunque el recordar a Zeke desgarrara mi corazón en un millón de pedazos, no dejaría que esta cosa ganara. Y si eso significaba luchar contra el monstruo hasta el final de los tiempos, eso es lo que iba a hacer.

Sentí un breve y ligero toque sobre mi hombro antes de que Kanin retrocediera.

—No esperaba menos —dijo, casi inaudible—. Y, conociéndote, tal vez seas la primera en conseguirlo. Vamos —continuó, alejándose caminando de la casa y sus residentes, todos aún con vida e inconscientes de cuán cerca estuvieron de morir esta noche—. Nos tomará el resto de la noche regresar a nuestro camino original. Y Sarren nos ha tomado una ventaja aún más grande ahora. Si vamos a tener cualquier esperanza de detenerlo, necesitamos apresurar el paso.





Asentí y me apresuré detrás de él, y juntos caminamos a través del jardín nevado, hacia el campo y el bosque tan confuso más allá. De regreso a la carretera, y al camino que nos llevaría a Edén.





CAPÍTULO 4



—No puedo creer que me hayas traicionado y otra vez seas toda bonachona.

Otra vez estábamos en camino, y el bosque por fin empezaba a desaparecer. Aunque seguía envolviendo sus garras alrededor de todo lo que podía tocar, a través de los árboles ya veíamos más casas y edificios semi-enterrados en la nieve que se aferraban a la existencia. Esqueletos oxidados de autos estaban dispersos por la carretera, aunque por lo general del otro lado, dirigiéndose lejos de nosotros. Por experiencia, eso significaba que nos estábamos acercando a una ciudad, pero todas las noches se me habían revuelto y no tenía ni idea de cuán cerca de Edén nos encontrábamos. Si es que estábamos cerca.

—Así que, todos esos planes que hicimos: encontrar la cura, hacer un ejército de no muertos, nuestra propia ciudad vampiro, todo se ha ido volando por la ventana, ¿no es así?

—Sí. Ya te había dicho antes que no quería ninguna de esas cosas.

—Típico —resopló—. Qué tonto fui al pensar que tenías potencial. Pensé: *Por fin se ha dado cuenta que es un vampiro. Ya estamos llegando a algún lado.* Pero ahora no eres más que un gran conejito pachoncito con dientes afilados.

—¡Cállate Jackal!

—Si ustedes dos no paran —dijo Kanin sin voltear a vernos—, voy a encontrar otro camino a Edén sin ustedes. James, ya han pasado dos días. Supéralo.

—Lo que digas, anciano —dijo Jackal poniendo las manos en alto en señal de rendición—. Pero no sé ni por qué te quejas. Tu pequeño engendro está de regreso. Debes estar tan orgulloso.

—¿Qué sucede James? —No pude evitar sonreír cuando volteé a verlo—. No me digas que estás celoso.

Resopló.

—¿De ti? No me hagas reír, hermanita. Si siento algo justo ahora, es pena. Yo... espera un segundo. —Se detuvo en el medio de la calle mirando alrededor, haciendo que Kanin y yo también paráramos. Sus ojos dorados barrieron sobre una vieja señal de carretera, la cual estaba en su mayoría corroída por el óxido e ilegible—. Reconozco este pueblo —murmuró, mientras Kanin y yo mirábamos alrededor con cautela—. Sé en dónde estamos. Estas son las afueras del Viejo Chicago.

Lo miré fijamente.





—¿Estás seguro?

—Sí, hermana. Creo que conozco mi propio territorio. —Jackal sonrió y sus ojos brillaban ansiosos cuando miró hacia el final de la carretera—. No hay duda. Si seguimos este camino por otros dos días, llegaremos a Chicago, justo en el corazón de Ciudad Raider.

—Me alegro por ti —dije, aunque el pensar en acercarme a otro territorio vampiro, especialmente al territorio de *este* vampiro, me ponía nerviosa—. Por fin podrás ir a casa. Estoy segura que tus asesinos amigos raiders estarán encantados de verte otra vez.

—Oh, estoy seguro que no podría importarles menos —respondió Jackal ondeando la mano en el aire. Se rió ante mi mirada sorprendida—. Por favor hermana. Puede que sea un bastardo egoísta, pero no estoy ciego. Mis secuaces me siguen porque les he prometido poder, libertad, y toda la carnicería que puedan soportar. Y porque le arrancaré la cabeza a cualquiera que ose desafiarme. Si nunca regreso, ellos no sentirán ninguna pérdida. Harán lo que siempre han hecho. Así que sí...— Se encogió de hombros—. No guardo ninguna ilusión de que me reciban con flores y cachorros cuando regrese. Sin embargo, es un buen lugar para conseguir un aperitivo, un lugar para dormir que no sea asqueroso, y tal vez hasta un par de motos para el camino. Podemos ahorrarnos un montón de tiempo para llegar a Edén si no vamos a pie.

Él tenía un punto. Perseguir a Sarren sería más fácil si tuviéramos un vehículo que funcionara. Y, no mentiré, el pensar en conducir una motocicleta otra vez era tentador. Había “pedido prestada” una de los raider la última vez que estuve en Viejo Chicago, descubierta la emoción de ir a toda velocidad por una autopista desierta. La verdad es que nada se compara.

Kanin entrecerró los ojos, luciendo indeciso.

—¿Y qué pasa si Sarren llegó ahí antes que nosotros? —preguntó.

Jackal resopló.

—Entonces o está más loco de lo que pensé o es suicida. Ni siquiera Sarren puede vencer a una ciudad entera de esbirros armados y sedientos de sangre. —Hizo una mueca de desdén—. Y si puede, entonces tendrás que perdonarme, porque en ese punto voy a mandarlos al infierno a ustedes dos, pueden perseguirlo sin mí. Aunque no creo que eso vaya a ser un problema. Mis esbirros son estúpidos y salvajes, pero tienen una cosa que los hace semi-útiles: hay un jodido montón de ellos. —Sonrió y cruzó los brazos—. Si Sarren quiere invadir mi ciudad, es bienvenido a intentarlo. Mis esbirros no son una bola de bolsas de sangre cobardes, y cuatrocientos raiders con armas automáticas son un reto para cualquier chupasangre, esté loco o no. Los extraños siempre son recibidos de la misma forma: con un montón de plomo a través del cerebro.

—¿Y qué hay de mí? —pregunté frunciéndole el ceño—. Estoy muy segura que tu ejército no ha olvidado lo que pasó cuando llegué a Viejo Chicago. La última vez que pasé por ahí, trataron de matarme.





—Dales un poco de crédito, hermanita. —Jackal me puso los ojos en blanco con exasperación—. Quemaste mi teatro hasta los cimientos y mataste a un gran número de ellos mientras salías. Lo cual, siendo honesto, aún me molesta. Sucede que me gustaba ese teatro.

»Pero no te preocupes —continuó, confiado y con despreocupación—. Estás conmigo, y la única forma en que mis esbirros te disparen es si les doy la orden. Son un grupo estúpido, pero conocen su lugar en la cadena alimenticia.

—Sólo no te hagas ideas —le gruñí—. En realidad, no sé si me gusta la idea de entrar a tu ciudad de asesinos sedientos de sangre. Ya nos has apuñalado por la espalda antes, ¿qué te detiene de hacerlo otra vez?

—Nunca dejarás de echármelo en cara, ¿verdad? —Jackal me miró molesto—. Aunque es probable que haya evitado que Sarren convirtiera tu pequeño escondite en una cámara de tortura. Todos parecen olvidar esa parte. ¿Te mataría tener un poco de fe en tu hermano mayor?

—Podría.

—Bueno, tendrás que arriesgarte, ¿no es así?

Hice una mueca y miré a Kanin, quien estaba parado a un metro de nosotros, observando a sus descendientes discutir con una expresión estoica.

—¿Kanin? ¿Tú qué opinas?

El vampiro Maestro suspiró y dijo:

—Si ya nos estamos dirigiendo en esa dirección, no veo ninguna razón por la cual no deberíamos ir a través de Viejo Chicago. Si podemos procurarnos un vehículo y llegar a Edén en menos tiempo, el desvío valdrá la pena. Pero... —Y su frente se arrugó un poco cuando miró a Jackal—. Temo lo que podamos encontrar cuando lleguemos a la ciudad —reflexionó, ignorando la mirada desdeñosa del otro—. Esperemos que Sarren haya dejado a tus humanos en paz.

Reanudamos nuestro camino, y ahora que sabía en dónde estábamos y a dónde nos dirigíamos, ciertas cosas del camino empezaron a parecerme familiares. Creí reconocer una curva en la carretera, un auto oxidado medio enterrado en malezas y nieve al otro lado del pavimento. Me pregunté si no los habría pasado cuando iba hacia Viejo Chicago por primera vez. Se sentía como si hubiera sido en una vida anterior aunque fuera hace apenas unos meses.

Llegamos a otro pueblo que estaba vacío y desértico como los anteriores. Pero mientras caminábamos por las calles resquebrajadas y cubiertas de nieve, pasando por viejas estructuras cubiertas de nieve que se caían a pedazos, algo se sentía extraño. La sensación de déjà vu se volvía cada vez más fuerte, hasta que llegó el punto en que por fin me detuve en medio de la calle, mirando alrededor y buscando en mi cerebro la razón por la que esto lucía tan familiar.

—Allison. —Kanin se dio la vuelta y sus ojos indagaban mientras yo me quedaba ahí





parada con el ceño fruncido—. ¿Qué estás haciendo?

Conocía este lugar. El sentimiento era más fuerte que nunca atrayéndome a cierta calle, y mi curiosidad era demasiado insistente para ser ignorada. Tenía que saber. Salí de la carretera principal sin responderle y empecé a caminar más dentro de la ciudad. Los otros dos vampiros dudaron por un momento, después me siguieron.

—Uh, ¿hermana? En caso que no lo sepas, Chicago es *por* acá.

Ignorándolos aún, continué por la acera, pasando los edificios en ruinas y los esqueletos de los coches. Todo se veía diferente ahora, debido a la nieve, pero sentía como si hubiera estado aquí antes.

Caminé alrededor de la pared derrumbada de una antigua estación de gas... y me congelé.

Definitivamente, había estado aquí antes.

Al otro lado de la calle, estaba un edificio en una esquina vacía, desolado y quieto en la nieve. Había sido quemado y vigas ennegrecidas y carbonizadas destacaban con dureza contra el telón de fondo nevado. El techo ya no estaba, pero recordé la cruz de madera que una vez estuvo sobre él, y las llamas que la habían consumido esa última noche. La noche en que los hombres de Jackal habían atacado Jebbadiah Crosse y sus seguidores, secuestrando a todos, menos a Zeke para llevarlos a Viejo Chicago.

En silencio, crucé la calle, pasé sobre el bordillo, y caminé hacia la pequeña franja de tierra al lado de la iglesia. Cruces y lápidas asomaban fuera de la nieve mientras miraba alrededor, mis ojos fijándose en el último lugar donde había visto a Zeke y Jeb Crosse juntos por última vez.

Escuché a Jackal y Kanin cruzar la calle también, pero ambos vampiros se detuvieron al borde de la acera, evitando poner un pie en las tierras del cementerio.

—Una iglesia —dijo Jackal con una repugnancia muy obvia—. Por supuesto que tenía que ser una iglesia. ¿Por qué siquiera me sorprende? En verdad no entiendes esta cosa de ser un demonio maldito, ¿verdad hermana?

Lo miré extrañada. En Nueva Covington todas las iglesias habían sido arrasadas y quemadas por los vampiros mucho tiempo antes de que naciera. Había historias que especulaban la razón, por supuesto, pero algunos de los rumores más coloridos decían que los vampiros no podían poner un pie en tierra sagrada, y que se quemarían si lo intentaban.

Era obvio que se equivocaban. Estaba parada justo ahí, a la sombra de la iglesia, y estaba bien. Pero Kanin y Jackal todavía parecían renuentes a acercarse, y le sonreí a mi hermano sobre la franja de tierra que nos separaba.

—¿Cuál es el problema, Jackal? ¿Tienes miedo de que hagas combustión espontánea si pones un pie en la tierra?





Su burla tenía un deje de enojo.

—¿No es tierno? Un engendro del demonio recién nacida, toda inflada y creída, pensando que es invencible. Permíteme dejar una cosa en claro, hermanita —continuó, todavía manteniéndose lejos del borde de la calle—. No le temo al Gran Hombre, nunca lo he hecho y nunca lo haré. Incluso si Dios está muerto, incluso si ya no está por aquí, infiernos, incluso si él no es más que un coco creado por humanos patéticos desesperados por algún tipo de esperanza, yo, al menos, sigo siendo un demonio. Nunca he pretendido algo diferente. Y Dios, si es real, aún nos odia.

Jackal se cruzó de brazos y me sonrió.

—Así que, adelante, mi querida hermanita. Pisotea su territorio un poco más. Tal vez él esté muerto después de todo. Pero si cae un rayo y te mata en los próximos treinta segundos, nos ahorraré un poco de tiempo y diré desde ahora “te veré en el infierno”.

Se me revolvió el estómago. Recordé algo que Jebbadiyah Crosse me había preguntado hace mucho, cuando no había sido vampiro por mucho tiempo y me acababa de unir a su grupo.

—¿Crees en Dios, Allison?

—No —dije de inmediato—. ¿Es aquí donde me dices que me iré al infierno?

—Este es el infierno —dijo Jebbadiyah—. Este es nuestro castigo y nuestra Tribulación. Dios ha abandonado este mundo. Los creyentes ya se han ido y recibido su recompensa, y él nos ha dejado al resto aquí, a la merced de demonios y diablos. Los pecados de nuestros padres han pasado a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, y así continuará hasta que nuestro planeta sea destruido por completo. Así que no importa si crees en Dios o no, porque él no está aquí.

Antes había sido escéptica. Ahora no sabía qué creer.

—Allison. —La suave y tranquila voz de Kanin me llegó a través del cementerio en silencio. Levanté la mirada, esperando que me dijera que regresara, que estábamos perdiendo el tiempo, que teníamos que continuar moviéndonos. Sus ojos estaban velados y oscuros, su expresión en blanco mientras me miraba desde el borde de la acera—. ¿Conoces este lugar?

Asentí.

—He estado aquí antes —le dije, caminando alrededor de una lápida, acariciando la roca fría con mis dedos. La misma lápida a la que Zeke se había abrazado cuando Jeb le había dado latigazos por un crimen que ahora ni podía comprender—. Nosotros, el grupo de Zeke, pasó por aquí en su camino a Edén —continué, mirando a la iglesia quemada y ennegrecida—. Se detuvieron aquí, pero fueron atacados la noche siguiente. —Giré la cabeza y le lancé una mirada a Jackal, otra vez enojada—. Por los gamberros de Jackal.





—Huh. —Ahora Jackal miró alrededor con interés, sin preocuparse por la mirada venenosa que le estaba dando—. Así que este es el lugar en el que todos fueron capturados, ¿eh? El mundo es un pañuelo.

—Para que sepas, ellos mataron a una mujer —le escupí—. Le dispararon a sangre fría y ni siquiera pudo defenderse. Oh, lo olvidaba. —Sacudiendo la cabeza hice una expresión de desdén—. No sé porqué te estoy diciendo todo esto, a ti ni siquiera te importa.

—Al fin —respondió sonriendo Jackal—. Empiezas a entender. Temía tener que escuchar otro sermón.

Quise responderle, pero sería inútil. En su lugar, me giré y quité la nieve de la fría lápida con la mano mientras los recuerdos surgían y giraban a mi alrededor. Recordaba lo que había sucedido en este cementerio, ver a Zeke y a Jeb desde el cobijo de la oscuridad. Observar mientras Jeb usaba la antena de un auto para dar latigazos a su hijo adoptivo por un pecado acabado de cometer. Observar a Zeke con su cabeza inclinada, sin decir nada. Y lo que pasó después, el ataque repentino, encontrar a Zeke y viajar con él a Viejo Chicago para rescatar a los demás, todo regresó, recordándome otra vez lo que había perdido. Ese momento congelado en el tiempo en completa oscuridad, cuando Zeke por fin se había inclinado y me había besado, estaría siempre guardado en mi memoria y nunca desaparecería. Podía verlo justo ahora, de pie a mi lado, tan claramente como esa memoria lo permitía, sus brillantes ojos azules iluminados con determinación. Y supe por qué había querido venir aquí, a este punto, una vez más.

Levantando las manos detrás de mi cabeza, desabroché la cadena alrededor de mi cuello, levantándola a ella y a la pequeña cruz de plata sobre mi cabeza. Volví a abrocharla y puse ambas, la cadena y la cruz sobre la lápida, con mis dedos demorándose en el metal que titilaba contra la roca.

Adiós, Zeke.

Después me giré y crucé el terreno hasta donde los dos vampiros me esperaban en la acera. Jackal negó con la cabeza cuando me uní a ellos, pero los ojos oscuros de Kanin se mantuvieron sobre mí con simpatía y aprecio.

—¿Ya terminaste? —preguntó con gentileza y yo asentí.

—Sí —susurré, con una última mirada hacia la iglesia y a las memorias fantasmagóricas que todavía rondaban. El reflejo de la plata, diminuto y brillante, atrapó mi mirada en la oscuridad y le di la espalda—. Vámonos. Aquí no queda nada por hacer.

Nos dirigimos de regreso hacia la calle principal. Nadie, ni siquiera Jackal, dijo nada, dejándome con mis pensamientos y las memorias persistentes que me envolvían y se negaban a dejarme sola. Casi me di la vuelta y regresé varias veces; esa cruz era mi última conexión con Zeke, la única parte de él que me quedaba. Pero al final la dejé sobre la lápida en medio de ese cementerio solitario. No podía vivir en el pasado. Zeke se había ido. Tenía que seguir adelante.





Mientras caminábamos entre dos vehículos muertos y la carretera se extendía hasta el infinito, el repentino rugir de un motor cortó a través del silencio. Respingué y capté un vistazo de nieve volando y luces rojas traseras cuando dos motocicletas pasaron entre dos autos y se desvanecieron. Las huellas de los neumáticos se notaban contra la nieve y seguían a los vehículos en la oscuridad, por la carretera, y hasta perderse de vista. El gemido de los motores de sus motos hacía eco sobre los edificios, desapareciendo en la noche.

Me giré hacia Jackal.

—¡Esos eran raiders! —exclamé, y era casi una acusación. Él levantó una ceja, y yo entrecerré los ojos—. ¿Por qué están aquí? ¿Qué es lo que quieren?

El rey raider me sonrió con serenidad.

—¿Qué es lo que te hace pensar que son míos, hermana?

—Uhm ¿tal vez porque estamos a un par de días de Viejo Chicago? ¿O porque este es el mismo pueblo donde nos atacaron la última vez? —Continuó sonriéndome e hice una mueca—. No te hagas el inocente, esos eran tus motociclistas. ¿Qué es lo que querían?

—No tengo ni idea —dijo Jackal con despreocupación—. No se quedaron exactamente para tomar el té y chismear, ¿o sí?

Le desnudé mis colmillos por ser tan detestable.

—¿No eres su rey? ¿No deberían de tan siquiera intentar hablar contigo si saben que estás aquí?

Jackal resopló.

—Hermana, por favor. Mis esbirros no son estúpidos. Si fueras una bolsa de sangre y vieras a tres vampiros caminando por la carretera hacia tu casa, ¿qué harías? ¿Te quedarías a charlar un poco? ¿O huirías como el infierno? —Negó con la cabeza—. Mis esbirros, si eran los míos, hicieron exactamente lo que siempre hacen, salvaron sus propios e inútiles traseros. Como bien deberían hacer. No quiero que se sientan cómodos entre vampiros. Trabajé muy duro para asegurarme que estuvieran asustados hasta la mierda de mí, y te agradecería si no lo jodes. Mis raiders, en especial, saben lo suficiente para no quedarse alrededor, esperando a ser comidos. Soy su rey, no su amigo. Así que, sí, vimos dos motociclistas, y ellos se hicieron pipi encima y huyeron. ¿Cuál es el problema aquí?

—Sólo que... quiero decir... —Mi voz se fue desvaneciendo, y me sentí frustrada al saber que algo estaba mal, pero no podía ponerlo en palabras. Sin embargo, Kanin habló desde detrás de mí.

—¿Y es común que dos de tus humanos vigilen un pueblo con la única intención de buscar vampiros? —preguntó—. ¿Y que elijan este pueblo, el cual sabían que tendríamos que pasar en nuestro camino a Viejo Chicago?

Jackal se encogió de hombros.





—Tal vez. Como quiera, ¿a quién le importa? No puedo decirles lo que mis esbirros están pensando cada minuto del día. Son sólo un par de bolsas de sangre. ¿Qué crees que van a hacer?

—No lo sé —admitió Kanin mientras su oscura mirada se movía hacia la carretera más adelante—. Pero creo que deberíamos proceder con precaución.



Esa noche no pasó nada fuera de lo usual. No nos encontramos con más raiders en la carretera, escuchamos motocicletas alejándose de nosotros a toda velocidad o nos encontramos con algún signo de vida humana en lo absoluto. El camino hacia Viejo Chicago estaba como siempre lo había sido: silencioso, frío y oscuro, retorciéndose a través de bosques y pueblos desiertos, pasando esqueletos de casas y los viejos restos de cautos sepultados en la nieve. Cerca del amanecer, nos separamos para enterrarnos en la tierra congelada, pues de repente Kanin estaba aprehensivo de quedarnos expuestos en la superficie. Dormí sin soñar ni ser molestada en mi tumba oscura y silenciosa, y me levanté la siguiente noche en un mundo en silencio hecho de hielo. Había parado de nevar, pero en algún momento durante el día, la nieve se había convertido en aguanieve, y todo estaba cubierto por una fina capa de nieve. Me sacudí la nieve del cabello y la ropa y me paré por un momento para concentrarme en Kanin y Jackal, buscándolos a través de nuestro lazo de sangre.

No estaban lejos. Regresé por donde vine a través de los árboles hasta que encontré la carretera otra vez y vi a Jackal inclinado contra un árbol muerto al borde del pavimento. Levantó una ceja cuando me le acerqué, pero no se movió.

—¿Dónde está Kanin? —le pregunté mientras miraba alrededor buscando al vampiro Maestro. Nuestro lazo de sangre me permitía sentir la dirección general de mi sire, e incluso que no estaba muy lejos, pero no me dejaba saber lo que estaba haciendo. Jackal se encogió de hombros.

—Sabes tanto como yo, hermana. El viejo bastardo se fue por ahí. —Asintió hacia una colina al otro lado de la calle—. Pero por supuesto no me dijo qué es lo que está haciendo. Por todo lo que sé, podría estar cazando ardillas para hacerse un collar con sus pequeñas bolas. —Se veía feliz con quedarse ahí sin moverse de su posición mientras me le quedaba viendo—. Si tanta curiosidad tienes, ¿por qué no vas y le preguntas?

—Sí. Creo que haré eso.

Seguí nuestro lazo de sangre, lo que me llevó por sobre la colina, virando alrededor de árboles y rodeando una cabaña que se estaba pudriendo, hasta que lo encontré. Estaba de pie en la orilla de la carretera, dándome la espalda, justo donde había una curva. Su forma alta e imponente era una silueta sin rasgos contra la nieve.

—Kanin. —Caminé hasta llegar a su lado, sin esperar que reconociera mi presencia, pero





sabiendo que sabría que estaba aquí. Como predije, no se dio la vuelta, sino que continuó mirando hacia la calle con expresión ilegible. Me asomé a la oscuridad más no vi nada inusual y volví la cabeza—. ¿Qué es lo que estás buscando?

—No lo sé. —Kanin sonaba suspicaz, y capté un débil deje de frustración bajo su tono tranquilo, un indicio que hace un mes nunca hubiera notado. El vampiro Maestro dirigió la mirada hacia el pavimento serpenteante, y sus ojos se estrecharon—. Siento como si estuviéramos siendo vigilados.

Fruncí el ceño. La carretera y el bosque que la rodeaban estaban vacíos. Nada se movía o producía sonido alguno entre las sombras; no había huellas en la nieve excepto las nuestras.

—¿Rabids? —pregunté.

—No. —Kanin negó con la cabeza—. Los Rabids no se quedarían simplemente observando desde el bosque. Ya nos habrían atacado para este momento.

—¿Entonces raiders?

—Tal vez. Aunque no estoy seguro de la razón por la que nos estarían acechando. Y no puedo sentir, u oler, a ningún humano cerca.

Le sonreí débilmente.

—¿Es posible que sólo estés siendo paranoico después de lo de ayer en la noche?

Por fin me miró con un débil indicio de diversión en el rostro.

—Uno no vive varios cientos de años sin un poco de paranoia —dijo, y la esquina de su boca se levantó un poco—. Pero tal vez tengas razón. En cualquier caso, no hay casi nada que podamos hacer en este momento. Sigamos nuestro camino. Estoy seguro que encontraremos respuestas una vez llegemos a Viejo Chicago.

Varias horas después, la carretera se extendió para convertirse en una autopista, y los edificios alrededor de nosotros se volvieron más grandes y numerosos mientras nos aproximábamos a las afueras de la ciudad. De acuerdo con Jackal, todavía nos faltaba un día para llegar a Viejo Chicago, aunque ya habíamos dejado el terreno salvaje atrás y entrado a los distritos suburbanos que la rodeaban. El laberinto de árboles y maleza envolvían las casas, tiendas y signos de las calles, y la autopista que una vez estuvo desierta se empezaba a llenar lentamente de autos.

Es decir, por un lado. Al otro, el que se dirigía hacia Viejo Chicago, estaba completamente desierto. Ya había visto esto antes: el flujo interminable de vehículos muertos y apretujados, miles de personas tratando de huir de las ciudades al mismo tiempo. Me quedé mirando los autos mientras pasábamos, reprimiendo un escalofrío. Debió haber sido un caos en ese tiempo. Había vehículos que quedaron estrellados uno contra otro, a veces derribados de costado o de cabeza. Un esqueleto yacía medio dentro y medio fuera de una ventana, desparramado a través del techo en la nieve. Los restos ennegrecidos de una camioneta estaban volcados en





una zanja, y un brazo pequeño y esquelético se estiraba a través de la ventana resquebrajada, como si intentara arrastrarse hacia la libertad.

Kanin y Jackal prosiguieron sin apenas mirar a los vehículos silenciosos y su espantoso contenido. Me imaginaba que Kanin había estado con vida por tanto tiempo que ya nada lo sorprendía o perturbaba. Y ciertamente a Jackal no le importarían un montón de bolsas de carne muertas, como lo había puesto él de una forma tan elegante. Me preguntaba si eso me iría a pasar a mí alguna vez, si eventualmente habría vivido tanto tiempo que la visión de tanta muerte y destrucción no me movería ni un cabello.

Frente a nosotros se extendía la boca de un túnel sobre el río de autos, un hoyo negro bostezante puesto sobre una rampa. El túnel estaba oscuro como boca de lobo, y aunque mi visión vampírica me permitía ver en completa oscuridad, no podía divisar el final.

Sin embargo, algo que salía de ese agujero negro me hizo detenerme. No se veía ni se oía, pero era inconfundible. Levantó a mi demonio y causó que el Hambre se revoliera inquieta, extendiendo un dolor sordo en mi interior.

El aroma de la sangre. Un montón de ella. Recién derramada y venía de algún lugar dentro de esa oscuridad que se extendía frente a nosotros.

Me apuré a alcanzar a Kanin y a Jackal en la entrada. Ambos vampiros estaban mirando la entrada del túnel con aprensión, aunque era probable que el olor los estuviera poniendo tan Hambrientos como a mí.

—Huh. —Reparó Jackal con los brazos cruzados mientras veía fijamente la oscuridad—. Eso es interesante. La última vez que me fijé, no había nadie que viviera en este tramo de la carretera. Mis esbirros mataron a todos en un radio de treinta kilómetros alrededor de Chicago.

Miré hacia el túnel tratando de ignorar el dolor tan familiar que se extendía en mi interior.

—¿Crees que haya alguien ahí adentro?

—Si lo hay, tienen sus intestinos esparcidos por todo el pavimento a juzgar por el olor. —Jackal olfateó el aire e hizo una mueca de desagrado—. Nada ahí dentro va a estar con vida, hermanita. Yo no levantaría muchas esperanzas.

En eso sonó un grito desde algún lugar dentro de la oscuridad y yo gruñí como respuesta.

—Alguien está en problemas —les siseé a los otros vampiros y desenvainé mi katana—. ¡Que se joda! Voy a entrar. —Entré corriendo en el pasadizo sin esperar respuesta.

La calle a través del túnel estaba aún más atascada de vehículos que afuera. Los autos yacían a ambos lados de la carretera, algunos volcados de lado o estrellados contra las paredes en su deseo de escapar. Caminé a través del laberinto de vehículos, algunas veces teniendo que





arrastrarme sobre techos para poder seguir. Una vez, tuve que agacharme bajo una enorme camioneta rectangular, una semi, recordé que las llamaban, que estaba tirada en diagonal y bloqueaba ambos carriles. Escuché a Jackal y a Kanin detrás de mí, y el comentario de Jackal de que yo era un dolor de cabeza me llegó sobre el laberinto de autos, pero me concentré en seguir adelante. En este espacio oscuro y confinado, el aroma de la sangre era abrumador, se aferraba a todo y hacía imposible sentir nada más. El Hambre bramaba en mi interior, pero la mantuve a raya, determinada a permanecer en control. Cuando encontrara al dueño de ese grito, no iba a abalanzarme y atacarlo como un animal salvaje.

Sin embargo, eso no habría importado.

Cuando llegué al lugar donde el olor a sangre era más fuerte, el enredo de autos de pronto se despejó. Me quedé parada en un pequeño lugar descubierto, con varios autos formando un círculo a mi alrededor, como si trataran de moverme o hacerme a un lado de forma deliberada. En definitiva esta era la fuente del olor. En medio del círculo, charcos de sangre fresca manchaban el pavimento; seguían húmedos y brillantes. Pero aquí no había nadie, ni cuerpos u otro signo de alguna pelea, aunque estaba segura que este era el lugar de donde provenía el grito que había escuchado.

Esto es extraño, pensé al caminar más cerca para observar los charcos de sangre, manteniendo mi Hambre sujeta firmemente. Le dije que no lamería los charcos del suelo como un maldito perro callejero. *Sangre fresca pero ningún cuerpo. En dónde...*

Algo cálido me goteó en la cara desde arriba. Cerré mis ojos por un momento, preparándome a mí misma, después levanté la mirada.

Había tres de ellos. Dos hombres y una mujer, colgando desde el techo del túnel con sus manos atadas a la espalda, con las cuerdas alrededor de sus cuellos crujiendo mientras pendían en pequeños círculos. Habían sido abiertos de la barbilla a la entrepierna, con los intestinos que se derramaban desde sus estómagos como serpientes rosadas. La sangre empapaba toda la parte frontal de sus cuerpos, húmeda y negra, llenando el aire con el olor a muerte.

Retrocedí y casi choco con Jackal cuando él y Kanin emergieron del laberinto de autos, ambos mirando hacia arriba a los cadáveres.

—Oh, joder —dijo Jackal, negando con la cabeza hacia los cuerpos—. Tú pensarías que colgar cuerpos se volvería aburrido después de un tiempo. Creo que el viejo desquiciado está perdiendo su toque.

—Este no fue Sarren —murmuró Kanin, cuando lo miré en busca de respuestas—. Esto fue hecho recientemente. Esta noche. Alguien quería que viéramos esto, sabían que estaríamos aquí... —Lanzó una siniestra mirada alrededor del espacio encerrado—. Tenemos que irnos ahora.

Un *clang* hueco y metálico hizo eco a través del túnel frente a nosotros. Lo que le siguió





de inmediato levantó el cabello de mi nuca. Gritos y gemidos se alzaron en el aire, el sonido de garras rasguñando sobre metal y pavimento, y el hedor de carnicería, muerte y maldad se filtró a través del olor abrumador de la sangre.

—¡Rabids! —gruñí, retrocediendo hacia Kanin y Jackal. Un montón de ellos. Podía ver sus formas pálidas y esqueléticas saltando sobre autos, apresurándose sobre techos o bajo neumáticos, siseando y gritando. Estaban frenéticos, vueltos locos por el olor de la sangre, y venían directo a nosotros.

—¡Retrocedan! —ordenó Kanin, alejándose del círculo al descubierto—. Se detendrán cuando lleguen a los cuerpos, y entonces podremos encontrar una forma de rodearlos.

Pero de repente sonaron gritos y gemidos desde la otra dirección y nos congelamos. Más Rabids, echando espuma por la boca y con ojos salvajes se apresuraban hacia nosotros sobre el enredo de autos. Estábamos atrapados a la mitad.

Jackal blandió su hacha con un gruñido, y yo levanté mi katana cuando la horda se aproximó, con sus gritos que reverberaban a través del túnel en una cacofonía ensordecedora. Me quedé espalda con espalda con Kanin y Jackal, sin ningún deseo de ir por mi cuenta, enfrentando a los monstruos cuando subieron sobre los autos y se acercaron a nosotros. Ataqué al primer Rabid, haciendo un corte limpio a través de su cuerpo, partiéndolo en dos, después bajé mi espada en un arco para decapitar al siguiente que se abalanzó. Después fue puro caos: Rabids gritones, colmillos y garras que rasgaban, una ola interminable de cuerpos pálidos que se lanzaban hacia mí. Me movía por instinto, girando de un ataque al siguiente, con la hoja bailando en mis manos.

Un rugido detrás de mí me hizo girar. Jackal estaba parado en el centro de un montón de Rabids que se retorcían, con varios monstruos colgando de su espalda, mordiendo y rasguñando. Golpeó a los que se abalanzaron hacia él con la cabeza de su hacha, derrumbándolos, pero había más que se apilaban sobre él, y empezaban a hacerlo inclinarse con la fuerza de sus números. Su rostro estaba cubierto de sangre, y el oscuro carmesí manchaba el cuello de su camiseta y la parte de atrás de su cuello.

Gruñí y me abalancé desde un lado; hundí mi espada en uno de los Rabids que tenía sus garras enterradas en sus hombros y los lancé lejos. Mientras Jackal continuaba defendiéndose de los Rabids que lo atacaban, empecé a cortar a los monstruos que estaban colgados de su espalda, liberándolo de la pila. No podía ver a Kanin ni sabía dónde estaba, pero el vampiro Maestro era el más fuerte y letal de todos nosotros. Podía cuidarse a sí mismo.

Cuando corté al último de los Rabids colgándose de Jackal, algo me golpeó por la espalda, gritando en mi oreja y hundiendo sus talones en mi pecho y hombro. Grité cuando el golpe me llevó a mis rodillas, pero un momento después el peso se había ido, mientras Jackal tomaba al Rabid por la parte de atrás del cuello, giraba y estrellaba su cabeza contra la ventana de un auto. Haciendo a un lado de un golpe a otro cuerpo que se me abalanzó, bajé la mirada





con una sonrisa salvaje y me ofreció una mano.

—Vamos, hermana. Ponte de pie. Todavía no hemos terminado con estos bastardos.

Tomé su muñeca y me jaló hasta ponerme de pie. Los Rabids seguían viniendo hacia nosotros, locos con la sed de sangre, pero la oleada ahora era más pequeña. Por el rabillo del ojo capté un vistazo de Kanin, rodeado de cuerpos pálidos, mientras decapitaba con elegancia a un Rabid que se abalanzó hacia él, y el cuerpo del monstruo colapsó como si sus cuerdas hubieran sido cortadas mientras la cabeza rebotaba una vez y rodaba debajo de un neumático.

Jackal y yo cortamos lado a lado un camino a través de lo último de la horda, aplastando cráneos y cortando cuellos hasta que el último monstruo saltó hacia nosotros y fue detenido al encontrarse con el hacha de Jackal a través de la cara y con mi espada en su estómago. Cayó retorciéndose en el pavimento mientras el eco de su grito agonizante se desvanecía, y el túnel quedó en silencio una vez más.

—Bien. Eso fue entretenido. —Jackal bajó su hacha con una mueca de dolor, encorvando los hombros. La parte trasera de su gabardina estaba hecha garras; eran cortes grandes dejados por garras curvas, aunque los rasguños en su rostro ya empezaban a curarse. Sus ojos tenían un brillo peligroso cuando miraron alrededor a la carnicería—. ¿Alguien más tiene el presentimiento de que caímos en una trampa?

Kanin caminó de regreso hacia nosotros, con su hoja delgada y brillando ya desvanecida de su mano.

—Sigamos moviéndonos —ordenó con tono enérgico—. No queremos quedarnos aquí. De prisa.

Nos apresuramos a través del laberinto de autos hasta que llegamos al final del túnel y de regreso afuera. Otra camioneta bloqueaba la mayor parte de la salida; sus puertas estaban abiertas mostrando el interior vacío. El inconfundible hedor de los Rabids nos llegaba desde dentro, y un par de huellas de motocicletas se dirigían hacia la carretera y se desvanecían en la noche.

—Bueno, bueno —dijo Jackal arrastrando las palabras mientras miraba desde la camioneta hacia la carretera vacía frente a nosotros—. ¿No es divertido? Parece que nos pusieron una trampa, después de todo. Oh, alguien va a morir. Y creo que será muy doloroso. —Se encontró con la mirada oscura de Kanin y estrechó los ojos—. Anciano, si dices algo parecido a “te lo dije”, ustedes dos tendrán que ingeniárselas por ustedes mismos para llegar a Edén sin mí.

Kanin no contestó, pero yo me quedé mirando las huellas hasta que se desvanecieron alrededor de una curva y le fruncí el ceño a Jackal.

—¿Por qué tu gente nos está atacando? —le gruñí enfrentándolo—. Creí que los tenías bien sujetos de la correa.





Él me contestó con una mueca.

—Hermana, si conociera la razón, no estaría aquí. —Sus ojos brillaron—. Pero puedes estar segura que llegaré al fondo de todo esto. Y cuando lo haga, las pequeñas mierdas que me apuñalaron por la espalda van a desear nunca haber nacido. —Nos volteó a ver a Kanin y a mí y mostró los dientes—. Ustedes dos pueden hacer un rodeo, si lo desean. Sigán detrás del psicópata. Yo voy de regreso a mi ciudad, y voy a golpear algunas cabezas hasta que recuerden quién es su rey.

—No —respondí—. No hay tiempo para rodear la ciudad. —Miré hacia Kanin que nos observaba en silencio, y endurecí la voz—. Tenemos que alcanzar a Sarren y no lo haremos si seguimos desviándonos del camino. Viejo Chicago es el único lugar en el que tendremos una oportunidad de alcanzarlo. Tomaremos un par de motos mientras Jackal golpea sus cabezas y continuaremos a Edén. Pero no podemos regresar ahora.

—No estoy diciendo que te equivocas, Allison —dijo Kanin. Su mirada se dirigió a la carretera detrás de nosotros, después hacia las huellas que se desvanecían en la nieve y su expresión se tornó sombría—. Si el camino más recto a Edén es a través de Viejo Chicago, continuaremos en esa dirección. Pero sugeriría que desde ahora tomemos precauciones extremas, pues parece que hay humanos que desean hacernos daño.

—Oh, no te preocupes, anciano —gruñó Jackal con una peligrosa promesa en la voz—. No los habrá por mucho tiempo.





CAPÍTULO 5



Llegamos a las afueras de la ciudad tarde esa noche.

Me había olvidado cuán enorme era Chicago, incluso la expansión urbana conduciendo a la ciudad principal parecía continuar para siempre. Kilómetros y kilómetros de calles vacías y silenciosas, vehículos en descomposición a lo largo del desnivel, farolas y señales yaciendo en el camino. La última vez que había venido por aquí, había estado montando una motocicleta robada y no había prestado mucha atención a mis alrededores ya que pasaron volando. Mi concentración había estado en dirigir la moto y evitar los obstáculos... y sobre la persona sentada detrás de mí, con sus brazos alrededor de mi cintura.

Disparé una mirada a Jackal caminando junto a mí, su expresión peligrosa. Y por un breve, irracional momento, resentimiento parpadeó. Él probablemente no estaba pensando sobre lo que había sucedido la noche que había venido a través de su territorio, y si lo estaba, no le importaba. Pero yo recordaba. Los gritos de Darren cuando Jackal lo había lanzado en una jaula con un Rabid y lo dejó rasgarlo en pedazos, solo para poner un ejemplo. La lucha con un ejército de raiders para rescatar al resto del grupo de Zeke, y poner un edificio en llamas para escapar. Y, por supuesto, la lucha en la cima de la torre de Jackal, donde enfrenté a mi hermano de sangre por primera vez, y casi me mató.

Jackal me atrapó mirándolo y levantó una ceja.

—¿Por qué es esa mirada? —desafió.

Encaré la carretera de nuevo.

—Nada.

—Mierda. —La mirada de Jackal permaneció en mí—. Estás pensando sobre el Viejo Chicago y la última vez que viniste. Estás recordando todos esos divertidos pequeños momentos cuando maté a tus humanos, los torturé, los arrojé al hoyo con Rabids, todos esos buenos momentos. —Su mirada se estrechó—. No trates de negarlo, hermana. Está escrito en todo tu rostro.

Le gruñí, desnudando los colmillos, tentada a sacar mi espada y cortar a través de su sonriente boca.

—¿Nunca te callas? —espeté—. Sí, estoy pensando sobre el Viejo Chicago, y qué bastardo eras cuando nos conocimos al principio. Estoy preguntándome por qué diablos estoy hablándote ahora y no tratando de cortar la estúpida cabeza de tu cuerpo. Deberíamos haber tenido esa revancha hace un largo tiempo.





—Au, hermana, estoy herido —se burló Jackal, poniendo una mano en su pecho—. Eso no es como lo recuerdo. Recuerdo descubrir que tenía una hermana de sangre. Recuerdo ofrecer compartir todo con ella. Porque, ¿por qué no? Ella era una luchadora decente, y estaba como poniéndome aburrido de hablar con seguidores sin cerebro. Podría haber sido divertido. Pero, no. —Su voz se endureció—. Recuerdo tener la cura para el Rabidismo justo en la punta de mis dedos, décadas de investigación, planeación, a punto de dar sus frutos. Y entonces, mi propia hermana le dio la espalda a la cura, el terminar el virus, en orden de salvar unos pocos patéticos humanos.

—¡Me estacaste y me lanzaste por la ventana!

—Ya habías hecho tu elección para entonces. —Jackal me miró de regreso, completamente serio—. No podía convencerte de ello, elegiste tu lado, y estaba con las bolsas de sangre. Así que, sí, traté de matarte. Porque habías bailado el vals en algo que había estado reuniendo por años, sin incluso saber siquiera lo que estabas amenazando, y lo destruiste. —Sus ojos se entrecerraron, su boca estableciéndose en una línea sombría—. Habría terminado con el Rabidismo, hermana. Si ese anciano hubiera descubierta la cura, yo la habría compartido. Quiero a los Rabids desaparecidos tanto como cualquiera. Pero entonces viniste, y estabas tan preocupada sobre salvar unos pocos humanos, no podías ver la imagen completa. Si me hubieras dejado terminar lo que había comenzado hace años, todo esto podría haber sido evitado. Sarren nunca habría conseguido el virus, no estaría en camino para destruir Edén justo ahora, y tu cursi pequeño humano podría aún estar vivo.

Rugí y giré hacia Jackal, balanceando mi espada hacia su garganta. Encontré la cabeza del hacha de incendio cuando Jackal la batió arriba para bloquear, enviando un chillido resonando en el aire cuando las dos armas chocaron. Gruñendo, Jackal balanceó el hacha en mi rostro, el ancho, sangriento borde apenas perdiéndome cuando me zambullí. Corté arriba con la katana, apuntando a su pecho, y él dejó caer el hacha para encontrarla. Allí hubo otro *clang* cuando las armas se encontraron, y nos miramos el uno al otro sobre las cuchillas cruzadas.

—¡Suficiente!

Y Kanin estaba allí, agarrándome por el cuello, separándonos. El vampiro Maestro fácilmente sostuvo a Jackal atrás con un brazo y mantuvo un fuerte agarre de mi abrigo con el otro.

—Eso es suficiente —ordenó en su fría, acerada voz—. Deténganlo, ambos. No tenemos tiempo para esto.

Jackal se encogió fuera del brazo de Kanin y retrocedió, gruñéndome. Gruñí y desnudé mis colmillos, desafiándolo a decir algo, pero solo caminó alejándose. Lo observé ir, la furia haciéndome ver rojo. Asesino, insufrible bastardo. Lo rasgaría a la mitad y el mundo sería un mejor lugar por ello.





—Allison, alto —dijo Kanin, poniendo una mano en mi brazo. Yo estaba temblando con rabia, y agarré la empuñadura de la espada para forzar la ira a bajar, de regreso en la oscuridad de la que vino. Kanin esperó por mí, manteniendo un ligero pero firme agarre en mi codo, hasta que estuve en control de nuevo.

Cuando la rabia se hubo desvanecido de alguna forma, envainé mi katana, sintiendo el peso de la mirada de Kanin aún en mí.

—Estoy bien —le dije, molesta conmigo misma ahora—. Lo siento. Jackal estaba siendo un bastardo, de nuevo. No debería haberlo dejado llegar a mí.

Kanin soltó mi brazo pero no se movió.

—¿Qué dijo? —preguntó el vampiro Maestro.

—Que... es mi culpa que estemos persiguiendo a Sarren ahora. Si no hubiera venido tras el grupo en Viejo Chicago, nada de esto habría ocurrido. Jeb podría haber descubierto una cura. Sarren no habría soltado el virus. Y... Zeke aun estaría vivo.

Kanin estuvo en silencio un momento. Había comenzado a nevar de nuevo, suaves copos desplazándose desde el cielo, arremolinándose alrededor de nosotros.

—¿Crees eso? —preguntó el vampiro finalmente.

—Ya no sé qué creer, Kanin. —Rastrillé mi cabello fuera de mi rostro, empujándolo atrás, y enfrentando el camino de nuevo—. Parece como si cada decisión, cada elección que hago, de alguna forma estalla sobre mí al final. Sin importar lo que haga, las cosas se ponen peor. Tal vez... —Trague duro—. Tal vez es mi culpa... que Zeke muriera. Tal vez todo el maldito mundo se extinguirá, por mi causa.

Kanin se rió entre dientes, casi haciéndome caer de asombro.

—Eres demasiado joven para llevar esa carga, Allison —dijo—. Si vamos a estar lanzando culpas, vamos a retroceder incluso más, antes de que incluso nacieras. Vamos a retroceder a cuando el virus y los Rabids fueron creados.

Avergonzada, agaché mi cabeza.

—Yo... yo no quería decirlo así.

—Lo sé. —El vampiro Maestro suspiró—. Pero, si estamos hablando sobre elección y arrepentimiento, lo que sucedió no puede ser deshecho. Y vivir en el pasado no cambia nada. Solo te conducirás a ti misma a la locura si lo haces. —Suspiró de nuevo, sonando como si llevaba el peso del mundo sobre sus hombros—. Confía en mí en eso.

Un disparo sonó en la oscuridad.

Me sacudí, tensándome cuando el rugido de un arma de fuego hizo eco sobre la cima de los tejados, sonando bastante cerca. Se desvaneció, pero fue rápidamente seguido por un rugido de furia que fue instantáneamente familiar. *Jackal*.





Kanin y yo nos lanzamos a correr hacia el sonido, mientras el olor de sangre y humo se desplazaba hacia mí con la brisa. Me apresuré a través del espacio ahogado de malezas entre dos edificios y atrapé la vista de mi hermano en el camino adelante. Estaba sentado contra un auto, su hacha yaciendo en el camino junto a él, una mano presionada a su pecho. El pavimento debajo de él estaba salpicado de rojo, y los colmillos de Jackal estaban fuera en una mueca de agonía.

Me lancé al otro lado de la carretera y caí junto a él, parpadeando sorprendida. El olor de la sangre estaba en todas partes, pero no pude ver una herida hasta que Jackal dejó caer su mano. Un pequeño agujero había sido desgarrado a través de su gabardina justo debajo de su clavícula, no más grande que una moneda de diez centavos. No parecía lo suficientemente grande para tal cantidad de sangre... hasta que Jackal cayó hacia delante y vi la herida de salida.

Hice una mueca mientras Kanin se unía a nosotros, su mirada oscura yendo al enorme agujero en la espalda de Jackal, casi del tamaño de mi puño. Estaba sanando, pero sabía que tenía que doler. Los ojos de Kanin se estrecharon, y se asomó a través del cristal roto, escaneando la calle.

—¿Dónde están? —murmuró mientras con cautela asomé mi cabeza alrededor del capo. Una réplica de disparo sonó, y algo golpeó el auto a pocos centímetros de mi rostro, haciendo centellear el metal. Me estremecí y me zambullí detrás de la barrera de nuevo, y Jackal dio una risa estrangulada.

—Yo no asomaré mi cabeza si fuera tú, hermana —dijo a través de dientes apretados—. Un disparo de rifle en la frente no podría matarte, pero te dará un infierno de dolor de cabeza. —Hizo una mueca, empujándose fuera del auto, dejando una mancha oscura detrás de él—. Creo que el bastardo está en esa casa —le dijo a Kanin, asintiendo hacia una ruina de dos pisos al final de la calle—. Disparándonos desde la ventana del ático. —Sus ojos brillaron, y desnudo sus colmillos en una mueca malvada—. Pequeña mierda engreída, ¿no es así?

Arriesgué una rápida mirada a través del cristal roto de la ventana del auto, y atrapé el brillo de metal de la pequeña ventana oscurecida en la cima de la casa.

—Está bien —murmuré, zambulléndome de nuevo abajo—. Sabemos dónde está. ¿Cómo conseguimos pasar sin terminar llenos de disparos?

—¿Pasarlo? —Jackal me miró y bufó—. ¿Crees que vamos a ir escabulléndonos alrededor de nuestro amigo gatillo feliz y continuar nuestro camino?, eso es lindo, hermana. Yo, estoy un poco hambriento justo ahora, y un montón de molesto. Estoy planeando empujar ese rifle por su garganta, hasta que lo sienta salir por el recto.

—Así que, vamos a cargarnos al hombre loco de la casa mientras él tiene una calle abierta para dispararnos. Eso suena como un plan genial.





—¿Y qué estás planeando hacer? ¿Ofrecerle galletas y preguntarle al bandido psicópata asesino que por favor pare de dispararnos?

Kanin suspiró y medio se levantó, analizando la calle, los autos y la casa en una mirada práctica.

—Atraeré sus disparos —dijo el vampiro Maestro con calma—. Ustedes dos quédense abajo, y sigan moviéndose. Los encontraré escaleras arriba.

Salió a la calle, e instantáneamente sonó un disparo, rompiendo la ventana de una camioneta detrás de nosotros. Me estremecí, pero Kanin siguió caminando, una silueta negra contra la nieve y autos. Se movía como una sombra, desvaneciéndose dentro y fuera de la oscuridad, siempre visible pero algunas veces no más que un borrón. Disparos hicieron eco en la calle y centelleó metal y pavimento, pero nada parecía tocar al vampiro, quien continuó por la calle como si fuera un paseo.

Jackal golpeó mi brazo.

—Deja de mirar boquiabierta —ordenó, haciendo caso omiso de mi mirada, y levantó la cabeza del camino—. Vamos, mientras que el anciano tiene su atención.

Corrimos por la calle medio agachados, cubriéndonos cuando podíamos. El humano, quien sea que fuera, continuó disparando, pero no a nosotros. Aunque yo no tenía idea de dónde estaba Kanin después de los primeros minutos, lo que sea que estaba haciendo, sin embargo, parecía funcionar. Alcanzamos el umbral de la puerta podrida

Jackal acecho adelante con un gruñido, con los ojos brillando en un amarillo vicioso en la oscuridad, pero me detuve. Algo sobre esto se sentía mal, aunque no podía poner mi dedo en lo que era. Con precaución, seguí a Jackal a través de la casa, tensándome mientras pasábamos antiguas habitaciones llenas de polvo y escombros, sillas y mobiliario volcados en descomposición, restos de tiempos anteriores. Estaba cautelosa por una emboscada, pero las habitaciones estaban abandonadas, y Jackal se movía rápidamente por los pisos sin ralentizar.

Una descascarada, escalera rota llevaba al tercer piso, y acabábamos de comenzar a subirlo cuando un disparo sonó sobre nuestras cabezas, seguido por una serie de maldiciones. Un momento más tarde, pisadas resonaron a través del piso, y un humano apareció en la cima de los escalones, mirando abajo a nosotros, los ojos abiertos de par en par. Estaba vestido en cueros polvorientos, y agarraba el largo cañón de un rifle en una mano.

Ante nuestra vista, el hombre soltó otra maldición y rápidamente se giró para huir escaleras arriba, pero Jackal dio un rugido y se lanzó delante, agarrándolo por el cuello y levantándolo de sus pies.

—Ah, ah, ah, ¿dónde crees que vas, esbirro? —Acechando en el ático, el rey raider lanzó al humano en la pared con la fuerza suficiente para poner un agujero en el yeso, y el hombre se desplomó al piso, aturdido. Jackal se cernió sobre él, sus ojos asesinos—. Creo que vas a





sentarte justo allí y decirme qué diablos está pasando, antes de que comience a rasgar partes importantes de tu cuerpo. Si me dices lo que quiero saber, justo ahora, *podría* comenzar con tu cabeza, y no con tus brazos.

Atrapé un vistazo de una oscura silueta en el rincón de la ventana: Kanin, observando impasible desde su lugar contra la pared. Brevemente, me pregunté cómo el vampiro Maestro había conseguido llegar sin ser disparado... pero ese era Kanin. Había un montón de cosas que aún no sabía sobre él.

El hombre gimió, palmeando débilmente por el rifle. Con un gruñido, Jackal se estiró, lo agarró por la garganta, y lo estrelló contra la pared. Meforcé a no interferir. Sabía que Jackal tenía que estar famélico, en el borde de perderlo, la sangre de la herida de bala aún húmeda y centelleando contra su espalda. Pero él le sonrió maliciosamente al raider, su voz ominosa pero bajo control cuando habló.

—Creo que te hice una pregunta, esbirro —dijo el rey raider en un tono conversacional, aunque sus colmillos estaban desnudos y completamente extendidos—. Y no tengo mucha paciencia para desperdiciarla justo ahora. Así que, si no quieres que rasgue tus brazos de sus cuencas, comienza a hablar. ¿Por qué estás atacándonos? ¿Quién está involucrando? ¿Es esto una ramificación descontenta que voy a tener que limpiar, o la ciudad entera tiene un deseo de muerte?

El humano se atragantó, arañando inútilmente la mano alrededor de su garganta. Pero, sorprendentemente, levantó la mirada al rey raider, sus ojos brillantes con dolor y miedo, y dio una risa ronca.

—Tú... no estás a cargo... más, Jackal —dijo entre dientes, con el desafío de alguien quien sabía que estaba muerto—. Prometiste inmortalidad... y nunca cumpliste. Bueno... tenemos un nuevo rey ahora. Uno que está de acuerdo en Convertirnos... quien se deshará de ti.

Mis entrañas se enfriaron.

—¿Es así? —continuo Jackal, su voz fue suave y mortal—. ¿Y este nuevo rey tiene un nombre, o tengo que adivinar?

—Él dijo... que sabrías quién es. —El raider se ahogó—. Y... fueras a encontrarlo... en la ciudad inundada. —Tosió y sostuvo sus manos en alto. Una estaba vacía, pero la otra sostenía una pequeña caja de metal, que abrió para revelar una pequeña llama. Mirando al rey raider, le dio una última burla desafiante—. Si llegas así de lejos.

Contra la pared, Kanin se enderezó.

—James... —comenzó, pero era demasiado tarde. El raider abrió sus dedos, y el objeto, lo que sea que fuera, cayó al piso.

Unas cuantas cosas sucedieron a la vez.





Tan pronto como la llama cayó de la mano del raider, Jackal saltó hacia atrás, arrojándose hacia la pared. Abruptamente suelto, el cuerpo del raider golpeó el suelo casi al mismo tiempo que la caja de metal. Allí hubo un breve siseo...

... y una ola de fuego surgió de la pequeña llama, corriendo por el suelo y por las paredes, convirtiendo la habitación en un infierno. Envolvió al humano sobre el piso, quien gritó y se retorció, agitándose casi en agonía mientras sus ropas se encendían. Apenas lo escuché. Terror se elevó, cegando y consumiendo todo, y miré salvajemente alrededor por una ruta de escape. Las paredes eran un desastre de llamas naranjas rodando, cortando y desgarrando hacia mí, podía sentir el terrible calor contra mi piel fría y me encogí hacia atrás con un siseo. Tenía que salir de aquí, pero no había ninguna parte donde ir, donde sea que miraba, estaba en llamas...

—¡Allison!

Algo agarró mi brazo mientras me quedé allí de pie, en el borde del pánico.

—Cálmate —ordenó Kanin, y gruñí y traté de tirar hacia atrás—. Escúchame. No podemos tomar las escaleras, las habitaciones más baja están completamente engullidas, y tomara un montón de tiempo alcanzar la puerta. Debemos ir a través de la ventana.

¿La ventana? Miré a la pared del fondo, a la apertura donde el humano había estado disparando. Apenas podía ver la ventana a través de las llamas chasqueando, y me encogí de nuevo.

—Tienes que estar bromeando.

—No. —La voz de Kanin fue despiadadamente tranquila—. Es el único camino. Jackal ya ha pasado por ahí. Debemos seguirlo si queremos sobrevivir a esto.

Las llamas rugían, llenando mi mente, hasta que todo lo que pude ver era naranja y rojo. No podía pensar; casi podía sentir la piel pelándose de mis huesos, ennegrecida y burbujeando en el calor. Si no fuera por el agarre de Kanin en mi brazo, habría huido, aunque no sabía a donde iría. Todo lo que podía pensar era conseguir alejarme de las llamas. ¿Y Kanin quería que saltara a través del fuego?

—¡No puedo! —le dije, desnudando mis colmillos con miedo—. Nunca lo lograré.

—Debes. Estaré justo detrás de ti.

—Kanin...

—Allison. —Kanin agarró mi otro brazo, forzándome a mirarlo. Su voz me obligaba. Lo sentí reverberar a través de mí, un callado, innegable repiqueteo—. Confía en mí.

Mordí mi labio, y apreté mis ojos cerrados, bloqueando las llamas.

—Puedes hacer esto —siguió Kanin, en el mismo tono tranquilizador. Me enfoqué en su voz, ignorando el rugido de las llamas alrededor de nosotros, el calor quemando mi rostro—.





El fuego no va a tocarte. Estará terminado en unos pocos segundos, pero debes ser rápida. ¿Estás lista?

Tragando, apreté mis puños, empujé atrás el miedo, y asentí.

—Entonces ve. —Kanin me soltó. Me giré y corrí por la pared de llamas.

Ellas se alzaron ante mí, horriblemente brillantes, chasqueando y arañando en el viento. Por un segundo, casi me resistí, mis instintos vampíricos gritándome a un alto, para correr lejos de nuestro enemigo más mortal además del sol. La voz de Kanin hizo eco en mi cabeza, empujándome hacia delante. Alcancé la rugiente, viva pared y me zambullí a través de las llamas, orando para no encenderme en fuego.

Hubo un momento de dolor cegador, un calor que escaldaba rasgando a través de mi rostro y manos. Y luego frío aire de invierno golpeó mi piel mientras caía por la ventana, golpeé el borde del tejado, y caí en los arbustos de abajo.

Gruñendo, colmillos desnudados, luché por ponerme de pie y me alejé tambaleando de la casa. Calor arañó mi espalda mientras yo destrozaba enredaderas y ramas y huía hacia el camino. Sólo cuando estuve en el otro lado de la calle me di la vuelta y miré atrás.

Mis instintos se encogieron, instándome a moverme incluso más lejos. La casa era un infierno rugiente contra el cielo, lenguas de fuego chasqueando en cada dirección. Entré en pánico por un momento, no viendo a Kanin en ninguna parte, asustada que aún estuviera atrapado arriba. Pero luego una sombra se desvaneció de la casa, y la oscura forma de Kanin se deslizó por la calle hacia mí, haciéndome desplomarme de alivio.

—¿Estás herida? —preguntó, uniéndose a mí en la acera. Sacudí mi cabeza, aún tratando de calmarme. Mi rostro y manos punzando, y atrapé un débil olor de cabello quemado que traté de ignorar, pero no parecía estar mal herido. Otros pocos segundos, y podría haber sido una historia diferente.

—¿Dónde está Jackal? —pregunté, mirando alrededor. Vagamente recordando a Kanin diciéndome que Jackal ya había salido, pero todos los pasados pocos minutos estaba un poco borroso.

—Saltó por la ventana al segundo que se dio cuenta de lo que estaba pasando —respondió Kanin, su voz asumiendo un borde de insulto—. Espero que esté por aquí.

Me sacudí. El fuego al parecer había hecho que mi cerebro dejara de funcionar, el único pensamiento en mi mente había sido conseguir salir, pero estaba lentamente comenzando a enfocarse de nuevo.

—No entiendo —dije—. ¿A qué te refieres?, ¿cuando él se dio cuenta de lo que estaba sucediendo?

—Esta era una trampa, Allison. —Kanin volvió a mirar al infierno—. Nada prende fuego así de rápidamente a menos que haya sido rociado con algo. Gasolina o alcohol. No me di





cuenta cuando llegué por primera vez, y esperó que tú y Jackal no lo hicieran, tampoco, pero las paredes y el suelo se habían empapado en algo inflamable. A veces, no tener que respirar es una bendición, pero no esta vez. —Él negó con la cabeza, pareciendo molesto, consigo mismo o con nosotros, no podía decir—. Estoy seguro que nuestro amigo raider no tenía intención de poner la casa en llamas consigo mismo aún dentro —continuó Kanin sombríamente—, pero cuando lo sorprendimos, pensó que ya estaba muerto.

—Lo que es una vergüenza, si me preguntas —dijo una voz familiar, y Jackal caminó fuera de la oscuridad. Ignorándome y a Kanin, le disparó una mirada molesta a la casa ardiendo—. Ni siquiera conseguí rasgar su corazón antes de que se convirtiera en humo. Bastardo desconsiderado.

Le fruncí el ceño.

—Mira quien habla. ¡Tú nos dejaste allí dentro! Sin advertencia, sin dudar, nada. Apuesto a que ni siquiera miraste atrás cuando golpeaste el suelo.

—¿Y qué querías que hiciera, exactamente? —preguntó Jackal, desnudando sus colmillos. Olí la sangre en él, humedeciendo su camisa y gabardina, y me di cuenta que probablemente estaba muerto de hambre después de tomar ese disparo en el pecho—. ¿Sostener tu mano mientras saltabas por la ventana? ¿Ir de nuevo adentro con la casa entera a punto de colapsar encima de mí? —se burló—. Aun somos vampiros, hermana. Todavía buscamos por el número uno. Si yo *hubiera* sido atrapado allí arriba, no habría esperado que tú y el anciano vinieran de regreso.

—Supongo que no me conoces tan bien como crees —dije en una voz fría—. Porque yo lo *haría*.

—¿En serio? —se burló Jackal, cruzando sus brazos—. Encuentro eso un poco difícil de creer. Apuesto a que ni siquiera miras a la casa ahora sin querer figurativamente hacerte pis encima.

—Creo —dijo Kanin, sonando exasperado—, que ambos están olvidando la poca información apremiante que hemos aprendido esta noche. —Miró pasado el edificio ardiente, la luz de fuego danzando en sus ojos oscuros—. Sin nombre, quien ha convertido a los raiders contra nosotros, y quien aún está esperando en el Viejo Chicago.

Sarren. El pensamiento me hizo tensarme, y el odio estalló de nuevo, abrasador y mortal, empujando atrás todo lo demás. No lo había olvidado. Sarren aún pagaría por lo que había hecho. Solo porque me rehusaba a convertirme en un demonio no significaba que no lo mataría. Cuando lo encuentre, no me detendría por nada hasta que su cabeza estuviera empalada en mi espada, y su cuerpo fuera una pila de cenizas humeantes.

—Sarren —estuvo de acuerdo Jackal, y había algo nuevo en su voz, también. Un borde peligroso que no había estado allí antes, hablando de violencia y represalias—. Está bien, psicópata. ¿Quieres jugar juegos? Voy a jugar juegos. —Sus ojos brillaban, y volvió a mirar a la





casa en llamas, una sonrisa completamente sin humor cruzando su rostro—. Jodiendo alrededor con mi ciudad y esbirros, ¿no es así? ¿Crees que vas a ser el nuevo rey? —Se rió entre dientes, y el sonido me hizo estremecer con anticipación—. Voy a masacrar cada humano y quemar la ciudad entera hasta la tierra antes de dártela.

—No hay que adelantarnos a nosotros mismos —advirtió Kanin—. La venganza puede fácilmente nublar la mente, y Sarren está esperando por eso. No podemos estar tan atrapados en la venganza que corramos directo a una trampa mortal, como hicimos esta noche. —Su mirada parpadeó al infierno, justo mientras salía un rugido desde dentro y el techo colapsaba en un estallido de ámbar y chispas. Me estremecí, y la voz de Kanin se volvió grave—. Sarren nos tiene en desventaja —murmuró—. Hay un ejército entero entre nosotros, y sabe que estamos yendo por él. De aquí en adelante, si vamos a incluso a alcanzarlo vivos, debemos ser muy cuidadosos. Y listos para cualquier cosa.

Encontré la mirada de Jackal, y él me dio una pequeña sonrisa. Por una vez, ambos estábamos pensando la misma cosa. Sin importar cuántos matones Sarren tuviera entre nosotros y él, sin importar qué tipo de sorpresas desagradables tuviera esperando. Lucharíamos en el camino con un ejército si teníamos que, tallar abajo uno por uno, hasta que encontráramos a Sarren.

Y destruirlo por completo por lo que había tomado de nosotros.



Tomamos una tortuosa, ruta indirecta a la ciudad esa noche. Cierto, teníamos toda la intención de encontrar a Sarren, incluso si teníamos que cortar el camino a través del ejército de raiders entero para hacerlo. Pero, como Jackal señaló, allí había más que una forma de pelar a un vampiro. Los raiders estaban probablemente vigilando todos los caminos principales en Viejo Chicago, así que no había ninguna razón para intentar escabullirnos sigilosamente hasta Sarren y tener que luchar con la ciudad entera. En cambio, Jackal nos había llevado a través de una serie de callejones llenos de escombros y antiguos edificios, alegando que los raiders nunca los utilizaban porque no podían llevar sus motocicletas ahí.

También, los Rabids todavía acechaban en los rincones vacíos de Viejo Chicago, un hecho que descubrí cuando seguimos a Jackal a través de un centro comercial subterráneo y muchos monstruos pálidos saltaron hacia nosotros a través de las ventanas rotas. Después de cortar el camino a través de la multitud, continuamos deslizándonos a través de estrechas calles desiertas, siempre alertas por guardias y centinelas, aunque la ciudad se mantuvo extrañamente callada. En un momento, Kanin extendió un brazo y señaló en silencio a donde un par de raiders se inclinaban contra la barandilla sobre un dique, sus espaldas hacia nosotros. Jackal sonrió, nos hizo señas para que nos quedáramos, y se deslizó en las sombras. Unos pocos minutos más tarde, ambos hombres estaban tirados en la oscuridad con gañidos separados, y Jackal regresó apestando a sangre, y una sonrisa satisfecha en su rostro.





Unas pocas horas más tarde, estábamos de pie en las orillas de un lago neutro tan vasto que no podrías ver el otro lado. De acuerdo a Kanin, en tiempos anteriores, era llamado Lago Michigan, y Chicago había estado de pie orgullosamente a lo largo de su borde. Ahora, el lago y los ríos que cortaban a través del área del centro se habían deslizado hacia sus bancos y se fusionaron, inundando parte de la ciudad pero también creando una barrera natural contra los Rabids.

Miré sobre las aguas turbulentas, entrecerrando mis ojos. Recordaba la ciudad de Jackal de la última vez que había venido, un enredo de puentes estrechos, pasarelas y plataformas que cruzaban edificios sumergidos. Desde donde estaba de pie, parecía igual. Podía ver la vieja barcaza que se sentaba en centro del río, y el puente destartado que abarcaba las aguas oscuras. Motocicletas y unos pocos otros vehículos estaban estacionados en filas al azar a lo largo de la superficie de la barcaza, la parada final antes de que cruzaras a la guarida del rey raider.

O un desquiciado vampiro psicópata empeñado en destruir el mundo.

—Hogar, dulce hogar. —Jackal suspiró—. O lo será, una vez que masacre a todos los hijos de puta que se volvieron contra mí, empalaré sus cabezas en picas, y decoraré la ciudad con ellos. Tal vez empujar una antorcha a través de sus dientes y utilizarlos para iluminar las pasarelas, ¿qué opinas, hermana?

—Definitivamente serías tú. —Miré por encima del agua, viendo las linternas y antorchas distantes brillando en la bruma. Incluso desde esta distancia, me di cuenta que algo andaba mal—. No hay nadie en los puentes —reflexioné, recordando que la última vez que los había atravesado, las pasarelas habían sido un enjambre de raiders. Ahora, los puentes y plataformas estaban vacías, abandonadas—. Todo parece desierto.

Lo que significaba que estábamos caminando a una trampa, por supuesto.

—¿Dónde crees que estará Sarren? —preguntó en voz baja Kanin. El vampiro Maestro miró por encima del agua, observando la ciudad con oscuros ojos impasibles. Jackal se encogió de hombros.

—Solo hay un lugar en el que estaría. —Señaló a donde un alto, rascacielos estrecho estaba de pie contra el cielo. Un ligero brillo cerca de la cima, brillante y familiar, haciendo mi piel picar con reconocimiento.

La torre de Jackal. El lugar donde había conocido a mi hermano de sangre por primera vez. Donde habíamos luchado, en el piso superior del edificio, y casi me mata.

El lugar donde Jebbadiah Crosse había muerto.

—Es el único edificio en la ciudad que todavía tiene energía —continuo Jackal, mirando hacia la torre y la luz parpadeante en la parte superior—. Y puedes ver todo lo que está sucediendo debajo. Si yo fuera Sarren, ahí es donde estaría.





—Entonces ahí es donde vamos. —La luz brillaba a través del agua, burlándose de mí, y sentí mis colmillos deslizarse afuera. Sarren estaba cerca. Esta vez, no solo cortaría su brazo. Esta vez, iba por su cabeza.

—Sugiero que lo hagamos suavemente —interrumpió Kanin, su tranquila voz baja, rompiendo a través de mi súbito odio—. Sarren sabe que estamos viniendo, y la ciudad entera estará en alerta máxima. Si podemos, deberíamos evitar alertarlos de nuestra presencia. Sería más sabio tratar con Sarren primero, antes de confrontar el resto del ejército. Si removemos a su nuevo rey, habrán perdido su razón para luchar contra nosotros.

Jackal resopló.

—Escabullirse en mi propia ciudad y esconderse como una rata de alcantarilla —murmuró oscuramente, sacudiendo su cabeza—. Oh, cabezas van a rodar por esto. Voy a poner una ruta especial y utilizar sus cráneos como bolas de boliche.

Ignorándolo, miré a Kanin.

—¿Cómo vamos a escabullirnos dentro?

Mi sire dio una sonrisa tensa.

—Espero que los caminos estén bien protegidos, pero deslizarse en una ciudad inundada no es tan difícil. Tan grande como este ejército es, no pueden vigilar el río entero.

Genial. Parecía que íbamos a nadar.





CAPÍTULO 6



Cruzamos el río con facilidad, tan silenciosos como las sombras que se aferraban a las olas. Afortunadamente, aunque allí había una delgada capa de hielo aferrándose a los bordes de la orilla, el resto del río estaba limpio. Y desplazar grandes cuerpos de agua no era difícil si no tenías que preocuparte por cosas como respirar o hipotermia. Nos deslizamos debajo del casco de la enorme barcaza, la vista de vampiro penetrando las aguas oscuras, mientras continuamos por las calles inundadas del territorio de Jackal. Peces se deslizaron más allá de nosotros en grandes cardúmenes, revoloteando a través del extraño mundo submarino de edificios ahogados y carreteras sumergidas, autos oxidados alineados en el pavimento. Una enorme forma oscura, casi tan grande como yo, me hizo girar la cabeza, haciéndome apretar los dientes. Kanin me había asegurado que los peces no podían convertirse en Rabids, y Jackal se había reído de la pregunta, pero yo no tenía problemas con sacar mi katana bajo el agua y acuchillar la siguiente cosa que viniera de las profundidades hacia mí.

Encima de nosotros, la ciudad estaba en silencio. Puentes y pasarelas vacíos, las plataformas estaban desiertas y quietas. Nada se movía encima, y el ominoso silencio comenzó a comerme. Esta era una trampa, lo sabía, y los otros tenían que saberlo, pero allí no había nada que pudiéramos hacer excepto presionar hacia delante. Enfrentaría lo que sea que Sarren pudiera lanzarme si eso significaba que lo encontraría esperando al final, con nada entre nosotros sino mi katana.

—Cuidado. —Kanin agarró mi cuello cuando salimos a la superficie, arrastrándome un paso atrás. Salimos debajo de un puente, una pasarela frágil de madera y metal que se estiraba de un techo a otro. Desconcertada, le fruncí el ceño, y él señaló a la parte inferior de los tablones.

Un extraño dispositivo de metal había sido adherido al puente, cables empujándose en cada dirección. No sabía lo que podía ser, pero la luz rojo parpadeando en una esquina parecía bastante ominoso.

—Ese es el porqué la ciudad esta desierta —reflexionó Kanin mientras Jackal levantaba la mirada al extraño dispositivo y maldecía—. Probablemente tiene todo el lugar con trampas explosivas. Un pasó en el puente equivocado, y no estaría allí más.

—Ah. —Jackal remarcó, mirando al puente cableado con el atisbo de una sonrisa—. Eso le debe haber tomado un tiempo. El bastardo seguro pasó por un montón de problemas, solo para nosotros. Me siento tan especial, ¿no lo haces tú?





Me detuve. Algo sobre el comentario de Jackal no se sentía correcto.

—¿Por qué está haciendo todo esto? —pregunté cuando comenzamos a movernos de nuevo, manteniéndonos bien atrás de la mina—. ¿No está el tratando de llegar a Edén? ¿Por qué detenerse aquí?

—No lo sé —murmuró Kanin, y sonaba en conflicto, también—. Tal vez quiere detenernos para que pueda continuar sus planes sin ser molestado. Pero eso no parece como él. —Su ceño se frunció, y sacudió su cabeza—. Sarren es tan impredecible como brillante y cruel. Si está en la ciudad, tiene una razón para ello.

—¿Importa? —preguntó Jackal detrás de nosotros—. ¿A quién le importa lo que está haciendo? Puede estar planeando llenar el mundo con cachorros, y todavía voy a rasgar el corazón negro arrugado de su pecho y empujarlo por su garganta hasta que se ahogue con él.

Un recuerdo parpadeó a la vida a continuación, haciendo a mi estómago enfriarse, y me giré hacia Jackal.

—Espera —dije, por fin entendiendo—. ¡El laboratorio! Tienes un laboratorio establecido en el piso superior de tu torre. Ese es el porqué secuestraste a Jeb, lo querías para desarrollar una cura para el Red Lung, y le diste todo lo que necesitaba para hacerlo...

—Bueno, mierda. —Jackal se pasó una mano por el cabello—. Me olvidé de eso. Ahora estoy un poco avergonzado.

—¿Hay un laboratorio aquí? —Kanin hizo eco, sus ojos sombríos. Asentí—. Entonces tenemos que darnos prisa. Si Sarren utiliza ese virus ahora, será Nueva Covington todo de nuevo.

—Genial —dijo Jackal cuando avanzábamos de nuevo, moviéndonos un poco más rápido ahora—. Más mierda de murciélagos con frenesí sangriento. Oye hermana, aquí hay un enigma para ti. ¿Qué es peor que psicópatas asesinos infectados rasgando sus rostros?

Fruncí el ceño, confundida por un momento, hasta que lo entendí.

—¿Psicópatas *armados* infectados rasgando sus rostros?

—Bingo —gruñó Jackal—. Así que si vez alguno de mis ex seguidores, hazme un favor y corta sus cabezas, ¿sí? Me ahorrara el problema de quemar este lugar hasta los cimientos después de que matemos a Sarren.

No encontramos resistencia cuando caminamos hacia la inmensidad cerniéndose de la torre de Jackal. Kanin señaló unas pocas minas y trampas, pegadas a los puentes o ubicadas inocuamente a lo largo de las pasarelas. Sarren definitivamente estaba aquí, y había estado esperándonos por un tiempo.

Pon todas las trampas que quieras, tú, psicópata, pensé cuando la sombra de una enorme torre nos abarcó, oscura y amenazante. Bloquea el camino, envía tu ejército sobre nosotros, haz lo que quieras. Aún estoy yendo por ti. Y cuando te encuentre, uno de nosotros va a morir.





El último tramo hacia la torre se hizo completamente bajo el agua. Jackal nos llevó abajo hasta que alcanzamos el pavimento agrietado de la ciudad inundada, ondeando a través de autos y pilas de escombros con peces. La base de la torre se levantó desde el lecho del río, las puertas principales abiertas en la cima de los escalones, pero el rey de los raiders no utilizó la entrada principal. En cambio, nadamos alrededor de la parte posterior, deslizándonos a través de una ventana rota en lo que parecía ser una oficina. Los remanentes de un escritorio fijado desintegrándose en el piso, cardúmenes de peces plateados lanzándose a través de él. Seguimos a Jackal a través de la puerta de la oficina y dentro de un largo pasillo oscuro. Pedazos de pared llenaban el estrecho pasillo y vigas de metal yacían oblicuamente a través del pasaje, forzándonos a ir entre ellos o moverlos a un lado. Recibí una sorpresa cuando nadé alrededor de una esquina y casi tropecé con un hinchado, cadáver medio comido flotando en el agua. Fue una buena cosa que no tuviera que respirar, porque gruñí y rápidamente me eché hacia atrás, llenando mi nariz y boca con agua de río mientras el cuerpo flotaba. Jackal se giró, y no necesité escuchar su voz para saber que estaba riéndose de mí.

Finalmente, Jackal torció abierta una puerta, el chirrido oxidado reverberando a través del agua y haciendo a peces huir aterrados. A través de la brecha, vi una escalera inundada ascendiendo en la oscuridad.

Seguimos a Jackal por la puerta y seguimos la escalera hasta que se liberó del agua, continuando su camino en espiral arriba al costado de la pared. Jackal observaba, sonriendo, cuando emergí, chorreando agua del río, corriendo por mi cabello y el abrigo haciendo un charco en el rellano.

—¿Qué? —pregunté suavemente, mi voz haciendo eco extrañamente en el hueco de la escalera inundada. Kanin emergió a mi espalda, sin hacer ruido en absoluto incluso en el agua. La sonrisa de Jackal se amplió, y sacudió su cabeza.

—Oh nada. Nunca has ahogado un gato antes, ¿verdad, hermana?

—¿Dónde estamos? —preguntó Kanin antes de que pudiera responder. Su voz tenía un tono débil que nos advirtió centrarnos en el objetivo. Que estábamos en el territorio de Sarren ahora, y nos estaba esperando. El rey raider rastrilló el cabello hacia atrás y miró hacia las escaleras.

—Tercer piso, al fondo de la escalera —murmuro—. Nadie la utiliza porque algunos de los pisos más altos colapsaron y las escaleras están bloqueadas en este lado. Pero hay una segunda escalera que podemos alcanzar desde el noveno piso, y esa va todo el camino a la cima. —Jackal cruzó sus brazos, sonriendo—. Imagino que todo el mundo estará esperándonos para utilizar el elevador, y sus esbirros podrían sorprenderme y cortar los cables cuando nos acerquemos a la cima. Y confía en mí cuando digo que caer del piso superior de esta torre *no* es una experiencia placentera.





Me miró cuando dijo esto, estrechando sus ojos. Pensé de nuevo en nuestra pelea en el piso superior, él apuñalándome en las entrañas, el dolor intenso que había seguido. Colgando de una ventana rota en alto sobre Chicago, aferrándome desesperadamente a la repisa mientras mi fuerza poco a poco dejaba de funcionar. Levantar la mirada, ver a Jackal de pie sobre mí, listo para terminarlo, y Jebbadiyah Crosse chocando contra él desde detrás, lanzándolos a ambos en el espacio abierto.

—Siempre me he preguntado cómo sobreviviste —le dije, y su sonrisa se amplió—. Eres como una rata que es imposible de matar, sin importar lo que haga, siempre regresas.

—Una de mis mejores cualidades, hermana. —Jackal bajó sus brazos—. Lo apreciaras un día, confía en mí. Ahora... —Miró las escaleras de nuevo, un brillo peligroso viniendo a sus ojos—. ¿Qué te parece si encontramos a Sarren y golpeamos la siempre amorosa mierda fuera de él?

Eso podía ponerlo detrás. Mi enemigo estaba cerca, y nunca había deseado la muerte de alguien tanto como quería la de Sarren.

—Vamos —le dije a Jackal.

Comenzamos a subir las escaleras, Jackal enfrente, Kanin en silencio en la retaguardia. Alrededor de nosotros, la escalera crujió y gimió, los sonidos haciendo eco a través del estrecho corredor y poniendo mi piel de gallina. No me gustan los espacios pequeños y cerrados sin ninguna forma de salir, especialmente cuando parecían antiguas, en ruinas escaleras que podrían colapsar en cualquier momento. Me concentré en tomar un paso a la vez y enfoqué mi ira y rabia en una ardiente determinación. Porque si me concentraba en mi odio, casi podía olvidar el hecho que Sarren aún me aterrorizaba, él tenía un ejército entero de raiders bajo su control, y enfrentarlo de nuevo sería la pelea más dura de mi vida. Que él aún era más fuerte que yo, e incluso con la ayuda de Kanin y Jackal, podríamos no ser capaces de derrotarlo. Especialmente desde que él sabía que estábamos viniendo.

Nada de eso importaba. No sabía cómo planeaba difundir su terrible virus, pero sabía que era completamente capaz de destruir todo sin un segundo pensamiento. Y no dejaría que eso sucediera. Sin importar lo que tome, sin importar qué horribles sorpresas nos tenía esperando, teníamos que matar a Sarren, esta noche.

Las escaleras se tejían alrededor de las paredes del edificio, en espiral cada vez más alto, antes de que terminaran en un bloqueo de piedras, vigas de metal y tubos torcidos. Jackal nos detuvo en el rellano final y asintió a una puerta de metal fijada en el concreto.

—La otra escalera es por aquí. Tenemos que cruzar el piso para llegar a ella, pero una vez lo hagamos, es un disparo directo al piso superior y a Sarren.

Asentí de nuevo, pero entonces atrapé algo que me hizo congelar. Filtrándose a través de la puerta, deslizándose debajo de la rendija, era un olor inconfundible.





Los otros dos vampiros se detuvieron, también.

—Sangre —reflexionó Kanin, su mirada oscura y sombría—. Un montón de ella. Algo está esperando por nosotros más allá de esta puerta. Parece que tus humanos están esperándonos, después de todo.

—Síp. —Jackal suspiro—. Los esbirros no son completamente estúpidos todo el tiempo. Y saben que la sangre es una excelente manera de enmascarar su presencia de un vampiro. No vamos a ser capaz de ubicar exactamente dónde están. Si todo el ejército está esperando por nosotros, será un desastre. —Me miró, colmillos brillando en el corredor oscurecido—. ¿Lista para esto, hermanita? No hay vuelta atrás ahora.

Saqué mi katana, el suave roce temblando a través del hueco de las escaleras, y sonreí sombríamente.

—Lista —susurré. Jackal sonrió y tiró la puerta abierta con un chirrido oxidado.

Una fría brisa alborotó mi cabello, siseando por la escalera. La habitación más allá del marco era enorme, con un techo bajo y ventanas rotas rodeándonos. Secciones bajas de pared creaban un laberinto de cubículos y pasillos estrechos, perfectos para ocultarse detrás o poner una emboscada. Escombros, vigas caídas y escritorios podridos estaban diseminados a través del piso, silenciosos y quietos, y la habitación parecía contener el aliento.

También estaba completamente cubierta de sangre. Sangre surcaba las paredes y el techo, cintas arqueadas salpicadas a través de las paredes de los cubículos. Algo de eso no era humana, podía recoger los sutiles toques de sangre animal en la habitación, perros, gatos y roedores, almizcle y de alguna forma contaminada. Pero el resto era definitivamente humana, y el Hambre rugió con una venganza.

—Bueno —comentó Jackal, mirando alrededor del espacio cubierto de la masacre—, eso no grita “trampa” en absoluto. ¿Es lo mejor con lo que Sarren pudo llegar? Estoy un poco decepcionado. —Levantando su cabeza, gritó en la habitación—: ¡Oigan, esbirros! ¡Papá está en casa, y no está feliz! Pero porque soy un tipo agradable, voy a darles una oportunidad. Pueden hacerlo fácil para ustedes y estallar sus cerebros justo ahora, o puedo lentamente retorcer su cabeza hasta que salte justo fuera de tu cuello. ¡Su movimiento!

Por un momento, hubo silencio. Nada se movió más allá de la puerta, aunque si escuchaba lo suficientemente duro, pensé que pude escuchar la aceleración de muchos latidos, el olor del miedo elevándose con la sangre.

Entonces algo pequeño, verde y ovalado vino surcando en el aire hacia nosotros, lanzado por un brazo detrás de un escritorio volcado y Jackal sonrió.

—Respuesta equivocada —murmuro.





Lanzándose delante de mí, agarró el objeto antes de que pudiera golpear el suelo y, cegadoramente rápido, lo lanzó de regreso en la habitación. Hubo unos apagados “¡Mierda!” desde detrás del escritorio.

Y entonces algo explotó en una nube de humo y fuego, lanzando un par de cuerpos en la apertura, mutilados y rasgados. Jackal rugió, el sonido ansioso y animal, unas pocas docenas de raiders saltaron desde detrás de escritorio y medias paredes y enviaron una lluvia de disparos en la habitación.

Me lancé detrás de un escritorio mientras las balas rociaban el suelo y ponían una línea de agujeros en las paredes detrás de mí. Agarrando mi katana, me asomé alrededor de la esquina, tratando de ubicar de dónde estaban viniendo los ataques. No veía a Kanin, pero Jackal cargó hacia un cubículo con un rugido, colmillos desnudos. Muchas balas lo alcanzaron, rasgando a través de su gabardina y salieron por su espalda, pero el vampiro no se detuvo. Saltando sobre el escritorio, agarró a un raider por el cuello, lo levantó de sus pies, y golpeó su cabeza contra la superficie. Sangre explotó de la nariz y boca del raider, y Jackal lo arrojó lejos para ir tras otro.

Los raiders estaban gritando ahora, disparando sus armas en arcos salvajes, rompiendo vidrios y desgarrando trozos de yeso. Vi dos humanos emerger detrás de un pilar, apuntando sus armas a la espalda de Jackal. Gruñí y me lancé de mi escondite, luego me abalancé hacia ellos. Me vieron venir al último minuto y giraron, disparando salvajemente. Sentí algo rasgar en mi hombro, enviando una caliente llama de dolor y rabia a través de mí. Gruñendo, acuchillé mi espada a través de la sección media del raider y, mientras él colapsaba, la azoté a través del cuello del segundo. Sin cabeza, el hombre cayó hacia delante, y salté pasándolo hacia un grupo de raiders en el rincón.

El demonio en mí aulló, y sed de sangre cantó a través de mis venas mientras golpeaba duro el grupo de hombres, mi katana parpadeando. Ellos se giraron hacia mí, rostros blancos, armas levantadas. Y entonces todo se disolvió en gritos, disparos y sangre. Fui golpeada varias veces, agudas puñaladas de dolor que apenas registré mientras cedía a mi rabia, odio y dolor. Raiders cayeron ante mí, derrotados por mi hoja, su sangre caliente llenando mis sentidos. El Hambre rabiando dentro, agitado en casi un frenesí con cada muerte, cada bala que rasgaba a través de mí. Pero a pesar de todo, mantuve un fuerte agarre de mi demonio, rehusándome a perderme de nuevo, incluso si matar estos hombres me traía un paso más cerca a Sarren. Vengaría la muerte de Zeke, pero lo haría en mis términos.

Mientras llegaba hasta el centro de la habitación, cortando el camino a través de un trío de raiders, un repentino pitido lleno el aire, estridente y rápido. Por instinto, salté atrás justo cuando el pilar enfrente de mí explotó, enviando rocas y metralla por todas partes y atrapando a dos raiders en la espalda. Me abalancé lejos, impactando a través de una media pared y en un escritorio en el otro lado. Cayendo al piso, me quedé allí un momento, aturdida. Mi abrigo estaba en andrajos, y podía sentir humedad calidad corriendo desde mi sección media un





segundo antes de que el dolor golpeará, haciéndome apretar mi mandíbula para evitar gritar. Mi katana yacía a muchos metros de mi mano, brillando en las ráfagas de disparos alrededor de mí.

Otro pitido estridente sonó, y una segunda explosión sacudió la habitación, llenando el aire con gritos y el hedor de humo. Haciendo una mueca, luché por levantarme, encogiéndome fuera de rocas y escombros, empujando lejos la viga de madera que había caído a través de mi pecho. Una sombra cayó sobre mí, un raider miró abajo, ojos salvajes y locos, mientras apuntaba el cañón de una escopeta hacia mi rostro.

Me tiré a un lado y lancé mi brazo arriba, apenas arreglándomelas para golpear el cañón lejos cuando un disparo sonó, estallando en mis oídos y haciendo mi cabeza sonar. Fuego llameó desde la punta del arma, el aire abrasador cerca de mi rostro, y mi demonio retrocedió con un grito. Gruñendo, tiré al raider, arranqué el arma de sus manos, y hundí mis colmillos en su garganta. Sangre caliente lleno mi boca, tranquilizando el dolor mientras mis heridas sanaban, carne destrozada tejiéndose de nuevo junta. Continúe alimentándome hasta que el cuerpo se estremeció y quedó inerte en mis manos, y lo dejé desplomarse sin vida al suelo.

Limpiando mi boca, agarré mi katana y me levanté, mirando alrededor por mi siguiente enemigo.

El caos en la habitación se había calmada. Cuerpos yacían por todas partes, cortados abiertos y rasgados, dispersos en pedazos a través de la habitación. Pude ver mi propio rastro de carnicería que llevaba al pilar en ruinas, y los dos raiders muertos quienes habían sido atrapados en la explosión. Humo colgaba en el aire, junto con el hedor acre de explosivos y carne quemada.

Jackal salió de la masacre, empapado en sangre y de apariencia peligrosa, escarlata rayando su rostro y manos. Mirando alrededor, asintió satisfecho. Kanin también apareció, apareciendo de la nada, caminando sobre cuerpos mientras caminaba hacia el centro.

—Todo bien, entonces. —Jackal pateó un cuerpo fuera de su camino y se paseó hacia delante, sonriendo—. Me siento mejor ya. Nada como masacrar un montón de sucios traidores para conseguir sangre fluyendo. Me pregunto dónde está ocultándose el resto de los bastardos.

Parpadeé hacia él.

—¿Hay más?

Se burló de mí.

—Esto no era ni siquiera la mitad de mi ejército, hermana. Cuando digo que hay un completo jodido montón de ellos, no estaba exagerando. Estoy suponiendo que esto era solo la fiesta de bienvenida a casa, y el resto de ellos están en alguna parta entre este piso y Sarren.

—Entonces tal vez deberíamos seguir moviéndonos —sugirió Kanin—. A menos que haya otro camino a la cima.





—No a menos que quieras subir en el hueco del elevador —dijo Jackal, y comenzó a caminar por el piso, entre vigas y escombros, pasando por encima de los cadáveres. Elegimos el camino a través de la habitación, el olor de sangre ahora mezclándose con el olor de carne chamuscada, hasta que alcanzamos una puerta de metal en el otro lado.

—Las damas primero. —Jackal sonrió, y empujó la puerta abierta a la escalera.

Caminé pasando, frunciendo el ceño, luego me detuve. Directamente enfrente de mí, en la pared lejana, alguien había escrito un mensaje. En sangre. Debajo de eso, un húmedo, irreconocible bulto de... algo... había sido arponeado a la pared con un cuchillo. Caminando más cerca, levanté la mirada a la línea de encima, y mi sangre se congeló.

Pajarito, decía, haciendo mi estómago girar con odio y repulsión. Allí había solo un psicópata que me llamaba así. Podía ver su rostro cicatrizado, escuchar su terrible, voz rasposa cuando me sonreía, susurrando sus enfermos planes. "*Canta para mí, pajarito*," me había dicho una vez, sosteniendo su cuchillo y sonriendo. "*Canta para mí, y hazlo una canción gloriosa*".

Me estremecí y meforcé a leer el resto del mensaje. *Esto es tuyo*, la sangrienta nota seguía, las letras goteando sobre la otra. *O, al menos, creo que Ezekiel quería que lo tuvieras*.

Me entumecí con temor. Temerosa, incapaz de detenerme, miré el bulto en el fondo del mensaje, reconociéndolo por lo que realmente era. Inmediatamente deseando no haberlo hecho.

Un corazón humano.

Detrás de mí, Jackal juró, y Kanin me gritó, su voz urgente. Apenas los escuché. No registré las palabras. No podía ver nada sino ese horrible símbolo que Sarren había dejado atrás. Era como si hubiera buscado en mi conciencia, encontrara la única cosa que me asustaba más que nada, y lo arrastró, retorció y pervirtió, a la luz. Mis ojos quemaban, lágrimas calientes manando en las esquinas, pero no eran lágrimas de tristeza o dolor. Eran lágrimas de cegadora, rabia incontrolable.

Mi visión fue a negro y rojo. Desnudando mis colmillos, di un llanto estrangulado que era parte rugido, parte grito, mi voz haciendo eco en la escalera. Agarrando mi katana, ignorando los gritos de Kanin para que me detuviera, salté escaleras arriba, mi mente solo en una cosa. Encontrar a Sarren, y rasgarlo en pedazos poco a poco. Conducir mi puño dentro de su pecho y rasgar el deformado, malvado corazón de su cuerpo, asegurarme que él me observara hacerlo.

Escuché a Kanin y Jackal comenzar a ir tras de mí. Pero mientras corría escaleras arriba, un penetrante, ominoso pitido resonó detrás de mí, haciendo los vellos de mi cuello erizarse. Me giré justo cuando una explosión estalló a través de la escalera, haciendo la estructura completa temblar. Roca, polvo y escombros llovieron sobre mí, y me tambaleé, escudando mi





rostro. Cuando el humo y escombros se aclaró, las escaleras detrás de mí colapsaron, y una pared de concreto, escombros y vigas de acero bloqueaban el camino hacia abajo.

—¡Kanin! —Me apresuré al borde y halé una enorme viga de hierro macizo, tratando de tirarlo a un lado. Yo era fuerte, pero la viga era enorme y medio enterrada debajo de unas pocas toneladas de roca, gruñí pero no se movió—. ¡Kanin! ¡Jackal! ¿Dónde están? ¿Pueden escucharme?

Una molesta voz familiar vino desde alguna parte debajo, amortiguada a través de piedra y roca, pero allí.

—Estamos bien, Allison —gritó Kanin sobre las maldiciones de Jackal, haciéndome hundirme con alivio. Pero un disparo sonó, seguido por un grito distante, y el sonido de balas precipitándose fuera de las paredes debajo. Jackal gruñó.

—Bueno, mierda. Allí está el resto de ellos. Me estaba preguntando dónde estaban ocultándose.

—¡Allison! —gritó Kanin, mientras los gritos y disparos se volvían más altos—. ¡Espera por nosotros! ¡Encontraremos otra forma de subir! No vayas a Sarren sola, ¿comprendes?

Un grito hizo eco en alguna parte debajo, y balas rebotaron en las paredes.

—Tenemos que movernos, anciano —gritó Jackal, su voz aumentando a través del hueco de la escalera—. ¡Ahora!

—¡Kanin! —grité, pero no hubo respuesta. Kanin y Jackal ya se habían movida de nuevo en la habitación. Escuché los gritos, disparos y rugidos de vampiros furiosos debajo por unos pocos segundos, luego se desvanecieron, volviéndose distantes como si la pelea hubiera dejado la habitación. O como si Jackal y Kanin hubieran huido, llevando al ejército con ellos.

Sola en el hueco de la escalera, me enderecé, retrocedí lejos del derrumbe, y miré escaleras arriba. Él estaba allí arriba, en alguna parte. Esperando por mí. Todo lo que había hecho hasta ahora, la trampa, el horrible mensaje... el corazón de Zeke, era para separarme de mi grupo. No estaba interesado en Kanin y Jackal. Él me quería.

Está bien, bastardo, pensé, agarrando mi espada. Una fría resolución llenó mi corazón, y miré escalera arriba. ¿Me quieres? Aquí voy.

No encontré a nadie en mi viaje escalera arriba, probablemente porque todos los raiders estaban ocupados tratando con Jackal y Kanin. Desesperadamente esperaba que estuvieran bien, aunque no tenía sentido preocuparse, no podía ayudarlos ahora.

La larga, torcida escalera continuó, oscura y vacía pero nunca en silencio. Las escaleras crujieron bajo mi peso, y de vez en cuando un gemido oxidado hacía eco a través del hueco, poniéndome la piel de gallina. Intenté no imaginar toda la cosa colapsando debajo de mí, y me concentré en poner un pie enfrente del otro.





Mientras me acercaba a la cima, el olor de sangre vieja me golpeó, débil y confusa, y procedí más cautelosamente. Alcanzando otro descanso, me detuve, sofocando la pequeña ondulación de miedo que se arrastraba por mi columna. En lo alto, una luz brilló, lanzando erráticas, sombras desarticuladas sobre la pared, y el mensaje escrito en sangre.

Casi allí, pequeño pajarito.

Tragué duro. *Casi allí*, estuve de acuerdo. *Y tú vas a pagar por lo que le hiciste. Obsérame, Zeke. Enviaré a tu asesino al infierno, y sonreiré mientras estoy haciéndolo.*

Agarrando mi katana, subí los escalones finales al descanso superior, abrí la puerta, y caminé atravesándola.

Un largo pasillo me saludo, alineado con ventanas a un lado, la mayoría de ellas explotadas hacia fuera o destrozadas. Más abajo, Viejo Chicago acurrucado en sombras y agua oscura, y más allá de él, la luna brillaba sobre la superficie del enorme Lago Michigan, estirándose sobre el horizonte.

Comencé a caminar hacia la puerta al final del pasillo, sintiendo como si hubiera estado aquí antes. Como si pasara otro corredor, miré abajo y vi un hueco de elevador oscurecido a lo largo de las paredes, y todo saltó en su sitio. Había estado aquí, en este mismo piso, cuando había tratado de rescatar a Jeb. Había venido aquí arriba a través del elevador en lugar de la escalera. Y supe a dónde tenía que ir. A través de la puerta al final del pasillo estaba el laboratorio, donde Jebbadiah Crosse había muerto. Donde conocí a Jackal por primera vez.

Donde Sarren esperaba por mí ahora.

La puerta se cernía muerta delante, y no me detuve. No me detuve a reconsiderar mi plan. O estaba caminando a una trampa o directo a mi muerte. Con la katana a mi lado, me dirigí a la puerta y la pateé debajo de perilla. Se abrió con un estruendo, casi arrancada de sus goznes, y entré en la habitación.

El laboratorio estaba oscuro, silencioso, e hice una pausa en el umbral, escuchando. Cuando había estado aquí en el pasado, había estado brillantemente iluminado, sin sombras o rincones oscuros para esconderse. Caminé a través de la puerta, espada fuera, buscando por mi enemigo.

—Sarren —grité, caminando adelante, cautelosa por trampas y explosiones, o una súbita horda de raiders vertiéndose para dispararme. Pero la habitación permaneció silenciosa. Aún cautelosa, caminé a través del umbral, un sentido de familiaridad rodando sobre mí mientras miraba alrededor. Recordaba este lugar. Allí estaba el escritorio y la antigua computadora en el rincón, en su mayoría sin daño, aunque la pantalla estaba oscura y destrozada ahora. Allí estaba el mostrador, cubierto de vasos rotos y astillas de vidrio, donde Jackal me había sostenido abajo y acuchillado en mis entrañas. Y más allá de ello, la pared de ventanas rotas y destrozadas, a través de la que mi hermano había caído a su supuesta muerte, brillaban en la oscuridad, los fragmentos restantes de vidrio afilados y letales.





Me detuve. Una silla apoyada contra la pared del fondo, recortada contra el cristal de ventana sin romper y el cielo nocturno. El piso alrededor estaba manchado de sangre vieja, y el olor me alcanzó un momento después, agitando el Hambre. Preguntándome si esto era la última obra de Sarren, caminé hacia ello un poco, luego me congelé.

Un cuerpo se sentaba en la silla, desplomado hacia delante, con la cabeza inclinada hacia delante, brazos atados detrás de la silla. El cuerpo estaba quieto, demasiado quieto para estar vivo. ¿Un raider tal vez? Me acerqué, estudiando el cuerpo. La luz de la luna filtrándose a través del vidrio y lanzando una sombra oscura sobre el piso, perfilando el delgado, cuerpo andrajoso, brillando sobre su pálido cabello.

Oh, Dios...

Mi katana cayó de mis dedos inertes, golpeando el piso con un tintineo. No podía moverme. Mi mente se había roto, estaba viendo cosas que no estaban allí. Porque sabía que esto no era real, no podía serlo. Él estaba muerto, lo escuché morir.

Aturdida, di un paso hacia adelante, luego me detuve, apretando los puños. *No*, me dije furiosamente. *No lo creas, Allison. Eso es lo que Sarren quiere.* Esto era un truco. Un truco para hacerme caer a pedazos. Como el corazón en la escalera. Sarren estaba jugando conmigo, y si iba a ese cuerpo, explotaría, o dispararía una trampa, o saltaría y trataría de matarme. No era él. O tal vez lo era, y caminé solo para ver un cuerpo medio podrido con un agujero abierto en su pecho donde su corazón había estado.

—No es él. —Mi voz era determinada. Apretando mis ojos cerrados, incliné mi cabeza, dejando fuera mis emociones. Disponiéndome a creer mis propias palabras. Esto no funcionaría. No le daría a Sarren la satisfacción de romperme. Zeke estaba muerto. Eso aún me mataba, me rasgaba a pedazos por dentro, pero sabía que él se había ido—. No es él —dije de nuevo, un frío entumecimiento asentándose alrededor de mi corazón. Agachándome, recogí mi espada, me levanté con fría determinación, y deliberadamente me aparté del cuerpo—. Deja de ocultarte —le dije a la oscuridad y sombras—. No estoy cayendo en ello. Sal y enfrentame, tú, jodido psicópata. Terminé de jugar juegos.

—¿Allison?

Mi estómago cayó, y por segunda vez en la noche, el mundo se congeló. Sarren podría ser capaz de ocultar un cuerpo. Incluso podría ser capaz de alterar un cadáver, que se vea como alguien que conocía, alguien que anhelaba volver a ver. Pero no podía simular una voz. Especialmente una tan familiar, que había estado en mi mente por semanas, en mis pensamientos todos los días. Una voz que había creído nunca oíría de nuevo.

Lentamente, me di la vuelta. El cuerpo en la silla no se había movido, todavía estaba desplomaba hacia adelante, con la cabeza gacha. Pero mientras miraba, se agitó, elevando su cabeza... y sentí a la tierra hacerse añicos cuando sus familiares, penetrantes ojos azules encontraron los míos por el suelo.





—Hola, chica vampiro —susurró Zeke, su voz un poco ahogada—. Sabía... que vendrías por mí.

Esto... no puede ser real.

Me quedé mirando el cuerpo frente a mí, incapaz de procesar lo que estaba pasando, sin atreverme a creer. Esto estaba mal; tenía que ser una trampa. Sarren todavía estaba jugando sus juegos enfermos, y en un momento esto caería a pedazos. No podía comenzar a creer, no me atrevía a esperar. Mi corazón apenas estaba comenzando a sanar de ser tan brutalmente hecho añicos, si comenzaba a tener esperanza, solo tener esa esperanza lo aplastaría de nuevo, no sabía si me recuperaría.

—¿Allie? —La voz del hombre se desplazó hacia mí, débil con dolor y agotamiento. Un hilo de sangre seca corría de una esquina de su boca, y las ojeras agazapadas bajo sus ojos. Se veía golpeado, sangriento y en dolor, pero vivo. Tosió, hombros agitados, y me miró, implorando—. ¿Qué está mal?

Negué, tratando de ignorar mi corazón, la forma en que parecía saltar en mi pecho, como si estuviera vivo de nuevo. A nuestro alrededor, el mundo se había detenido; el tiempo se había congelado en este momento frágil, de ensueño donde nada era real.

—No eres tú —le dije al cuerpo en la silla, sabiendo que sonaba loco—. No puedes estar aquí. Te escuché morir.

—Lo sé —susurró, sosteniendo mi mirada. No me moví, cautelosa y sin creer, rogando porque me probara que estaba equivocada. El humano suspiró—. Sé... lo que parece —siguió—. Pero todo está bien. Esto no es una trampa, o un truco. No... tengo una bomba atada a mí, te le juro. —Me dio una débil, sonrisa compungida, tan familiar que sentí mi garganta cerrarse—. Aún estoy aquí. Soy... realmente yo, Allison.

Mis rodillas estaban repentinamente temblorosas, y no pude soportarlo más. En trance, crucé la habitación para arrodillarme enfrente de la silla. La madera era dura, astillas de vidrio empujando a través de mis ropas, pero apenas lo sentí. Necesitaba tocarlo, asegurarme que era real, que no era una ilusión. Mi mano temblando levantándose a su rostro, cepillando su mejilla, mientras miraba abajo hacia mí, ojos azules nunca dejando los míos. Un estremecimiento me recorrió al momento que toqué su piel. Estaba pálido y frío, sangre seca cubría su rostro, y sus ropas estaban andrajosas. Pero era él.

Era Zeke.

—¿Ves? —murmuro, sonriéndome—. Aún aquí.

Ahogué un sollozo, y el mundo se puso en marcha de nuevo.

—Estás vivo —susurré, corriendo mis dedos por su mejilla. Él cerró sus ojos y giró su rostro a mi toque, y mi corazón se tambaleó, mi sangre cantando, como lo hacía cuando estaba alrededor de él—. ¿Cómo?





Zeke sonrió, luego se inclinó adelante con un estremecimiento, hombros pesando.

—Te diré... todo después —jadeó, levantando la mirada de nuevo—. Justo ahora... solo vamos a salir de aquí. ¿Puedes liberarme?

Aún aturdida, me puse de pie, caminé alrededor de la silla, y comencé cortando las cuerdas que lo ataban al asiento. En el fondo de mi mente, sabía que esto estaba mal. Esto era demasiado fácil, demasiado bueno para ser verdad. Sarren no solo me dejaría pasear arriba, liberar a Zeke, y caminar fuera de nuevo. Pero mis brazos continuaban moviéndose, casi por sí mismos, y solo podía mirar al chico que pensé que estaba muerto. Sangre seca cubría sus hombros y la espalda de su camiseta, pero allí no parecía haber ninguna herida que pudiera ver. Zeke esperaba pacientemente, cabeza inclinada, mientras cortaba las ataduras a sus muñecas, brazos y cintura.

—¿Dónde están Kanin y Jackal? —preguntó mientras las cuerdas comenzaban a caer lejos.

—No lo sé —respondí—. Dijeron que iban a encontrar otra forma de subir. —*Espero que estén bien.* Apartando mi mirada de Zeke, miré alrededor de la habitación una vez más, un último esfuerzo por ser cautelosa—. ¿Dónde está Sarren?

—No aquí —murmuró Zeke débilmente—. No sé... dónde está ahora. Creo que podría haberse dirigido hacia Edén...

Las últimas cuerdas se separaron, y se desplomó hacia delante, casi cayendo fuera de la silla. Lo atrapé alrededor de la cintura y lo puse de pie, estabilizándonos a ambos.

Zeke miró abajo hacia mí, su rostro tan familiar, su cabello cayendo ásperamente sobre su frente. Nuestros ojos se encontraron, y me ofreció una débil, familiar sonrisa, cansada, dolorida, pero llena de esperanza. Mi garganta se cerró, y con un pequeño sollozo, colapsé contra él, enterrando mi rostro en su camiseta. Él murmuró mi nombre, y cerré mis ojos, sintiéndolo, sólido y real, contra mí. La última vez que lo había visto, que lo sostuve así, fue en Nueva Covington. Donde, en la seguridad de la torre del príncipe Salazar, había besado a Zeke y prometido que regresaría a Edén con él. Antes de que Sarren hubiera regresado y se lo llevara lejos. Antes de que fuera forzada a escuchar los terribles sonidos de su tortura. Sus gritos y sollozos y suplicas porque Sarren lo matara, antes de que su deseo finalmente fuera concedido.

O eso había pensado.

—No puede creer que estés aquí —susurré, sintiendo un brazo deslizarse alrededor de mí, el otro alcanzar algo en la parte baja de su espalda—. Pensé que Sarren te había matado.

—Lo hizo.

Su voz sonaba extraña ahora, fría y plana. Desconcertada, traté de retirarme, pero su brazo se apretó como una banda de acero, sosteniéndome cerca. Era fuerte, mucho más fuerte





de lo que recordaba. Poniendo ambas manos en su pecho, comencé a empujarlo, pero me detuve con horror cuando mis nervios lanzaron una aterrada advertencia.

Zeke... no tenía latido.

Congelada, miré hacia arriba, a su cara. Me veía reflejada en sus ojos, mientras me daba una familiar mirada demasiado brillante, la mirada de un depredador, y sonrió.

—Él me dijo que dijera hola —susurró Zeke, sus colmillos brillando a centímetros de mi garganta.

Y empujó un cuchillo en mi pecho.





PARTE II



PERDIDOS





CAPÍTULO 7



Di un jadeo sin sonido y me tambaleé lejos de Zeke, mi mano yendo a mi pecho. Él observó impassiblemente, ojos azules fríos, el atisbo de una sonrisa aún en su rostro. Encontré la empuñadura de algo asomando entre mis senos y lo agarré, enviando una onda de agonía a través de mí. Apretando mi barbilla, reuní mi voluntad y tiré. El cuchillo se deslizó hacia atrás a través de mi pecho, rasgando y cortando, y grité cuando se liberó.

Temblando, agarrando la empuñadura con dedos flácidos, levanté la mirada al chico quien me había perseguido cada día desde antes de Nueva Covington. El chico quien había visto más allá del monstruo y el demonio a la chica debajo, y no había estado asustado de amarla. El chico quien una vez me había rogado nunca convertirlo, quien me hizo prometer dejarlo ir. Dejarlo morir... como un humano.

—¿Qué está mal, chica vampiro? —susurró Zeke, dando un paso adelante. Sonreía, colmillos brillando en las sombras, su voz fría y burlona mientras se aproximaba—. ¿No estás feliz de verme?

—Z-Zeke. —Me tambaleé lejos de él, luchando para permanecer de pie. Dolor ardió a través de mi centro, agonía haciendo difícil moverme, incluso cuando me sentí sanando. El cuchillo cayó al piso con un estrepito, dejando un roció de escarlata sobre el cristal roto—. ¿Que... te sucedió?

—Morí —dijo Zeke, en una forma que hizo ponerse mi piel de gallina. Terminante y llano, como si estuviera discutiendo el clima—. Morí, y Sarren me trajo de regreso. —Sus labios torcida en una cruel, sonrisa burlona—. ¿Por qué, Allie? ¿Qué pensaste que sucedió?

Estaba demasiado horrorizada para responder. Esto... esto estaba todo mal. Esto no podía ser Zeke.

—No —susurré, retrocediendo lejos de él—. ¿Zeke, no me reconoces? —Él ladeó su cabeza con una mirada benevolente, como si yo estuviera siendo ridícula. Desesperada, tartamudeé, frenética por arreglar esto, por sacarlo de ello—. ¿Recuerdas... nosotros? ¿Yo y Kanin y Jackal, enfrentando a Sarren, tratando de detener este Nuevo virus? ¿Recuerdas ser humano?

—Recuerdo dolor —dijo Zeke suavemente—. Recuerdo que había sangre, y dolor, y oscuridad. Y luego... nada. —Parpadeó, pareciendo sacudirse a sí mismo de un trance, sonriendo de nuevo cuando se giró hacia mí—. Pero todos comenzamos humanos, ¿no es así, chica vampiro? No necesito recordar esa vida, porque ese humano está muerto ahora.





—No. —Me ahogué, sacudiendo mi cabeza—. No, Zeke, no quieres decir eso.

Caminando a una estantería junto al mostrador, Zeke alcanzó y tiró de una espada familiar, su machete, luego observó el arma intensamente. Una pequeña arruga surcó su ceño. Como si estuviera recordando.

—Canté para Sarren —susurró, y todo dentro de mí se enfrió—. Canté y canté, hasta que morí. Y Sarren me dio un nuevo propósito, una nueva canción. Pero el réquiem no está terminado aún.

Girando su cabeza, me dio una mirada escalofriante, una que fue instantáneamente familiar. Terror me atravesó cuando vi a Sarren mirándome a través de los ojos de Zeke.

—Esta es tu melodía, chica vampiro —dijo Zeke, su tranquila, melodiosa voz poniéndome la piel de gallina—. Esta noche es tu presentación final. —Sonrió, y eso convirtió mi sangre en hielo—. Canta para mí, Allie —canturreó, en una voz que era demasiado familiar—. Canta para nosotros, y haz una gloriosa canción.

Me tropecé lejos de él mientras caminaba hacia delante con una sonrisa demoniaca, ojos y colmillos brillando. Mi katana todavía estaba en el piso junto a la silla, y una parte de mí sabía que debería agarrarla, pero estaba tan adolorida, y nada parecía real. Mi mente estaba gritando negaciones, mi cuerpo estaba tratando desesperadamente de sanarse a sí mismo, y todo lo que podía hacer era retroceder mientras la cosa que se veía como Zeke se acercaba más.

—Zeke, por favor. —Continúe retrocediendo. Aún dolía moverse, pero mi herida era más pequeña ahora, y podía caminar sin sentirme como que podría colapsar. Ese dolor era nada, como sea, comparado a la angustia arañando en mi interior mientras enfrentaba a Zeke. La mirada en blanco en sus ojos me hacía querer gritar, pero tragué mi desesperación y traté de hablar calmadamente—. Yo no... quiero pelear contigo. No después de todo. No después...

Dolor me recorrió cuando tropecé en un tablón suelto y casi caí. Apretando mis dientes, presioné una mano en mi pecho sangrante, manteniendo mi mirada en el vampiro lentamente presionándome hacia atrás. Una sonrisa malvada cruzaba su rostro. Yo era más débil que él justo ahora, adolorida, y sus instintos vampiros estaban provocándolo a atacar, a tomar ventaja de un oponente herido. Recordaba a mi Zeke: valiente, determinado compasivo. El chico quien no había dejado que el hecho de que yo fuera un vampiro lo asustara, quien había ofrecido su corazón a un monstruo, porque él pudo ver el humano dentro. El único ser viviente a quien yo me había abierto, porque confiaba en él. Porque yo había sabido que él nunca me heriría.

El verlo así rompió algo profundo dentro. Me sentí rota, como si mi alma se hubiera roto en miles de pedazos como un espejo, y los pedazos estuvieran cortándome desde dentro. Miré el rostro del chico que una vez había conocido, y por primera vez, deseé que estuviera muerto. Deseaba que estuviera muerto, mis recuerdos de él intactos y sin romper, no tendría que recordarlo así. Como el monstruo al que se había prometido nunca convertirse.





—Zeke, por favor, no hagas esto —susurré, sintiendo algo caliente deslizarse por mi mejilla—. ¿Qué sobre Caleb, y Bethany, y Jeb? ¿Qué sobre Edén?

Zeke sacudió su cabeza.

—Es demasiado tarde, Allison —susurró atrapándome en una esquina. Marcos de metal roto presionando contra mi espalda, y el viento frío de la noche moviendo mi cabello a través de la apertura. Zeke me observó sin emoción—. Todo lo que recuerdo de esa vida es dolor —dijo, casi en un aturdimiento—. Canté, morí, y Sarren me trajo de regreso. —Levantó su machete, la hoja y sus colmillos brillando en las sombras—. Y ahora, voy a destruirte, Allie, porque él quería que fuera yo. Quería que vieras cómo te arrancaba el corazón del pecho y lo aplastaba entre mis manos. Sería algo poéticamente irónico, dijo, lo que sea que eso quiera decir. Así que, toma una buena mirada, chica vampiro, antes de que te mate. —Zeke se detuvo, y la sonrisa malvada de Sarren cruzo su rostro de nuevo, sus ojos poniéndose en blanco—. ¿O debería decir... pajarito?

Eso me saco de mi trance. Me lancé a un lado mientras la hoja de Zeke venía azotando abajo al lavabo en la pared detrás de mí. Golpeé el suelo, rodé a mis pies para enfrentarlo, y apenas esquivé el siguiente golpe cuando Zeke se lanzó con un gruñido, acuchillando viciosamente. La hoja del machete paso a centímetros de mi cabeza, cuando tiré atrás, corto un corte superficial a través de mi mejilla. Él era mucho más rápido de lo que yo recordaba, velocidad y fuerza vampiro añadido a su ya habilidad de pelea letal. Tenía que detenerlo antes de que pudiera utilizar esa hoja. Cuando su siguiente golpe martilleo abajo hacia mi cuello, lancé una mano arriba, atrapando su muñeca, y me preparé cuando chocó en mí.

—Zeke, alto...

Su mano libre se disparó y se envolvió alrededor de mi garganta. Gruñí y agarré su brazo, tratando de empujarlo. Con los colmillos desnudos, se giró y me estrelló en la pared con la fuerza entera de un vampiro detrás de él. Mi cabeza golpeó el concreto con un crujido vertiginoso, haciéndome ver estrellas, y desesperadamente luché para mantener mi enfoque.

Arrastrándome fuera de la pared, Zeke giró y me empujó en el mostrador, inclinándome hacia atrás, el machete de repente en mi garganta. Presa del pánico, agarré la empuñadura, tratando de mantener la hoja de deslizarse adelante para cortarme la cabeza. Él sonrió y apoyó su peso en mí, empujando el borde más cerca de mi cuello.

—Mírame, Allison —susurró Zeke mientras la cuchilla se acercaba más a mi piel. Y, a pesar de mí misma, mi mirada se desvió hasta encontrar esos ojos azules vidriosos. Zeke sonrió—. Así es, chica vampiro. Mírame mientras te mato. Quiero que mi rostro sea la última cosa que veas antes de que te mande al infierno.

La hoja tocó mi cuello y se hundió, extrayendo sangre. Con un siseo desesperado, llevé mi rodilla directo arriba, golpeando entre sus piernas tan duro como pude. Zeke gruñó y se





convulsión, agarré la primera cosa en que mis dedos se cerraron, un trozo irregular de techo, y lo golpeé contra el lado de su cabeza.

La hoja en mi garganta desapareció cuando Zeke se tambaleó lejos, sangre manchaba su sien, y cayó en una rodilla, una mano presionada a su rostro. Tosiendo, me tambaleé a través de la habitación a la silla, arrebaté mi katana de donde yacía junto a ella, y me giré para enfrentarlo de nuevo.

Zeke se puso de pie, todavía sosteniendo un lado de su cabeza. Sangre goteaba sobre sus dedos mientras trastabillaba por el piso y casi caía, agarrando la estantería para mantenerse erguido. Viales de cristal e instrumentos caían al suelo, rompiéndose en el azulejo cuando Zeke buscó algo en el fondo de la cornisa, su machete yaciendo en el piso junto a él.

Agarrando mi espada, lo miré angustiada, sintiendo sangre caliente rezumando del corte en mi garganta. Mi centro aún latiendo, enviando olas de dolor a través de mí, aunque todo lo demás se sentía entumecido. ¿Qué hacía ahora? No quería pelear con él, pero si venía por mí de nuevo, tenía poca opción. Zeke no estaba jugando. Otros pocos centímetros, y mi cabeza habría estado yaciendo en el piso a sus pies.

Mis ojos ardían con lágrimas desesperadas. Esto no podía estar pasando. No parecía real, pero el dolor punzante en mi pecho decía otra cosa. Vagamente, me di cuenta que esto era lo que Sarren debió haber planeado a lo largo de todo; un cruel, cruel truco para traer a Zeke de regreso, solo que él no era el mismo.

Zeke todavía estaba inclinado contra la estantería con su espalda hacia mí. Su cabeza estaba inclinada, y sangre cubría un lado de su rostro, aunque podía decir que la herida ya había sanado. Pero no se había movido o recogido su arma, y sentí la más pequeña hebra de esperanza levantarse de la desesperación.

—Zeke...

—Aléjate de mí, Allison. —El sonido ronco hizo a mi estómago saltar. Era su voz, la voz de Zeke, ahogada y ronca, pero era él—. Sal de aquí, chica vampiro —murmuró Zeke. Encorvando los hombros—. Ve. Encuentra a Kanin y Jackal y solo vete. Déjame aquí.

—No. —Alivio se disparó a través de mí. Bajando mi espada, di un paso hacia él—. No, Zeke, estás viniendo con nosotros. No voy a dejarte. —*No estoy perdiéndote una segunda vez.*

Los hombros de Zeke temblaron. Tomé otro paso hacia su forma encorvada, con la intención de arrastrarlo lejos, para llevarlo lejos de este lugar retorcido así ambos podríamos olvidar. Escuché respiraciones jadeantes cortas y pensé que podría estar sollozando... antes de darme cuenta que era risa.

Sonriendo, él se giró de nuevo y levantó su brazo, la curva mortal de una ballesta apuntando directo a mi pecho.

—Eres tan fácil —susurró.





Hubo un agudo, claro chasquido, y algo se estrelló en mi centro, caliente y cegadoramente doloroso. Perforó un agujero a través de mi pecho, una tira de caliente fuego blanco que hizo mis miembros agarrotarse y congeló el grito en mi garganta. Me sentí caer, y el mundo se oscureció por un segundo.

Cuando mi visión se enfocó de nuevo, estaba acostada sobre mi espalda, incapaz de moverme. Vagamente, estaba consciente de lo que me había pasado, pero parecía irreal aunque el dolor punzante irradiando de mi centro era demasiado real.

Había... sido disparada. Incluso pensé que era una lucha ahora, y traté desesperadamente de mantenerme consciente. *La estaca... necesitaba salir. Tengo que sacarla.*

Mis miembros se sentían como piedra, pero levanté mi brazo y sentí a lo largo de mis costillas a donde la franja de fuego estaba alojada en mi pecho. Mis dedos rozaron una estaca de madera, solo un par de centímetros sobresaliendo de mi piel. El resto estaba dentro de mí, abrazador y agonizante. Arañé débilmente en pelea, desesperada por sacarla, pero mis dedos se sentían de madera y entumecidos, y mis miembros estaban perdiendo toda sensación.

Una sombra cayó sobre mí, y Zeke alzó la cabeza, mirando hacia abajo a mi cuerpo inerte. Yo no podía ver sus rasgos claramente; su rostro era borroso, y el resto de la habitación parecía estar disminuyendo, desapareciendo al final de un largo túnel. Parpadeé duro para aclarar mi visión, pero la negrura regresó, situándose en torno a los bordes de mi vista.

—No vayas a dormir todavía, chica vampiro —susurró Zeke, y oí un rasguño metálico mientras recogía mi katana y la levantaba frente a él—. Estamos llegando al clímax. —Miró la espada valorativamente, entonces dio un giro experto y la sostuvo, el borde apuntando justo encima de mi garganta—. ¿Algunas últimas palabras, Allie?

—¿Por qué? —susurré, apretando los dientes por el dolor, la rigidez de mi cuerpo. Parpadeando lejos las lágrimas, miré su rostro, buscando por cualquier indicio del chico que conocí, pero su rostro permanecía frío—. ¿Por qué... estás haciendo esto, Zeke?

La cruel sonrisa de Zeke no cambió.

—Morí, chica vampiro —repitió, como si fuera obvio—. Y Sarren me ayudó a olvidar. Olvidé el dolor de ser mortal. El humano que conociste antes... está muerto. Muerto y enterrado. —Caminó adelante, levantando la katana sobre su cabeza, ojos brillantes con alegría y locura. Apenas podía ver sus rasgos a través de la bruma oscureciendo mi visión, pero su voz sonó fría y despiadada—. Y ahora, puedes unirte a él.

—¡Jefe!

Hubo un repentino estrepito ensordecedor. Detrás de Zeke, la puerta se abrió de golpe y un raider se tambaleó entrando, apestando a sangre y humo. Zeke bajó la hoja y se giró cuando el hombre se lanzó hacia él, pareciendo en pánico.





—¡Están viniendo! —exclamó el hombre, respirando en grandes bocanadas—. Los chupasangres... Jackal y el otro... no pudimos detenerlos. Están en camino...

Zeke agarró al hombre por el cuello y lo levantó de sus pies.

—Se suponía que los mataran —dijo Zeke calmadamente, mientras el raider se ahogaba y atragantaba—. Eso es todo lo que se requería que hicieran. ¿Estás diciéndome que trescientos hombres armados no pueden destruir dos vampiros? ¿Para qué son buenos todos ustedes?

—Dímelo a mí. —Un cuerpo se precipitó a través del aire, estrellándose en la pared con un salpicón de sangre antes de caer, sin vida al piso. Zeke dejó caer al raider y giró, ojos entrecerrándose cuando una figura alta caminó a través de la puerta con una sonrisa viciosa—. Es tan difícil encontrar buen servicio estos días, ¿no es así?

Mi visión finalmente quedó a oscuras. Traté de sacudirme otra vez, pero me tambaleaba al borde de sucumbir a la aplastante negrura. Los sonidos estaban volviéndose apagados y tenues. La estaca latía dentro de mí, abrasadora y agonizante, y todo lo que quería hacer era escapar del dolor quemando un agujero en mi pecho. Peroforcé mis ojos a permanecer abiertos, observando a través de la niebla mientras Jackal cruzaba la habitación, sus ojos brillando mientras se trababan en Zeke. El rey raider estaba cubierto en sangre, ropas rasgadas y quemadas, y un ojo estaba oscurecido y cerrado fuertemente como si algo hubiera explotado en su rostro. Cerca detrás de él, Kanin barrió en la habitación en medio de una oleada de gritos y disparos.

—Bueno, mira quién es —remarcó Jackal, sonriendo peligrosamente mientras avanzaba hacia Zeke, quien se alejó de mí para encararlo a él. Su voz era gruesa, colmillos desnudados en una mueca dolorosa, y sus movimientos eran rígidos—. Qué sorpresa. Nuestra pequeña bolsa de sangre está de regreso de la muerte, y es el nuevo rey de Chicago.

El túnel a través de mi visión se redujo aún más. Apenas podía ver a Jackal y Zeke frente a frente en el centro de la habitación. Zeke podría haber dicho algo a cambio, pero estaba de espaldas a mí, y no pude entenderlo. El ruido que nos rodeaba ahora parecía venir de muy lejos. Entonces sentí una presencia a mi lado, y alguien me levantó del suelo, sosteniéndome contra su pecho.

—Kanin —susurré, pero mi voz debió haber sido demasiado suave para ser escuchada porque él no respondió. Disparos sonaron, rompiendo vidrio y salpicando las paredes y el suelo, mientras raiders comenzaban a derramarse dentro de la habitación. Kanin se estremeció, sosteniéndome más cerca y protegiéndome con su cuerpo. Lo sentí sacudirse cuando algunas cuantas balas lo golpearon, pero no corrió. Girando, se zambulló detrás de una estantería y se asomó de nuevo en la habitación.

—¡James!

Apenas podía ver a Jackal, arrodillado detrás de un mostrador, balas precipitándose alrededor de él. Sus ojos dorados encontraron los nuestros, y desnudo sus colmillos.





—Muévete, anciano —gruñó el rey raider a través de la cacofonía, aunque todo sonaba como si estuviera tomando lugar bajo el agua—. ¡Sácala de aquí! Los detendré por unos pocos segundos...

Un disparo de ballesta vino de ninguna parte, volando a través de estantes, golpeando a Jackal debajo de la clavícula. Cayó atrás con un aullido ahogado de dolor, y Zeke bajó su brazo y calmadamente caminó adelante, mi katana en su otra mano.

¡No!, quería gritar, pero los raiders desataron otro bombardeo de disparos, presionándonos atrás. Sentí a Kanin girar, cortando mi punto de vista de la habitación, Jackal, los raiders y Zeke.

¡Kanin, no! No podemos dejarlos. Pero mi voz se había ido, y Kanin no ralentizó. Balas silbaban junto a nosotros mientras corría hacia adelante, hacia la pared de ventanas rotas y al espacio vacío.

Hubo un impacto, una sensación de ingravidez por unos pocos segundos, y luego comenzamos a caer.





CAPÍTULO 8



Cuando abrí los ojos, el mundo se había sumido en el silencio. Las voces habían desaparecido, los disparos y los gritos de dolor habían cesado. Estaba oscuro, así que me tumbé de espaldas en el duro cemento, con la mirada fija en el techo bajo y austero. Por lo que podía ver, no había ventanas, ni ninguna luz que se filtrara del exterior.

Me cambié de posición en el suelo y al palpar mi pecho me doblé del dolor, un dolor mitigado que recorrió todo mi cuerpo. Apretando los dientes, me las arreglé para sentarme con la espalda recta, y al fin quedé recostada contra la pared para aliviar un poco el dolor.

¿Qué es... lo que pasó? Me sentía un poco torpe y pesada, mis pensamientos eran difusos y enredados. Algo rondaba por mi mente, oscuro y terrible, pero mis pensamientos seguían huyendo de ello. ¿Dónde estaba? No recordaba haber venido aquí.

—Allison.

La voz de Kanin se hizo eco en algún lugar cercano, y sonó aliviada. Una sombra se desprendió de la pared cuando el vampiro Maestro se alzó de donde había estado sentado a lo lejos en una esquina. Su cabeza casi tocaba el techo cuando se acercó y se arrodilló a mi lado, con una mirada intensa y escrutadora.

Parpadeé. De cerca, su cara reflejaba preocupación con una expresión grave. El recuerdo ominoso despertó de nuevo, rozando mi conciencia, pero en seguida lo aparté para no aferrarme a ello.

—Kanin —dije entre dientes, y mi voz sonó ronca y áspera—. ¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado...? —Me palpitaba el pecho e hice un gesto de dolor. Kanin puso una mano sobre mi brazo.

—Con cuidado. No te muevas mucho aún. Ahora que ya estás despierta, solo serán un par de hora hasta que tu cuerpo sane completamente después del daño causado. Toma, esto ayudará. Prueba a beberlo despacio. —Me pasó un cuenco agrietado, lleno de algo que olía como caliente y espeso, y el Hambre surgió con un rugido. Me bebí la sangre, sin saber de dónde la había conseguido Kanin aunque tampoco importaba, y el calor se filtró por mis venas. De alguna forma el dolor se había aliviado, aunque no del todo.

—¿Qué es lo que me pasa? —pregunté, moviéndome contra la pared. Ese gesto envió una descarga por mi centro, y apreté los dientes, casi enfadada por el dolor—. ¿Por qué no me he curado aún?





—Allison. —Kanin me echó una mirada oscura y llena de agonía—. Han pasado dos días. Entraste en modo hibernación por un tiempo. —Se detuvo, dejando que la gravedad de lo que acababa de decir me llegara antes de continuar—. He intentado sacarte de ahí, pero hasta ahora, no estaba seguro que pudieras revivir. Es una suerte que un vampiro tan joven pudiera siquiera despertar, y menos después de que te clavarán una estaca en el corazón.

—¿Me clavarón una estaca? —Con cuidado, palpé mi pecho en el lugar donde se originaba el dolor. Estaba dolorido, sí, pero no había ninguna indicación de que me hubieran clavado un palo largo de madera—. ¿Qué pasó? —pregunté de nuevo—. No recuerdo...

—La torre de Jackal —dijo Kanin en voz baja—. Fuimos allí a buscar a Sarren.

La torre de Jackal. Pequeños fragmentos de aquella noche resurgieron. Los caminos silenciosos. El viaje bajo el agua para llegar al edificio. Luchar contra los raiders y que me separara de Jackal y Kanin. El largo tramo de escaleras que llegaban a la planta alta de la torre y...

Mi mano llegó hasta mi boca cuando el recuerdo más oscuro de aquella noche surgió de mi subconsciente, aterrador y espantoso.

—Zeke —susurré—. Él es... él es un vampiro. Sarren lo Convertió. Y...

Y trató de matarme. Casi lo consigue. Dios, ¿qué le había pasado? ¿Por qué nos dio la espalda? Fue como si se hubiera vuelto una persona completamente distinta.

—Lo siento, Allison. —La voz de Kanin sonaba triste—. Subestimé a Sarren. No pensé que fuera a Convertir a Ezekiel en esa cosa. —Suspiró, y brevemente cerró los ojos—. Tenía que haberlo previsto.

Me quedé paralizada en mi miseria al recordar esa pelea, donde Zeke había venido por mí con una intención pura y malévolas. Así que las palabras de Kanin tardaron un poco en entrar en mi cabeza.

—¿Qué quieres decir? —Casi me atraganto—. ¿Que Sarren Convertiría a Zeke?

—Sí —dijo Kanin despacio—. Pero es más que eso. Sarren no solo convirtió a Ezekiel como yo hice contigo. No, fue más allá. Lo convirtió en su hijo.

—No sé qué es eso, Kanin.

—Es cuando un vampiro, y solo un Maestro puede hacer esto, crea a un engendro a su imagen y semejanza. Borra completamente su mente, destruye todos los recuerdos de su vida pasada, y da forma a una nueva personalidad basada en lo que él quiera que sea. A veces eso conllevaría controlar la mente, piensa en ello como una versión más fuerte del lazo de sangre que compartimos, y hace que algunas de sus creaciones hagan lo que él quiera. En la antigüedad, muchos Maestros creaban a sus engendros de esta forma, asegurándose de que sus hijos no se alzarían contra ellos y les traicionarían. Pero es una práctica invasiva y





barbárica, y está muy mal visto por casi todos los de nuestra especie. Solo se usa en casos extremos.

—Así que, ¿ese...en realidad no era Zeke? —Me aferré al único rayo de esperanza que pude encontrar en esta situación—. ¿No actuó de esa forma por gusto?

—Sí y no. —Kanin suspiró—. Todo depende de su estado de ánimo, y de lo fuerte que sea la compulsión. Podría ser que los recuerdos de Ezekiel estén reprimidos, y que esté luchando contra la compulsión. Que muy en el fondo, siguiera teniendo una idea de quién es. O... —Kanin se detuvo un momento, y después siguió con una voz más triste—. O puede que Sarren haya devastado su mente completamente, le haya llevado a la locura, y lo haya transformado en el vampiro que viste en la torre. Si ese es el caso, entonces no serás capaz de llegar a él, porque no quedaría nada del chico que antes conocías.

Cerré los ojos fuertemente cuando estúpidas lágrimas de sangre me escocieron en ellos y se salieron de mis párpados.

—Pero... ¿puede que haya una posibilidad, no? —dije en voz baja, alzando la vista para mirar a Kanin, quien me contemplaba con lástima y sin mucha esperanza. No me importaba. Me negaba a creer que Zeke se había ido—. No le dejaré así —dije tercamente—. Ahora que sé que está vivo...

—¿Y qué harías aunque pudieras llegar hasta él? —preguntó el vampiro Maestro con gentileza—. Ezekiel nunca quiso ser vampiro. Hubiera preferido morir a Convertirse. Aunque su mente estuviera intacta y de alguna forma te las arreglarás para romper la compulsión, ¿después qué? ¿Crees que él podría vivir como uno de nosotros, alimentándose de humanos, y cazandolos? Le destrozaría, Allison. No sería capaz de vivir consigo mismo. —Su voz se suavizó un poco, y aunque le odiaba por decirlo, sabía que tenía razón—. Si vuelves a encontrarte con Ezekiel, ya sabes lo que tienes que hacer.

Me aparté de mi sire y me levanté, incapaz de seguir mirándolo. La desesperación se posó en mis hombros, pesada y sofocante, y presioné mi frente contra la pared de piedra, intentando mantener a raya mi rabia y mi dolor. ¡Maldita sea! ¿Qué es lo que quería Kanin de mí? Había seguido sus reglas. Había intentado mantener el balance entre el humano y el monstruo. Hice todo lo que se me ocurrió para combatir al demonio, para no rendirme, para mantener algún parecido con la humanidad. Aunque fue difícil, y dolió una barbaridad, ya que todo lo que me quedaba era un corazón roto.

Le había prometido a Zeke que seguiría luchando contra el monstruo. Y lo haría. Pero ahora mismo, Kanin me estaba pidiendo que destruyera lo único que me mantuvo humana, la única cosa que siempre quise para mí.

Pero a pesar del dolor y la rabia, y la voz terca en mi cabeza que protestaba, sabía que él tenía razón. Zeke nunca quiso ser un vampiro. Y teniendo en cuenta lo confuso e impactante que fue para mí mi Conversión, no podía imaginarme cómo sería tener a Sarren como sire.





Recordé esos primeros días con Kanin, sus lecciones pacientes y minuciosas cuando me enseñó lo que conllevaba ser vampiro, y aunque yo *elegí* ser Convertida, esa experiencia fue aterradora. No había forma de saber qué le había hecho Sarren a Zeke, qué era lo que le había obligado a hacer. Quizás Sarren le había retorcido la mente de tal manera que ya no había arreglo, y el Zeke que conocía ya no estaba, sino que ahora era el asesino frío y cruel que había visto en la torre. Un engendro a la imagen y semejanza de Sarren.

Si ese era el caso, si Zeke realmente estaba perdido... entonces lo mejor sería que muriera. Pensé en todo lo que había aprendido como vampiro: el alimentarme, la sed de sangre, la constante lucha contra el Hambre. Fue duro, y hubo muchas noches en las que me cuestioné mi decisión de convertirme en un monstruo, sabiendo que tendría que vivir con ello de por vida. Intenté imaginarme a Zeke —el Zeke amable, altruista y compasivo— obligado a cazar y a matar a los que una vez fueron sus compañeros humanos... y no pude. Kanin tenía razón, como siempre. Lo más compasivo sería destruir ahora a Zeke. Él lo habría querido de esa forma.

La cosa es que no sabía si yo podría hacerlo.

Entumecida como estaba, observé a mi alrededor buscando mi espada, sintiendo la funda vacía en mi espalda, ligera e inquietante. Como no la encontré en seguida, me entró el pánico por un momento... hasta que recordé. La había dejado donde Kanin saltó por la ventana conmigo. Mi arma seguía en la planta alta de la torre... con Zeke.

Y entonces, recordé algo más.

—¿Dónde está Jackal? —dije en un susurro, girándome para encarar a Kanin, quien se levantaba con hombros caídos. Lo último que recordaba antes de desmayarme en los brazos de Kanin fue a Jackal rodeado de raiders y derribado por una flecha de ballesta, y a Zeke avanzando hasta él. Kanin me echó una mirada cargada de remordimiento.

—No está aquí, Allison. No pudo salir de la ciudad.

No. Cerré los puños, negándome a creerlo. No, Jackal no. Él no puede estar muerto; siempre se las arregla para sobrevivir.

Sin pensarlo, intenté localizar la presencia de Jackal, buscándole gracias a nuestro lazo de sangre. De pronto me aterroricé y me preparé para lo peor. De no sentir nada, de que eso fuera una prueba sólida de que mi inescrutable y exasperante hermano de sangre no seguía en este mundo. Que algo había conseguido matarle.

Hubo un pulso, y cerré los ojos aliviada. Era débil e irregular, como los latidos de un pájaro moribundo, pero al menos ahí estaba. Desesperada lo seguí, necesitaba ver el cielo abierto, necesitaba salir de esta tumba sofocante. Las escaleras estaban bloqueadas por décadas de escombros y piedras, pero un agujero en el suelo conducía a una tubería vieja y oxidada, que a su vez daba a una alcantarilla. Gateé por la abertura y me encontré en la orilla de un lago, donde el agua fría chapoteaba en mis botas.





No podía ver la vieja ciudad de Jackal desde donde me encontraba, pero pude sentirle, un tirón débil que provenía de algún lugar sobre las aguas turbulentas, diciéndome que aún seguía ahí fuera.

Unos focos de luz aparecieron en la oscuridad, y tuve que retroceder al ver a tres raiders patrullando entre las sombras, uno detrás del otro montados en algo junto al lago. Desaparecieron por una calle, y los sonidos de los motores se desvanecieron en la noche, pero sabía lo que estaban buscando.

—Vienen cada ciertas horas a inspeccionar la orilla del agua —dijo Kanin al salir de la tubería—. Hay más en las ruinas, van mirando por los edificios y las casas vacías, buscándonos. Afortunadamente aún no han encontrado este lugar, pero saben que aún estamos en la ciudad.

—¿Cómo? —pregunté.

—Porque no todos ellos volvieron con vida —contestó Kanin con seriedad, y me miró—. Te heriste de gravedad, Allison. Necesitabas sangre, y mucha, para sacarte de tu estado de hibernación. La orilla del lago era un buen lugar para buscar refugio; aquí pude disponer de los cuerpos con facilidad. Pero se han dado cuenta que su número ha ido disminuyendo lentamente, y ahora patrullan la ciudad en grupos de un mínimo de tres. —Sus labios se cerraron en una sonrisa sin gracia—. Parece que Ezekiel no pretende dejarnos ir.

Zeke. Me obligué a apartar mis pensamientos, tratando de reprimir el horror de la tarea que me habían encomendado. Me encargaría de esos pensamientos cuando le volviera a ver. Ahora no iba a pensar en él, porque entonces me derrumbaría.

—Jackal sigue ahí fuera —murmuré. Kanin asintió con seriedad.

—Sí, sigue vivo —coincidió mi sire—. También le siento. Pero no se ha movido en dos días y temo a dónde haya ido a parar. Creo que está en algún lugar profundo dentro de la ciudad inundada, incapaz de moverse o de alimentarse. —Los ojos de Kanin se cernieron en la dirección donde las motos habían ido—. Parece que aún no le han encontrado, pero no podrá esconderse para siempre. Y aún queda el asunto de Sarren. —Su mirada se tornó distante y afligida—. Seguramente este fue su plan desde el principio. Atrasarnos y dejar que él ganara distancia y tiempo. Probablemente ya esté muy de cerca de Edén, si es que no ha llegado ya.

Me mordí el labio.

—Vamos a... vamos a volver por él, ¿verdad? —pregunté, y Kanin me lanzó una mirada inexpresiva—. No podemos dejarle atrás, Kanin —repliqué—. Sé que es un cabrón, y que si estuviera en nuestro lugar seguramente nos abandonaría, pero... —Mi voz se apagó, e hice un gesto de impotencia, incapaz de explicarme. Me sentía vacía y abatida, agobiada por la desesperación sabiendo lo que tenía que hacer: destruir el ser maligno en el que Zeke se había convertido. Estaba tan harta de todo. No quería perder a nadie más, ni siquiera a Jackal. Él era egoísta, exasperante, cruel, y nos habría traicionado sin miramientos, pero era mi hermano, la





única familia que me quedaba aparte de Kanin—. Voy a ir a buscarle —susurré, tratando de mantener la voz estable bajo la firme mirada de mi sire—. No tienes por qué venir. Ve a Edén. Encuentra a Sarren, acaba con la plaga. Ese siempre ha sido tu objetivo. Lo entiendo. —Tragué con fuera mientras él seguía mirándome fijamente sin pestañear—. Pero yo voy a volver por Jackal. —Y por Zeke.

Kanin inclinó su cabeza hacia mí, aprensivo.

—¿Vale tanto la pena? —preguntó, haciendo que frunciera el ceño—. ¿Dos vidas por el resto del mundo? —continuó—. ¿Estás dispuesta a sacrificarlo todo para salvar a uno y destruir al otro?

—¿Qué quieres...?

—Responde a la pregunta, Allison —siguió Kanin con una voz tranquila pero cruel—. Quiero que entiendas exactamente en lo que te estás metiendo. Si volvemos a la ciudad por Jackal y Ezekiel, Sarren podría llegar a Edén, completar lo que sea que esté planeando, y liberar el virus que lo destruirá todo. Y si eso pasa, todo lo que hemos hecho hasta ahora servirá para nada. ¿Lo comprendes?

Parpadeé ante sus palabras.

—¿Nosotros?

Kanin suspiró.

—No puedo acabar con Sarren yo solo —dijo con un tono escueto—. Si existiera alguna posibilidad de pararle, tendría que ser enfrentándolo todos juntos. Pero, sin importar qué, me niego a dejar atrás a uno de los nuestros, incluso a alguien tan volátil como él. Yo le creé. Yo tengo la responsabilidad de protegerle. Así que no serás tú la que entre en la ciudad a buscar a James, Allison. Seré yo.

Parpadeé por la sorpresa. Él me miró intensamente, su mirada oscura perforándome.

—Sólo quiero que entiendas las posibles consecuencias que traería esta noche —siguió él—. Si nos matan, si no podemos llegar a tiempo hasta Sarren, todo moriría junto a nosotros. Sería como hace sesenta años. No eres lo suficientemente mayor como para recordar los días Antiguos, pero cuando el Red Lung estaba en su máximo apogeo, el mundo entero se sumió en la locura y el caos. Y cuando aparecieron los Rabids, el infierno llegó a la tierra. —Kanin se detuvo un momento, y sus cejas se juntaron mientras miraba fijamente a la ciudad en ruinas—. Es... una carga muy pesada, Allison, la perdición de un mundo. Quiero que estés segura antes de seguir adelante. ¿Vale la pena? ¿Vale él la pena?

Sus palabras me dieron escalofríos, pero yo ya conocía mi respuesta. Era egoísta, era irracional, y sabía que era una mala elección. Pero alcé la vista para mirar a Kanin, a su impassible rostro, y dije en voz baja:

—Sí.





—Estás dispuesta a dejar que otros mueran. A dejar que Sarren gane.

—Él no ganará —dije—. Tú y Jackal llegaran a tiempo, sé que así será. Pero... yo tengo que hacerlo, Kanin. —Me di la vuelta y observé el lago oscuro, sintiendo el débil atisbo de la vida de Jackal, y sopesando la terrible decisión que me esperaba con Zeke—. No dejaré así a Zeke. Él está sufriendo, aunque no se dé cuenta de ello. Si fuera yo en vez de Zeke, tú habrías hecho lo mismo.

—¿Y cómo esperas combatirlo? —preguntó Kanin, menos serio—. Tu arma no está aquí.

—No lo sé —murmuré, y al recordarlo sentí una punzada de dolor. Echaba en falta mi espada: sin ese peso tan familiar en mi espalda me sentía extrañamente desnuda e incompleta—. Encontraré algo, supongo. Una pipa, una botella rota, la punta de un palo, lo que sea, no importa.

Kanin suspiró. Sin mediar palabra, se acercó, giró mi muñeca, y colocó la funda de una daga pequeña y de cuchilla afilada en la palma de mi mano. Parpadeé cuando cerró mis dedos alrededor de la hoja ligera y letal, y le miré.

—Kanin, no puedo...

—Llévatela, Allison. —Kanin soltó mi mano, dejando la hoja y la funda sin apretar entre mis dedos—. Necesitaras algo con lo que defenderte, ya que yo no voy contigo. Si tanto insistes en enfrentarte sola a Ezekiel, no te mandaré a la batalla con las manos vacías.

Tragué con fuerza el nudo en mi garganta.

—Te la devolveré, Kanin. Lo juro.

Kanin alzó una mano.

—Solo escúchame un momento, Allison. Antes de dar un paso más, quiero que estés completamente segura de lo que vas a hacer. —Bajó la vista para mirarme, con ojos oscuros y el rostro serio, poniendo los labios en una fina línea—. Hemos hecho exactamente lo que Sarren quería, lo que planeó para nosotros, lo hemos seguido paso a paso. No fue casualidad que encontraras a Ezekiel. Lo puso ahí para detenernos, sus órdenes probablemente fueron que nos matara, que evitara que llegáramos a Edén. Pero Sarren lo dejó especialmente por ti, Allison. Y Ezekiel será para ti la criatura más peligrosa que jamás haya creado, porque él te conoce muy bien. —Los ojos de Kanin se entrecerraron—. No importa lo que él diga, no importa lo que tú te digas, debes recordar que tu humano se ha ido. Y lo que Sarren ha dejado atrás no es más que una burla retorcida de lo que fue Ezekiel Crosse.

Me mordí el labio para detener el escozor en mis ojos, tratando de que mi voz no se quebrara.

—Lo sé —dije casi gruñendo—. Sé que se ha ido. ¿Por qué me estás contando esto ahora?

—Porque quiero que tengas los ojos totalmente abiertos —respondió mi sire—. Debes saber en lo que te estás metiendo. No puedes dejar que tus sentimientos hacia Ezekiel te





nublen el juicio. Él intentará matarte, Allison. Y lo conseguirá si no estás completamente preparada para acabar con su vida. —Su mirada se agudizó, atravesándome—. ¿Estás segura que puedes hacerlo?

No, pensé desesperada. Pero no le dejaré... no así.

—Sí —le dije a Kanin, y mi voz sonó casi firme.

El vampiro Maestro me contempló por un largo momento, y después asintió.

—Pues aquí es donde nos separamos —concluyó, girándose hacia el lago. Una brisa helada atravesó la superficie del agua, tirando de nuestra ropa y de nuestro cabello, mientras la mirada penetrante de Kanin observaba la inmensidad de frente—. No sé muy bien dónde está Jackal —murmuró—. Simplemente sé que nuestro lazo de sangre me guiará hasta él. Pero no sé en qué estado lo encontraré, si está en modo hibernación, si está gravemente herido, o si está a punto de ponerse en modo Frenesí de Sangre. Puede que me lleve un tiempo localizar su cuerpo, e incluso más el poder ayudarlo. Puede que estemos separados por un largo periodo de tiempo. —No me gustaba la idea de separarnos, pero no teníamos otra opción mejor. Él tenía que encontrar a Jackal, y yo debía enfrentarme a Zeke.

Lo mejor sería que Kanin encontrara al rey de los raiders y se marcharan de Viejo Chicago. De esa forma, si yo moría, si Zeke me mataba, al menos ellos tendrían alguna posibilidad de parar a Sarren. E incluso eso ahora parecía improbable. El tiempo se nos escapaba de las manos; Sarren podría haber llegado ya a Edén y haber destruido la única esperanza que nos quedaba en este mundo. Quizás ya era demasiado tarde.

—¿Hacia dónde te dirigirás? —preguntó Kanin, quien se volvió hacia mí.

Yo me encogí de hombros.

—Supongo que entraré en la ciudad. ¿A menos que creas que Zeke está por ahí con las patrullas?

—No. —Negó Kanin con la cabeza—. Teniendo en cuenta la mentalidad de Sarren, Ezekiel te estará esperando para que vayas por él. Seguramente en algún lugar que guarde algún significado para ambos. No sé dónde será eso, pero... —Frunció el ceño—. Estoy seguro que muy pronto lo encontrarás, y a él también.

—Está bien. —Suspiré, dando un paso atrás. No quedaba nada más que ir y encararme al chico que tenía que matar—. Supongo...que los veré a ti y a Jackal cuando todo esto haya acabado. —*De una u otra manera.*

—Allison. —Kanin siguió mirándome mientras le daba la espalda con una expresión ilegible—. Cuando te hayas ocupado de Ezekiel —dijo—, espéranos en la entrada que da al este fuera de la ciudad. Si no estamos allí mañana por la noche, ve a Edén sin nosotros.

Algo pasó por sus ojos, un atisbo de emoción, pero pronto se marchó.

—Ten cuidado.





Asentí.

—Tú también, Kanin.

Entonces se dio la vuelta y caminó hasta las aguas negras del lago sin mirar atrás. Le observé hasta que su cabeza desapareció bajo la superficie, y entonces seguí mi paso por el banco hasta la calle, y después me adentré en la ciudad inundada. Volvía a Viejo Chicago, y también con Zeke.

Mientras recorría la silenciosa ciudad en ruinas, con los barrancos de cemento y de acero oxidado cerniéndose sobre mi cabeza, pude sentir que el dolor incesante en mi pecho al fin cesaba. El dolor físico, claro. Mi cuerpo finalmente se estaba curando; la sangre que Kanin me había dado estaba reparando lo que quedaba del daño. De ese daño infligido por la punta de madera clavada en el corazón por el chico que había perdido.

Mi estómago se retorció, y no por el Hambre. Yo iba a... hacerlo de verdad. Matar a Zeke. Porque un vampiro enfermo y demente le había convertido en un monstruo. Le había borrado la mente, destruido sus recuerdos, y lo había retorcido tanto que ahora era algo que no reconocía.

Voy a destruirte, Allie, porque él quería que fuera yo. Él quería que vieras como te arrancaba el corazón del pecho y lo aplastaba entre mis manos. Sería algo poéticamente irónico, dijo, lo que sea que quiera decir.

—Maldito seas, Sarren —gruñí enfadada, mientras estúpidas lágrimas de rabia volvían a salir—. Si sobrevivo a esto, nada me podrá detener. Te encontraré y te haré pedazos. El mundo podría estar derrumbándose a nuestro alrededor, pero me aseguraré de verte muerto antes de que todo esto acabe, lo juro.

Pero eso no detuvo el dolor que sentía por lo que tenía que hacer ahora. Eché un vistazo a la parte alta de los rascacielos en ruinas, que se veían derrumbados y esqueléticos en un cielo azul marino ominoso. No quedaba mucha noche. Quizás un par de horas para colarme en la ciudad, encontrar a Zeke, y matarle. Pero no podía volver. Para cuando cayera mañana la noche, o bien estaría de camino a Edén, con suerte con Kanin y Jackal, o bien sería una pila de cenizas que el viento barrería.

Me detuve en la orilla del río, contemplando el agua de la ciudad inundada. Aparentemente, habían quitado las trampas y las minas que Zeke había colocado cuando pasamos por primera vez, porque la ciudad ya no estaba vacía. Habían vuelto a encender antorchas y linternas, que resplandecían con un brillo anaranjado en la oscuridad, y algunos humanos acordonaban las aceras y cruzaban las calles y los puentes sin miedo, aunque no tantos como había visto antes. De hecho, solo unas pocas personas parecían estar fuera, en pequeños grupos o en parejas, o simplemente deambulaban solos por los puentes. Me preguntaba si la mayoría de las fuerzas de los raiders estaban fuera patrullando la ciudad,





buscando a tres vampiros fugitivos. O quizás estaban todos con Zeke, y yo estaba cayendo en otra trampa.

Entrando en el agua, rehíce mis pasos por donde Jackal nos había guiado esa noche. Nadé hasta la base de la torre pero en vez de ir por las escaleras inundadas, entré por la puerta principal y salí a la superficie en el vestíbulo.

Estaba vacío. No había raiders ni guardias acechando en las sombras o recorriendo los pasillos de arriba. Me parecía extraño que nadie me estuviera esperando, pero no iba a cuestionarlo. Con cautela, llegué hasta la pared más lejana donde, al igual que la primera vez que pasé por ahí, estaba el ascensor, aún chirriando y sacando chispas en un rincón. Ni me molesté con la palanca o la cuestionable maquinaria, simplemente escalé la cima de la caja tambaleante, agarré un cable, lo pasé por detrás del eje, y subí poniendo una mano encima de la otra hasta que llegué a la última planta.

Todo seguía tranquilo a pesar de las señales evidentes de la pelea brutal que había tenido lugar no hacía mucho. Los orificios de bala llenaron de puntos las paredes y el suelo, perforaron el yeso y rompieron en pedazos las ventanas que quedaban. La sangre seca estaba esparcida por todas partes, en el suelo, salpicada en las paredes; hasta había un poco en el techo, prueba de que los dos vampiros que intentaron llegar hasta mí habían dejado una carnicería a su paso. Tragué con fuerza, agarrando firmemente la daga de Kanin bajo mi abrigo. Los dos habían sacrificado mucho para sacarme de allí. Lo menos que podía hacer era destruir al demonio que Sarren había dejado atrás.

La puerta que daba a la sala estaba abierta, haciendo que crujieran las bisagras. No había guardias postrados ahí, ni raiders, ni tampoco Zeke con su horrible sonrisa. Pero, brillante por la débil luz que entraba de las ventanas, del marco de madera sobresalió una espada conocida.

Mi espada.

Con cautela me acerqué, apenas conteniéndome, y saqué la hoja de la pared. No podía oler a ningún humano cerca, y no había nada en el suelo o en la misma espada que indicara que fuera una trampa. Nada parecía fuera de lugar, excepto por un pequeño trozo de papel, doblado y mentido dentro del hueco de la hoja.

Con cuidado y en alerta por si me acechaba algo por la espalda, sostuve la empuñadura de mi arma y la saqué del marco.

Salió fácilmente, y di un paso atrás, esperando. Como no pasaba nada, miré hacia abajo, arranqué el papel de la hoja, y lo abrí.

Estoy en el Hoyo, decía la nota, haciendo que me entraran escalofríos. *Ven por mí.*

El papel se me escapó de la mano y salió volando por el pasillo mientras cerraba los ojos, sosteniendo con fuerza la espada con mi otra mano. *Muy bien, Zeke,* pensé, tragándome el nudo de la garganta. Abrí los ojos y por las ventanas rotas observé el exterior, donde un edificio





pequeño y ennegrecido se posaba en un rincón a lo lejos. Estaba claro que él estaba ahí, tal y como había dicho Kanin. Un lugar que tenía un significado para ambos. *Lo has dejado bien claro. Acabemos con esto.*

Esta vez no nadé bajo la ciudad. Ni siquiera me molesté en esconder mi presencia. Zeke sabía que estaba de camino; me estaba esperando. Caminé por la rampa y crucé los puentes, dirigiéndome a plena vista hacia el Hoyo. Tenía mi espada sujeta a la espalda, y cambié mi rostro inexpresivo por un “no se metan conmigo si quieren vivir”.

Nadie lo hizo. Los humanos me echaron un vistazo y rápidamente retrocedieron, se apartaron con miedo, o huyeron de mí completamente. Quizás Zeke les había dicho que iba a venir. Quizás el resto del ejército estaba ahí fuera, buscando a Kanin y a Jackal. Nadie se acercó para enfrentarse mientras caminaba por los puentes tambaleantes y las plataformas elevadas ignorando a hombres y mujeres que me observaban entre las sombras y olían a miedo. Eso y el olor de la sangre caliente provocaron al Hambre, que me instaba a atacar y a pintar las aceras de rojo, y a que me impregnara de sangre antes de enfrentarme a mi enemigo. Con firmeza la aplaqué. Estaba aquí por una sola persona, aunque si *alguien* intentaba interferir, no viviría mucho para contarlo.

El Hoyo se cernía ante mí al final del camino, el viejo teatro donde Zeke y yo habíamos visto a Jackal por primera vez unos meses atrás. Para aquel entonces, estaba algo derruido pero aún conservaba el aspecto majestuoso de un edificio de ladrillo, con su cartel de CHI AGO en rojo chillón brillando en la noche. Eso fue antes de que hubiéramos rescatado a nuestro grupo y hubiéramos prendido fuego al Hoyo. Ahora el viejo edificio estaba calcinado y ennegrecido, el techo se había venido abajo parcialmente, y las vigas de acero sobresalían como si del esqueleto de una bestia antigua se tratara. El cartel de CHI AGO se había apagado, y ya nunca más se volvería a encender.

Me acerqué resueltamente a la senda y me colé por la ventana que estaba encima de la entrada inundada... y así acabé dentro del Hoyo.

El lugar estaba hecho un desastre. Lo que una vez fue el vestíbulo era ahora un enredo de vigas rotas y carbonizadas, de escombros y de cables colgando, con las paredes totalmente calcinadas. Los pasillos que rodeaban la sala estaban colapsados y ahora del agua sobresalían piezas en ángulos extraños. Caminé sobre pilares caídos, bloques de ladrillo, y tejas esparcidas, buscando una forma de llegar hasta el vestíbulo principal. Las escaleras que llevaban a los pisos superiores estaban destruidas o completamente bloqueadas, así que seguí la pared hasta que encontré una sección donde podía escalar. Me agaché para pasar bajo una viga caída, pasé por el marco de la puerta y miré alrededor con absoluto asombro.

Apenas reconocía el lugar. Antaño, esto había sido una sala circular llena de asientos plegados y pasillos donde los raiders se juntaban. Me paré en el balcón de la segunda planta, aunque gran parte se había derrumbado hasta la planta baja inundada, y las sillas yacían dobladas y llenas de moho bajo la superficie del agua. Delante de la sala había un escenario





flotante que antes se posaba tras una enorme cortina roja; el lugar donde había visto a mi hermano de sangre por primera vez. Ese lugar donde Jackal se había puesto frente a todos y había prometido a sus raiders que encontraría una manera de hacerles inmortales.

Ahora parecía salvaje. El escenario y la cortina ya no estaban, ya que se habían quemado hasta desaparecer, y el techo tan majestuoso ahora estaba negro y calcinado. Desde donde me encontraba pude ver que las filas de asientos plegables se habían reducido a meras estructuras de metal negras. Parte del tejado había cedido creando un gran agujero en el centro de la habitación, y el agua caía lentamente dentro del piso desnivelado. Muy por encima, pasando las vigas y las plantas derrumbadas, pude ver el cielo. Un brillo débil y azul se colaba por el agujero, creando un rayo de luz difusa en el centro de la sala que me hizo estremecer. El amanecer estaba cerca. Lo que sea que fuera a hacer, tenía que hacerlo rápido.

Saqué mi espada y entré en el balcón, bajando por el pasillo de asientos calcinados, y me dejé caer por el borde hasta la primera planta. El agua salpicó mis botas, mojando el dobladillo de mi abrigo mientras caminaba por la sala, y al adentrarme más, me empapé. Para cuando llegué al medio de la planta y a la luz difusa del centro, ya el nivel del agua estaba por encima de mis rodillas.

Me detuve un momento, mirando alrededor en la oscuridad, buscándole. Estaba todo tranquilo, y el único sonido que había era el goteo rítmico del agua y los crujidos débiles del edificio a mi espalda. Nada se movía en las sombras. Pero sabía que él estaba aquí. Podía sentirle observándome.

—Estoy aquí, Zeke —dije en voz baja, sabiendo que me podía escuchar, que estaba muy cerca. Tenía la esperanza que no sintiera la agonía que me atravesaba el corazón—. Acabemos con esto.

Hubo un leve crujido a mi espalda, y me giré justo cuando Zeke se dejó caer desde algún lugar de arriba, salpicando al aterrizar a unos metros de mí. Su machete estaba ya en mano cuando se levantó con expresión vacía, y la luz que le alumbraba alrededor le hizo brillar. Se encontró con mi mirada y sonrió, y la luz captó el brillo de sus colmillos cuando se acercó.

Retrocedí al alzar mi katana, y Zeke soltó una risita vacía que me erizó la piel.

—Demasiado fácil, chica vampiro —dijo. Meneó la cabeza y me echó una mirada medio afligida, medio en burla—. No deberías haber vuelto. Tendrías que haberte marchado de la ciudad, haber ido por Sarren, y haberme dejado aquí. Pero no podrías hacer eso, ¿verdad que no, Allie? Porque no puedes soportar la ida de dejarme así.

Tragué con fuerza mientras agarraba el pomo de mi espada, manteniendo la espada mortal entre nosotros.

—No quiero esto, Zeke.

Él ladeó la cabeza con una sonrisa de suficiencia en su rostro.





—Siempre podrías dejar que te matara —sugirió—. Eso nos los pondría fácil a ambos.

—Tampoco dejaré que pase eso.

—¿No? ¿Por qué no? —La sonrisilla desapareció, y ahora se volvió serio—. Y yo que pensaba que eso era lo mínimo que podías hacer por mí, Allie. Después de todo, estoy muerto... por tu culpa.

Me sentí como si me hubiera dado un puñetazo. Me alejé de él tambaleando, notando que el hielo se extendía por mis venas, y mi voz salió medio estrangulada.

—Eso... eso no es cierto —protesté sin mucha fuerza—. No lo dices en serio, Zeke.

—¿Que no? —Zeke me miró con desprecio—. Piensa en ello. Todo lo que ha pasado, desde lo de Nueva Covington, Edén, y hasta aquí, todo es culpa tuya, chica vampiro. Jebbadiah está muerto porque no le pudiste salvar. A Kanin le torturaron y casi le matan, porque tú tenías que asegurarte que Stick estaba bien, y él los traicionó a los dos por el príncipe. Todos en Edén están muertos porque tú dejaste escapar a Sarren. —Sus ojos brillaban por el odio—. Y yo... yo estoy muerto porque tú llegaste a mi vida, y porque fui tan estúpido como para enamorarme de un monstruo. *Tú* me mataste, Allie. No Sarren. Ahora soy un vampiro por tu culpa.

Cada palabra, cada acusación, me hirió como un cuchillo, abriéndome cortes. Pero lo último casi me hace caer de rodillas. Las lágrimas me nublaron la vista, y le di la espalda a Zeke, desplomándome contra una parte del tejado que se había caído. *Mi culpa*. Jackal tenía razón. Era mi culpa que Zeke estuviera muerto, todo era mi culpa.

—Deberías haber muerto —siguió Zeke con una voz dura y cruel. Se acercó y yo alcé la vista, parpadeando para detener las lágrimas, y me encaré a su mirada acusadora—. Si te hubieras negado a la oferta de Kanin, si te hubieras muerto como una humana en vez de convertirte en un monstruo, nada de esto habría pasado.

Alzó su machete que brillaba por la luz, y lo apuntó hacia mí, con los ojos entrecerrados.

—Me la debes, chica vampiro. Deja que termine con esto esta noche. No más dolor, no más lamentos, no más muertes sangrientas y sin sentido. Te prometo que no sentirás nada. Y así podrás llevarte el mal de este mundo para siempre.

Pestañeeé, aturdida como estaba por mi tensa indecisión, mientras la voz de Zeke volvía a mí. Fue algo que me dijo una vez, no hacía mucho, antes que muriera y se convirtiera en esta monstruosidad retorcida.

No eres malvada. Nadie que se esfuerce tanto por hacer el bien es malvado.

Me eché para atrás. *Este no era Zeke*, me recordé. *Zeke, mi Zeke, estaba muerto*. Este era un vampiro que había sido creado por mi peor enemigo, quien sabía exactamente qué decir para descolocarme, para hacer que me cuestionara todo. Podía llegar hasta mí porque me conocía, o





al menos me conocí cuando era humano. Conocía mis mayores miedos y mis peores pesadillas. La diferencia era que el Zeke de verdad nunca lo habría usado contra mí.

—No —dije, alzando mi espada en un gesto de desafío—. Lo admito, he cometido algunos errores en mi vida, pero lo hecho, hecho está, y no puedo volver atrás y cambiarlo. E incluso... incluso si lo que dices es cierto, que es mi culpa que murieras... no me arrepiento de nada de lo que pasó entre nosotros. Este es Sarren hablando, no tú. No el Zeke que recuerdo. —Se me quedó mirando inexpresivo, y yo me enderecé, limpiándome las últimas lágrimas que me quedaban—. Prometí a alguien que seguiría luchando, y pretendo hacer eso, por todo el tiempo que sea. Nadie decide por mí qué tipo de monstruo soy. —Recordé mi promesa, esa que hice en un pequeño armario cuando casi me pierdo a mí misma, y mi determinación creció—. No voy a arrodillarme y a morir. Ni por ti ni por nadie.

Zeke sonrió. No como antes hacía; esta sonrisa era cruel y llena de sed de sangre. Los colmillos se salieron de sus encías al enseñarlos cuando mostró su malvada sonrisa.

—Está bien, chica vampiro —dijo, dibujando con su espada un grácil arco—. Quieres que lo hagamos por las malas. Me parece bien. En realidad estaba esperando que dijeras eso.

Y se lanzó hacia mí.





CAPÍTULO 9



Lo esquivé, alzando mi katana para que parara su golpe, haciendo que las dos hojas chocaran con un chirrido metálico que se propagó hasta mi espinazo. La sacudida que produjo vibró por mis brazos, incluso cuando esquivé el segundo golpe de Zeke, un corte violento dirigido a mi cuello que me habría decapitado si no me hubiera apartado. Tropezándome para atrás, bloqueé otra embestida dirigida a mi cara, viendo la mirada impaciente y hambrienta de Zeke a través de las espadas. Sus golpes eran salvajes y letales; no se estaba conteniendo, y si no me ponía las pilas, me acabaría matando.

Mascullé mi enfado, mi rabia ante tal injusticia, y descargué, poniendo todo mi odio y pena tras el golpe. La katana se topó con la espada de Zeke, se abrió paso con mi fuerza, y se clavó profundamente en su hombro a pesar de que él dio la vuelta para apartarse. Siseó de dolor, tropezándose hacia atrás, y yo volví a arremeter, haciendo un movimiento circular con mi espada hasta su cuello.

Él lo esquivó, moviendo su machete hacia mi cara y a la vez alejándose para poner distancia entre nosotros. Retrocedió unos pasos y echó la mano para atrás para coger la masa retorcida de lo que fue un sillón de teatro, medio escondido bajo el agua y entre rocas caídas. Con un gruñido, tiró violentamente del sillón entero para arrancarlo, la estructura metálica y todo, y lo arrojó a mi cabeza.

Me agaché, casi tumbada en el suelo, y con un ruido ensordecedor el sillón acabó estampándose contra la pila de escombros a mi espalda. Trozos de piedra y roca cayeron sobre mí mientras luchaba para ponerme en pie, apenas levantando la katana a tiempo para detener la espada de Zeke cuando volvió a atacar. Atrapé su espada, pero no vi la roca que sostenía con fuerza en su puño hasta que me golpeó con ella en un lado de la cabeza, derribándome.

El dolor estalló con furia en mi cráneo cuando choqué con la superficie y rodé de espaldas, oyendo que el machete pasaba silbando y golpeaba en el lugar en el que acababa de estar. Pude sentir algo cálido correr por mi rostro cuando de forma desesperada le propiné una patada, apuntando a la rodilla de Zeke y haciendo así que él también cayera. Los dos nos pusimos en pie de forma insegura, chorreando agua y sangre, y alzando nuestras armas para volver a nuestra posición.

Parpadeé sacando la sangre de mis ojos y luché para contener el Hambre y la sed de sangre, que había surgido con repentina violencia y estaba quemándome las venas. No podía perder el control ahora. Zeke, haciéndome frente en el agua con una espada en su mano, había perdido esa sonrisa ansiosa y llena de sed de sangre. Sus colmillos estaban fuera, sus ojos fríos





fijos en mí mientras me rodeaba, todo ello como un predador. Mi estómago se revolvió. El Zeke humano, con toda su determinación, su valor, y su terca resolución al luchar, nunca había sido un asesino.

—Vamos, chica vampiro —me provocó con voz baja y gruñona—. No me digas que eso es todo lo que tienes.

Siseé como respuesta y me abalancé, lanzando un corte a su cabeza, y él giró para atrás. Cuando lancé un golpe con mi katana por segunda vez, él se movió rápidamente hacia adelante, bloqueando con su arma, y me dio un puñetazo de lleno en la sien. Me tambaleé, haciendo piruetas a causa del movimiento, y me las arreglé para hacer un giro de muñeca, haciendo un tajo que le atravesó el estómago y el pecho. Él gruñó, retrocediendo mientras la sangre goteaba por su camiseta, y estiró el brazo para agarrar algo en su espalda. Me di cuenta qué era por lo que iba e intenté pararle antes que la pudiera sacar, pero no fui lo bastante rápida. Zeke sacó una pistola de debajo de su camiseta y me disparó seis tiros a quemarropa. Mi pecho explotó con sangre y agonía, y grité, golpeándome hacia atrás por la fuerza de los estallidos.

Desplomándome con una rodilla en el agua, presioné una mano contra mi pecho, sintiendo la sangre filtrándose por mis dedos mientras las heridas se sanaban lentamente, y el Hambre surgía con un rugido. Apretando los dientes, alcé mi espalda para detener el arma de Zeke que intentaba cortarme el cuello. La katana paró el filo del cuchillo y la apartó con un empujón, pero el arma cayó de mis manos. De pronto el machete volvió a batir contra mi cara, y me lancé hacia un lado, viendo que fallaba por solo unos milímetros. Acabé en el agua, rodando a mis pies e instintivamente alcé mi brazo para parar el violento golpe que se dirigía a mi cuello. Mordí el codo de Zeke con fuerza, sintiendo que algo se quebraba por el golpe, y Zeke aulló de dolor. Me descargó una patada golpeándome en el pecho que me envió volando hacia atrás.

Choqué de nuevo contra el suelo salpicando agua, y me di en la cabeza con una viga que había caído al agua. Aturdida, alcé la vista para ver que Zeke, que sostenía un cuchillo en la otra mano, bajaba la mano para atacarme, y me eché hacia un lado. El machete golpeó el pilar a mi espalda, haciendo un gran agujero, y dejándolo expuesto por una milésima de segundo.

Me lancé de rodillas, escabulléndome por debajo de mi enemigo, cogí el cuchillo de Kanin de dentro de mi chaqueta, y le apuñalé, clavando la fina hoja en su pecho, atravesando su corazón, y saliendo por su espalda.

Zeke se puso rígido, su boca se abrió ampliamente por la conmoción y el dolor, y por un momento, clavé la mirada en sus ojos. Zeke me devolvió la mirada, con ojos brillando por la agonía, pero vi un destello de reconocimiento, una pista del chico que conocía de antes. Después sus ojos se pusieron vidriosos, y la realidad de lo que había hecho me llegó de golpe. Sollozando, le saqué la hoja y me caí para atrás, y Zeke se tambaleó un momento antes de caer de rodillas en el agua.





Mis manos temblaban, y miré hacia la forma que estaba arrodillando ante mí, con la cabeza agachada y parte del cuello expuesto. Eso es. *Ese* era el momento. Un corte rápido; eso es todo lo que tenía que hacer para acabar con esto, para sacar a Zeke de su miseria para siempre.

Mis brazos temblaron cuando alcé la daga de Kanin, apuntando a la parte trasera de su cráneo, aunque las lágrimas que caían de mis ojos no me dejaban ver claramente. Zeke no se movió, de rodillas como estaba con el brazo herido rodeando su pecho, como si supiera lo que estaba por venir. Respiré hondo, con determinación y nervios de acero, y descargué.

No le llegó a tocar. A mitad de camino, me forcé con brusquedad a parar, temblando. La hoja se cernió en el aire por un largo momento, y a pesar de mis esfuerzos, no pude hacer que se moviera. Maldita sea, *¿qué* es lo que me pasaba? Este ya no era Zeke. Si no terminaba esto ahora, él sanaría y volvería por mí. No podía permitirme recordar. No podía permitirme ver esos recuerdos del pasado, de mí y Zeke... el de antes. Nuestro primer encuentro en el pueblo abandonado, un vampiro y un chico humano receloso de ojos azules, apuntando con una pistola a su cabeza. Ese primer beso secreto en la absoluta oscuridad, mi cuerpo entero consumiéndose por querer estar con él. Tumbados los dos en mi antigua habitación, mis colmillos a unos centímetros de su garganta, simplemente escuchando su corazón mientras me quedaba dormida. Su sonrisa, su tacto, la forma en la que me miraba, con fe absoluta de que yo no era un monstruo.

Detente, Allison. Ahogué un sollozo, maldiciendo a mis estúpidos pensamientos traicioneros. Ya no importaba. Era algo que debía hacer. Zeke tenía que morir, y no había nadie más que yo aquí para hacerlo.

Lo siento mucho, Zeke.

Agarré con fuerza el arma y la volví a levantar, intentando concentrarme a pesar de mis lágrimas. *Un corte*, me dije. *Un corte rápido, y todo habrá acabado. Él no sentirá nada, y después, tú no volverás a sentir nada nunca más.*

—Hazlo.

La voz salió como un suspiro estrangulado, y me congelé, mirando fijamente a la forma encorvada, sorprendida. Zeke no se había movido, su cabeza seguía agachada, pero podía ver que temblaban sus hombros. Me tensé, recordando la forma en la que me había engañado para entrar a la torre, cuando pensé que había vuelto a ser él mismo. Esto seguramente era otra estratagema para hacer que bajara la guardia. Sería una estúpida si le creyera otra vez.

Y aun así... dudé, esa loca esperanza terca que insistía en alzarse para atormentarme. ¿Y si él seguía ahí? ¿Y si Sarren no le había destrozado por completo? Agarré la daga de Kanin, sintiendo que me dividía en dos. Sabía que ese pensamiento era estúpido; sabía que debía acabar con él ahora. Eso era lo que mi sire me había advertido; estaba dejando que mis





sentimientos se entrometieran en mi camino. Pero si mataba ahora a Zeke, pondría en duda este momento por el resto de mi vida. Por toda la eternidad.

—¿A qué esperas? —dijo Zeke mientras apretaba los dientes, y sus manos se aferraron a las rodillas. Sabía que se estaba curando, que casi estaba del todo curado, pero seguía sin moverse. Y aunque su cabeza seguía gacha, escuché las lágrimas en su voz—. Hazlo, Allison. Mátame. Por favor, acaba con esto.

Tomé mi decisión. Tan estúpida, emocional e irracional como era. Bajando el cuchillo, retrocedí un paso, negando con la cabeza.

—No —susurré, y él sollozó de forma estrangulada—. No, no te mataré, Zeke. No así.

—Allie... —Un temblor violento recorrió a Zeke por todo el cuerpo. Despacio, se puso en pie, goteando agua y sangre, se rodeó con los brazos, y no se movió. Me estaba dando la espalda, temblando como estaba, y el machete brilló en el agua bajo sus pies. Con cautela, me acerqué hacia él, y su cabeza se alzó y se giró, solo un poco, en mi dirección.

—Mala elección, chica vampiro.

Él viró con alarmante velocidad, me rodeó el cuello con la mano, y me estampó contra un pilar. Instintivamente alcé mi arma, pero Zeke me sujetó la muñeca con su otra mano libre, la que estaba fracturada apenas unos segundos antes, y giró el arma hasta que me apuntó a mí. Sentí la cuchilla afilada de la daga de Kanin en mi cuello y alcé la vista para encontrarme con la sonrisa vacía de Zeke.

—Tendrías que haberme matado —susurró, y presionó con más fuerza la daga.

Me tensé, luchando contra su brazo, sintiendo la punta del cuchillo clavándose en mi cuello.

—Zeke —dije entre dientes, estirándome para mantenerle a él y a la daga a raya—. Sé que puedes oírme. Sé que esto no es lo que quieres. Por favor... detente...

Zeke cerró los ojos de golpe, y un temblor recorrió su cuerpo.

—Allie —dijo en voz baja con una voz desesperada—. No. No, no lo haré. Ya es suficiente. —El cuchillo paró de golpe, y los brazos que me sostenían contra el cemento se aflojaron, aunque los ojos de Zeke siguieron cerrados—. Allison —susurró, como si no tuviera mucho tiempo—. Mátame ahora mismo. No puedo luchar contra esto por mucho más tiempo. ¡Date prisa!

—No puedo. —Los ojos me ardían, y parpadeé para aclarar mi visión, para mantener mi mirada fija en él—. No puedo matarte. Por favor, no me hagas hacer esto, Zeke.

Él volvió a gruñir y empujó el cuchillo hacia mí. Yo le agarré por los brazos, di la vuelta, y lo empujé contra el pilar, tirando con fuerza de la daga que él sostenía. Sus ojos se abrieron de golpe, salvajes y locos de nuevo, y me enseñó los dientes en la cara.





—Elige ya, chica vampiro —masculló Zeke, y en ese momento, no sabía qué personalidad tenía el control. O si ambas estaban hablando—. Te estás quedando sin tiempo.

Las lágrimas cayeron por mi rostro, y sacudí la cabeza, tratando de pensar desesperadamente en algo. Maldita sea, tenía que haber *algo* que le hiciera salir. ¿Qué podría detener a un vampiro aparte de una estaca en el corazón? ¿No había nada que pudiera hacer? ¿Solamente ver que Zeke volvía a decaer, y al final, obligarme a acabar con él de una vez por todas?

No, no podía. No le volveré a perder de nuevo. No esta vez.

—Allie —gimió Zeke, y sentí que volvía a soltarse, transformándose en la cosa que Sarren había creado. Incliné de nuevo la cabeza, apretando los ojos con fuerza, y entonces tomé mi decisión. Cuando Zeke abrió los ojos, con la expresión salvaje de antes, solté la daga, di un paso al frente, y le clavé los colmillos en la garganta.

Él soltó un jadeo, poniéndose rígido contra mí. Sus manos subieron hasta agarrar mis brazos, aplastándolos con una fuerza de acero, pero apenas lo sentí. Su sangre se filtró en mi boca y se extendió por la lengua, como un río lento y espeso. Diferente. Era diferente de la sangre de cuando fue humano, dulce y llena de vida, y muy de Zeke. De alguna forma esta era mucho más oscura. Cálida, fuerte y poderosa, y completamente embriagadora. De repente podía sentirle, al Zeke real. Podía sentir sus pensamientos y sus agitados sentimientos. *Confusión. Desesperación. Miedo.* Y bajo todo eso, un trasfondo de algo tan poderoso que era casi abrumador.

Los recuerdos invadieron mis pensamientos, llevados por su sangre. La noche horrible con Sarren; su agonía cuando el vampiro le abrió lentamente, exigiéndole que traicionara a todo el que amaba, y su absoluta desesperación cuando sucumbió a la tortura. Otra escena: él de pie en las sombras, viendo como yo forcejeaba con una tienda de campaña endeble en una explanada donde hacía mucho viento, esperando que la tienda cayera para así poder hablar conmigo. Otro recuerdo doloroso mientras él resistía una de las muchas veces que Jebbadiah le había golpeado, sabiendo que nunca estaría a la altura de las expectativas del anciano. Un recuerdo de Nueva Covington, de bailar lento conmigo en un rincón oscuro, con la melodía de un piano arremolinándose a nuestro alrededor, y comprendiendo lo mucho que él sacrificaría, lo lejos que llegaría, para que los dos pudiésemos estar juntos.

La primera noche en Viejo Chicago, cuando fuimos a rescatar a nuestro grupo del rey de los raiders y, mientras estábamos de rodillas el uno frente al otro en la absoluta oscuridad, él se dio cuenta que estaba completa e irrevocablemente enamorado... de un vampiro.

Un poco aterrada ante el profundo sentimiento que se propagaba en mí, intenté retroceder, pero Zeke se estremeció y deslizó sus brazos a mi alrededor, apretándome contra él. Instigándome para que continuara. Cerrando los ojos, hundí más los colmillos, confundíendome con él, y Zeke gimió suavemente.





Tomé solo un poco, sabiendo que estaba gravemente herido y tenía poca sangre de sobra. Pero fue difícil, echándome hacia atrás, obligando a mis colmillos a replegarse. Por un segundo, vi sus partes más profundas y oscuras, sabiendo cada emoción y sus miedos más secretos. Nunca me había sentido tan conectada a alguien.

Alzando la vista, me encontré con la mirada de Zeke y me estremecí. Sus ojos ya no estaban vacíos, sino que brillaban con una intensidad que nunca antes había visto. Sus labios estaban ligeramente separados, y sus colmillos brillaban a solo unos centímetros de mi cara.

Tragué con fuerza, sabiendo lo que quería... e incliné mi cabeza, dejando mi cuello desnudo ante él.

Él se abalanzó, y por un segundo, sentí un sobresalto de miedo, recordando el dolor horrible de cuando Kanin me había mordido. Me tensé, pero entonces los colmillos de Zeke se hundieron en mi piel. Hubo una pequeña punzada de dolor, y después el calor se propagó en mí, haciendo que mis huesos se volvieran líquido. Me quemó por las venas, relajante y maravilloso, aplacando hasta el dolor constante causado por el Hambre, esa ferocidad del demonio. Cerré los ojos, sosteniendo su cabeza en mi cuello mientras me tiraba hacia él. Zeke gruñó, introduciendo más sus colmillos, y yo solté un jadeo, arqueándome con él, desesperada por estar más cerca.

Él puede verte. Una diminuta voz de pánico surgió de entre las capas de felicidad, haciendo que frunciera el ceño. *Ahora puede verte, a tu yo real. Quién eres realmente, tras esa pared que creaste para todos. ¿Qué pensará ahora que sabe lo que eres? Una asesina. Un monstruo.*

No me importaba. *Deja que vea,* pensé, sosteniéndole más fuerte, alentándole. Pensé en los momentos que compartimos, mi reticencia en confiar en alguien, especialmente un humano, y cómo él había roto cada muro con su fe inquebrantable, hasta que le di carta blanca. Recordé la mirada en sus ojos justo antes de besarme, sabiendo que yo era un monstruo, sin dejar que eso le espantara. Le dejé ver la profunda devastación que su muerte me había causado, como el demonio casi me gana, y como *su recuerdo* fue lo que finalmente me trajo de vuelta.

Esta soy yo, pensé, preguntándome si él también podía escuchar mis pensamientos. *Toda yo. Estoy aquí, Zeke. No dejaré que te vayas.*

De forma abrupta, Zeke se tensó. Sacando sus colmillos de mi garganta, me empujó hacia atrás, con los ojos abiertos por el horror, como si acabara de darse cuenta de lo que había hecho. Me tropecé, me estabilicé, y volví a encararle, preparada para alejarme si atacaba de nuevo.

Él me miró fijamente, la sangre tintándole los labios y goteándole por un lado de la boca, y con el rostro contorsionado en angustia. Con una mano temblorosa, tocó sus labios con un dedo y lo retiró para ver el carmesí que manchaba su piel. Sus ojos se volvieron oscuros con incredulidad, y retrocedió tambaleándose hacia atrás, sacudiendo la cabeza.





—Zeke —susurré, acercándome a él. Mis piernas temblaban, posiblemente por la pérdida de sangre, y casi me caigo. Zeke no lo notó, ya que seguía mirándose los dedos llenos de sangre. Se veía horriblemente enfermo, como si fuera a vomitar si pudiera—. Espera.

—¿Por qué no me has matado?

Me detuve. Su voz sonaba muy molesta, casi como un gruñido, con la mirada desesperada y acusadora mientras alzaba la vista.

—¿Por qué, Allie? —dijo en voz baja. Sus colmillos aún estaban fuera, y me los enseñó con un gruñido inconsciente—. ¿Por qué no acabar con esto? Me prometiste que lo harías.

Me tragué mi propia respuesta desesperada, encontrándome con su mirada acusatoria.

—Te prometí que no te Convertiría aunque estuvieras a punto de morir. —Me atraganté con mis palabras, tratando de recomponerme—. Te prometí que te dejaría morir en paz. Pero nunca te prometí que te ayudaría a destruirte.

—No. —Zeke me dio la razón, desplomándose—. No, no lo hiciste. No te puedo culpar por eso. —Por un momento, se quedó ahí, con una luz azul cayendo suavemente a su alrededor. Alzando su cabeza, Zeke observó el techo en ruinas, dejando que la luz le bañara la cara. Mirando al agujero, sentí una punzada de nervios. Las estrellas se habían marchado, y el amanecer estaba muy cerca.

Volví a mirar a Zeke, que tenía los ojos cerrados y las manos apretadas en puños a los lados.

—Es cosa mía, pues —murmuró, con voz rota pero decidida. Tomó un paso atrás—. Tendré que hacerlo yo mismo.

—Zeke. —De repente sentí miedo, y me acerqué más a él, olvidándome de la sensación aturdida—. Espera. ¿Qué estás haciendo?

Él me miró, angustiado, una última vez.

—Gracias —dijo en voz baja—. Por... sacarme de esa cosa. Por ayudarme a recordar. Yo... lo que me mostraste... no lo merezco. No ahora. Pero al menos soy libre de Sarren. —Alzó la vista hacia el techo, al cielo abierto sobre nuestras cabezas, con expresión resignada—. Mátalo por mí, chica vampiro —murmuró—. Prométeme que lo matarás. Mándalo al infierno, y entonces yo mismo me ocuparé de él.

Mis venas se congelaron.

—Zeke, no.

Pero él se dio la vuelta y salió corriendo, cubriendo la habitación a grandes zancadas e ignorando mis gritos, para así desaparecer.

Le seguí de cerca fuera de la habitación, salí por una de las puertas y subí una escalera llena de escombros con prisa para alcanzarle. Zeke ignoró mis gritos, sin mirar atrás ni una





sola vez, atravesando el teatro en ruinas como un poseso. Cada vez que se encontraba con el camino bloqueado por escombros, muros, o el tejado caído, rápidamente escogía otra dirección, pero seguía subiendo con firmeza. Tuve que esforzarme para seguir su paso, a veces incluso escalando las paredes del teatro, hacia el tejado y el cielo centelleante.

Finalmente, me las arreglé para subir una última viga hacia el tejado ennegrecido del viejo teatro. El viento revolvió mi cabello cuando me puse en pie, echando un vistazo a toda prisa alrededor. El agujero enorme del edificio se hundía unos metros, entrecruzado con vigas de acero que colgaban precariamente sobre el borde. La parte de arriba del letrero de CHIAGO colgaba torcida de la pared más lejana, y más allá, un terrorífico resplandor naranja se asomaba por el horizonte.

Una figura esbelta de negro estaba parada delante de mí en el tejado, mirando a esa luz que se aproximaba. Se posó sobre el final de una viga de metal, suspendido sobre la nada, con el viento azotando su cabello y su ropa. Mis instintos de vampiro me gritaron que entrara, que me alejara de los rayos de sol mortales. No quedaba mucho tiempo. Pero me obligué a caminar con cuidado por el tejado, sorteando el enorme hueco, hacia donde la figura pálida y esbelta aguardaba al amanecer.

—Zeke. —Mi voz sonaba agitada. Aterrada, por el sol naciente y el hecho de ver a Zeke estallar en llamas justo delante de mí, caminé hacia el borde del edificio y me quedé mirando la figura al final de la viga. Tan cerca, y a la vez tan lejos—. No lo hagas.

Él apenas inclinó la cabeza, encarando sin moverse al sol naciente.

—Vuelve dentro, Allison —susurró, su voz más calmada. Decidida—. No querrás ver cómo ardo. Por lo que Sarren me contó, es bastante doloroso.

Su voz tembló con esa última frase. Tragué mi miedo, el instinto de hacerle caso y huir hacia dentro tan rápido como podía, y me moví lentamente.

—No sin ti. —Él no contestó, y mi voz se volvió desesperada—. Zeke, por favor, escúchame. Puedes superarlo. Yo puedo enseñarte cómo.

—¿Quieres saber cuál fue mi primer recuerdo como vampiro? —Sus palabras eran vacías, sin emoción. No parecía haberme escuchado. El viento azotó su cabello y su ropa mientras seguía ahí parado sin moverse, perfilando el horizonte—. Las primeras noches —siguió—, no sabía lo que estaba pasando. Todo eran destellos, como parpadeos de sentimientos y recuerdos, como un sueño de fiebre. No sabía lo que estaba haciendo Sarren, o incluso cuánto duró, todo fue borroso. Hasta una noche.

Inclinó la cabeza, ajeno o indiferente al débil brillo rosado que se expandía por su piel. Me estremecí, aplaqué mi instinto de correr, y me quedé donde estaba.





—Me desperté en un granero —siguió Zeke, con la misma voz muerta—. Y cuando lo hice, no recordaba nada. No sabía dónde estaba, o quién era. Solo sabía... que estaba hambriento.

El terror me retorció mis entrañas. De pronto tuve una horrible suposición de hacia dónde iba esta historia, y quise destripar a Sarren por su crueldad. Recordé mi primer despertar como un nuevo vampiro Convertido; la confusión, el miedo, la rabia y el Hambre que siguió, y el cuidado paciente de mi mentor en explicármelo todo. Eso no le había tenido Zeke.

—No estaba solo, claro —continuó Zeke en voz baja—. Sarren me había encerrado con una docena de personas y había cerrado con candado la puerta. Solo eran ganaderos, mujeres, y un par de niños. Ni siquiera iban armados. —Se detuvo por un momento, apretando los puños, como si el siguiente recuerdo fuera mucho más de lo que podía soportar—. Y yo... yo los maté, Allie. A cada uno de ellos. Los asesiné a todos.

Se atragantó, alzando una mano hacia su rostro, mientras yo intentaba no llorar, al igual que él.

—Zeke —me las arreglé para decir, sabiendo que no podía imaginarme lo que él sentía ahora, la culpa y el absoluto horror por lo que había hecho—. Sé que suena horrible, pero... ese no eras tú. Cuando te Convertiste, cuando te despertaste por primera vez, no sabías lo que estabas haciendo. El Hambre nos controla y atacamos la primera cosa que vemos. Sarren lo sabía. No puedes culparte por ello.

—No. —Se giró para encararme, con una mirada febril. La desolación en su rostro hizo que se me revoliera el estómago—. No lo entiendes. Recuerdo haber matado a esa gente. Recuerdo haberles despedazado y... me gustó, Allie. —Su cara encogida por la repulsión y el odio hacia sí mismo—. ¿No lo ves? —murmuró—. No soy como tú. Tú luchaste contra esto desde el día en que te Convertiste. Yo... ya he perdido. —Pestañeó, dos líneas rojas bajando por sus mejillas—. Soy un demonio, y cuanto antes desaparezca de este mundo, mejor.

Ya había mucha luz, o eso parecía para mis ojos sensibles a la luz. No sabía cuánto tiempo nos quedaba, pero no podía dejarle morir solo.

—Tú no eres un demonio —declaré, desbordando mis propias lágrimas junto a las suyas—. Tú eres tan fuerte como yo. Puedes con esto. No tiene por qué controlarte...

—¡Ahora soy un vampiro! —explotó Zeke, con el rostro angustiado. Más líneas de color carmesí recorrieron su piel mientras él señalaba violentamente hacia el sol naciente—. Me morí, Allison. ¡Estoy muerto! ¿Qué tipo de existencia puedo esperar a partir de ahora? Alimentándome de humanos, solo saliendo cuando cae la noche, luchando constantemente para mantener el control y no despedazar a la gente por diversión. ¿Vivir para la eternidad como un maldito? —Sollozó.





No podía responderle, porque mi propia garganta estaba llena de lágrimas. Zeke se limpió los ojos con la manga, y me miró, con una expresión desolada.

—Mi padre está muerto —susurró con un gesto desesperado—. No puedo volver a Edén. Mi familia no querrá tener nada que ver conmigo ahora que soy un vampiro, y ni siquiera puedo acércame a ellos, porque no quiero ponerlos en peligro. Todo el que amo me odiará y me tendrá miedo, y tienen todo el derecho a hacerlo. —Sollozó de nuevo, cerrando los ojos y dándome la espalda—. Debería haber muerto —se atragantó con las palabras—, en el laboratorio con Sarren. Quería morir. ¿Qué es lo que me retiene aquí, Allison? ¿Por qué debería quedarme?

—Porque *te* amo, ¡idiota!

Él parpadeó, sorprendido. Yo me desplomé, sintiendo aún que las lágrimas salían a borbotones de mis ojos mientras alzaba la vista para mirarle, rogándole.

—Esa noche en el laboratorio —comencé, con voz resignada—, cuando tú... moriste... me perdí a mí misma por un tiempo. Casi me convierto en el monstruo que tú siempre odiaste. —La culpa y la vergüenza se alzaron una vez más, mezclándose con el miedo y la desesperación. Los recuerdos de la noche en la que casi me paso de lo raya—. Pensé que sería más fácil deshacerme de todo lo que me hacía humana, de no sentir nada. Pero no dejé que me ganara, Zeke. Por *ti*.

Zeke no se movía ni dejaba de mirarme. Le sostuve la mirada, sin preocuparme por las líneas rojas que recorrían mis mejillas, o el repentino e instintivo miedo de esas dos palabras que me dejaron expuesta.

—Una vez me dijiste que yo no era malvada —dije con firmeza—. Que no era un demonio, y te creí. Aún te creo. —Tomé un paso al frente, con cautela, para así estar al filo de la viga, a solo unos pasos para alcanzarle—. Y te lo juro, Zeke, te ayudaré a superarlo. A cada paso del camino. No dejaré que te conviertas en un monstruo. Pero ahora tienes que confiar en mí. *Por favor*.

La punta del sol se asomó en el horizonte. Una débil luz anaranjada se filtró por el tejado, y un dolor cegador me arponeó justo en los ojos. Siseé, medio alejándome, sintiendo la piel de mis mejillas, la frente, las manos, todo lo que no estaba cubierto, estallar de dolor.

—Vuelve —logró decir Zeke, con un tinte de agonía en su voz. Eché un vistazo y le vi perfilándose contra la luz, estelas de humo empezando a curvarse en sus brazos desnudos. Sus ojos se veían atormentados cuando se encontraron con los míos—. Allie, metete. Déjame.

—No. —Me enderecé, girándome para encarar al sol, sintiendo la luz hirviendo por mi rostro. Poniendo un pie en la viga, sostuve mi mano, mis dedos rojos en carne viva. Mis lágrimas se sentían como ácido, abrasándome las mejillas—. No me voy a ir sin ti —dije en voz ronca—. Así que, o vienes conmigo, o ardemos los dos.





Zeke cerró los ojos. Por un momento, estuvo ahí parado, con la cabeza agachada, luchando consigo mismo. Al final, dejó escapar un sollozo, uno de desconsuelo y derrota... y se acercó a mí, colocando su mano en la mía. Tiré de él, apresurándonos para meternos en el hueco enorme del techo, y nos dejamos caer en la oscuridad que pasaba completamente por encima del tejado y pintaba todo de una luz anaranjada a nuestra espalda.





CAPÍTULO 10



Me desperté la noche siguiente hambrienta y un poco confusa. No reconocía la habitación en la que estaba, y noté que había un cuerpo encorvado junto al mío, aún durmiendo. Con cuidado, hice palanca con mi codo para levantarme y miré alrededor, contemplando la pequeña habitación sin ventanas. Sillas de plástico unas encima de las otras junto a la pared, cajas de retales cubiertas de polvo y telarañas amontonadas en los rincones. Un enorme tocador, que antes era blanco, estaba colocado en la parte frontal de la habitación, con un espejo grande y cuadrado encima que ahora estaba roto en miles de pedazos.

Entonces mi mirada cayó en la forma inconsciente y pálida a mi lado que era Zeke, y todo lo que pasó la noche anterior me llegó de golpe.

Él está aquí de verdad. Por un momento, simplemente me quedé mirándole, dejando que el alivio se extendiera en mí como una débil llama que ahuyentaba la oscuridad. Anoche pensé que le tenía que matar. Anoche, pasé por la peor experiencia de mi vida cuando se puso en pie al borde del tejado, esperando que el sol acabara con su existencia.

Pero no pasó. Estaba aquí, había vuelto de entre los muertos de forma milagrosa, tecnicismos aparte. Aún seguía sin parecer real, como si todo fuera una especie de sueño, aunque los vampiros no soñamos. Zeke había vuelto. A pesar de todo lo malo, a pesar de la tortura y el control mental y la muerte y todo lo que Sarren le había hecho, él seguía estando aquí. Seguía vivo.

La parte difícil era mantenerlo así. *No dejaré que te conviertas en un demonio, juré,* mirándole de nuevo. Estaba tumbado junto a mí, nada de respiraciones, nada de latidos, ni irradiaba calor por la piel. Afortunadamente, ambos nos curamos de nuestras heridas mortales provocadas por el sol; no quedaba rastro alguno de la carne quemada. Aunque recordaba haberme mirado la mano antes de quedarme dormida, y ver las yemas de los dedos negras y chamuscadas. El recuerdo me hizo estremecer. Casi había muerto aquella noche, casi dejé que el sol me cociera viva, convirtiéndome en una pila ardiente de cenizas.

Lo volvería a hacer, si eso hace que te salve.

Zeke siguió durmiendo. Coloqué una mano en su mejilla, sintiendo su piel suave y fría bajo mis dedos. Él era un cadáver, un cadáver viviente, como yo, pero lidiaríamos con ello juntos. *Lo prometo, Zeke. No te convertirás en un monstruo. Lucharé por los dos si hace falta, lo juro.*

Entonces, una oscuridad invadió mis pensamientos, y la realidad de mi decisión se alzó para tapanlo todo; fui a enfrentarme a Zeke en vez de seguir hacia Edén y hacia el vampiro





loco que estaba empeñado en destruir el mundo. De dos decisiones imposibles, había elegido darle la espalda a mis instintos de supervivencia... y seguir a mi corazón. Hace un año, Allie del Fringe habría hecho lo que fuera para seguir viviendo. Se habría burlado del apego que sentía por este pequeño grupo que ahora consideraba como familia, y me habría animado a cortar todos los lazos para así protegerme a mí misma. Pero yo no podía hacer eso.

¿Me pregunto si Kanin llegó a encontrar a Jackal?

De pronto sentí angustia y un sentimiento de culpa, me apoyé en una rodilla, cerré los ojos, e intenté buscar a mi familia.

El pulso instantáneo a través de nuestro lazo de sangre casi me hizo caer, aliviada. Estaban ahí. *Ambos*. Sentí la presencia de Kanin, fuerte y firme, y otra, como un tirón débil, que debía ser Jackal. No sabía dónde estaban. No sabía siquiera si me estaban esperando fuera de Viejo Chicago, o si ya se habían ido para Edén. Solo sabía que estaban vivos. Eso era suficiente. En todo caso, los dos podrían parar a Sarren si yo fallaba.

Están bien. Me relajé, desplomándome contra la pared. *Están vivos. Incluso Jackal está vivo. Todos estamos bien por ahora*. Miré a Zeke, que estaba muerto para el mundo, sabiendo que podía despertarse en cualquier momento. *Ahora solo tenemos que salir de Viejo Chicago sin que nos acribillen a tiros*.

Las tablas del suelo chirriaron a mi lado mientras Zeke se estiraba, despertándose, y yo me tensé. No sabía en qué estado de ánimo estaría cuando se despertara. Si estaba al borde del Frenesí de Sangre, tendría que pararle para que no se dejara llevar. Con sus heridas, tendría que estar tan Hambriento como yo, y eso que él había tenido menos práctica a la hora de controlarse.

Esperaba desesperadamente que no se hubiese levantado con nuevas ganas de vérselas con el sol o queriendo que alguien le clavara una estaca en el pecho, pero la posibilidad rondaba por mi mente, oscura y aterradora.

Zeke se levantó despacio, apoyándose en un codo, y después de rodillas. Me moví detrás de él, sin tocarle, solo para que supiera que estaba ahí, que estaba cerca. Pero él no hizo amago de levantarse del todo. No estaba temblando, ni llorando, ni parecía sumirse en la miseria. Simplemente estaba ahí con las manos en las rodillas, con la vista clavada en el suelo, mirando a la nada.

—Entonces no fue una pesadilla.

Tragué. Su voz sonaba vacía y débil. El tono que usas cuando estás tan drogado que no puedes sentir nada. Cuando te han cortado por dentro, te has desangrado por completo, y no te queda ya nada. El miedo me revolvió el estómago. Esto iba a ser difícil. Para Zeke, incluso podía ser imposible.

—No —le dije simplemente—. No lo fue.





Esperé, temiendo por lo que fuera a decir, por si me pedía que sacara mi espada y acabara con su vida. O que me fuera y así lo podía hacer él mismo.

—¿Dónde están Jackal y Kanin? —preguntó al final, sorprendiéndome—. ¿Viniste sola?

Asentí.

—Sí, pero están bien. O al menos eso creo. —En un momento los volví a buscar, sintiendo dos tirones que provenían de la misma dirección—. Puedo sentirlos a los dos, gracias a nuestro lazo de sangre. Jackal estaba muy herido cuando... cuando escapamos de la torre por primera vez, y luego nos separamos. Kanin se fue a buscarle.

—Así que después de todo nos los maté —murmuró Zeke, aunque no estaba segura si estaba aliviado o decepcionado. Supuse que lo último. También suponía que esta pose estoica que Zeke intentaba mostrar no era más que una mentira, que debajo de todo eso estaba hecho un lío enredado de emociones, y eso me preocupaba.

—¿Estás bien? —pregunté. Mi mirada se posó en el dorso de su camiseta y el pequeño agujero que tenía justo encima del corazón. Donde le había clavado el cuchillo de Kanin—. ¿Cómo te sientes?

—Con Hambre. —Lo dijo tan honestamente que me estremecí. Esto no estaba bien. No había esperado que Zeke estuviera perfectamente bien después de despertarse, ni de lejos, pero está falta de emoción no era él. Esperaba que estuviera conmocionado, y que poco a poco empezaría a actuar como él de nuevo. Aunque ahora que era un vampiro, no sabía qué era “normal” para él.

Tenía el desconcertante presentimiento de que, quizás, este era el Zeke real ahora que era un vampiro. Ciertamente, yo había cambiado cuando me convertí en una no-muerta; quizás el viejo Zeke, el Zeke humano, ya no volvería nunca más.

—Muerto de Hambre, de hecho —siguió Zeke, sin percatarse de mis pensamientos oscuros—. Y eso es un problema, ahora que ya no puedo controlar al ejército. Sarren me puso a cargo cuando se fue, pero ya no soy su jefe. Una vez que sepan que no puedo darles lo que quieren, trataran de matarme.

—Ellos no lo saben —dije—. Nadie ha estado aquí, nadie sabe lo que pasó anoche. Por lo que a todos respecta, yo entré en el Hoyo y nunca volví a salir. Seguramente piensan que me mataste.

Zeke se encogió de dolor. Apenas se notó porque se había alejado para darme la espalda, pero lo vi.

Me deslicé hacia delante y alcé una mano para ponerla en su espalda.

—Aún sigo aquí —le dije en voz baja—. Derrotamos a Sarren en su estúpido juego, y ya no te puede controlar.





Eso espero. Esperaba desesperadamente que la compulsión estuviera rota y Zeke fuera verdaderamente libre. Pero si no era así, si Zeke caía de nuevo bajo el control de Sarren, entonces lo volvería a sacar. Tantas veces como hiciera falta, hasta que Sarren estuviera muerto.

—Allie. —Zeke inclinó la cabeza, y los hombros le temblaron. Sentí que respiraba hondo, como para calmarse, un reflejo de su tiempo como humano—. Sé que tenemos que parar a Sarren —continuó, con una voz un poco más fuerte—. Sé que eso es lo más importante ahora, que acabar con sus planes viene antes que todo lo demás, incluso que mis propios sentimientos. —Volvió a temblar, aunque su voz permaneció calmada—. Iré contigo a Edén, y no pienso dejar de luchar hasta que sepa que Sarren está muerto. Pero después de eso, después de que me asegure que todos están a salvo y Sarren ya no esté... —Zeke hizo una pausa, ahora incierto—. No... no sé si puedo hacer esto. Ni siquiera sé si quiero intentarlo. —Volvió a dudar, y luego casi susurrando, añadió—: Quizás tengas que...

—Para —le dije enfada—. Ya me lo has pedido antes, y casi me mata hacerte caso. No dejaré que te conviertas en un monstruo. Lucharé contigo contra viento y marea. Pero no te ayudaré a destruirte.

—Nunca quise esto —dijo Zeke con dureza, apretando los puños—. Hubiera preferido morir, y Sarren lo sabía. Su maldad está aún en mí. ¿Y si va contra ti? ¿Y si no puedo evitar parecerme más a Sarren que a ti o a Kanin?

Tener a Sarren como creador no era algo que pudiera imaginarme, me entró frío solo de pensarlo.

—No funciona así, Zeke —le dije, rezando para que fuera cierto—. E incluso si ese fuera el caso, aún te queda la opción de luchar. De no ser como él.

—¿Y si no soy lo suficientemente fuerte?

—No creo en eso ni por asomo.

Él sacudió la cabeza.

—Tienes más fe en mí que yo mismo, chica vampiro —murmuró, casi para sí mismo—. Espero que no llegues a arrepentirte.

—¡Jefe!

El grito provenía de abajo, bruto y gutural. Le siguió otra voz, pero ambas parecían desesperadas. Zeke levantó la cabeza al escucharlo, y sus ojos brillaron. El Hambre se propagó por sus rasgos, pero se sacudió como para librarse de ello.

—Raiders —dijo en voz baja—. Seguramente te vieron entrar anoche y se preguntan quién de los dos ha muerto.





Cuando lo dijo, se oyó un estallido de armas de fuego, haciendo que ambos diéramos un brinco. Casi de forma instintiva, busqué con mi lazo de sangre y sentí dos pulsos, muy cerca, viniendo de la misma dirección que los disparos.

—Kanin —susurré—. Jackal. ¿Qué están haciendo aquí? Se suponía que tenían que esperarnos fuera de la ciudad.

—Parece que volvieron por ti —dijo Zeke. Buscó la funda de la pistola a su espalda, la sacó, y comprobó el cargador con el ceño fruncido—. Quedan tres balas —murmuró—. Y no tengo mi cuchillo. ¿Tú sí?

Negué. Mi katana estaba en la primera planta donde la dejé, frenética como estaba por detener a Zeke de querer matarse. Aún tenía la daga de Kanin, pero yo quería mi espada. Zeke asintió gravemente, y volvió a enfundar la pistola.

—Que se le va a hacer. Vámonos.

—Zeke, espera.

Él me ignoró y salió a zancadas de la habitación. Le seguí hasta el pasillo donde la pared había caído, mostrando el ancho cráter que comunicaba varios pisos. Me apresuré a alcanzarle cuando Zeke se dejó caer por el borde del balcón hacia el Hoyo de abajo. Voces frenéticas venían de abajo, y yo me acerqué al borde y miré.

—¡Jefe! —Justamente debajo, dos hombres grandes y brutos se presentaron de golpe, armados, y se apresuraron en llegar hasta Zeke. Les seguí, sin ser vista, desde arriba—. Escucha, tenemos un problema —dijo uno, sin darse cuenta de cómo Zeke se dirigía a ellos con ojos rabiosos—. Tienes que salir de aquí, ahora. —Hubo otro tiroteo, esta vez más cerca, seguido de un grito desesperado. Los raiders se encogieron de miedo y clavaron la vista en los muros.

— Los vampiros están aquí, jefe —dijo el segundo humano con voz entrecortada—. Los amigos de la perra vienen hacia aquí. Nuestro antiguo rey. Intentamos detenerlos, pero de alguna forma se colaron en la ciudad y ahora se dirigen hacia aquí...

No pudo decir nada más. Zeke se abalanzó sobre él con un gruñido y lo tiró al suelo con un sonoro golpe y un chillido aterrador. El otro gritó y alzó su arma, pero yo me tiré por el balcón y le golpeé por detrás, clavándole los colmillos en la garganta. Sangre caliente llenó mi boca, relajante y maravillosa.

Esta vez no sentí culpa. Seguí bebiendo hasta que no quedó nada, hasta que el cuerpo pasó a ser un saco débil de carne y huesos, seco y sin vida.

Dejé que el cadáver se hundiera en el agua y busqué a Zeke.

Él se levantó despacio, con los colmillos fuera, viendo como el cuerpo del raider se hundía bajo la superficie del agua y desaparecía. Inspeccioné su rostro, esperando ver que el disgusto y el odio a sí mismo le golpeaba, que el horror de lo que acababa de hacer le llegara,





pero no había nada. Su expresión permaneció vacía, sus ojos inexpresivos, y mi estómago se retorció.

Se escucharon disparos muy cerca. Me sobresalté, y después busqué apurada mi arma, tratando de encontrarla por el lustre de metal bajo el agua. Encontré mi katana justo donde la había dejado, donde se me cayó cuando Zeke me dio una patada en el pecho. La tela alrededor del cinto estaba empapada, pero por lo demás parecía estar perfectamente bien. Sacudí el agua de la hoja antes de que volviera a cubrirla. El machete de Zeke se encontraba a unos pocos metros, brillando en el lugar donde él se había arrodillado para que acabara con su vida. Él chapoteó por encima hasta recogerlo antes de girarse hacia mí, con la misma expresión vacía.

—Vamos.

Empezamos a cruzar el Hoyo pero solo pudimos dar unos pasos cuando el sonido de unos tiros retumbó por los asientos del balcón encima de nosotros deslumbrando de blanco, y un segundo después, un rugido familiar sacudió la oscuridad. Los tiros bramaron, rápidos y frenéticos. Un grito, y después el olor a sangre llenó el aire un momento antes de que un cuerpo cayera desde el balcón y golpeará contra el agua. Traté de no notar que le faltaba la cabeza cuando una figura alta y sangrienta salió de las sombras hacia el borde del balcón y nos sonrió.

—Ah, bien —remarcó Jackal, sus ojos dorados fijos no en mí, sino en Zeke—. Aún sigues con vida.

Saltó desde el balcón, salpicó agua al aterrizar, y sonrió maliciosamente cuando se levantó, enseñando los brillantes colmillos.

—Esperaba que estuvieras aquí —dijo, sin dejar de mirar a Zeke—. Nadie me quita lo que es mío y se sale con la suya, ni siquiera tú, bolsa de sangre. Cuando acabe contigo, desearás haberte quedado muerto.

Dos raiders aparecieron donde Jackal había estado hace un momento. Al ver al antiguo rey, alzaron sus pistolas automáticas al Hoyo y dispararon, rociando el agua con plomo. Jackal gruñó, sonando más irritado que otra cosa, y nos escondimos bajo las pilas de escombros mientras las balas pasaban siseando a nuestro alrededor y detonaban en las piedras.

De pronto el tiroteo cesó. Me asomé para ver que caía otro cuerpo del cráter mientras Kanin le rompía el cuello a otro por detrás. Más gritos hicieron eco a su espalda, y el vampiro Maestro se escondió confundiendo con la oscuridad.

¿Kanin también está aquí?, pensé cuando un gruñido hizo eco a mi espalda. Me giré justo a tiempo para ver que Jackal arremetía detrás de nuestra sección de pared, apartándose de un golpe mientras lo hacía. Me di contra el suelo y rodé mientras mi hermano agarraba a Zeke por el cuello, lo giraba, y lo estampaba contra las rocas partidas. Su rostro se volvió salvaje y feroz cuando se inclinó, sonriendo.





—Sabes, no siempre te odié —dijo Jackal mientras Zeke le agarraba las muñecas, tratando de soltarse—. Pero creo que me gustarías más si fueras un poco más bajo. Quizás una cabeza, ¿qué me dices, bolsa de sangre?

Saqué mi espada, pretendiendo lanzarme hacia ellos para obligar a Jackal a retroceder. Pero en ese momento, Zeke enseñó sus colmillos con un gruñido inhumano y le dio un puñetazo a Jackal en las costillas. Oí el indiscutible crujido de huesos, y Jackal se encorvó, resoplando de dolor. Antes de que pudiera hacer nada, Zeke se giró y embistió al otro vampiro contra el cemento, golpeándole la cabeza contra una roca, de nuevo con un ruido ensordecedor, y después lo lanzó a un lado. Jackal se desplomó en el agua, sosteniéndose de un lado, y yo agarré el brazo de Zeke.

Se giró hacia mí, con ojos fríos. Despiadados. El monstruo, observándome. Eso mandó un ristre helado por mis entrañas, y solté su brazo, resistiéndome a las ganas de retroceder. La mirada de Zeke pasó de largo como si me hubiera olvidado, y me estremecí con ese pensamiento repentino. Por un momento, por primera vez, le tuve miedo.

En el suelo, Jackal se empezó a reír.

—Ah, sí —resopló, rondando hasta sentarse, con una mano aún en sus costillas. Sus ojos seguían brillando mientras miraban a Zeke, evaluándole—. Lo olvidé. La pequeña bolsa de sangre se unió al club de los no-muertos hace pocas semanas. Ahora puede incluso pelear de verdad. Culpa mía. —Se levantó, goteando agua, y se agitó para sacudirse, mirando fijamente a Zeke con los colmillos fuera—. No lo volveré a olvidar.

—Jackal, detente. —Sacudiéndome de mi aturdimiento, me coloqué delante de Zeke, poniendo mi katana entre él y mi hermano de sangre. Zeke no se movió; pude sentir que nos miraba, paciente y calculador, apenas conteniendo al monstruo. Tuve el repentino presentimiento de que este Zeke podía ser peor que el que Sarren había creado, pero alejé el pensamiento violentamente—. Esto es una estupidez. Puedes ver perfectamente que ya no está bajo su control.

—Ya lo veo —me dio la razón Jackal, con una sonrisa no menos amenazante—. Pero eso no va a detenerme de hacerle trizas. Como ya te he dicho antes, soy un mal perdedor.

Dio un paso adelante, y yo hice lo mismo, alzando mi arma. Los disparos aún hacían eco a nuestro alrededor, acercándose cada vez más, pero confiaba en que Kanin aún estuviera ahí, encargándose de los raiders. No podía preocuparme por ellos ahora, no hasta que me asegurara que Zeke y mi hermano de sangre no intentaran matarse. *Otra vez.*

—Quédate con tu ciudad si así lo quieres —dijo Zeke—. Es tuya, te la entregaré encantado.

—Oh, ¿lo harás, bolsa de sangre? —se burló Jackal—. Eso es tan generoso de tu parte. Pero te estás olvidando de algo. —Señaló hacia el balcón—. Me importa una mierda este lugar, y los esbirros. Puedo tener más si me da la gana. Solo fueron un medio para lograr mis





objetivos. —Entrecerró los ojos—. Pero que me aspen si dejo que algún engendro de Sarren comparta mi espacio. Ese tipo de demente se te echa encima cuando menos te lo esperas, y de repente todos a tu alrededor aparecen con los cuellos cortados.

—Eso no va a pasar —le contesté, y Jackal me echó una mirada disgustada—. Él está bien, Jackal. Ya no es una amenaza. —*E incluso si lo fuera, no dejaré que le mates ahora.*

—Si de verdad crees eso, es que eres más ingenua de lo que pensaba. —Jackal sacudió su cabeza—. Deja de engañarte a ti misma, hermanita. Sabes lo que está pasando aquí. No eres tan estúpida. —Hizo un gesto con su cabeza en dirección a Zeke—. Mírale. Échale un vistazo a tu precioso Ezekiel y dime que es exactamente el mismo de siempre. Pero me apuesto lo que sea que no podrás mirarle adorablemente a los ojos por dos segundos sin ver a Sarren en ellos.

Me estremecí y Jackal asintió lentamente.

—Sabes que tengo razón, hermanita. Su mente está rota. Solo es cuestión de tiempo que se desmoroné. No quiero matarle porque destrozara mi ciudad, tomara a mis esbirros, y, vamos a ser claros, me encabronara. Lo estoy sacando de su miseria. —Sonrió de forma malvada pero indulgente—. Considéralo piedad. Como disparar a un ciervo de tres patas.

—No —gruñí y me moví hacia Jackal cuando se acercó de nuevo, con mi katana levantada. Ya me había hecho a la idea—. Si le quieres, tendrás que pasar sobre mí.

El rostro de Jackal se torció como si se hubiese tragado algo repugnante.

—Estoy rodeado de idiotas sensibleros —murmuró—. Hermana, ¿te das cuenta que estás protegiendo a la prole de Sarren? ¿El Gran Lunático? Quién sabe si esto es exactamente lo que ese psicópata quiere.

—No me creo eso —repliqué, a la vez que los disparos casi ahogaban mis palabras, haciendo que me encogiera. El ejército estaba prácticamente aquí. No me quedaba mucho tiempo para convencerles, a ambos, Zeke y Jackal, que Zeke no era como su creador. Aunque estaba terriblemente insegura.

—Allison —finalmente habló Zeke a mi espalda, y su voz sonó resignada. Sabía exactamente lo que estaba pensando, así que mascullé enfadada sin perder de vista a mi hermano.

—¡Zeke, ni se te ocurra empezar con eso!

—¿Y si tiene razón?

—¡Me da igual! —grité enfadada, enseñando los colmillos a ambos—. No veré como mueres otra vez. Te prometí que te ayudaría a combatirlo, y juro que voy a matar a Sarren. ¡Pero tienes que confiar en mí, Zeke! Y tú —le dije a Jackal, apuntándole con mi espada—. Tú tenías que hablar. Querías Convertir a todo tu ejército en vampiros. Si se llegan a parecer a ti, tendrías que estar vigilándote la espalda cada dos por tres. Puede que no sepa mucho de creadores y engendros, pero sé que *siempre* hay una opción. No tienes porqué ser como tu





creador. Ya sabes, solo hay que mirarte. —Entorné los ojos hacia Jackal, curvando la boca con una mueca—. Kanin te convirtió, y tú te volviste un imbécil de todas formas.

—¡Jefe!

Una vez más se oyeron disparos. Me tensé cuando una horda de raiders acudió en manada a la habitación de arriba, apuntando con sus armas hacia el Hoyo. Parecía que el resto del ejército al fin había aparecido. Agarrando con fuerza mi espada, medí la distancia entre el balcón y donde me encontraba, y me encogí con horror. Me iban a matar a tiros antes de que esto acabara.

—¡Esbirros, deponer las putas armas!

Salté ante la voz de Jackal que resonó por toda la cámara, rebotando en las vigas y haciendo que el agua vibrara. Sonó por mi cabeza, apremiante y poderosa, y sorprendentemente, ya sea por hábito o por la intensidad de la voz de Jackal, los humanos se quedaron congelados.

—Eso está mejor. —El rey de los raiders nos echó a todos una mirada sumamente exasperada y se cruzó de brazos—. No me dejaban ni pensar, con todo ese griterío y los tiros. La fiesta se acabó, chicos —declaró, haciendo que su voz clara se abriera paso entre el atónito silencio—. Su nuevo rey y yo estábamos teniendo una charla. Decidimos que no vale la pena morir por ustedes, inútiles bolsas de sangre, y es mejor para todos que lleguemos a un entendimiento. —Se giró y miró a Zeke de forma mordaz, alzando las cejas—. ¿Repartirlos a medias suena bien para ti, *socio*?

Con esa última palabra curvó el labio en una mueca, como si el solo pensar en compartir fuera despreciable. Pero Zeke le miró a él y a los raiders sin el mayor interés y se encogió de hombros.

—No me importa. Haz lo que quieras. Sarren ya no está, y yo ya he acabado con este lugar.

Tragué con fuerza. El vacío en la voz de Zeke era peor que una burla cruel, y por un momento, la advertencia de Jackal ensombreció mis oscuros pensamientos.

—Lo que significa que ustedes, esbirros —añadió Jackal, paseando hasta Zeke y colocando un codo sobre su hombro, un gesto que fue ignorado—, están metidos en un problema gordo. Que mal que no lo piensaran bien antes de decidir llevar a cabo este golpe maestro. No es que fuera sorprendente, pero estoy un poco enojado con todos ustedes ahora mismo. —Sonrió, todo colmillos, mientras los humanos se movían aprensivos—. Pero oye, soy un chico razonable. Les ofrezco el mismo trato que antes, síganme y tendrán la oportunidad de ser inmortales. Niéguese, y nosotros tres... —con un gesto nos señaló a Zeke y a mí—... iremos rebanando cabezas sistemáticamente y los mandaremos a un infierno mucho peor que este. Ustedes deciden. —Sonrió con malicia, despiadado y ansioso, y clavó la vista hacia algo que se encontraba por encima de sus cabezas—. Pero si ustedes, bolsas de sangre, piensan que





pueden contra tres vampiros muy irritados y un Maestro creído, entonces, por favor, sin falta, dejemos que empiece la masacre.

Los humanos se giraron, estirando el cuello hacia arriba y mirando detrás donde la figura alta e imponente de Kanin se postraba perfectamente parada en una viga elevada, mirándoles por encima de sus cabezas.

—Entonces, ¿qué dicen, esbirros? —No era en sí una pregunta. La voz de Jackal era dura, el borde bajo la superficie mostraba que apenas se contenía las ganas de matar. Les dio una sonrisa maliciosa, la sonrisa de un asesino, todo colmillos y ojos brillantes, y varios raiders se movieron intranquilos—. ¿Tenemos un acuerdo? Póstrense para pedir perdón ahora y puede que maté solo a la mitad más tarde.

Los raiders dudaron. Muchos de ellos miraron a Zeke, quien estaba ahí de pie sin moverse al borde del Hoyo.

—¿Y qué hay de la promesa del otro vampiro? —dijo uno—. Él dijo que convertiría a quien matara a Jackal y le trajera su cabeza. ¿Esa oferta sigue en pie?

Jackal se rió con ganas, su voz resonando por toda la habitación.

—¿De verdad creen que ese psicópata convertirá a alguno de ustedes? —se burló—. ¿En serio? Porque esa cara hecha polvo y los acertijos odiosos me habrían puesto al tanto. —El rey de los raiders sacudió la cabeza, su voz afilada—. Él no va a volver, esbirros —dijo—. Y si alguno de ustedes cree por un segundo que Sarren habría mantenido su promesa y no les sacaría el corazón por la yugular, entonces háganme un favor y péguense un tiro en la cara porque son demasiado estúpidos para seguir viviendo.

—Sarren se ha ido —añadió una voz profunda y confiada por encima de nuestras cabezas. Kanin, quien observaba de modo desapasionado desde su posición elevada—. Y como ha dicho Jackal, no va a volver. Nosotros somos los vampiros con los que tienen que lidiar ahora. —Los raiders se revolviaron, murmurando entre ellos, mientras el Maestro continuaba—. Tienen dos opciones claras, marcharse en paz, o quedarse y luchar contra todos nosotros. Puede que ganen. Su número nos sobrepasa. Pero diezmaremos esta ciudad, y sus habitantes, antes de lo que piensan. Y ni Sarren ni Ezequiel los protegerán.

Me quedé ahí parada, espada en mano, esperando ver lo que los humanos harían. Sentí que debía decir algo, pero Zeke y Jackal parecían saber cómo arreglárselas bien por su cuenta; ellos eran los vampiros que se habían hecho cargo de la ciudad, no yo. Y Kanin, por ende, era un Maestro y alguien a quien más te valía hacer caso. Solo tenía que estar ahí parada y parecer peligrosa, bueno, tan peligrosa como una chica pequeña de diecisiete años con una katana podía parecer, supuse. Con suerte, a pesar de mi altura el hecho de que era un vampiro bastaría.

Hubo un par de minutos de tenso silencio, hasta que un raider resopló y dio un paso atrás, apartándose del borde.





—A la mierda con esto —masculló, bajando su arma. Su voz hizo eco en la cámara, y la habitación pareció dejar pasar el aire—. No voy a pelear contra una maldita manada de chupasangres. Quieren la ciudad, pues que se la quedan. No voy a morir por esto.

Eso pareció ser la gota que colmó el vaso. Cuando el raider se marchó hacia la oscuridad, todos los demás bajaron las armas y retrocedieron. Jackal espero un momento más, hasta que pareció que el peligro había pasado de verdad, y entonces asintió.

—¿Lo ven? Sabía que podíamos ser civilizados. —Aunque su voz sonaba divertida, sus ojos brillaron, como prediciendo una futura retribución—. Asesinatos y robos aparte, no somos unos bárbaros. Ahora, márchense, todos ustedes. Sus estúpidas caras me están sacando de mis casillas.

»Ah, ¿y esbirros? —añadió cuando la habitación empezó a vaciarse. La mayoría de los humanos se volvieron a mirarle, y Jackal les dirigió una sonrisa peligrosa—. No piensen ni por un segundo que se han librado de esto tan fácilmente —amenazó con voz grave—. No me olvidaré de esto. De hecho, creo que este es el momento preciso para volver a la práctica de descuartizamientos públicos, y así hacerles recordar a todos el porqué es mala idea enojar a un rey vampiro. —Les sonrió con superioridad, con sus colmillos reluciendo brillantemente, y extendió dos dedos—. ¿Algún voluntario?

Los raiders se esparcieron. Retructando las armas, retrocedieron rápidamente del saliente y huyeron, desvaneciéndose por las puertas e incluso por agujeros en las paredes a toda prisa. Por un par de segundos, el caos reinó cuando el ejército despegó súbitamente para salir de la vista de Jackal. Después, los pasos dejaron de oírse, las voces se apagaron y pronto el goteo del agua y el clamor de los edificios que nos rodeaban fue todo lo que se pudo oír.

Jackal sonrió ante el silencio, y después se giró hacia el resto de nosotros, mostrando una satisfacción engreída por toda su cara.

—Y así —declaró, mirando directamente a Zeke—, es como se gobierna una ciudad de raiders.

Zeke no respondió, pero yo di un paso hacia delante, colocándome entre él y Jackal, manteniendo mi espada alzada. Jackal me echo un vistazo y resopló.

—Relájate, hermanita. —El rey de los raiders hizo un gesto liviano con la mano—. Guarda esa espada antes de que te la meta por la garganta. Los esbirros han entrado en razón, y en cuanto cuelgue un par de cabezas en el centro de la ciudad, todo volverá a como debía ser. Ganamos esta ronda, así que desecha tu ropa interior y cálmate.

No me relajé.

—¿Y qué hay de Zeke?

—¿Qué pasa con él? —Jackal se encogió de hombros—. No me dejarás que le saque de su miseria, él es tu problema ahora. Además... —le echó una mirada a Zeke, observándonos de





cerca, y sonrió con malicia—. Nunca pensé que diría esto, pero el pequeño saco de carne tiene potencial. Si no le da por tener una rabieta y decide que necesita un bronceado, puede que sea un chupasangre decente. Y por decente, me refiero a un vampiro “como bebés para desayunar” apropiado. Siempre son los buenos de los que te tienes que preocupar. —Jackal me sonrió, cruel y desafiante—. Irónico, ¿verdad, hermana? Tu humano inocente y con ojos de cachorrito podría convertirse en un monstruo peor que tú. O que yo. O incluso que Sarren. ¿No sería *eso* gracioso?

Fruncí el ceño, refunfuñando, pero en ese momento Kanin se dejó caer por el saliente, aterrizando con un ruido apenas audible a unos pocos metros. Parpadeé cuando se alzó y se deslizó hacia nosotros, con el rostro impassible.

—Pensé que tú y Jackal iban a esperar afuera de la ciudad —dije, mirando hacia arriba—. ¿No era ese el plan? No es que me queje, pero, ¿por qué volvieron?

Un lado de la boca de Kanin se curvó ligeramente.

—No fue solo cosa mía el volver, Allison —dijo.

Por un momento, estaba confundida. Entonces mis ojos se abrieron conmocionados, y me giré hacia Jackal, quien se encontraba en el mismo lugar con los brazos cruzados, aunque parecía molesto.

—¿Jackal? —balbuceé, alzando una ceja—. ¿Tú decidiste volver? ¿Por qué?

—No te lo creas mucho, hermanita. —Mi hermano de sangre me hizo una mueca, con sus ojos dorados reflejando burla—. No volví para salvarte del ejército de esbirros malotes, créeme. Simplemente no iba a dejar que el amiguito aficionado se fuera como si nada después de robarme mi ciudad. Y me di cuenta que no tendrías huevos para acabar con él tú sola, cuando fuera el caso. Y se ve que tenía razón. —Resopló rodando los ojos—. Vine para cortar cabezas y tomar lo que es mío, nada más. Así que no te pongas toda blanda conmigo.

—De todas formas —dijo Kanin, interrumpiéndonos, más para el alivio de Jackal, pensé—, estamos perdiendo el tiempo. Edén sigue en peligro. Ezekiel —dijo de forma solemne, girándose hacia Zeke—, te preguntaré esto solo una vez. Sabes lo que nos jugamos, lo importante que es que lleguemos a Edén. Sabes que tenemos que enfrentarnos a Sarren al terminar el viaje. ¿Puedes hacerlo?

—No lo sé —contestó Zeke, sin remordimientos—. Pero le prometí a Allison que los ayudaría a detener a Sarren. Que encontrarle es más importante que todo lo demás. Así que, al menos hasta que lleguemos a Edén, estoy con ustedes. No puedo prometerles nada más.

—¿Y si Sarren te usa otra vez contra nosotros?

—Entonces mátenme —contestó Zeke. Dicho de forma tan abrupta, tan como dado por hecho, me puso mal—. Si algo sucede donde la opción es Sarren o yo, no duden. Deténgalo,





incluso si tienen que matarme también. —Evitó encontrarse con mi mirada mientras lo decía, y su voz bajó hasta parecer un susurro—: Eso sería tener piedad.

—Ah, no digas eso, bolsa de sangre —dijo Jackal con su siempre presente sonrisa—. Me estabas empezando a gustar.





CAPÍTULO II



Dejamos Viejo Chicago esa noche, dirigiéndonos al este hacia Edén una vez más. Solo que esta vez las cosas eran ampliamente diferentes. Uno, Zeke estaba con nosotros. Aun sacudido, desapasionado y entumecido por lo que le había sucedido, pero vivo. Estaba decidida a mantenerlo de esa forma. Y dos, teníamos un vehículo de nuevo.

—No es el pedazo de metal más bonito para la carretera —remarcó Jackal mientras atravesábamos la barcaza flotante, pasando filas de motocicletas hasta el final de la línea donde la vieja furgoneta oxidada estaba estacionada—. Podría sugerir motos, pero el combustible está un poco bajo y es un fastidio encontrar más. Mejor tener que llenar un tanque en vez de cuatro.

Kanin revisó la furgoneta impacientemente. Había tablillas en las ventanas y puntas de metal soldadas a la campana y parachoques, se notaba la mala intención pero él no dijo nada. Zeke también observaba la furgoneta sin ninguna emoción, lo que me preocupó. Una furgoneta como esta había sido utilizada para secuestrar a su gente y llevarlos a Viejo Chicago, pero si recordó aquella noche, no lo mostró.

Conmovida abrí la puerta lateral y miré hacia adentro. El interior estaba vacío, los asientos arrancados, el contrachapado pudriéndose sobre el suelo. Una llanta vieja y desinflada estaba en la esquina, y un agujero del tamaño de un cráneo con los bordes llenos de moho estaba perforado en la pared de enfrente. Evidentemente el agua y la nieve habían penetrado porque toda la cosa olía a moho.

—¿En serio? —Miré hacia atrás a mi hermano de sangre—. ¿Vamos a ir a Edén en este pedazo de metal? Está a dos pasos de desmoronarse.

—Lo siento hermana. No me había dado cuenta que eras una experta en coches —se burló de mí Jackal—. ¿El carruaje no cumple con la aprobación de su majestad? ¿Esperabas caballos blancos y ruedas de oro? Podrías caminar hasta Edén, lo sabes.

—Eres el rey de Viejo Chicago. ¿No pudiste pedir un vehículo mejor?

—Este *es* el mejor vehículo.

El gruñido de la máquina nos interrumpió. Kanin se había deslizado en el asiento del conductor y girado el contacto haciendo que la furgoneta tosiera y regresara a la vida. Se mantuvo ahí, temblando y silbando como una bestia vieja, y el vampiro Maestro tamborileaba sus dedos sobre el volante mirando por la ventana de enfrente. Claramente, estaba esperando





que tomáramos una decisión. Zeke entró a la furgoneta sin vacilar, sentándose con las piernas cruzadas apoyado en la pared del fondo, y Jackal abrió la puerta del pasajero con una sonrisa.

—Escopeta¹.

—¿Qué? —dije. Pero ya había azotado la puerta detrás de él, dejándome ahí de pie. Con el ceño fruncido, subí al frágil y podrido interior, cerrando la puerta de un tirón y colocándome contra la pared junto a Zeke. La furgoneta tosió una vez más y empezó a moverse cruzando la barcaza, traqueteando sobre un puente inestable hasta llegar a la calle.

De vuelta en la autopista, Kanin dirigió la furgoneta hacia el este una vez más, zigzagueando entre los carros y vehículos atascados en la carretera hasta llegar a los carriles a las afueras de la ciudad. Mientras tomábamos velocidad, el horizonte roto de Viejo Chicago se desvanecía en la oscuridad hasta desaparecer de la vista y quedó solo la carretera, estrechándose hacia Edén.

Esa primera parte de la noche el viaje fue silencioso. Kanin conducía y Jackal iba junto a él con la espalda en el respaldo y las manos detrás de su cabeza. Yo estaba con Zeke en el suelo de la furgoneta, mirando su figura quieta y deseando poder llegar a él, de alguna forma. Parecía haberse refugiado en lo profundo de sí mismo y mis pocos intentos de hablar con él se encontraron con corteses pero vagas respuestas con monosílabos. No quería hablar, o no estaba listo para hablar, y cuanto más lo presionaba, más se retiraba. Eventualmente me di por vencida y me senté a su lado en silencio, dejándole saber que estaba ahí. Cuando estuviera listo, podría venir. Hasta eso, lo dejaría ordenar sus pensamientos en paz.

La furgoneta iba pesadamente, los únicos sonidos provenían del quejido y tos del motor, y el ocasional golpeteo de los neumáticos sobre algún objeto. Algunas veces la carretera estaba despejada. Otras veces Kanin disminuía la velocidad de la furgoneta casi a paso de tortuga, zigzagueando entre grupos de vehículos abandonados, volcados, o árboles que habían caído en la carretera. En una ocasión, cuando conducía cuidadosamente alrededor de un deslizamiento de rocas que cubrían la mayor parte del pavimento, el motor traqueteó y murió, le tomó varios intentos echarlo de nuevo a andar. Me sentí aliviada cuando finalmente tosió de nuevo y continuamos, aunque con mucho trabajo. Aun siendo tan antigua y poco fiable, cubríamos con la furgoneta mucho más rápido la distancia que si fuéramos a pie.

—Oh, Dios..., está muy callado allá atrás —comentó Jackal después de varios kilómetros en que no sucedió nada. Por supuesto, mi hermano de sangre tomaba como ofensa personal la paz y la tranquilidad, casi pude escuchar la sonrisa en su voz—. ¿Se están besando?

—Cállate Jackal.

¹ **Escopeta:** Cuando se trata de ganar determinado lugar o ir primero, es para quien dice primero escopeta.





Él se echó a reír. Kanin condujo en silencio, decidido; yo sospechaba que prefería ignorarnos y evitarse molestias. Me acerqué a Zeke, lo suficiente para que mi brazo rozara el suyo y esperé el siguiente comentario de Jackal.

—Entonces, pequeño chupasangre —continuó el rey raider, confirmando mis sospechas—, ¿cómo es la vida como vampiro estas noches? No es que me importe, claro está, pero estamos persiguiendo a *tu* sire loco-como-la-mierda. Si nos tiene algo desagradable esperando en Edén, me gustaría saber un poco. ¿Alguna pista sobre lo que tu psico-papi planea?

—No —respondió Zeke simplemente—. No lo he visto desde que dejó Viejo Chicago, unos días antes de que aparecieras.

—Bueno, eso es desafortunado. —Jackal cruzó los brazos, su voz era contemplativa—. No has visto al psicópata en absoluto ¿eh? —Miró hacia el techo—. Si solo hubiera algún tipo de vínculo que te permitiera saber exactamente dónde está.

Me levanté. El lazo de sangre. Por supuesto, ¿cómo lo pude olvidar? Zeke era descendiente de Sarren, tan inquietante como era, así que debía ser capaz de sentir dónde estaba el vampiro loco a través de su línea de sangre compartida. Me preguntaba si podríamos seguir de alguna manera a Sarren sin que advirtiera la presencia de Zeke. También me preguntaba cómo sugerirlo con tacto a Zeke para evitar que enloqueciera por completo.

Pero Kanin negó con la cabeza.

—No —dijo el vampiro Maestro, era la primera cosa que decía desde que dejamos Chicago—. Es muy pronto. El lazo de sangre necesita tiempo para desarrollarse, depende de la fuerza del nuevo vampiro. En ocasiones toma meses. Si el sire o su descendencia no son Maestros puede tomar más tiempo. A menudo se desencadena por emociones intensas o dolor, cuando un miembro pide ayuda inconscientemente esta se siente en toda su línea de sangre. Pero me temo que es muy pronto para que Ezekiel haya desarrollado un vínculo con su creador, por lo menos uno que pueda sentir. El lazo usualmente emerge después de que el descendiente ha sido vampiro por un tiempo.

—Huh. —Jackal no parecía contento con esto, pero yo me sentí aliviada. Zeke ciertamente no necesitaba este tipo de carga, tener que sentir la presencia de Sarren, como una infección maligna persistente en su conciencia. Un recordatorio constante de que él todavía estaba allí, esperando. La idea me hizo estremecer.

Jackal se apoyó contra el asiento, gimiendo en voz alta.

—Supongo que tienes suerte con eso, bolsa de sangre —murmuró, y me pregunté si también Jackal encontraba inquietante la idea de estar atado a Sarren—. ¿Alguna pista sobre lo que está haciendo, entonces? ¿Planes? ¿Ideas? ¿Acertijos espeluznantes? —Se giró y miró hacia nosotros levantando una ceja—. ¿Un mensaje garabateado en la puerta de un baño con sangre de algún inocente?





—Él no me dijo nada —dijo Zeke con un matiz de peligro que advertía de no seguir presionando por ese lado. Jackal por supuesto, no advirtió la pista o, más probablemente, no le importó.

—Bueno, eres completamente inútil, ¿no es cierto? —Se movió hacia atrás apoyándose en el asiento con los brazos de nuevo detrás de la cabeza. Pero no desistió aún—. Vamos Ezekiel, eres la prole del mismísimo Insano. ¿Seguro que no se puede escarbar algo en esa jodida cabeza para darnos un salto hacia Sarren? Estoy seguro que si lo intentas con fuerza, puedes encontrar su loca marca especial justo donde la necesites.

Me deslicé hacia adelante y le di una patada a la parte trasera de su asiento, haciéndolo voltear para mirarme.

—¿Quieres callarte? Déjalo en paz. ¿Cómo piensas que nos va a ayudar esto?

—Oye, perdóname por esperar que estemos preparados —arrastró Jackal las palabras—. No podemos ser todos como tú, hermanita, arremetiendo ciegamente y esperando darle a algo mientras te golpean en la espalda. Tuviste suerte esta vez. Eso no va a funcionar con Sarren.

—¿Por qué no nos dices *tú* lo que está haciendo él? —desafié—. Trabajaste con él en Nueva Covington. Estoy segura que ustedes tuvieron plenas posibilidades de enlazarse.

—Podrías pensar eso, pero en realidad no. —Jackal no se dio por vencido—. Resulta que es realmente difícil ser amigo de un vampiro loco psicótico. Tienden a ser irracionalmente paranoicos, y su poesía estuvo a punto de hacerme subir por las paredes. Así que me temo que no obtuve ninguna información útil sobre Sarren porque estaba ocupado... oh, ¿en qué era? Olvidé por qué estaba ahí. —Jackal frunció el ceño, luego chasqueó los dedos—. ¡Oh, sí! Estaba salvando tu pellejo.

—Gracioso, yo iba a decir salvándonos.

—Nunca vas a dejar eso atrás, ¿verdad?

—Si ustedes dos quieren caminar hasta Edén —dijo Kanin finalmente, sin apartar los ojos de la carretera—, puedo parar en cualquier momento. —Me quedé en silencio y Jackal resopló disgustado, me volví hacia el parabrisas nuevamente. Kanin suspiró—. James, haremos un plan para tratar con Sarren cuando tengamos más información —dijo mirando a Jackal—. Pero el antagonismo con Ezekiel no ayuda, así que sugiero que lo dejes antes de que tu hermana entierre su espada en la parte trasera de tu asiento. —Sonreí triunfante, aunque no duró mucho—. Allison, tu hermano tiene razón. No puedes ir esta vez a ciegas contra Sarren. Él espera eso. —La voz de Kanin se volvió severa—. Y él estará listo para todos nosotros.



La furgoneta murió una hora después.





Kanin iba más lento de nuevo, conducía con cuidado debajo de un paso elevado que se había derrumbado parcialmente dejando enormes trozos de hormigón inclinados entre ellos en ángulos traicioneros. Mientras pasábamos la ominosa sombra del puente la furgoneta se estremeció, silbó al final y dejó de moverse. Kanin intentó reanimarla pero ninguna cantidad de insistencia podría revivirla esta vez. Estaba completamente muerta.

—Genial. —Fulminé a Jackal con la mirada mientras nos metíamos en una carretera solitaria que se extendía por kilómetros en alguna dirección. El camino hacia Edén acababa de convertirse en mucho más largo, y no teníamos tiempo de sobra—. Sé que es irracional —le dije—, pero te culpo por esto.

—Lo que te venga bien, hermanita. —Jackal ignoró mi mirada y se dirigió a la parte delantera de la furgoneta, luego levantó el cofre con un crujido. Contemplando sobre la complicada maraña de metal y alambres y negó—. Podría ser la manguera de combustible, podría ser el alternador. O que el motor se haya ido al infierno. No lo puedo saber a menos que juegue con él. —Miró a Kanin que estaba tranquilamente en la parte delantera del vehículo—. Al menos esos tornillos van a tomar tiempo, oh, impaciente. Esto puede tardar un par de horas y no sé si pueda ponerlo en marcha de nuevo. Pero al menos... —hizo un gesto con la mano hacia la carretera vacía, iluminada por la luna—... siéntete libre de tomar a las crías y empezar a caminar, los encontraré en la carretera. Si me escuchan venir solo levanten el pulgar. —Jackal sonrió, con los ojos brillando en color amarillo a la sombra del cofre—. Iré más lento. Probablemente.

Kanin le dirigió una mirada con autoridad.

—No —dijo el vampiro Maestro, como si eso fuera el final—. Vamos a Edén juntos, o ninguno. A menos que alguien quiera irse por su bien, nos enfrentaremos a Sarren como una unidad. Hay demasiado en juego para correr riesgos. —Jackal se encogió de hombros y metió la cabeza de nuevo bajo el cofre mientras Kanin continuaba—. Podemos tomar unas pocas horas si tenemos que trabajar en el vehículo. ¿Qué necesitas para repararlo?

—¿Además de un maldito milagro? —Hubo un gruñido y Jackal juró—. Partes. Herramientas. Y un nuevo motor sería jodidamente fantástico. Pero ya que estamos jodidos con cualquiera de esas opciones, paz y tranquilidad, sin cierta hermana desagradable quejándose a cada rato.

—Gracioso, pienso exactamente lo mismo todos los días.

—Había algunos vehículos unos kilómetros atrás —dijo Zeke, sorprendiéndome. Su voz no había cambiado; todavía estaba vacía como siempre, como si nada de esto le interesara—. Parecían abandonados. ¿Quieres que vaya a ver si alguno arranca? Ya que este va a tomar un tiempo.





—El cachorro habla —se burló Jackal, mirando por encima del cofre—. Y dijo algo realmente útil. Sí, ¿por qué no lo haces, bolsa de sangre? Y mientras estás en eso mira si alguno tiene combustible. Arreglar esta cosa no importa una mierda si no tenemos gas.

—También iré —dije, saliendo rápidamente de la furgoneta.

Jackal rió y murmuró: “*Que gran sorpresa,*” mientras se agachaba de nuevo bajo el cofre, pero no le hice caso. De ninguna manera iba a dejar a Zeke fuera de mi vista ahora. No *creía* que se iba a ir solo por la carretera solo para exponerse al sol naciente, pero honestamente, no estaba segura. Este Zeke emocionalmente frío y apartado me preocupaba más que si hubiera actuado enojado y amargado.

Quería hablar con él sin los comentarios sarcásticos de Jackal o la presencia silenciosa pero inconfundible de Kanin. Si solo pudiera estar con él a solas, hablar libremente, tal vez podría romper la capa de hielo que había construido a su alrededor. O por lo menos conseguir que me dijera lo que estaba pasando.

—Allison. —La voz de Kanin me regresó a la furgoneta. Miré a mi sire, vi simpatía y comprensión en sus ojos oscuros—. Ten cuidado —advirtió—. Es probable que no se encuentren con Rabids o humanos, pero aun así, mantén la guardia. Regresen inmediatamente si hay problemas.

—Lo haremos —prometí, y miré al vampiro junto a mí—. ¿Listo Zeke?

Zeke me regresó la mirada y asintió, pero sus ojos permanecieron distantes. Alcanzó la furgoneta y sacó un recipiente rojo desteñido y se dirigió al largo tramo de carretera detrás de nosotros.

—Vamos.

Seguimos la carretera por varios minutos en silencio. Zeke caminaba a mi lado con la mirada fija en el horizonte. Alrededor de nosotros nada se movía. La autopista se estrechaba vacía y quieta, los únicos sonidos provenían del crujir de nuestras botas sobre el pavimento. Yo trataba de pensar en una forma de hablarle a Zeke, de romper el silencio, cuando su voz resonó suavemente en el silencio.

—Adelante, pregunta.

Sobresaltada, miré hacia él, viendo su rostro vacío, sus ojos fríos y remotos, y tragué dolorosamente.

—Zeke... —Vacilé, sin saber realmente cómo decirlo, qué preguntar. *No puedo llegar a ti. Te has retraído tanto que ni siquiera te reconozco. ¿Esta es una elección o es lo que eres ahora? ¿Queda algo del viejo Zeke? ¿Del que yo... me enamoré?*—. Esto no es como tú —dije finalmente, deseando saber cómo expresar mis pensamientos. Él no replicó, no estuvo de acuerdo o en desacuerdo conmigo y mi preocupación pinchó—. Háblame Zeke —urgí—. Sé que tienes que tener





preguntas, sobre cualquier cosa. Puedo ayudar. No soy tan buena maestra como Kanin, pero haré lo mejor que pueda.

—No quiero saber —dijo Zeke. Ante mi ceño confundido finalmente me miró y un destello de dolor finalmente agrietó su gélida máscara—. No necesito entender la política de los vampiros, o sus rituales, o si tienen fiestas especiales —dijo—. Solo tengo que entender una cosa... soy un demonio. Puede que no lo haya querido, pero es lo que soy ahora. —Su mandíbula se tensó y frunció el ceño como si sintiera dolor—. Esta rabia, y sed de sangre, y Hambre... puedo *sentirlo* dentro de mí. Y si lo dejo ir, por un segundo, voy a perder todo.

—Puedes controlarlo...

—Estoy *tratando*, Allison. —Me enseñó los colmillos, luego su rostro se suavizó, volviendo a esa cara en blanco e indiferente—. Estoy tratando. Si no pienso en... lo que he perdido, si nada importa, si no siento tan fuertemente. Si cedo a la ira o al odio o al arrepentimiento, está mucho más cerca de salir.

—Así que, tu respuesta es no sentir nada en absoluto.

—Sí. —La voz de Zeke era vacía de nuevo, sus ojos distantes—. Es mejor no sentir nada, estar entumecido para no perder el control. Es la única forma que conozco para tratar con esto.

Y... ¿qué hay sobre nosotros?, quería preguntar. ¿Dónde nos encontramos, Zeke?

Sabía que no era el momento adecuado para preguntar. Lo Convirtieron en contra de su voluntad, la mente retorcida de Sarren había jugado con él, el horror de todo lo que había hecho mientras estaba bajo la compulsión; tenía mucho para trabajar, para llegar a un acuerdo, antes de regresar a ser algo cerca de lo normal. No estaba preparado para hacer frente a cualquier cosa sobre nosotros.

Y para ser honesta, yo tampoco lo estaba. Tenía miedo de preguntar y escuchar lo que podría ser su respuesta. Miedo de mi peor y más secreto temor: que Ezekiel Crosse realmente hubiera muerto en esa mesa con Sarren, y que el vampiro que caminaba a mi lado fuera una persona completamente diferente. Alguien que no me podría amar más.

No dije nada más, perdida en mis propios pensamientos oscuros y Zeke se retiró detrás de su helada pared en blanco. Continuamos el resto del viaje en silencio.



—Eso les tomó más tiempo del que esperaba —remarcó Jackal cuando Zeke y yo regresamos. Asomando la cabeza sobre el cofre nos sonrió—. ¿Se perdieron ustedes dos o decidieron saltar sobre los huesos del otro en la cuneta?

Yo no estaba familiarizada con la terminología, aunque podía adivinar lo que estaba insinuando Jackal, y pensé que lo mejor era ignorarlo.





—Cállate y mira —dije, poniendo el recipiente de plástico rojo en el suelo junto a él—. Ninguno de los coches pudo arrancar, pero aquí hay más de litro y medio de gasolina. ¿Crees que la furgoneta funcione?

En respuesta, Jackal se levantó, apuntó una escopeta imaginaria debajo del cofre y “disparó” apuntando al motor. Hice una mueca.

—Supongo que caminaremos, entonces.

—A menos que puedas poner a trabajar el alternador con tu pequeño culo apretado —Jackal se limpió las manos en su pantalón y cerró el cofre con tanta fuerza que la furgoneta rebotó—. De lo contrario, pienso que es seguro decir que tenemos una M.D.S².

—¿Qué significa eso?

—Significa —interrumpió Kanin antes de que Jackal pudiera explicar—, que tenemos que darnos prisa. Sin un vehículo, Edén está a varios días a pie. —El vampiro Maestro miró hacia la carretera, hacia donde el pavimento se unía con el cielo de la noche y sus ojos se estrecharon. Como si pudiera sentir lo que había más allá de ese punto, lo que nos esperaba al final de la carretera—. Vamos —murmuró, comenzando a caminar—. Me temo que estamos casi fuera de tiempo.



Así que caminamos.

Por tres noches, caminamos. A través de bosques nevados y ciudades desiertas, Kanin liderando, Zeke y yo atrás, Jackal caminando entre nosotros. Con la excepción del rey raider gritando, no hablamos mucho. Kanin caminó silencioso y constante, y Zeke continuó oculto en lo profundo de sí mismo, rara vez hablaba, no mostró ningún atisbo de emoción. No actuó enojado o amargado o perdido, que yo notara. Nunca se quejó, ni expresó ningún tipo de dolor o arrepentimiento por ser un monstruo. Estaba solo... sin vida. Vacío. Como si no le importara nada, ni siquiera su propia vida. Eventualmente, empecé a hacerle preguntas sobre Edén, sobre Caleb y Bethany y los otros que habían estado, solo para hacerlo hablar. Para ver si recordaba.

Lo hizo. Y eso fue aun peor. Recordaba todo, a todos, pero respondía a mis preguntas con el mismo desapego adormecedor que mostraba con todo lo demás. Me puse enferma de preocupación y desesperación. Zeke estaba con nosotros, pero se había retirado dentro de sí mismo tan profundamente que no lo podía alcanzar, o Sarren había destruido al ser humano y este vampiro frío y desapasionado era todo lo que quedaba.

Una noche, salí de la dura tierra helada al lado de la carretera para ver a Kanin apoyado en medio con los brazos y las piernas cruzados, esperándonos. Por lo que pude ver, Jackal no

² MDS: Una mierda de suerte.





estaba cerca y Zeke, siendo el más joven no había despertado aún. Sacudiéndome la suciedad de la ropa y el cabello, me acerqué a donde esperaba mi sire, en silencio e inmóvil contra la oscuridad.

Me saludó con un leve movimiento de cabeza, pero por lo demás no se movió. Me apoyé en la barandilla con él, cruzando los brazos también, y nos quedamos juntos en las sombras, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Me pregunté qué pasaba por la mente de Kanin, había estado tan quieto las dos últimas noches, no era frío y cerrado como Zeke, solo... preocupado. Dudaba que el vampiro Maestro estuviera preocupado por las cosas que hice pero por otra parte, rara vez sabía lo que pensaba mi sire.

—¿Dónde está Jackal? —finalmente pregunté, no porque realmente quisiera saber, o no pudiera encontrarlo por mí misma usando el lazo de sangre, sino solamente por decir algo. Mi voz resonó extrañamente en el silencio, casi fuera de lugar. Las ramas sobre nosotros susurraban, como si se hubieran ofendido por el lenguaje humano donde solo debería haber ruinas y desierto.

Kanin asintió hacia la carretera.

—Se adelantó —respondió en voz baja el vampiro Maestro—. Dijo que vio un par de coches en la carretera y quería ver si podía arrancar alguno de ellos. Dudo que haya muchas esperanzas pero también tengo la sensación de que se está aburriendo con nosotros.

Solté un bufido. *¿Insinúas que no se divierte burlándose de Zeke?*, pensé, con el ceño fruncido. Jackal había hecho comentarios sin parar desde que dejamos Viejo Chicago, pinchando, desafiando con sus palabras a nuestro nuevo vampiro, pero Zeke o bien las ignoraba, o las respondía de la misma manera plana y sin expresión que hacía todo lo demás. La pasada noche, Jackal se había burlado de que Zeke era tan divertido como un gato muerto y se alejó, sacudiendo la cabeza. No podría decir si estaba disgustado por la pasividad de Zeke o por el hecho de que sus comentarios no tuvieran efecto en él.

No hizo nada más, al parecer.

—¿Qué tanto falta para Edén? —pregunté mirando a Kanin.

El vampiro Maestro suspiró.

—No estoy completamente seguro. Un par de días, creo. Nunca he estado ahí, así que no puedo decirlo con certeza. —Kanin dirigió su mirada hacia mí buscando con sus ojos oscuros—. Tú y Ezekiel son quienes han ido a sus puertas —me recordó—. ¿Algo de esto te parece familiar?

—Yo... no lo sé. —Miré alrededor para orientarme, a la autopista, hacia los árboles que estaban a cada lado, y me encogí de hombros—. ¿Tal vez? Fuimos en coche todo el camino desde Viejo Chicago, así que todo lo que veo es más o menos lo mismo.





Kanin no me amonestó por no recordar. Solo levantó la cabeza y volvió a mirar hacia el horizonte. El silencio cayó una vez más, la oscuridad y la nieve cayendo parecían engullir todo, tragarse todo el sonido. Un búho ululó en alguna parte entre los árboles y después el mundo quedó en silencio de nuevo.

—Estoy preocupada por él, Kanin —admití, casi en un susurro. Kanin no respondió, y no preguntó de quién estaba hablando; no era necesario—. ¿Qué pasará cuando llegue a Edén? Ellos van a saber que él no es el mismo.

—Sí —dijo Kanin en voz baja—. Me imagino que lo sabrán.

—¿Lo puedes ayudar? —Miré a mi sire, implorando—. ¿Enseñarle cómo ser un vampiro? ¿Como lo hiciste conmigo? Yo no puedo llegar a él. —Parpadearon el dolor y un poco de rabia, aunque traté de empujarlos. ¿No se daba cuenta Zeke que no estaba solo, que yo había pasado por todo esto también?—. ¿Podrías hablar con él? —le pregunté a Kanin—. Él podría escucharte.

—No, no lo hará. —Parpadeé y la mirada de Kanin volvió a mí, severa y con simpatía—. Él no está dispuesto a escuchar Allison. No va a escucharte a ti ni a nadie más. Tuve la oportunidad de enseñarte porque elegiste Cambiar. A Ezekiel no se le dio esa oportunidad. Y hasta que llegue a un acuerdo con lo que es, nadie será capaz de ayudarlo. —Levantó la cabeza hacia el lugar de la tierra revuelta donde había dormido. Donde Zeke seguía enterrado, a poca distancia—. Puedes llegar a él —murmuró Kanin—, pero le toca a Ezequiel levantar la vista y verlo. Él tiene que dar el primer paso para salir de las tinieblas.

Apreté los puños contra la barandilla, luchando contra la desesperación.

—¿Qué se supone que debo hacer entonces?

—Solo estar ahí, Allison. —Kanin no me miró, aunque su voz sonaba comprensiva—. Cuando llegue el momento, si Ezekiel se las arregla para aceptar lo que es, no me va a buscar a mí o a Jackal, o a cualquier otra persona para que lo ayude. Vendrá a ti.

Estuvimos en silencio de nuevo. Jackal no regresó y Zeke dormía en su tumba superficial. Crucé mis brazos esperando que despertara, esperando contra toda esperanza que volviera a ser el mismo. Nos había dado toda la información que pudo sobre Edén: dónde se encontraba, cómo se creó la ciudad, cuándo podría llegar Sarren. Todo con la misma voz plana y sin emoción que había estado usando desde Viejo Chicago. Me pregunté si Zeke se estaba armando de valor para lo que pudiera encontrar cuando llegáramos a la ciudad. Si se estaba preparando para la pérdida de aquellos a quienes había amado. Habíamos estado tan centrados en atrapar a Sarren interceptándolo antes de que llegara a la isla. Pero Sarren probablemente ya estaba ahí, y si Sarren estaba en Edén...

—¿Kanin? —aventuré.

—¿Sí?





Mojé mis labios.

—Cada persona en Edén... es probable que haya muerto ¿verdad?

Mi sire volteó mirándome hacia abajo. Su voz fue calmada.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque... ¿no pudimos atrapar a Sarren? ¿Porque probablemente esté ahí, haciendo cualquier cosa horrible que haya planeado? —Golpeé una roca por la frustración—. Fallamos ¿no es cierto? Hicimos exactamente lo que él quería en Viejo Chicago, y ahora no hay oportunidad de atraparlo. Sarren sabía que iría por Zeke. Él sabía exactamente lo que hacía cuando lo dejó ahí. He jugado justo de su mano y ahora está en Edén riéndose de todos nosotros.

Kanin no contestó todavía y yo suspiré.

—Quiero pensar que ellos están bien —dije, sintiendo un nudo en la garganta al pensar en Caleb, Bethany, nuestro viejo grupo. Probablemente todos muertos por mi culpa—. Quiero creer que todos en Edén están bien, pero... solo me estaría engañando, ¿no es cierto?

—No. —La voz suave de Kanin me sorprendió. El vampiro levantó la cabeza, mirando hacia la oscuridad con la insinuación de una sonrisa en su rostro—. Si hay una cosa que he descubierto durante los siglos que he visto a los humanos —murmuró—, es que tienen una voluntad terca e indomable para seguir viviendo. Como especie es casi imposible matarlos por completo. Sobrevivieron al Red Lung. Sobrevivieron a la plaga de Rabids. Ciertamente, muchos de ellos viven ahora en ciudades de vampiros, esclavizados e ignorantes de los tiempos Antiguos, pero aún hay pequeños asentamientos que existen fuera de los territorios de los príncipes. Humanos viviendo en libertad.

»Sarren es un vampiro —continuó Kanin, mientras lo miraba con asombro—. No importa qué tan mortíferos o terribles sean sus planes, incluso él no puede poner una ciudad entera de cara a la muerte en unos pocos días. Los humanos siempre son resistentes, y su voluntad de vivir supera cualquier cosa. No pierdas la esperanza Allison. —Inclinó su cabeza, sus siguientes palabras fueron tan suaves que apenas las escuché—. Tu esperanza es la razón de que tengamos una oportunidad para detenerlo.

El movimiento en la tierra detuvo nuestra conversación, el sonido de la tierra revolviéndose mientras un cuerpo se levantaba del suelo congelado. Zeke, de rodillas en su tumba poco profunda sacudió el polvo de su cabello, su chaqueta y se levantó con el rostro en blanco y desapasionado como siempre.

—Lo siento por la espera. —Sus vidriosos ojos azules me traspasaron, su voz era baja e indiferente—. ¿Estamos listos para partir?





Me resistí a la tentación de saltar y sacudirlo, solo para ver si algún tipo de emoción cruzaba por su cara vacía. Ira, sorpresa, asco, *cualquier cosa* era mejor que la apatía que mostraba.

—Casi —dije en lugar de eso—. Solo estamos esperando a Jackal.

—Aw, ¿no es dulce? —Y Jackal paseó la vista con la sonrisa firme en su lugar—. Pero no esperen por mí. No es que no espere otra noche fascinante escuchando cómo se quieren el uno al otro. *Oh, pobre de mí, soy un vampiro. Soy un monstruo horrible que come bebés y mata conejitos, boo hoo.* —Resopló y miró a Zeke—. Sé que eso es lo que piensas, cachorrito. Esos movimientos y sonidos de robot no engañan a nadie, y realmente están consiguiendo molestarme. —Le enseñó sus colmillos y una breve sonrisa amenazadora—. Así que, ¿por qué no dejas de jugar jodida mierda de perro y empiezas a actuar como vampiro? ¿O en realidad tienes miedo de ser como ella?

Zeke no respondió. Fue como si Jackal no hubiera dicho nada en absoluto. El rey raider sacudió la cabeza con disgusto y me fulminó con la mirada.

—Supongo que no has encontrado algo útil —desafié—, como un coche que funcione.

Jackal giró sus ojos.

—Si lo hubiera hecho estaría conduciendo hacia Edén justo ahora —dijo—. Estar alrededor de todos ustedes es como si estuvieran enterrando lentamente las uñas en mi cerebro.

—Quédate —le dije—. Tal vez encuentre una forma de hacerlo literal también.

Abruptamente Kanin se alejó de la barandilla, pasó junto a nosotros y comenzó a caminar por la carretera sin decir una palabra. Dejándonos atrás, Jackal, Zeke y yo parpadeamos el uno a otro por un momento, antes de que Jackal soltara una risita burlona.

—Creo que el anciano está un poco cansado de nosotros —remarcó como si todavía no lo hubiéramos captado. Sus ojos brillaban cuando me sonrió de nuevo—. Tal vez no deberías ser una arpía tan miserable, hermanita.

—¿Yo? —Mostré mis colmillos y le habría dado una patada si hubiera estado más cerca—. Tú eres al único al que quiere matar. Pensándolo bien, eres el único a quien *todos* quieren matar.

—Oye, anciano —lo llamó burlón, Jackal—, olvidaste decir, “*si ustedes, niños, no se detienen, voy a darle la vuelta al carro y nadie irá a Edén*”.

Kanin no se dignó a contestar, y continuamos juntos nuestro viaje, cuatro vampiros en la larga y solitaria carretera rumbo al este.

Esperando que el tiempo no se nos hubiera agotado.





JULIE KAGAWA

Foro AD





CAPÍTULO 12



Dos horas antes del amanecer, encontramos un mensaje de Sarren esperándonos.

Lo oímos primero, por supuesto, el aroma familiar e inconfundible de la sangre derramada sobre la carretera era como hilos invisibles. La autopista había entrado a la civilización de nuevo, llevándonos a través de ciudades y subdivisiones vacías, casas derrumbadas a cada lado y coches esparcidos sobre la carretera. Cautelosos, continuamos, cada quien pensando en la misma cosa, que había algún tipo de trampa, emboscada o atrocidad esperándonos más adelante. No estábamos completamente equivocados.

El hedor de la podredumbre, la decadencia y la maldad pronto se unieron al olor de la sangre por lo que no fue una sorpresa cuando al acercarnos a pasos agigantados a la maleza y las vides y vimos una masa de cosas larguiruchas y pálidas pululando debajo del puente.

—Rabids —murmuró Zeke mientras los cuatro nos deteníamos en una esquina en la calle, viendo a los monstruos silbando y trepando sobre el armazón de un viejo camión oxidado que bloqueaba el camino por el que debíamos pasar. La multitud no era enorme, pero eran suficientes para ser peligrosos—. ¿Podríamos encontrar un camino alternativo?

—¿Y si hay alguien en el camión? —pregunté mirándolo cuidadosamente. Y aunque mi voz era tranquila, estaba aterrorizada por su respuesta. Si se encogía de hombros o no daba indicios de querer ayudar a los sobrevivientes, entonces sabría que mi Zeke de verdad se había ido—. Alguien podría estar herido —continué mientras Zeke me miraba con su cara en blanco—. Si los dejamos ahora, morirán.

—Si es un trabajo de Sarren, probablemente ya estén muertos —respondió Zeke, haciendo que mi corazón diera un salto—. Pero —agregó, y sacó su machete, sus ojos se volvieron duros—, supongo que vamos a tener que asegurarnos.

El alivio me inundó. Miré a mi sire, esperando que pensara lo mismo.

—¿Kanin?

El vampiro Maestro asintió a su vez.

—Estoy justo detrás de ti Allison.

Jackal gimió.

—Oh, sí, paseemos alegremente hacia el camión que apesta a sangre, colocada convenientemente en nuestra ruta directa. No parece una trampa en absoluto. —Pero su abollada y sangrienta hacha emergió debajo de su gabardina, y le dio un giro fácil—.





Rescatando bolsas de sangre y salvando cachorritos. —Suspiró—. Eso suena bien para este grupo. Sus corazones sangrantes me van a matar, solo sé eso. —Mirándome, sonrió y señaló hacia la manada distante—. Bueno, es tu fiesta hermana. ¿Por qué no empiezas con esto?

Sacando mi espada, me bajé de la acera a la calle, mostré mis colmillos y lancé un rugido de desafío en la noche. El viento se llevó mi voz haciendo eco en los tejados y los Rabids miraron hacia arriba, sus cabezas pálidas se dirigieron hacia mí. Con penetrantes gritos y lamentos la multitud dejó el camión deslizándose hacia nosotros, uñas y talones rasgando el cemento, sus fauces abiertas revelando colmillos afilados. Mi monstruo surgió con una explosión de violencia; ansioso y sediento de sangre, y corrí a su encuentro.

Zeke estaba repentinamente a mi lado, frío y silencioso mientras la horda se abalanzaba sobre nosotros, su rostro era la máscara del mismo asesino que había visto en la torre de Jackal. El primer Rabid se lanzó sobre él con un aullido; la hoja de Zeke brilló y la cabeza del monstruo dejó sus hombros, rebotando en un coche. Gruñendo desafiante corté el siguiente par de cuerpos delgados con mi katana, atravesando uno y llegando hasta el otro. Su sangre negra y mal oliente salpicó la nieve y luego llegó el resto de la multitud, rodeándonos, y todo se volvió una locura. Oí el salvaje crujido de huesos cuando Jackal golpeaba con su hacha, aplastando cráneos y golpeando Rabids desde la distancia, alcancé a ver atisbos de la forma oscura y elegante de Kanin desde el rabillo de mi ojo cuando un cuchillo partió una cabeza con una precisión letal. Los Rabids avanzaron gritando y yo los alcancé con mi espada, sintiendo la vibración del metal cuando atravesaba la carne de los no muertos, el monstruo en mi interior gritaba de alegría.

Un rugido diferente, frío y furioso, me hizo voltear. Zeke estaba de espaldas a un coche volcado, dos Rabids lo acorralaban por los lados. Uno hundió los colmillos en el mango de su arma cuando la hoja traspasó su clavícula. El otro silbó y presionó hacia adelante chocando sus mandíbulas con impaciencia.

Me lancé hacia adelante para ayudar pero aun con el Rabid mordiendo el mango, Zeke llevó atrás su otra mano, sacó la pistola de su funda y disparó entre los ojos del Rabid. Hubo una explosión, sangre y trozos de cráneo estallando por todas partes, y el Rabid se desvaneció sin la parte posterior del cráneo. Al mismo tiempo, Zeke sacó su machete del Rabid muerto, se volteó y le cortó el cuello al otro.

—¡Zeke!

Giró hacia mí mientras yo me levantaba, sus ojos estaban brillantes y vidriosos, los labios curvados hacia atrás mostrando los colmillos. Su rostro y la parte frontal de su camisa estaban llenos de sangre, mientras lo miraba, era un vampiro de ojos fríos, gruñendo, y levantó su arma.

—Pato³, Allie.

³ **Pato:** Palabra para indicar que estás en una posición comprometida y puedes ser un objetivo fácil.





Mis instintos respondieron incluso cuando tuve la tentación de quedarme ahí boquiabierta. En vez de eso, me tiré a un lado justo cuando la pistola sonó, y un Rabid gritó detrás de mí y se estrelló contra un coche.

Me lancé hacia Zeke y nos enfrentamos a la última horda, juntos, espalda con espalda. Los Rabids saltaban hacia nosotros, gimiendo, y caían ante nuestras cuchillas mientras nos movíamos hacia el siguiente, protegiendo el flanco del otro. Metí la katana en el pecho de un Rabid, la arranqué hacia afuera y giré para cortar a otro en un punto ciego de Zeke. Zeke decapitó a un Rabid, giró y le disparó en la cara a otro detrás de mi hombro. El ruido del arma hizo que mi cabeza sonara, pero arrojó al Rabid hacia atrás, su rostro era una masa sanguinolenta, y no se levantó de nuevo.

Y luego, se acabó. Zeke y yo nos quedamos en el centro de un círculo salpicado de sangre, con extremidades y cuerpos esparcidos a nuestros pies. Bajando mi espada, me quedé mirando la carnicería, buscando a Jackal y a Kanin. Estaban a unos pasos de distancia, el vampiro Maestro limpiaba tranquilamente su espada con la manga mientras que Jackal desenchajaba su hacha de la cabeza de un Rabid y disgustado arrojó lejos el cráneo.

Miré hacia arriba para encontrarme con la mirada de Zeke y mis entrañas se agitaron. Me miraba con una débil expresión familiar, una que no había visto en él desde que se convirtió. La máscara de hielo se había roto un poco filtrando admiración, respeto y un poco de asombro a través de la terrible inexpresividad de sus ojos. La esquina de su boca se curvó, muy levemente, y negó.

—Aun increíble, chica vampiro —susurró, sonando como si hablara de nuevo consigo mismo—. Peligrosa, hermosa e imparable. No has cambiado.

—Oh, esto es tan dulce —llegó el grito de Jackal, burlándose antes de que yo pudiera responder—. Vamos a hacernos ojitos en medio de un campo de cadáveres hediondos, como es tan romántico. —Ignorando mi mirada, pateó un brazo y se acercó hacia adelante, el hacha había desaparecido en su gabardina una vez más—. Pero antes que ustedes dos comiencen a besarse, ¿podríamos comprobar la cosa por la que luchamos contra todos los Rabids? —Eché un vistazo a la parte trasera del camión y giró los ojos—. No quiero que la trampa de Sarren se vaya a perder, después de todo.

Nos acercamos con cautela a las puertas. Ahora que la pelea había terminado, el olor de la sangre volvió, más fuerte y potente que nunca. Del camión prácticamente emanaban olas de olor. No sabía qué podríamos encontrar cuando abriéramos el camión, pero conociendo a Sarren probablemente sería peor de lo que podría imaginar.

Había una viga puesta a través de las puertas dobles de la parte de atrás. *¿Evitaba que los Rabids entraran?*, me pregunté, *¿o impedía que algo saliera?* No había ningún sonido que viniera desde el interior, todo estaba extrañamente en silencio otra vez, sordo, y aun con la nieve cayendo. Jackal saltó a la parte trasera del camión, agarró la viga y la quitó provocando un





sonido ronco que me provocó una mueca de dolor. Después la arrojó detrás de él, se detuvo y observó el camión críticamente.

—¿Saben que esto no va a ser agradable, verdad? —dijo hacia el resto de nosotros—. Lo que sea que el psicótico hiciera ahí, obviamente quería que lo viéramos. Lo que significa que probablemente va a joder a uno de nosotros por lo menos, realmente mal. —Se rió, sacudiendo la cabeza—. Por supuesto, esa es la trampa, ¿verdad? Podríamos irnos lejos, ahora mismo, pero el no saber qué hay adentro nos va a enloquecer golpeando como la mierda.

Fruncí el ceño. Estaba en lo correcto. No podría irme ahora aunque sabía que había algo horrible esperando dentro. Preparándome, tomé una respiración profunda.

—Ábrela.

Jackal se encogió de hombros. Apoyándose en el suelo, agarró las barras verticales de las puertas del camión, que se tensaron brevemente, y las abrió haciendo que chirriaran.

Una ola de frío se elevó fuera del camión, y con ella el olor de la sangre, muerte, y desechos de entrañas humanas me golpeó en la cara como una bofetada, haciendo un nudo en mi estómago. Mirando en el largo y sombrío interior me di cuenta que había estado en lo cierto; lo que Sarren nos había dejado era mucho peor de lo que había imaginado.

Apreté los puños, luchando contra el impulso de alejarme. Incluso con todas las atrocidades que había visto, de las cosas horribles que Sarren había hecho, esta se llevaba el premio. Era imposible saber el color original de las paredes, porque del piso al techo estaba cubierto de sangre, espesa, seca y negra. El piso del camión era una alfombra viscosa y congelada de ella, de casi tres centímetros de espesor, brillando débilmente con la luz de la luna. Había humanos colgados de las paredes, estacados o clavados en el lugar, con la piel pelada en patrones de estrellas góticas rodeándolos. Algunos ni siquiera tenían piel, sus músculos y huesos estaban desnudos a la luz, sus caras retorcidas en máscaras de horror.

Por un breve momento estuve aliviada de ser un vampiro. Porque de haber sido humana, habría caído de rodillas al cemento y devuelto mi última comida. Incluso ahora, aunque el Hambre hacía estragos por la cantidad de sangre derramada y el monstruo miraba con indiferencia, me sentía enferma. Enferma, y de repente llena de odio, odio ciego. Nadie que tuviera una pequeña pizca de humanidad podría haber hecho esto. Yo era un monstruo, y viajaba en compañía de monstruos, pero incluso Jackal tenía líneas que no cruzaba. Esta... depravación era solo una prueba más de que Sarren había dejado atrás su humanidad; él era un verdadero demonio en piel humana, que había matado, mutilado y torturado a todas esas personas, solo para probar un punto. Y uno terrible, por cierto.

En la pared del fondo brillaba un mensaje, escueto y negro. Escrito con sangre, por supuesto. Solo que me había equivocado; este no había sido para mí, o Jackal, o incluso para Kanin. No, era mucho más horrible y me llenó de un frío y persistente temor.

Bienvenido a tu futuro, se leía. Ezekiel.





—No.

La voz de Zeke fue un susurro estrangulado. Se tambaleó hasta atrás desde el camión con los ojos muy abiertos y el rostro contorsionado en agonía y horror. Golpeó un coche oxidado, se giró del camión y su contenido espeluznante, poniendo una mano en la puerta como si necesitara agarrarse a algo.

—No. —Se atragantó, cerrando sus ojos—. Oh, Dios, no puedo hacer esto. No puedo más. —Apretó la cara contra el metal inclinando la cabeza, su voz cayó en un gemido—. Déjame morir —susurró, haciendo un nudo en mi interior—. Antes de que me vuelva... eso. Solo mátame ya.

—Zeke. —Di un paso hacia él y se estremeció, encorvando los hombros por la angustia—. Mírame. —No levantó la cabeza y di otro paso, mi voz sonaba urgente—. Maldita sea, escúchame. No dejes que Sarren te afecte. Este es solo otro de los juegos de su mente retorcida y si le haces caso le estás dando exactamente lo que quiere.

—Porque es cierto Allie. —Zeke finalmente me miró, sus ojos eran un poco salvajes. Parpadeé mientras sentía una punzada, sus vidriosos ojos azules se encontraron con los míos—. Tú ya no me conoces —susurró Zeke—. No sabes lo que he hecho. Esas personas en el granero, eran solo humanos a los que maté. Le ayudé a Sarren a matar un pueblo entero, a matar a cada alma existente. —Cerró sus ojos y dejó caer la cabeza entre sus manos—. Y entonces, cuando estuvo hecho, atamos sus cuerpos a un árbol y pintamos una pared con su sangre.

Mi estómago se revolvió. Recordé la masacre, el árbol de cuerpos y el granero rayado con sangre. Zeke había hecho eso, sido parte de eso. Me di cuenta de lo ciega que había estado. Si yo hubiera hecho eso, aunque fuera bajo coacción. Ciertamente no podría vivir conmigo, tampoco.

—Eso me persigue, cada noche —susurró Zeke, aferrándose a su cabello—. No puedo sacar sus gritos de mi cabeza. Pero no importa lo mucho que me dé asco, no importa cuánto me odie por ello... hay una parte de mí que quiere volver a hacerlo. Y nunca va a desaparecer ¿verdad? —Levantó la mirada y sus ojos me apuñalaron, casi acusándome—. Siempre voy a sentir eso, que voy a explotar si no puedo cazar a un humano y destrozarlo.

Me mordí el labio mientras él hacía una pausa, esperando mi respuesta. No quería decirlo, confirmar lo que él ya sabía, pero no podía mentirle.

—No —susurré—. No, el Hambre nunca se irá. —Se dio la vuelta y di un paso adelante, desesperada por hablar con él, por darle algún tipo de esperanza—. Pero puedes controlarlo Zeke. Todos tenemos que aprender a luchar contra eso. Es parte de ser un vampiro.

—Pero algún día voy a caer. —La voz de Zeke fue baja, derrotada—. Un día, no voy a ser capaz de resistir. Y será como en el granero de nuevo. —Y yo no podía contestar, no podía negarlo, porque sabía que era verdad. Eso, un día, él *podría* caer. No había ninguna duda en mi





mente. Recordé las propias palabras de Kanin, la advertencia que me había dado hace no mucho tiempo, cuando me convertí en un vampiro.

“Alguna vez en tu vida, Allison Sekemoto, matarás a un humano. Accidentalmente o en un acto consciente y deliberado. Es inevitable. La pregunta no es si pasará sino cuándo”.

Eso ahora aplicaba para Zeke, también. Y ambos lo sabíamos.

—¿Qué pasa si llego a Edén —continuó—, y no puedo controlarme? Las personas que hay ahí, mi familia, ellos no van a sospechar nada. Qué pasa si Caleb o Bethany vienen corriendo hacia mí y yo... —Cerró los ojos, incapaz de continuar, su rostro se retorció con odio—. No puedo hacerlo —susurró, su voz era ahogada pero resuelta—. No puedo ir a Edén, no así. Vayan sin mí.

—No te voy a dejar atrás Zeke. —La ira y el pánico llamearon y le mostré los colmillos. No lo iba a perder ahora, ya sea por los juegos retorcidos de Sarren o por su propia culpa. Haciendo las atrocidades a un lado, tenía que hacerle ver que no estaba solo—. ¿Piensas que eres el único que pasa por eso? —demandé—. ¿Recuerdas todas aquellas veces que dije que no podíamos estar juntos porque tú eras humano y yo un vampiro? ¿Cuando te dije que no podía ir a Edén porque tenía miedo de matar a alguien? ¿Recuerdas qué me dijiste? Dijiste que no era un monstruo y que no era mala. ¿Por qué es diferente para ti?

—¡Porque yo *soy* un monstruo! —gruño. Sus colmillos brillaron cuando se dio la vuelta, mirándome—. ¡Eso es lo que soy Allison! Soy un demonio, lo sabes tan bien como yo.

—¡Oh, jodida mierda!

Jackal abruptamente se apartó del camión y acechó hacia adelante con los ojos amarillos brillando, sus labios se curvaron con una mueca de disgusto.

—Cachorrito, me estoy cansando de escuchar eso —le gruño a Zeke—. Esto no es mucha ciencia. Si no quieres ser un monstruo, ¡no seas un monstruo! Sé un palo duro en el barro como Kanin. Sé un corazón sangrante de justicia como Allison. O puedes dejar de agonizar con eso y ser un maldito monstruo, trae realmente un montón de diversión. —Entrecerró los ojos cuando Zeke me miró aturdido por un momento—. Pero por el amor de mear, toma algún tipo de decisión. Si no quieres comer bebés y arañar con bolsas de sangre las paredes, es tu elección. Lo que Sarren hizo o hiciste en el pasado no tiene nada que ver con el presente. Eres un *vampiro*. Haz lo que te dé la gana.

Zeke parpadeó, aún conmocionado, pero me ericé y di un paso adelante, enseñándole los colmillos a mi hermano.

—Eso no es justo Jackal —gruñí—. Él nunca quiso Cambiar. Sarren lo obligó a...

—Y tú —me interrumpió, girando hacia mí—, eres parte del problema. Quejándote y llorando porque él ya no actúa como un humano. Noticia de última hora, hermana. Él ya *no* es humano. No necesita que tomes su mano cada vez que un gatito muere. Tal vez cuando era un





saco de carne patético maullando, necesitó algún tipo de protección, pero ahora es uno de nosotros. O podría serlo, si dejaras de actuar como si fuera el fin del mundo porque le gusta el sabor de la sangre. Deja de tratarlo como un mortal y déjalo ser un vampiro sangriento.

Desconcertada, me quedé en silencio, y por un momento todos nos miramos entre nosotros. El viento empezó a soplar trayendo el olor de la muerte de los cadáveres mutilados en la carretera y los Rabids que yacían esparcidos alrededor de nosotros con sus miembros separados, ensangrentados y rotos. Llamó mi atención el pañuelo de Jackal, ondulando detrás de él mientras nos miraba, su expresión se torció con burla y disgusto. Detrás de él el rostro de Zeke se había puesto de nuevo en blanco, sus vidriosos ojos azules miraban a la nada.

Entonces Kanin dio un paso dentro del círculo, su voz era cansada pero calmada.

—El amanecer está casi sobre nosotros —dijo, sin dar alguna opinión de lo que pensaba del repentino estallido entre sus dos hijos—. Les sugiero que salgamos de la intemperie. Esta conversación tendrá que esperar hasta mañana por la noche.

Con eso terminó. Con un último resoplido de disgusto Jackal se dio la vuelta y se alejó por el camino, sacudiendo la cabeza. No miró hacia atrás, y en cuestión de segundos, el rey raider se había deslizado entre el mar de vehículos y desaparecido de la vista.

—Allison. —Kanin me miró con sus ojos oscuros impacientes—. Toma a Ezekiel y encuentren un lugar para dormir. Traten de estar cerca. Los encontraré esta tarde.

—Está bien —murmuré, y Kanin también desapareció, fusionándose en la oscuridad que nos envolvía, dejándonos solos a Zeke y a mí.

Miré a Zeke quien no se había movido de su lugar junto al carro, y sacudí mi cabeza hacia una casa de doble techo descascarada en la esquina de la calle.

—Vamos —dije en voz baja—. Salgamos del espacio abierto.

No dijo nada, solo me siguió a través de la carretera, sobre una cerca floja y a través de un patio sumergido en la maleza a pasos de la casa. En el interior los escombros cubrían el suelo y las paredes estaban rotas y peladas mostrando las tablas que había debajo, pero estaba en mejor forma que la mayoría de las casas que había visto. Una chimenea se desmoronaba contra la pared de fondo, había ladrillos esparcidos por el suelo y un sillón volcado frente a ella, cubierto de musgo.

Vi una escalera pegada a la pared y le hice un gesto a Zeke para ir ahí, por lo que sabía, los dormitorios probablemente estarían en el segundo piso. Crujiendo y gimiendo, las escaleras nos llevaron a un pasillo igual de ruidoso con tres puertas que daban a habitaciones individuales. La más grande tenía una cama de metal oxidado y un colchón lo suficientemente grande para dos personas, pero también tenía varias ventanas que daban hacia el este y no había nada con qué cubrirlas. La habitación cruzando el pasillo era más pequeña pero su única





ventana ya estaba cubierta, así que en ese sentido era una elección fácil. Por supuesto, había que tomar en cuenta otros factores.

Había una cama individual en la esquina, polvorienta pero bastante limpia, y dudé, no sabía si Zeke querría compartir el colchón conmigo. Honestamente, si *yo* quería estar en la misma habitación que él. Las palabras de Jackal todavía desgarraban mi mente, la acusación de que estaba mal lo que estaba haciendo, que no podía dejar ir al Zeke humano. No quería admitirlo, pero tan humillante y vergonzoso como era, mi hermano de sangre estaba en lo cierto. Habría querido que Zeke fuera como antes y eso no era posible. No con lo que había pasado.

Eso solo confirmó algo que había sabido desde hace un tiempo, pero que me rehusaba a creer: Zeke Crosse, el chico que había conocido, el humano del que me había enamorado *estaba* muerto. Tenía que aceptar eso. Igual que Allie la Fringer había muerto esa noche en la lluvia con los Rabids, Ezekiel Crosse ya no era humano. No era el mismo; no podía serlo. Era un vampiro ahora, sediento de sangre, de Hambre, con el salvajismo y crueldad que venían con ella. Nunca podría ser el mismo humano dulce, inocente y desinteresado que conocí y amé. Siempre estaría al borde de eso, sabiendo que es peligroso, letal. Que un demonio acecha dentro y puede salir en cualquier momento. ¿Era algo que yo podría aceptar? Y, más importante que eso, ¿él lo aceptaría?

¿O me levantaré esta tarde para encontrar que se había ido, que finalmente eligió salir al sol en lugar de poner en riesgo a las personas en Edén?

Lágrimas de enojo y frustración inundaron mis ojos. Gruñí suavemente y apreté los puños tratando de controlarme de nuevo. Lo estaba perdiendo. Zeke se apartaba cada vez más y nada de lo que dijera o hiciera podía llegar hasta él. Le dije cómo me sentía; me abrí completamente, le prometí que le ayudaría a luchar contra el monstruo, que no estaría solo, y no pareció ser suficiente. No sabía qué más podía hacer, qué otra cosa podía ofrecer.

—Oye.

Su voz fue como un soplo, un aleteo en mi piel fría. Me quedé inmóvil, luego giré para encontrarlo mirándome, sus ojos azules eran solemnes en las sombras de la habitación. Tragué saliva y encontré su mirada sin preocuparme por el hilo rojo bajando por mi mejilla. La expresión de Zeke se tensó, un destello de culpa y arrepentimiento cruzaron su cara. Parecía como si quisiera decir algo pero no pudiera encontrar las palabras adecuadas. Yo no hablé, simplemente continué mirándolo, y hubo un momento de silencio tenso e incómodo.

Entonces suspiró y la sombra de una sonrisa irónica y dolorosa cruzó sus labios.

—Sabes que es el fin del mundo cuando Jackal comienza a tener sentido —susurró.

El muro entre nosotros se hizo añicos. Dejé escapar una risa ahogada de alivio y me lancé hacia él. Sus brazos me envolvieron presionándome más cerca, y me aferré a su cintura, sintiendo su mejilla fría contra mi cuello.





—Lo siento Allie —murmuró. Levantó su cabeza y presionó su frente contra la mía, su voz fue baja pero constante—. Lo siento mucho. He estado tan consumido con todo este asunto sobre ser vampiro que no te vi estando justo aquí. Y si solo hubiera escuchado, me estabas diciendo exactamente lo que necesitaba oír. —Su frente se arrugó en lo que pudo ser pesar o disgusto—. Es... muy malo cuando el vampiro asesino egocéntrico te crea directamente. Supongo que fui como una patada en la cabeza por un tiempo. Al menos Jackal es bueno para algo. —Se le escapó una risa dolorosa y negó—. Estaba ciego, pero ahora veo las cosas un poco más claras. Ya no voy a ser una carga.

—Nunca has sido una carga —le dije—. Solo estuviste... perdido un poco de tiempo. Todos lo estuvimos, en algún punto.

Cerró los ojos por un momento y sus hombros temblaron.

—Estoy asustado —susurró—. Estoy aterrado de no ser capaz de luchar contra esto, de convertirme en un demonio y perder mi alma para siempre, si no es que ya la perdí. La única razón por la que estoy aquí, lo único que me impide exponerme al sol y terminar esto de una buena vez... eres tú.

—Zeke...

Tomó mis brazos mientras me miraba intensamente.

—Nunca quise esto —dijo—. Toda mi vida me enseñaron que los vampiros son malvados y sin alma, y eso es lo que yo creía, hasta que te conocí. Tú me mostraste que estaba equivocado, que los vampiros no tenían que ser unos monstruos, e incluso me hiciste creer que podían tener alma. Yo sé que aún tienes la tuya. Después de todo lo que hemos pasado, todavía estás aferrada a ella con las dos manos.

Me mordí el labio mientras las lágrimas amenazaban de nuevo, calientes y ardientes. Allí estaba, la fe en que yo fuera más que un monstruo, incluso cuando no lo creyera de sí mismo. Zeke levantó una mano hacia mi mejilla, rozando suavemente con el pulgar sin dejar de mirarme a los ojos.

—No soy la misma persona Allie —dijo quedamente—. Yo... ya no soy una *persona*. Intenté matarte. He matado a docenas de personas y soy la descendencia de un vampiro insano que quiere destruir el mundo. La única cosa que no ha cambiado, la única cosa de la que estoy seguro, es de lo que siento por ti. Pero... soy diferente ahora. —Retrocedió un poco, como para dejar que lo viera mejor—. Estoy muerto, Allison —dijo en una voz suave y firme—. Una parte de mí murió en esa mesa con Sarren. Puedo pelear por mi humanidad tan fuerte como sea posible, pero sé que algún día voy a tener un desliz y me convertiré en un monstruo. Y cuando ese día llegue, me voy a odiar por un largo tiempo. —Apretó la mandíbula, sus ojos se volvieron negros antes de componerse de nuevo—. Así que, tengo que saber, chica vampiro. ¿Todavía puedes estar conmigo, incluso después de todo esto? ¿A pesar de que soy un monstruo y nunca volveré a ser el mismo?





No dudé. Yo ya sabía mi respuesta. Zeke era un vampiro. Podía luchar con el Hambre, la rabia y la sed de sangre de una forma que el Zeke humano no habría podido imaginar. Pero incluso como ser humano había elegido amar a un monstruo, y ahora era mi turno para confiar en él. Para ver más allá del demonio y del monstruo, y encontrar al humano dentro.

Alzándome, puse mis brazos alrededor de su cuello, lo atraje hacia mí y presioné mis labios contra los suyos.

Suspiró, y pareció como si se hubiera liberado, dejando ir el miedo, la duda y la incredulidad. Una rendición total. Sus brazos se deslizaron alrededor de mí, suaves pero fuertes, y sus labios se movieron con los míos, devolviéndome el beso. No fue febril o apasionado, tratando de devorar al otro mientras tratábamos desesperadamente de estar más cerca; este fue tierno, reflexivo y solemne, una promesa sin palabras.

Mantuve los ojos cerrados cuando nos separamos, con mis manos a cada lado de su cara.

—Pensé que te había perdido —le susurré, sintiendo las líneas húmedas en su propia piel—. Pensé que teníamos más tiempo, a pesar de que debí saberlo mejor. La vida es tan frágil, y alguien me puede apartar de ti en cualquier momento. Siempre he sabido eso. —Deslicé mi mano por su pecho hasta donde, no hace mucho, su corazón había latido constante y seguro contra mi palma. La quietud ahí me puso un poco triste—. Supongo que estaba tratando de protegerme a mí misma.

—Allie...

—Te amo Zeke —susurré y él se congeló. Esta vez las palabras no me asustaron en absoluto—. Vampiro o humano, no me importa. Sarren podría haberte forzado a matar a cientos de humanos y eso no cambiaría nada. Volvería por ti independientemente de eso. Y te equivocas. Eres más fuerte de lo que piensas. Tú fuiste quien me enseñó a aferrarme a mi humanidad, que vale la pena luchar por cada cosa. Siempre me dijiste que yo era más que un monstruo. Bueno, ahora vas a tener que probarte eso a ti. Pero voy a estar aquí. No te dejaré caer.

Finalmente lo miré, encontrándome con esos claros ojos azules, vi la emoción pura mirándome. La duda y el miedo aun persistían, pero, por primera vez desde su muerte, se veía de nuevo como Zeke. Vi pasar la desesperación sombría, llena de horror, a algo que, aunque no del todo optimista era por lo menos esperanzador. Puse una mano en su mejilla.

—Entonces, chico predicador —murmuré y forcé una pequeña media sonrisa mientras él cerraba sus ojos—. Dije que te amo. Dos veces. Ahora, ¿podemos por favor olvidar lo que pasó e ir a salvar al mundo?

Dejó escapar un suspiro que era mitad risa y mitad un sollozo, y me llevó hacia él, aplastándose con sus brazos. Deslicé los míos alrededor de su cintura y lo sostuve apretado, sintiéndolo temblar.





—No me dejes caer —susurró contra mi cuello—. Por favor. Cuando llegue a Edén no dejes que me convierta en un monstruo.

—No lo haré —le dije, era una promesa para Zeke, para mí, para todos—. Estarás bien Zeke. Y después de ganarle a Sarren tendremos todo el tiempo para resolver esto.

Nos movimos hacia la cama y nos hundimos juntos, todavía abrazados fuertemente. Edén, un misterioso virus y el terrorífico padre de Zeke nos esperaban al final del camino, pero ahora mismo, todo eso parecía un poco menos urgente. Tenía a Zeke de vuelta. Era diferente; era un vampiro, pero acabábamos de dar el primer paso hacia la aceptación. Era suficiente por ahora. A medida que el sol cubrió los edificios en el exterior, tiñendo el cielo de rojo y los techos color naranja, me dormí con el chico que había muerto estando seguro en mis brazos.

Nunca lo dejaría ir de nuevo.



Como siempre, desperté primero, abriendo mis ojos en la oscuridad y tomándome un momento para recordar dónde estaba. La habitación era pequeña, escasa y vacía, con una ventana tableada y una antigua cómoda en la pared de fondo, y con un cuerpo yaciendo junto a mí en la pequeña cama.

Lo miré apoyándome en un codo. Zeke yacía de espaldas al borde del colchón, inmóvil y sin respirar, el sueño de la muerte. Puse una mano sobre su corazón, faltaba el pulso cálido bajo mis dedos, el ligero ascenso y descenso de su pecho. No se movía y resistí el impulso de sacudirlo para despertarlo. Tanto para ver que se moviera como para ver si era el mismo Zeke con el que me había dormido esta mañana. ¿Recordaría lo que acordamos unas pocas horas antes? Sabía que no había ninguna razón para que las olvidara, para que recayera, pero él había sido un zombi sin emociones por mucho tiempo, nuestra última conversación se sentía casi como un sueño. A pesar de que los vampiros no sueñan.

No lo desperté. En cambio, busqué con mi lazo de sangre y encontré cerca tanto a Kanin como a Jackal, probablemente esperándonos. Kanin estaría impaciente por seguir nuestro camino; me pregunté si tener que esperar a vampiros más jóvenes y con menos experiencia a quienes no podía obligar a despertar cuando quisiera era algo que le molestaba. También me preguntaba qué tan lejos estaríamos de Edén. Teníamos que estar cerca, no me había parecido ni la mitad de largo el camino la vez que Zeke y yo viajamos por aquí. Por supuesto, habíamos viajado en coche desde Chicago.

Preocupada, no vi que Zeke se movía hasta que sentí sus fríos dedos cerrándose alrededor de los míos. Parpadeé y volteeé hacia abajo encontrándome con sus ojos abiertos, mirándome en la oscuridad. No sonreía, pero su mirada era firme y su expresión tranquila, no la fría máscara en blanco que había tenido desde Viejo Chicago.





—Hola —murmuré. Zeke no respondió y busqué en su cara, esperando que su convicción siquiera ahí, que no empezara a dudar de sí mismo ahora—. ¿Estás bien?

Cerró sus ojos.

—No —susurró y apretó mi mano antes de que pudiera preocuparme—. Pero... estoy en ello. Un día a la vez ¿verdad? No puedo dar marcha atrás ahora, no cuando estamos tan cerca. —Mirándome otra vez forzó una débil sonrisa—. Ya casi estamos ahí —reflexionó y su mano viajó hasta mi cara, peinando mi cabello hacia atrás, rozando mi mejilla—. Podrás ver Edén conmigo después de todo.

Pasé mis dedos por su pecho, recordando lo que había dicho Kanin la noche anterior. Que probablemente Sarren nos estaría esperando en Edén. ¿Quién sabía en qué estado estaría la isla ahora? Tal vez todo el mundo estaba muerto después de todo. Pero no iba a pensar en eso. No podíamos renunciar. Elegiría la esperanza, creer que aún estaban bien. Era todo lo que podía hacer por ahora.

—Solo me alegro que no tendré que explicarle a Caleb y Bethany dónde estás —dije sonriéndole—. Creo que no me perdonarían jamás si regreso sin ti.

Una sombra cruzó su cara, se formaron arrugas de preocupación en su frente y un poco de miedo. Sabía lo que estaba pensando, si sería capaz de controlarse a sí mismo con esos chicos, quienes lo adoraban.

—¿Qué les voy a decir? —susurró, su voz vaciló un poco—. ¿Cómo les voy a explicar lo que me pasó? Cuando estábamos buscando Edén, antes de que te unieras a nosotros, todos sabían que los vampiros eran monstruos malvados que comían niños pequeños. Yo mismo les dije eso. —Su rostro se tensó y su expresión se llenó de pena y dolor—. ¿Qué van a pensar de mí ahora?

—Tienes que decirles la verdad —dije, y se estremeció—. Y ellos lo aceptarán o no lo harán. Pero no eres el primer vampiro que ellos verán Zeke. Y conozco a Caleb, al menos él no está tan aterrorizado de los vampiros como debería estarlo.

—Ya no —dijo Zeke con voz sardónica—. No después de haberte conocido.

Sonreí recordando a Caleb, un niño pequeño de cabello oscuro y la persona más resistente de seis años que hubiera conocido. Había pasado por muchas cosas, visto tanto en su viaje hacia Edén: Rabids, animales salvajes, motociclistas malvados y reyes raiders sádicos. Había perdido una hermana mayor por los Rabids y casi había muerto un par de veces, pero haber salido de todo ese calvario de pesadilla lo hacía un superviviente. Tal vez era un poco más duro de lo que debería haber sido, pero una cosa era segura, había desaparecido su miedo a los vampiros. O, al menos, a un vampiro.





—Así que, creo que van a entender —terminé—. Te aman Zeke. No importa si ya no eres humano. —Puse una mano en su muñeca y la apreté suavemente—. Y no te preocupes por el monstruo. Estaré justo ahí. Si sientes que estás perdiendo el control solo mantén tus ojos en mí.

—Allie... —Sus ojos de zafiro eran piscinas de emoción y nostalgia mirándome en la oscuridad. Envió una ola de calor a través de mi interior, una agitación del Hambre que era familiar y extraña al mismo tiempo. Bajé la cabeza y lo besé, sus brazos me envolvieron presionándome cerca.

Deslicé mis manos por su estómago metiendo mis dedos por debajo de su camiseta, y el agarre de Zeke se apretó, sus besos se volvieron hambrientos, también. Mis labios dejaron su boca y siguieron camino abajo, de la mandíbula a su cuello, y él gimió arqueando la cabeza hacia atrás. Ofreciendo su garganta. Hice una pausa con mi boca cerniéndose sobre su piel, los colmillos palpitando contra mis encías. Quería sentirlo de nuevo, como lo hice en Viejo Chicago cuando la compulsión se rompió finalmente. No solo su sangre, sino sus emociones, pensamientos, secretos y temores. Quería verlo sin nada que nos separara, con todo al descubierto.

Pero si empezaba a ir por ese camino no sería capaz de detenerme. Y ahora estábamos tan cerca de Edén, con Jackal y Kanin a solo unas calles de distancia. Lo último que quería era que mi padre se impacientara y viniera a buscarnos. O peor aún, Jackal.

Levanté la cabeza y besé sus labios de forma suave y constante, llevándonos de vuelta a territorio seguro. Zeke no luchó contra eso, no presionó, dejando que nos enfriáramos antes de retirarnos. Aunque sus ojos ardían cuando lo miré, las puntas de sus colmillos eran visibles en la oscuridad.

—Debemos irnos —dije reticente—. Kanin y Jackal...

—Sí. —Zeke suspiró, sonando tan reacio como me sentía yo, y me soltó. Nos levantamos del colchón, nos revisamos y reacomodamos nuestras armas en su lugar, y salimos juntos de la habitación.

Siguiendo mi lazo de sangre encontramos a Kanin y a Jackal en una pequeña cochera a pocas calles abajo. Jackal estaba de rodillas sobre el pavimento levantando la parte delantera de un coche con el hombro, con la mandíbula apretada por la concentración mientras jugueteaba con el neumático. A su espalda, Kanin observaba impasible y se giró cuando llegamos.

—Bien. Están aquí. —El vampiro Maestro asintió, su oscura mirada se detuvo en Zeke—. Estamos casi listos para irnos. Tan pronto como James termine iremos de nuevo a la carretera.

—Ya sabes —gruñó Jackal, apretando los dientes mientras apretaba la última tuerca en el tapacubos—, esto hubiera sido mucho más fácil si no hubiera tenido que cargar el maldito coche y cambiar el neumático a la vez. Supongo que una vez que logras el grado de vampiro Maestro, quedas excluido de dicho trabajo innoble. No querría que esos dedos especiales se





engrasaran, ¿verdad? —Le dio una última vuelta al tornillo con la tuerca, y a continuación dejó caer el vehículo que rebotó contra el pavimento—. Por otra parte, no creo que ninguno de ustedes conozca el acelerador o motor, o hasta la tapa de la gasolina.

Se levantó quitándose el polvo de las manos y le lanzó una mirada burlona a Zeke.

—Bueno, mira quién se siente mejor —se burló, levantando una ceja—. ¿Estuvieron trabajando sobre sus sentimientos sobre un agradable bebé sacrificado o algo así? —Su sonrisa se hizo más amplia y se convirtió en una mueca—. O... ¿alguna *otra* cosa ocupó sus mentes?

—¿No te gustaría saber? —respondió fríamente Zeke antes de que pudiera patear a Jackal en la espinilla. Jackal parpadeó, sorprendido por un momento antes de soltar una risa áspera.

—Aw, mira eso. El cachorro finalmente mostró un diente. —Se rió y apoyó un codo contra el coche, leyendo a Zeke apreciativamente—. ¿Crees que ya puedas mostrar esos colmillos cuando le plantemos cara a tu gran y malvado sire, cachorrito? ¿O vas a escabullirte con el rabo entre las piernas?

Zeke sonrió también, pero de forma peligrosa, una sonrisa letal, los colmillos brillaban en la oscuridad cuando miró a Jackal.

—No he olvidado —dijo con voz tan suave y siniestra, que la temperatura en la cochera cayó unos pocos grados, y Jackal frunció el ceño, confuso—. Lo que le hiciste a mi familia, no lo he olvidado. Todavía pretendo mantener mi promesa. Una noche, vas a mirar hacia arriba y yo estaré ahí. Así que no te pongas demasiado cómodo. Todavía voy a matarte cuando todo esto termine.

Jackal lo miró fijamente. Se hizo el silencio y resistí el impulso de sacar mi espada. En el otro lado del coche Kanin no se movió, pero pude sentir la tensión en el cuarto, cuatro vampiros esperando a ver qué hacía el otro.

Entonces Jackal se rió y se apartó de la puerta sacudiendo la cabeza.

—Bueno, eres bienvenido a intentarlo, cachorro —dijo, y la tensión se deshizo un poco—. Será una vergüenza matarte... tienes el potencial para ser un chupasangre decente. Pero esperaré hasta que encontremos a Sarren antes de empezar a hacer tus pequeñas amenazas de muerte. ¿Ese mensaje encantador que encontramos? Significa que sabe que la compulsión se ha roto. Y apuesto a que no está muy emocionado con su súbdito especial siendo libre de nuevo. Va a estar esperando cualquier oportunidad para convertirte de nuevo. —Jackal sonrió maliciosamente y se inclinó más cerca de Zeke con los colmillos relucientes—. Así que no soy yo quien tiene que preocuparse —se burló—. Pruébame de nuevo cuando tengamos la cabeza del psicópata en la punta de una lanza. Estaré más que feliz de poner la tuya al lado.

—Suficiente. —La voz profunda y austera de Kanin rompió el enfrentamiento—. No es el momento para pelear entre nosotros —sermoneó entrecerrando los ojos hacia nosotros tres—.





Sarren está muy cerca. Y usará cualquier oportunidad para retrasarnos, ponernos unos contra otros. —Su mirada fue hacia Zeke, quien bajó la mirada—. Si lo vamos a detener, debemos hacer a un lado la venganza, hacer a un lado el odio, la duda y la incertidumbre, y creer en cada uno de nosotros. Solo por un momento. ¿Puedes hacerlo Ezekiel?

—Sí. —Zeke suspiró, inclinando su cabeza—. Lo haré.

—Entonces vámonos. Estamos cerca.

—Oh, seguro —remarcó Jackal, abriendo la puerta del pasajero—. No, “Oye, gracias Jackal por arreglar el carro. Todos habríamos desperdiciado el tiempo caminando hasta Edén si no estuvieras aquí”. —Se deslizó en el asiento y azotó la puerta al cerrarla—. La próxima vez que encontremos alojamiento están por su cuenta. De hecho, creo que *algunos* pequeños perezosos estúpidos que no nombraré necesitan aprender lo básico para cambiar un neumático.

—No creo que sea difícil —repliqué, deslizándome en la parte trasera con Zeke—. Solo lo llenaremos usando el aire caliente que escupes por la boca.

—Allison. —Kanin suspiró—. Por favor. —Y se hizo el silencio mientras arrancaba el motor, le dio la vuelta al vehículo y cruzó a la carretera, de nuevo a la autopista y al último tramo de nuestro viaje.





CAPÍTULO 13



Condujimos como si nada hubiera pasado desde que la furgoneta hubo muerto cerca del Viejo Chicago, con Kanin y Jackal en la delantera pretendiendo ignorarse el uno al otro, y yo y Zeke atrás. Había diferencias sutiles, sin embargo. Zeke estaba callado, pero no era el silencio vacío y sin esperanza de las noches anteriores. Pude sentirlo pensando, la preocupación obvia en su rostro. Sus pensamientos estaban probablemente con su familia: con Caleb y Bethany, Matthew y Jake, el viejo Silas y Theresa, la gente que había dejado atrás. Edén se suponía que sería su refugio, eso es lo que fue prometido, una ciudad libre de monstruos y vampiros. Un lugar donde los humanos estaban a salvo. Pero ahora, Sarren amenazaba incluso eso.

Moviéndome más cerca, puse una mano en su rodilla, haciéndole parpadear y mirar por encima. Su rostro era sombrío, los ojos ensombrecidos por la preocupación, pero era mucho mejor que ver absolutamente nada cuando lo miraba.

—Van a estar bien —murmuré, y la sombra de una sonrisa cruzó sus labios.

—Eso espero.

—Ahí vas otra vez. —Jackal suspiró desde el frente—. Levantando las esperanzas del cachorrito. Lo más probable es que cada bolsa de sangre en Edén esté gritando y rasgándose la cara, pero, oh, no, nadie quiere escuchar eso. —Hizo un gesto con la mano—. Así que, adelante, dile que todo va a estar bien. Todos los sacos de carne están perfectamente contentos en su pequeña isla feliz, Sarren ha renunciado a la destrucción del mundo para criar gatitos, y el hada mágica de los deseos agitará su varita y convertirá la mierda en oro.

Zeke se tensó bajo mis dedos, y eché un vistazo a Kanin.

—¿Puedo apuñalarlo, por favor?

—Oye, solo estoy siendo realista, aquí. —Jackal entrelazó las manos detrás de la cabeza, reclinándose con un bufido—. Alguien en esta jodida familia tiene que serlo.

Nadie dijo nada a eso. Zeke se recostó en el asiento, con los ojos oscuros, pero después de un momento, se movió cerca y me atrajo hacia él, envolviéndome en sus brazos. Su mirada se mantuvo preocupada, su barbilla descansando en mi hombro, pero nunca cedió su agarre. Como si yo fuera un ancla impidiéndole caer en picada en la oscuridad. Me relajé contra él y traté de guardarme mis pensamientos sobre Edén, Sarren y la tarea que teníamos ante nosotros. Pero no de la suave piel de su garganta, a centímetros de mis labios.





Tal vez a una hora de viaje, la oscuridad, la interminable extensión del Lago Erie comenzó a aparecer entre los árboles y edificios desmoronados, haciéndonos compañía mientras manejábamos a través de la noche.

Aun recostada contra Zeke, vi el bosque pasar a toda velocidad a través de la ventana, las negras aguas del lago brillando a través de los árboles, y tuve la vaga sensación de que todo esto era muy familiar de alguna manera.

Un coche destelló ante los faros, un trozo de metal en descomposición a un lado de la carretera, sacudió mi memoria. El camino delante de nosotros estaba vacío y sin vida, pero recordé: una noche en la lluvia, un tramo desierto de pavimento, mil Rabids arañando su salida de la tierra para venir hacia nosotros.

—Kanin —murmuré, liberándome suavemente de los brazos de Zeke—. Creo que estamos cerca.

Más coches aparecieron, tirados en zanjas o abandonados a un lado de la carretera, sus puertas abiertas. Zeke se agitó a mi lado, mirando de cerca por la ventana de enfrente, escaneando las copas de los árboles.

—El foco se ha ido —dijo sombríamente—. Siempre lo mantienen encendido, para guiar a la gente al puesto de control, para hacerles saber que están cerca. —Sus ojos se estrecharon y mi inquietud creció—. Tenemos que darnos prisa.

Kanin no respondió, pero su agarre en el volante se apretó, y el vehículo ganó velocidad. Los coches y árboles se estrecharon, desapareciendo por completo, hasta que no quedó nada más que el pavimento. Una larga, solitaria tira de asfalto, dirigiéndonos a un par de enormes puertas de hierro al final de la carretera.

Kanin llevó el coche a un alto, apagando las luces. Apreté el puño contra el asiento de Jackal, la emoción en guerra con aprensión. Ahí estaba, finalmente. Edén, o la última barrera antes de llegar a Edén. Más allá de estas puertas estaba un complejo militar donde los que lograron llegar tan lejos recibían una revisión final antes de ser admitidos en la legendaria ciudad. Recordé conducir a través de estas puertas con Zeke y los otros, el alivio aturdido de los humanos porque finalmente estábamos a salvo. Finalmente habíamos llegado.

Y me acordé de caminar de nuevo, a través de esas mismas puertas, dejando todo atrás. Porque era un vampiro, y Edén, como siempre lo había sabido, no era para alguien como yo.

Pero las puertas no serían la única barrera que nos mantuviera lejos de Edén esta noche. Un enorme y pálido enjambre deambulaba alrededor de la pared, chillando y arañando. Decenas de Rabids, tal vez cientos, rodeando las puertas que conducían al puesto de control.

—Oh no. —Zeke se tensó a mi lado—. Algo esta definitivamente mal. Los Rabids suelen permanecer lejos de las puertas, los soldados los utilizan para prácticas de tiro si se acercan demasiado.





—Bueno, algo seguramente los sacó de quicio —dijo Jackal, sus botas aún apoyadas en el salpicadero, un brazo colgando por la ventana abierta—. Y ellos no van a dejarnos caminar y tocar a la puerta, eso es malditamente seguro. ¿Alguna idea sobre cómo entrar? Supongo que encontrar un saco de carne y usarlo como carnada está fuera... —Suspiró mientras Zeke y yo lo fulminábamos con la mirada—. Oigan, solo estoy lanzando sugerencias. Y no me frunzas el ceño, cachorro. Tu definitivamente no tuviste reparos en cortar unos cuantos esbirros para tenernos donde querías en Viejo Chicago.

El labio de Zeke se curvó, mostrando los colmillos, y puse una mano en su brazo. Ahora no era un buen momento para que estallara una pelea; los Rabids lo notarían y estarían encima de nosotros en un santiamén.

—¿Kanin? —pregunté en cambio, mirando a mi sire—. ¿Alguna idea?

Kanin permaneció en silencio, observando al enjambre arañar y brincar la barrera. Sin responder, se acercó y prendió las luces, y luego casi al instante volvió a apagarlas, hizo esto varias veces más, encender rápidamente las luces en un patrón extraño que no reconocí. Tres destellos cortos, seguidos de tres más largos, luego tres cortos otra vez. Varios de los Rabids lo notaron y se separaron de la pared, dirigiéndose al vehículo.

Jackal ladeó la cabeza, mirando a los monstruos que se aproximaban.

—Bueno, si estabas tratando de llamar su atención, anciano, felicitaciones. Aquí vienen. No estoy seguro de que entendieran toda la cosa del código Morse, pero, ¿quién sabe?

Más allá del enjambre, en la parte superior de la pared, una luz repentinamente parpadeó encendida, el destello rápido de una linterna. Destelló tres veces y Zeke se enderezó rápidamente.

—Alguien está ahí arriba —dijo, con la voz ronca de alivio.

Kanin asintió.

—Esperemos que sea un humano y no Sarren —murmuró, y miró a Jackal, aún encorvado en su asiento—. Yo subiría esa ventana, si fuera tú —agregó.

Jackal frunció el ceño.

—¿Subir la ventana? ¿Por qué...? Oh. —Jackal balanceó rápidamente sus botas fuera del salpicadero—. Mierda. Supongo que iremos a llamar a la puerta, después de todo.

Sus palabras casi se perdieron cuando Kanin golpeó su palma en el centro del volante, enviando un penetrante gemido en el aire. El resto del enjambre se sacudió, girando hacia el sonido, y cientos de ojos muertos, en blanco, se fijaron en nosotros.

—Bueno, aquí vamos. —Suspiró Jackal mientras la multitud daba gritos ensordecedores y corría hacia nosotros sobre el pavimento. Kanin puso el coche en reversa y aceleró hacia atrás en el camino, incitando a la horda a un frenesí. Cuando estaba a unos cientos de metros de la





puerta, y a unos cuarenta y cinco metros de los Rabids acercándose rápidamente, frenó de golpe y preparó el coche para avanzar otra vez.

—¿Allison, Ezekiel?

—¿Sí?

—Agárrense de algo.

El coche dio un salto hacia delante con un chillido, ganando velocidad, mientras nos lanzábamos directamente hacia el enjambre que se aproximaba. Kanin no se detuvo pero encendió los faros justo cuando nos estrellamos a toda velocidad en la primera ola, golpeándonos a un lado con un golpe húmedo. Los Rabids se arrojaban hacia el vehículo, estrellándose contra el parabrisas y arrojados lejos. Saltaron sobre el cofre, aferrándose desesperadamente mientras gritaban y arañaban el cristal, ojos blancos sin alma miraban con locura a través de la barrera. El cráneo de uno de los Rabids golpeó el parabrisas mientras saltaba hacia nosotros, y una telaraña de grietas se esparció instantáneamente a través del cristal.

La pared se alzaba delante de nosotros, el espacio delante de ella despejado, aunque las enormes puertas de hierro aún estaban cerradas. Con unos cuantos Rabids aferrados aún al auto, nos apresuramos infaliblemente hacia la barrera de metal, Kanin no desaceleró. Zeke murmuró algo inaudible y agarró la parte posterior del asiento de Jacal en un abrazo de muerte. Seguí su ejemplo con el de Kanin.

—Agárrense —murmuró Kanin, y giró el volante bruscamente a la izquierda. El coche dio un chillido ensordecedor mientras giraba de lado, saliéndose de la carretera y estrellándose contra la pared, aplastando a unos Rabids en capas de metal. El impacto me lanzó hacia los lados, también, casi arrancándome los brazos de la articulación mientras me aferraba desesperadamente al asiento. Hubo un momento de caos, de metal molido, Rabids gritando y cristales rotos, y el vehículo se balanceó a un abrupto alto.

—Vamos. —Kanin saltó fuera y abrió la puerta lateral, dejando que Zeke y yo saliéramos en desbandada.

El coche yacía en una arrugada y humeante ruina, los cuerpos rotos de los Rabids yaciendo debajo de él o destrozados en la pared. Frente a nosotros, más abajo en la carretera, la horda estaba volviendo, gritando y saltando sobre el pavimento.

—¡Vayan a las puertas! —gritó Kanin, y corrimos hacia la entrada, que estaba todavía firmemente cerrada. Nos amontonamos frente a las puertas de acero, desenfundando nuestras armas, mientras los gritos y gemidos frenéticos se acercaban. Zeke llamó a la torre de vigilancia, golpeando la empuñadura de su machete contra el metal, pero no hubo respuesta.

—Más vale que estos imbéciles abran la puerta —gruñó Jackal, girando su hacha de fuego en un elegante arco mientras la horda se acercaba—. No vine todo el camino a Edén para





ser comido en las malditas puertas. Algunos podrían llamarlo irónico, pero eso sólo me molesta.

El primer Rabid se abalanzó sobre mí, aullando, colmillos y garras hacia mi rostro. Llevé mi katana hacia arriba y la deslice larga y delgada, cortando a la mitad en un rocío de sangre oscura. Otro saltó hacia nosotros, y el machete de Zeke se deslizó hacia abajo, golpeando y arrancando la cabeza de su cuello.

Con un gemido ensordecedor, la puerta se estremeció y finalmente se abrió en una pequeña fisura, lo suficientemente ancha para que una persona pasara a través. Me volví al mismo tiempo que un soldado asomaba la cabeza y hacía señas frenéticas a todos nosotros.

—¡Entren! ¡Dense prisa!

—¡Vayan! —espetó Kanin, y no necesitamos más estímulos, Zeke fue el primero en agacharse y pasar a través, con Jackal justo detrás de él. Mientras la horda descendía sobre nosotros, gritando y lamentándose, corté un último monstruo y retrocedí rápidamente con Kanin hasta que llegamos a la puerta. Nos deslizamos a través de la abertura, y Kanin se unió a Zeke y al soldado en empujar la pesada puerta cerrada. Un Rabid golpeó la puerta y comenzó a apretarse a través de ella, silbando, pero mi katana parpadeó, y cayó mientras su cabeza rebotó hacia la carretera. Por un momento, mirando a través de la grieta, estaba mirando a un mar de Rabids apresurándose hacia mí. Entonces la puerta se cerró con un hueco y estruendoso *boom*, una pesada barra cayendo en su lugar mientras lamentos, arañazos y golpes frenéticos sonaban en el otro lado.

Me desplomé con alivio, luego me volví... para enfrentarme a un escuadrón de soldados sospechosos, de mirada dura, sus rifles de asalto ya formados sobre todos nosotros.

Bueno, esto no estaba comenzando con buen pie.

El monstruo en mí gruñó, instándome a atacar, para eliminar la amenaza antes de que fuera demasiado tarde y nos dispararan llenándonos de agujeros. Empujé abajo la sed y bajé la espada, tratando de parecer no amenazante. Tenía la esperanza de que estos no fueran los soldados que me encontré la primera vez que pasé a través del punto de control, los que me reconocerían como un vampiro. Tenían que creer que éramos solo un grupo de humanos en busca de Edén. Pero algo estaba definitivamente mal. El puesto de control estaba en alerta máxima, y los soldados parecían inquietos; no fue así la primera vez que vinimos.

¿Obra de Sarren?, me pregunté. ¿O algo más?

Jackal resopló.

—Agradable recepción —dijo arrastrando las palabras, contemplando al pelotón de humanos armados con una mezcla de diversión y disgusto—. Me siento tan bienvenido aquí. ¿Todos los visitantes reciben el tratamiento de alfombra roja, o solo somos especiales? —Lanzó





una mirada a Zeke, su sonrisa peligrosa—. Oye cachorro, creo que el comité de bienvenida necesita que le expliquen algunas cosas.

Zeke dio un paso adelante rápidamente, enfrentando al escuadrón.

—Está bien —dijo, mientras los soldados se volvían, sus ojos recelosos y duros. Lo observé, esperando que estuviera en calma, que tuviera su monstruo bajo control, también. Afortunadamente, parecía compuesto mientras continuaba hablando al soldado en el frente, el que parecía estar a cargo—. Mi nombre es Zeke Crosse. Soy residente de Edén. —Algunos de los hombres se enderezaron, definitivamente reconociendo el nombre, mientras Zeke continuaba—. El doctor Richardson sabe quién soy, si le dices que he vuelto, él pondrá todo en orden.

Los soldados murmuraron y se relajaron un poco, y el soldado líder bajó su arma.

—Zeke Crosse —repitió con el ceño fruncido con el pensamiento—. Tú eres el chico que estaba trabajando con los científicos. El que dejaron salir de la isla hace unos meses. —Zeke asintió y su mirada se desvió hacia el resto de nosotros—. ¿Qué hay de ellos?

—Son amigos —respondió Zeke sin dudar. Y Jackal, para su crédito, se las arregló para no poner los ojos en blanco o resoplar—. Están aquí para ayudar.

El hombre se relajó, y el resto de los soldados bajaron las armas.

—Muy bien —dijo, y exhalé un pequeño suspiro de alivio—. He oído su nombre antes, señor Crosse, aunque escogió un mal momento para volver. Lo siento por la bienvenida, pero no podemos ser demasiado cuidadosos nunca más.

—¿Qué está pasando? —preguntó Zeke.

—Vengan con nosotros. —El soldado hizo un gesto con la cabeza hacia atrás en el camino—. Vamos a explicar a medida que avanzamos.

—Espera. —Otro soldado se empujó hacia el frente. El comandante frunció el ceño hacia él, pero los ojos oscuros del humano se estrecharon en mí—. La chica —gruñó, su voz dura, y mi corazón se hundió—. Te conozco —declaró—. Te reconozco, tú estabas con ese grupo cuando llegaron aquí la primera vez, hace unos cinco meses. Tú eres a la que Keller dejó ir. —Apretó la mandíbula, y levantó su arma mientras los otros soldados se tensaban—. ¡Ella es un puto vampiro!

Todas las armas se alinearon en mi dirección, y mordí un gruñido. Levantando mis manos,forcé a mi voz a ser calmada y firme. Oh, no necesitamos esto ahora. No con Sarren ahí afuera, posiblemente cerca. Algo estaba definitivamente pasando, y apostaría que el desquiciado vampiro estaba justo en medio de eso. Los humanos quizá no conocieran el peligro en el que estaban. Teníamos que encontrarlo, pero recibir un disparo lleno de plomo o incitar el pánico no iba a ayudar a ninguno de nosotros.





Los soldados miraron hacia mí, miedo e ira obvios en sus rostros, sus dedos tensos alrededor de sus armas. El monstruo dentro gruñó, ávido de derramamiento de sangre.

—No lastimé a nadie la última vez que estuve aquí, y no voy a hacerlo ahora —les dije a los hombres, encontrando sus hostiles, acusadoras miradas—. No tenemos que hacer esto.

Zeke se adelantó y me arrastró detrás de él con un movimiento suave, enfrentando a los soldados y sus armas.

—Ella está conmigo —dijo, manteniéndose entre yo y la docena de rifles de asalto apuntando a mi pecho—. La traje aquí, a petición del doctor Richardson, ella no es una amenaza para Edén o la gente aquí, lo juro por mi vida. —Cogí el temblor en su voz, la furia refrenada, y tragué duro. El monstruo había emergido con la amenaza de violencia, y apenas se contenía a sí mismo. Lancé una rápida mirada a Jackal y Kanin. Mi sire observaba con calma, paciente y calculador, esperando a ver qué pasaba, si tenía que intervenir. Jackal se situó a unos metros de distancia, observando a los humanos con los brazos cruzados y una sonrisa bastante peligrosa en su rostro, haciéndome gemir internamente. Si esto se sale de control, estos hombres eran tan buenos como muertos.

Los soldados miraron a Zeke, aturcidos e indignados.

—Busca al Dr. Richardson —continuó Zeke—. Dile que estoy aquí, y que tengo lo que me enviaron a buscar. El sabrá de lo que estoy hablando.

El soldado líder finalmente bajó su arma, aunque su expresión no era amable.

—Bueno, eso podría ser difícil—dijo con voz plana—. Richardson está muerto.

Zeke se enderezó.

—¿Está muerto? —susurró—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Edén ha sido comprometida—dijo el hombre con gravedad, mientras los soldados continuaban sosteniendo sus armas en mí—. La isla está perdida. No podemos darte más detalles, pero tu vampiro va a tener que venir con nosotros.





CAPÍTULO 14



Podía sentir el rugido creciendo en la garganta de Zeke mientras varios de los hombres daban un paso adelante, sus armas alineadas en mí. Escuché el comienzo de un gruñido retumbando a través de él, y rápidamente lo agarré del brazo. Si atacaba, si se delataba a sí mismo como vampiro, los soldados se volverían contra él, contra todos nosotros. Podían empezar a disparar, y entonces todo terminaría en desastre. No podíamos permitirnoslo. No ahora. No con Sarren ahí afuera, probablemente dentro del mismo Edén.

—¡Zeke, espera! —Se dio la vuelta, su mirada furiosa e intensa, el indicio de colmillos asomando entre sus labios. Maldita sea, tenía que calmarlo también, antes de que perdiera la calma y atacara salvajemente a los humanos—. Iré con ellos —susurré, luego miré a los soldados—. Iré con ustedes —grité, esta vez más fuerte, y se relajaron, aunque no mucho.

Volviéndome a Zeke, que todavía parecía desafiante, me incliné más cerca y bajé mi voz.

—Esta es la mejor manera —le dije—. Quédate con Kanin y Jackal. Traten de averiguar lo que está pasando.

—No dejaré que te lleven.

—Estaré bien. —Apreté su brazo, desesperada por convencerlo—. ¿Qué van a hacer, quemarme en la hoguera? —*Dios, esperaba que no*—. Pero tienen que buscar a Sarren, Zeke. Si ellos piensan que soy el único vampiro aquí, no van a estar vigilándolos a ustedes tres. Tenemos que averiguar qué ha pasado en Edén, y dónde podría estar Sarren. Eso es más importante ahora.

Zeke cerró los ojos.

—Lo siento —murmuró, dándome una mirada angustiada—. No quería que fuera de esta manera. Pensé que el Dr. Richardson estaría aquí para explicarlo todo.

—No podías haber previsto lo que iba a suceder. —Los soldados me estaban dando miradas impacientes; no tenía mucho tiempo—. Esta es la mejor opción, Zeke. No queremos empezar una pelea. Mejor que sea solo yo, que los cuatro. —Me incliné más cerca, bajando mi voz a un susurro—. No puedes dejarlos descubrir que eres un vampiro, no hasta que averigües qué ha pasado con Edén.

Zeke suspiró, viéndose enojado y frustrado, pero asintió.





—Te encontraré —prometió, presionando brevemente la mano en mi mejilla—. Lo prometo, conozco a la gente aquí, no son irracionales. Hablaremos con ellos y resolveremos esto. Solo aguanta hasta entonces.

—Lo haré —le contesté, aunque no dije mis verdaderos pensamientos. Que los seres humanos en general, no eran muy razonables cuando se trataba de vampiros. Que el miedo a los monstruos y depredadores usualmente se hace cargo de todo pensamiento racional cuando se trata de su propia supervivencia. Que yo no esperaba mucha simpatía o comprensión, y solo estaba comprándoles tiempo a él y los demás para encontrar a Sarren.

Y al acecho en la parte más oscura de mi mente estaba el temor que guardaba hasta de mí misma. La única razón por la que permitieron a Zeke dejar Edén en primer lugar fue para traer un vampiro de regreso. Y ahora, aquí estaba. Un vampiro, en una ciudad llena de asustados y desesperados mortales.

Una parte de mí me dijo que estaba siendo increíblemente estúpida, poniendo mi fe en estos humanos, confiando en que no me atarían a una mesa y me diseccionarían como a una rata. Una parte de mí estaba insistiendo en pelear mi camino hacia afuera. Yo era un *vampiro*, ¿quiénes eran estos mortales para tratarme como a un prisionero y un animal? Podíamos despedazarlos, esparcir sus extremidades por el camino, y encontrar a Sarren sin su ayuda.

Empujé esa voz a un lado. *No era esa clase de monstruo*, me dije. Habíamos llegado hasta aquí; no estaba a punto de matar a la gente a la que había venido a ayudar. Y Zeke aún tenía familia aquí; si se rendía al monstruo, podía caer también, y sería aún más devastador para él una vez que saliera. No, si eso significaba mantener a Zeke en tierra y bajo control, si significaba que los demás seguirían libres para buscar a nuestro verdadero enemigo, me pondría en la custodia de los humanos y no los partiría por la mitad. Incluso cuando tenía nada de fe en que me trataran como algo más que un monstruo.

—Deja esa arma atrás —me dijo el soldado líder, señalando con su arma a mi katana mientras caminaba hacia ellos—. Es suficientemente malo que dejemos caminar a un chupa sangre por las calles, es seguro como el infierno que no será armado. Quítatela.

Me ericé, pero calmé mi enojo, me quité el arma, y se la entregué a Kanin. Nuestros ojos se encontraron mientras sus dedos se cerraban alrededor de la vaina. *Cuida de él, Kanin*, pensé, manteniendo su mirada, esperando que pudiera leer mi expresión. *No lo dejes sucumbir al monstruo*.

Dio un pequeño asentimiento, casi inescrutable, y me relajé. Kanin sabía lo que estaba pasando, lo que había que hacer. Él se haría cargo de ambos, Jackal y Zeke, y podían averiguar lo que estaba sucediendo en Edén, también.

Volviéndome hacia los soldados, levanté mis manos para mostrar que estaban vacías y di un paso adelante. Me rodearon, manteniendo sus armas alineadas en mí. El soldado líder miró a mis compañeros sobre mi hombro, su boca detenida en una línea sombría.





—Ustedes tres esperen aquí —dijo a Zeke y a los demás—. No se muevan hasta que volvamos. —Volviéndose a mí, me hizo señas hacia adelante con su pistola—. Vamos.

Me escoltaron camino abajo, donde se hizo evidente que algo estaba terriblemente mal en Edén.

Filas de tiendas de campaña y edificios improvisados se alineaban en la calle, llena de humanos que apestaban a dolor, sangre y miedo. Cobertizos hechos de metal corrugado, madera o lona se habían construido a toda prisa en crudos refugios, y la gente abarrotada junta para darse calor corporal. A veces, una familia o grupo ni siquiera tenían refugio; se acurrucaban en mantas alrededor de una lámpara o fogata, sus labios azules por el frío. La primera vez que vine aquí con Zeke, esto había sido un puesto de avanzada escasamente poblado, con unos pocos edificios de cemento largos que mantenían a las unidades militares y a la clínica del puesto de control, donde te realizaban las pruebas de infección antes de que te permitieran entrar en Edén. Eso fue lo más lejos que había llegado; un doctor bien intencionado trató de curar mis heridas, solo para descubrir que no tenía un latido de corazón. Me fui inmediatamente después, sin pensar que jamás volvería a ver este lugar de nuevo.

—¿Qué pasó aquí? —le pregunté al soldado líder—. ¿Son todas estas personas de Edén? ¿Qué está pasando?

—No tengo libertad para decírtelo, chupa sangre. —La voz del soldado fue cortante; estaba obviamente en el borde. Las personas nos miraban mientras caminábamos, mirándome con recelo. Este no era probablemente el mejor momento para que un vampiro llegara a las puertas de Edén; los nervios estaban destrozados, y los ánimos ya estaban desgastados con el caos.

Los soldados me guiaron a uno de los largos edificios de cemento, por un tramo de escalones, y a una pequeña habitación subterránea. Dos celdas plantadas una frente a la otra en la penumbra, pequeñas y estrechas, y ya ocupadas. Un par de hombres de aspecto descuidado levantaron la vista desde la banca de una de las celdas, sus ojos ampliándose cuando se fijaron en mí. El soldado líder caminó hasta la celda, abrió el pestillo, y tiró la puerta abierta.

—Fuera —espetó, mirando a los hombres con disgusto—. Vamos, entonces. Vuelvan a sus zonas, y manténganse fuera de problemas esta vez. Nadie es feliz, pero estamos trabajando en el problema lo más rápido que podemos. Lo juro, si tengo que separar más peleas, voy a empezar a tirar gente por el muro, ¿lo entienden?

—¿Qué, quieres decir que no vas a dejar que la chica se quede con nosotros? —dijo uno de los hombres de aspecto duro arrastrando las palabras, mirando a través de los barrotes hacía mí—. Debe ser muy especial, para obtener un bloque de celdas completo para ella sola. —Me miró de reojo, mostrando dientes amarillos y rotos—. Puedes lanzarla aquí con nosotros, sargento, vamos a estar bien, lo prometo.





El monstruo despertó ante esto; y me tragué la emoción repentina... y el miedo. Eso sería una muy muy mala idea. Yo, en una celda pequeña con un par de seres humanos, encerrados, sin lugar a donde ir. Incluso si estos hombres no intentaran nada, no estaba segura de poder controlar mis instintos. Los soldados podrían volver a una masacre.

—Divertido. —La voz del soldado era fría; aparentemente estaba pensando lo mismo. Dando un paso atrás de la celda, señaló con el pulgar la escalera, mirándolos con fiereza—. Fuera —gruñó de nuevo—. Ustedes dos, salgan. *Ahora.*

Los hombres obedecieron. Arrastraron los pies hacia la escalera, disparándome miradas que iban desde la curiosidad hasta el hambre. Uno de los hombres clavó su arma en mi dirección y me apoyó contra la pared, lejos de los seres humanos que nos pasaban. Mantuvieron sus armas alineadas en mí, hasta que los hombres se agruparon por las escaleras, y luego el soldado líder jaló la puerta de la celda con un gemido, indicándome el interior.

—Muévete, chupa sangre. —Una pistola me pinchó las costillas, y fui. Pasando al sargento, que me observaba cuidadosamente, como si pudiera girar hacia él en el último momento, entré en la celda, y la puerta se cerró detrás de mí.

Absorbí el espacio en una rápida mirada: paredes de cemento, pesadas barras de hierro, sin ventanas. Eso era algo, por lo menos. No tendría que preocuparme sobre el sol escabulléndose a través del piso, conmigo apiñándome en la esquina, desesperada por escapar de él. No creí que fuera capaz de salir de aquí, aunque tuviera la oportunidad; la puerta y los barrotes parecían trabajo pesado. Kanin probablemente podría doblarlas, sin problema, pero yo no era un vampiro Maestro, y no tenía su fuerza. Podría estar atrapada aquí por un tiempo.

Miré hacia atrás al sargento.

—¿Cuánto tiempo tendré que quedarme aquí?

—No es mi decisión, vampiro. —Los hombres parecían más a gusto, ahora que los barrotes de hierro nos separaban—. Alertaremos a las autoridades correspondientes, pero les toca a ellos decidir qué hacer. Sugiero que te pongas cómoda, y no te hagas ideas. Asomas un colmillo fuera de esta habitación sin autorización, y voy a tener a todos los soldados de esta habitación llenándote de agujeros. ¿Entiendes?

—Sí. —Suspiré, caminando hacia la banca en la pared del fondo—. Entiendo.

—Bien. Asegúrate de no olvidarlo. —Se alejó, gritando órdenes a sus hombres—. Lewis, Jackson, vigilen esta habitación. Nadie viene aquí abajo sin mi autorización, y si la chupa sangre hace tanto como estornudar, quiero saberlo.

—Sí, señor.

—Y echen un vistazo a los otros tres, el chico y los dos desconocidos. Quiero saber quiénes son, de dónde vienen, todo.

—Sí, señor.





Sus pasos sonaron pesados por las escaleras, sus voces desvaneciéndose, y yo estaba sola en la habitación.

Genial. Había tenido miedo de llegar a esto, encerrada en una celda mientras esperaba a que los humanos decidieran qué hacer con el vampiro. Tenía la esperanza de que, cuando me despertara, no estuviera atada a una cama mientras científicos en batas blancas me acordonaban, pinchándome con agujas y tomando mi sangre. Al igual que habían hecho con Sarren, y todos esos vampiros hace sesenta años. Aquellos a los que habían convertido en Rabids.

Temblando, envolví mis brazos sobre mi pecho y me senté en el banco de metal duro, tratando de no pensar en eso. Esta había sido una mala idea; no debí confiar en los humanos. Tenía la esperanza de que Zeke, Kanin y Jackal estuvieran bien, que serían lo suficientemente inteligentes para no esperar a que los soldados volvieran. Me preocupaba más por Zeke. ¿Sería capaz de controlarse a sí mismo en presencia de tantos humanos, muchos de ellos débiles y vulnerables? Confiaba en que Kanin fuera capaz de mantenerlo cuerdo, pero también tenía mis dudas de que mi sádico hermano de sangre no dijera o hiciera algo que lo llevara al límite. Y si eso pasaba, podríamos terminar todos aquí, esperando a que los científicos nos amarren a mesas e inserten tubos a través de nuestras venas.

Una hora, tal vez dos, pasaron en silencio. Nadie vino a verme, y alterné entre sentarme en la banca y caminar de un lado a otro en mi celda. Probé los barrotes y la puerta un par de veces, preguntándome si podría liberarme si tuviera que hacerlo, pero el metal era grueso y la puerta estaba firmemente cerrada. Me pregunté qué estarían haciendo Zeke y los demás, si habrían entrado en Edén sin mí. ¿O su secreto había sido descubierto y estaban en la clandestinidad, tratando de evitar la captura, o la muerte? Zeke había prometido que los científicos de Edén no me usarían como rata de laboratorio, pero esos científicos ya no estaban. Gruñendo, apreté los barrotes de mi celda, sintiendo mis colmillos deslizándose libres. Si llegáramos a eso, no me iría pacíficamente. Un vampiro solo puede ser empujado hasta cierto punto. Mantenerme encerrada era una cosa. Si se me acercaran con una aguja o un bisturí, esperaba que estuvieran listos para una pelea infernal.

Acababa de pasearme de regreso a la banca para instalarme en la esquina otra vez cuando un ruido en la escalera me hizo levantar la mirada.

Un humano estaba al pie de la escalera, me miraba desde detrás de sus gafas con ojos negros afilados. Era alto y delgado, con un rostro estrecho, cabello delgado, y un prístino traje gris que parecía un poco demasiado pequeño para él, mostrando los tobillos y muñecas huesudas. Entrecerré mis ojos. Me recordaba a Stick, un muchacho que conocí alguna vez, que me había traicionado para convertirse en el ayudante del vampiro príncipe de Nueva Covington. Parecía que Edén tenía su versión de mascotas, también.

El hombre me miró, con los labios apretados en una línea seria, luego entró bruscamente en la habitación. Me tensé cuando se acercó a la celda y se detuvo a varios metros de los





barrotes, fuera de mi alcance por si decidía arremeter contra él. Lo miré con cansancio. No sabía lo que quería, pero si era algo así como la mascota que solía conocer, entonces no quería hablar con él. Probablemente estaba aquí para amenazar o hacer preguntas, o tal vez informarme que estaba atada a algún tipo de laboratorio secreto en la isla. Me pregunté si podría conseguir información de él en relación a Zeke y los demás.

—Señorita Allison.

Parpadeé, frunciendo el ceño. Me sorprendió que hubiese utilizado mi nombre; la mayoría de los humanos solo me llaman *vampiro* o *chupa sangre*. Pero su tono no era condescendiente, o petulante. Casi rayaba en... civilizado. Eso fue diferente.

—¿Sí?

Siguió estando bien alejado de los barrotes, pero su voz era grave mientras cruzaba las manos por delante de él.

—Por favor, perdone el alojamiento —dijo, como si le diera palabras de consuelo a un invitado molesto pero importante—. Tenga la seguridad que estamos haciendo todo lo posible para aclarar este malentendido. Sus amigos están hablando con el alcalde ahora mismo sobre la situación en Edén. Esperamos que sea capaz de unirse a ellos pronto, si puede ser paciente solo un poco más de tiempo.

Lo miré fijamente, incapaz de creer lo que estaba escuchando. Había pasado tanto tiempo desde que un humano me había hablado como si yo fuera una persona, una vez que sabían lo que realmente era.

—¿Usted... usted se da cuenta de lo que soy, verdad? —le pregunté. Tal vez no sabía con lo que estaba hablando; tal vez su jefe no le *había dicho* que la chica en la celda era en realidad un monstruo. Él parpadeó, y luego me dio un sombrío asentimiento.

—Sí. Es un vampiro. Eso ya se ha establecido. Pero sus amigos han respondido por usted, que no significa un mal para la gente de Edén, y vamos a respaldarlos por eso. Si daña o mata a alguien mientras esté aquí, será sobre sus cabezas. —La voz del hombre no cambió; aún era educado y seguro, pero la advertencia estaba clara. Si lastimaba a alguien, Zeke y los otros pagarían por eso, también—. Sin embargo —continuó—, Zeke Crosse ha hecho mucho por Edén, y hemos hablado con los médicos y los soldados que le vieron la última vez que estuvo aquí. En su testimonio, y en la insistencia del señor Crosse, hemos decidido confiar en usted. Tan pronto como el alcalde dé la orden, usted es libre de irse.

—Me está dejando ir. A un vampiro. —Repentinamente recelosa de que esto pudiera ser una trampa, estreché los ojos, buscando en su rostro la verdad—. Me parece un poco difícil de creer, ¿qué quiere él realmente de mí?

—Solo su cooperación, señorita Allison. —La voz del hombre no cambió—. Y la promesa de que no dañará a nadie aquí. Los ciudadanos de Edén no saben de usted, ni deben, pero el





alcalde se da cuenta que un vampiro podría ser de gran utilidad para nosotros, especialmente ahora.

—Si eso significa que va a entregarme a los científicos, me temo que no lo vemos del mismo modo —le dije, mostrando las puntas de mis colmillos. Pero el hombre negó con la cabeza.

—No, señorita Allison. Nunca sin su consentimiento. —Si él vio mi mirada de incredulidad, no lo mencionó—. Los científicos de los que habla sí necesitaban sangre de vampiro para continuar su investigación, eso es cierto, pero tememos que están todos muertos. Nunca salieron de la isla cuando la catástrofe golpeó.

—¿Qué catástrofe?

—Me temo que tendrá que escucharlo del alcalde —dijo el hombre con gravedad—. Él sólo me envió aquí para informarle que la situación se está resolviendo, y pedirle que por favor no ataque a los ciudadanos de Edén cuando salga de este lugar.

Seguí mirándolo. Eso no era lo que había estado esperando. ¿Humanos dándole la bienvenida a un vampiro en su ciudad? ¿Tratándola como si no fuera un monstruo, o una cosa que pudiera ser convertido en un experimento? El humano fuera de la celda estaba siendo cauteloso, sí, pero me había hablado con respeto, como si fuera una persona real. Tal vez... me había equivocado. Tal vez la versión de Zeke de Edén había sido la correcta, después de todo.

—Allie.

Pasos resonaban en las escaleras, y Zeke entró en la habitación, seguido por varios soldados. El soldado líder, el sargento que había visto antes, me hizo un asentimiento formal al entrar, y luego sacudió la cabeza hacia otro humano, que se acercó a la puerta de la celda con una llave.

Zeke se quedó atrás cuando el soldado abrió la puerta y la jaló con un chirrido oxidado, pero rápidamente dando un paso adelante cuando salí de la celda. Su mirada era preocupada, vacilante, como si temiera que lo culpara por estar atrapada en la cárcel durante tres horas.

—Lo siento, Allie —murmuró, pesar y preocupación grabada en su rostro, junto con un poco de rabia y culpa—. Esto no debía haber ocurrido. Te prometí que no serías tratada de esta manera...

—Está bien —le aseguré, tocando ligeramente su brazo—. Ellos tenían que protegerse a sí mismos. Entiendo. ¿Dónde están Kanin y Jackal?

—Están con el alcalde en este momento. —Hizo una pausa mientras el sargento se acercaba, sosteniendo mi katana hacia mí. Sorprendida de nuevo, la tomé y la deslicé sobre mi espalda, y el soldado nos hizo señas hacia la escalera—. Él quiere hablar contigo. ¿Estás lista?

Asentí, luego miré al hombre que había pensado era como una mascota, aún mirándonos desde donde se encontraba frente a la celda. Se encontró con mi mirada, solemne y serio, pero





su expresión no era temerosa o llena de odio. Tal vez lo había juzgado un poco severamente, también.

—Gracias —le dije en voz baja, y él asintió.

Seguimos a los soldados por las escaleras, fuera del edificio, y hasta un Jeep zumbando en el borde de la carretera. Nadie habló. Zeke y yo nos sentamos presionados entre dos soldados, las armas apretadas a través de sus pechos, mirando al frente. Fuera de las ventanas, vi la ciudad de tiendas y escombros, extendida en filas desordenadas pasando el pavimento y llegando hasta el final de la pared más lejana. Harapientos, temblorosos humanos vagaban por las calles o se apiñaban alrededor de tambores metálicos, mirándose asustados y miserables. Lo que fuera que estuviera sucediendo en Edén, tenía que ser horrible, para haber conducido a la población entera hasta aquí.

Eso sonaba como Sarren.

—¿Sabes lo que está pasando? —le susurré a Zeke. Él asintió con gravedad.

—El alcalde Hendricks te contará todo —murmuró de vuelta—. Es mejor si lo escuchas todo de una sola vez. Pero es horrible, Allie. No pensé que fuera a ser así cuando regresé. —Su voz se volvió acerada—. Sarren tiene que morir. No me importa lo que me pase, pero tenemos que encontrar a Sarren y poner fin a esto, de una vez por todas.

El vehículo se detuvo en otro edificio largo de cemento, uno que reconocí de mi última estancia aquí. Fue donde había visto al resto del grupo ser mezclados en diferentes partes del edificio, para nunca verlo otra vez. Fue aquí donde susurré mis adioses a un Zeke dormido, después de la operación, dando la vuelta, y saliendo de su vida sin mirar atrás.

—¿El hospital?

—Sí —respondió Zeke mientras nos amontonábamos fuera del coche—. El alcalde fue gravemente herido en la huida de Edén y se ha estado recuperando aquí desde entonces.

El hospital estaba lleno a su capacidad, cuartos repletos de humanos heridos, y el olor de la sangre y productos químicos casi me tiró al suelo cuando entré. Personas con batas blancas manchadas repartidas por los pasillos de catres, comprobando los pacientes, administrándoles ayuda, tratando de mantenerlos cómodos porque eso era lo único que podían hacer. Gemidos y gritos suaves de dolor nos siguieron mientras caminábamos por las habitaciones, y, rodeado de los heridos y vulnerables, mi demonio se agitó inquieto. Los heridos estaban en todas partes. Incluso se habían derramado en los pasillos, acurrucados en mantas o acurrucados en las esquinas, mirándose miserables. El monstruo, por supuesto, los observaba con atención, instándome a aprovecharme de los enfermos y débiles, presas fáciles. Lo empujé hacia abajo, pero el olor de la sangre y el miedo hacía difícil pensar en otra cosa. A mitad del paseo, Zeke se acercó y tomó mi mano, apretando con fuerza mientras nos aventuramos más en el hospital. No miró a las camas o las filas de gemidos, o los humanos apaleados, manteniendo su mirada rígida frente a nosotros. Pero sus ojos estaban vidriosos, y su mandíbula estaba apretada para





evitar que sus colmillos se deslizaran fuera. Mantuve un firme control sobre su mano mientras continuamos por los pasillos.

Finalmente, los soldados nos llevaron a una puerta al final del pasillo. Los dos hombres que custodiaban nos miraban con recelo cuando nos acercamos pero no dijeron nada mientras el soldado líder abrió la puerta y nos señaló dentro. Más allá del marco estaba una habitación que probablemente había sido una oficina una vez. Pero el escritorio había desaparecido, reemplazado con una cama individual, y un hombre con una bata blanca se cernía sobre ella, de espaldas a nosotros. Un par de soldados en uniforme de combate estaban junto a la puerta, dándonos una mirada maligna cuando entramos. Echando un vistazo alrededor de la habitación, vi a Kanin en una esquina, casi mezclándose con la pared, y Jackal encorvado contra la ventana trasera con los brazos cruzados. Se encontró con mi mirada a través de la habitación y sonrió.

—Oh, oye, aquí está la pequeña espía en persona. ¿Hiciste nuevos amigos mientras estabas en la cárcel, hermanita?

—Cállate, *James*.

El médico se volvió ante eso, los ojos muy abiertos detrás de sus gafas cuando me vio. Era un hombre pequeño y delgado con una cabeza calva, y dedos largos y elegantes.

—Tú. —Soltó, parpadeando rápidamente en las luces fluorescentes—. Eres tú. La chica vampiro. Te reconozco.

Lo reconocí, también. Él era el médico que había atendido las lesiones de Zeke cuando habíamos llegado hace varios meses. También era la persona que había descubierto que era un vampiro, cuando había tratado de escuchar los latidos del corazón que no tenía.

—Dr. Thomas —dijo ásperamente la persona en la cama, y un hombre luchó para sentarse. El doctor se volvió como si quisiera ayudar, pero fue despedido por un grueso brazo vendado—. Doctor, por favor. Estoy bien. Déjeme ver al chupa sangre por mí mismo.

El médico se hizo a un lado, y yo miré fijamente con asombro. El hombre en la cama era enorme. No alto o musculoso, sólo... grande. Su estómago sobresalía contra su bata de hospital, sus mejillas estaban pálidas pero redondas, y su cuello era más grueso que el de cualquier persona que hubiera visto. Había oído el término gordo antes, pero nunca había encontrado una cosa así antes de esto. El hambre e inanición eran tan comunes en mi mundo; no podía imaginar tener tanta comida que tu cuerpo tendría que guardarlo para más tarde.

Su gran torso estaba envuelto en vendas, su piel blanca y pastosa debajo de la tela. Su cabello oscuro era corto y húmedo por el sudor, y la mano tendida en su amplio estómago estaba vendada fuertemente, gruesos dedos del doble del tamaño de una persona normal.

Pero sus ojos, pequeños y negros, me contemplaron con una mirada penetrante y afilada, una ceja fina como un lápiz alzada con sorpresa.





—¿Este es el vampiro? —preguntó a nadie en particular. Su voz era sorprendente, también. Alta y clara—. ¿Una mujer? No me esperaba que fuera tan... pequeña.

No todos podemos ser hombres morsa, fue la replica que me vino a la mente, aunque no la dije en voz alta.

Lidiar con volátiles vampiros príncipes me había enseñado el valor de la diplomacia, especialmente cuando se habla con la gente a cargo. Jackal, por supuesto, soltó una carcajada y lo fulminé con la mirada.

—Es más fuerte de lo que parece —dijo Zeke en voz baja, haciendo que el alcalde parpadeara hacia él—. Confíe en mí en eso.

—Sí, pero... —El alcalde me miró atentamente—. Cuando me dijeron que un vampiro estaba siendo retenido en las barracas, me estaba imaginando algo... mayor. No una chica. Ella se ve lo suficientemente joven como para ser mi sobrina.

Me mordí la lengua de nuevo. *No reconocerías a un vampiro si este se te acercara y te mordiera*, pensé descortésmente. *Tienes a cuatro vampiros de pie en esta habitación ahora mismo, uno de los cuales es un Maestro, ¿y estás haciendo comentarios sobre mi edad? ¿Cómo llegaste a ser alcalde de Edén, de todos modos?*

—No importa. —La voz profunda, calmada de Kanin hizo eco desde la esquina—. Sigue siendo un vampiro, y no puede darse el lujo de ser exigente en este momento, alcalde Hendricks. Usted la necesita.

Fruncí el ceño, mirando de mi sire al alcalde, sintiéndome confundida y dejada fuera.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Ah, por supuesto. —El alcalde Hendricks suspiró y se enderezó en la cama—. Mis disculpas. Déjeme explicarle. —Hizo una mueca, cambiando su gran volumen bajo las sábanas, tratando de ponerse cómodo—. Como te habrás imaginado hasta ahora... lo siento, ¿cuál era tu nombre de nuevo, vampiro?

—Allison —le suministré.

—Allison. Eso parece tan normal. —El alcalde se sacudió—. Bueno, como probablemente ha adivinado, Allison, Edén está experimentando una... situación. Con todo el mundo expulsado de sus hogares, atrapados entre el lago y los Rabids, la tensión está corriendo un poco alta. No queríamos ser groseros, pero estoy seguro que entiende que teníamos que protegernos. Sobre todo ahora.

—Lo entiendo —le dije con cautela, y él hizo una mueca, más adolorido en ese momento, que nada—. ¿Qué está pasando exactamente? —Esto era una locura. ¿Cómo había logrado Sarren conducir a todo el mundo fuera de Edén? Incluso si él estaba loco, desquiciado e impredecible, todavía era sólo un vampiro. No podía ahuyentar a toda una ciudad por sí mismo—. ¿Qué ha pasado en la isla?





—Bueno. —El alcalde Hendricks apretó los labios—. Resulta que esa persona a la que han estado persiguiendo es un bastardo muy enfermo. Temprano una noche...

Él gruñó, apretando la mandíbula con dolor, y el médico dio un paso adelante con ansiedad. Hendricks le despidió.

—Doctor, por favor. Estoy bien. Tengo que hablar con el vampiro antes de que me noqueé de nuevo. Deme dos minutos, y luego puede pincharme con lo que quiera.

El médico dio marcha atrás, su rostro contraído con preocupación. Hendricks suspiró y se volvió hacia mí.

—Una noche —continuó—, una barcaza flotó hasta la isla. En el lado occidental, cerca de la plaza del pueblo. La gente pensaba que estaba abandonada. No había nadie a bordo que pudiéramos ver, ni tampoco respondía a ninguna de nuestras comunicaciones. Una multitud de personas la vio chocar contra los muelles, y se reunieron en la orilla para ver si podían ayudar. —Hendricks negó con la cabeza—. Pobres bastardos —murmuró, pasando una mano regordeta por su rostro, antes de mirar hacia mí—. Tome una conjetura salvaje en cuanto a lo que estaba en esa barcaza, Allison.

Mis entrañas se sintieron frías, y cerré brevemente los ojos. No tenía que adivinar.

—Rabids —susurré.

—Cientos de ellos —confirmó el alcalde—. Salieron a borbotones como hormigas, gritando y matando, atacando a todo lo que vieron. Pandemónium instantáneo. —Chasqueó los dedos—. Edén se perdió en minutos. Cientos de personas murieron huyendo de los Rabids o tratando de salir de la isla. Las unidades militares se vieron desbordadas, simplemente había demasiados, y tomó a todos por sorpresa. La mayor parte del ejército murió esa noche, tratando de proteger a los civiles y llevarlos a un lugar seguro. Simplemente no había suficientes botes para que todos partieran a la vez. —La boca de Hendricks se adelgazó—. Mis propios guardias se sacrificaron para que yo pudiera salir de ahí, e incluso así, casi no lo logro. Pero sé que soy más afortunado que mucha gente.

—Lo siento —le dije, porque no había nada más que decir. Sólo Sarren pensaría en algo tan horrible. *¿Cómo hubiese sido, me pregunté, estar atrapado en una isla con un enorme ejército de Rabids?* El único lugar que se supone que es seguro para los humanos, de repente se convierte en una pesadilla. No podía imaginarlo.

—Todo el mundo ahí fuera ha perdido algo —continuó Hendricks, señalando vagamente la puerta—. Un niño, un padre, un amigo y, por lo menos, su hogar. Estamos atrapados aquí. Todos los días, los soldados vuelven a la isla para buscar a los que aún están varados. Todos los días, descubren y matan a tantos Rabids como pueden antes de que el sol se ponga. Pero no es suficiente, y nos estamos quedando sin tiempo. Los suministros casi han desaparecido, y los médicos no pueden mantenerse al día con los enfermos y heridos. Algo drástico se tiene que hacer, o Edén se perderá para siempre.





»Y entonces —continuó Hendricks, mirándome de nuevo—, me entero que cuatro desconocidos se abrieron paso a través de la horda fuera de la puerta para llegar hasta aquí, y que uno de ellos era Zeke Crosse. El mismo chico que salió de Edén, para traer de vuelta a un vampiro para los científicos, porque al parecer necesitaban sangre de vampiro para terminar su investigación. —El alcalde miró a Zeke—. Todos pensábamos que estaba muerto, o por lo menos, loco. Pero aquí está. Con un vampiro, no menos.

Atrapé la sonrisa concedora de Jackal por el rabillo del ojo y deliberadamente no miré directamente hacia él o Kanin.

—Así que, ¿qué quiere que haga? —le pregunté, sintiendo a Zeke tenso a mi lado—. ¿Limpiar tu isla? Incluso yo no puedo acabar con cientos de Rabids por mí misma.

—Por lo que sé —continuó el alcalde, mirando a Kanin—, tenemos un problema mucho más grande del que preocuparse.

Miré a mi sire también, y Kanin se deslizó fuera de la esquina para estar delante de nosotros.

—Sí —dijo, en su mayoría al alcalde Hendricks—. Los Rabids, como he explicado antes, son sólo una distracción. Una muy inteligente, y peligrosa distracción, pero no son la fuente de sus problemas. Usted tiene un vampiro en esa isla. Fue él el que soltó a los Rabids hacia usted, y es él quien está utilizando a Edén como su campo de pruebas personales.

La mirada del alcalde se oscureció. Por primera vez, se veía peligros, como si no fuera alguien con quien realmente quisieras cruzarte. De repente entendí cómo es que estaba a cargo.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja—. ¿Qué es lo que quiere?

—Está tras la cura —dijo Zeke—. Quiere la cura del Rabidismo, ya sea para destruirla o para convertirla en algo horrible. Ya destruyó Nueva Covington con ese virus, piense en lo que le hará a Edén si no lo detenemos. Allie es la única que tiene una oportunidad.

—Por lo tanto, enviaremos un vampiro para luchar contra un vampiro —reflexionó el alcalde en voz baja, dio una sonrisa triste—. ¡Qué extraña manera de responder a nuestras oraciones!, pero me quedo con lo que pueda conseguir.

Mirando hacia Kanin, su tono se convirtió en profesional.

—¿Qué necesitas? —preguntó enérgicamente—. ¿Armas? ¿Munición? Me gustaría enviar a algunos de mis hombres con ustedes, pero, sinceramente, no tengo muchos de sobra. O suministros, para el caso. Pero les daremos lo que podamos.

—Eso no será necesario —dijo Kanin—. Transporte a la isla es todo lo que necesitamos.

—Puedo conseguirles un bote —dijo Hendricks inmediatamente—. Y un piloto, si lo necesitan. El hielo no ha congelado por completo el lago todavía. Va a ser un viaje lleno de baches, pero ustedes deberían ser capaces de llegar ahí. ¿Cuándo piensan irse?





—Mañana. —Mi sire dirigió una mirada hacia mí—. Tan pronto como el sol se ponga.

Hendricks comenzó a responder, pero abrió la boca y comenzó a toser, haciendo que el médico corriera hacia adelante con una jeringa.

—Lo siento, pero él realmente necesita descansar —nos dijo, sobre las protestas sin aliento del alcalde, empujando la aguja en su brazo—. Son bienvenidos a quedarse en la enfermería, siempre y cuando puedan encontrar una cama vacía. Y que la... er... joven no sea un peligro para los pacientes. —Su mirada con gafas fue hacia mí, lo que me pareció irónico, dadas las circunstancias.

Especialmente con Jackal apoyado en la esquina, mirándonos a todos. Sentí la petulancia irradiando de él, incluso sin darme la vuelta.

—No voy a quedarme aquí —le dije al médico—. Así que, usted no tiene que preocuparse por eso.

—Está bien, doctor —dijo Hendricks, ya recuperado de su ataque de tos—. Mírala. Ella no va a ir en una juega de matanza. —Miró en mi dirección—. ¿Lo harás, Allison?

—No —dije simplemente. *Yo no soy el vampiro por el que tiene que preocuparse.*

—Ah, y Sr. Crosse. —Hendricks vio a Zeke—. Tenía a alguien localizando a las personas de los nombres que me diste —dijo con voz solemne—. ¿Quieres saber qué pasó con ellos ahora? Te advierto, puede que no te guste lo que escuches.

Zeke cerró los ojos por un momento. Podía verlo fortaleciéndose, preparándose para lo peor. Abriendo los ojos, hizo un asentimiento rígido, su voz sombría.

—Dígame.

—Muy bien. —El alcalde asintió—. Silas y Theresa Adams murieron de causas naturales, no mucho después de que saliste de la isla —comenzó, haciendo un nudo en mi estómago—. Los dos fueron encontrados en su cama una mañana, sin signos de lucha, sin heridas aparentes o enfermedad. Parecía que ambos se fueron en su sueño. —Dio a Zeke una sonrisa simpática—. Están enterrados en el cementerio de la ciudad en Edén, si quieres buscarlos.

Zeke tomó la noticia con estoicismo, un musculo moviéndose en su mandíbula.

—¿Y los otros? —preguntó con una voz que vaciló sólo un poco.

Hendricks suspiró.

—Jake Bryant y su esposa, Anna, lograron escapar del caos cuando estalló al principio —continuó—. Desafortunadamente, el Sr. Bryant fue golpeado con una bala perdida y está mal herido. Permanece en la clínica con su esposa, en estado crítico, pero no creen que vaya a lograrlo. Los otros... —El alcalde hizo una pausa, y por la expresión de su rostro, estaba claro que era reacio a seguir adelante—. La señora Brooks logró salir de la isla, pero su marido fue asesinado en el primer ataque, al igual que su hijo adoptivo, Matthew. Sus otros dos hijos,





Caleb y Bethany Brooks, permanecen desaparecidos. Vivos o muertos, no estamos seguros. Todo lo que sabemos es que no están aquí.

La voz de Zeke se atragantó.

—¿Nadie ha ido a buscarlos?

—Enviamos grupos de búsqueda todos los días —respondió Hendricks, su voz suave—. Los hombres se van tan pronto como sale el sol, y permanecen en la isla hasta una hora antes de que se ponga. Un poco más, y se vuelve demasiado peligroso para ellos continuar. No pueden estar en todas partes a la vez, y últimamente, se están encontrando cada vez menos sobrevivientes cada vez que se aventuran hacia allá. Esta última vez, no encontraron a nadie. Lo siento. —Negó, genuino arrepentimiento extendiéndose sobre su cara, y luego añadió—: Creo que es necesario aceptar que podrían haber desaparecido.

Zeke apretó los puños. Sin decir una palabra, se volvió y salió de la habitación, pasando por delante de mí con la cabeza gacha. Vi la puerta cerrarse y vacilé, dividida entre correr tras él y darle espacio. Si estaba molesto, tal vez quería estar solo para llorar a su familia en paz. Pero también era un vampiro ahora. Y yo sabía lo rápido que el dolor podría convertirse en una cegadora, rabia sanguinaria, mientras el monstruo atacaba a todo a su alrededor.

Miré a Kanin, y él asintió.

—Ve —murmuró, y me fui, deslizándome a través de la puerta en el pasillo, en busca de Zeke.





CAPÍTULO 15



Lo encontré en el estrecho muelle junto al lago, muy lejos del edificio y de los heridos dentro. El frío viento movía su cabello y su camisa, ráfagas diminutas bailaban alrededor de él y caían sobre su piel descubierta, pero él no se movió mientras me acercaba.

—Zeke.

No respondió. Parada a su lado, eché un vistazo a su rostro. Estaba seco, ninguna huella roja recorriendo sus mejillas, pero su expresión estaba en blanco una vez más. Alarmada, puse mi mano en su brazo, tratando de hacer que me mirara.

—Oye.

—Estoy bien Allie. —Su voz era baja, tensa. No sonaba bien. Sonaba como si apenas pudiera mantener el remolino de emociones dentro. Lo miré, preocupada—. Voy a estar bien —insistió Zeke—. Yo sólo...

Inclinando la cabeza, se estremeció, y la primera lágrima roja resbaló de su ojo, cayendo al agua. Eso me hizo sentir un apretón en la garganta, con simpatía, pero también envió una sacudida de alivio en mí. Tan horrible como era, él todavía se permitía a sí mismo sentir algo.

—Ellos se fueron —susurró, haciendo que creciera un nudo en mi garganta. Y olvidé la indiferencia del monstruo, deseando saber qué decir—. Mi familia está muerta. Soy el único que queda.

—Eso no lo sabemos —dije amablemente. Cerca de su pie, las aguas del Lago Erie chocaban contra el muelle, tranquilas, y en un ominoso ritmo—. Ellos todavía podrían estar ahí afuera.

—Son niños —murmuró Zeke—. Y han pasado días. ¿Cómo podrían sobrevivir, solos, con los Rabids? ¿Y Sarren?

Tragué saliva. No sabía cómo podrían estar vivos, tampoco. No estaba muy lejos de la realidad que los dos niños habían muerto, asesinados por los Rabids y un trastornado vampiro, después de que habían llegado tan lejos. De que habían sobrevivido todo el viaje a Edén, sólo para morir en el lugar que se suponía estarían a salvo.

Pero al mundo no le importaba eso; era despiadado y brutal y cruel, justo como Sarren, y ni siquiera personas como Caleb y Bethany eran inmunes a su obscuridad.





Zeke levantó de repente su cabeza y gruñó, mostrando sus colmillos y haciendo mi corazón saltar hacia mi garganta. Me tensé, pero inmediatamente después, dejó caer su cabeza, apretando sus puños tan fuerte que los nudillos se volvieron blancos.

—Es mi culpa —susurró—. Esto es mi culpa. Le di a Sarren la información. Yo le dije dónde estaba Edén. Él no hubiera venido de no ser por mí...

Avanzando, envolví mis brazos alrededor de él, haciendo que sus brazos quedaran a sus costados mientras lo apretaba cerca. Se puso rígido, pero no peleó contra mí, y permanecimos allí a las orillas del lago, con el viento tirando y golpeando contra nuestra ropa.

—Suficiente —susurré contra su espalda—. Suficiente con la culpa, Ezekiel. Todos tenemos cosas de las que arrepentirnos, cosas que desearíamos poder cambiar, pero no podemos detenernos en ello. Eso es parte de ser un vampiro ahora, aprender a seguir adelante.

»Hiciste todo lo que pudiste por ellos —continúe, mientras sus manos subieron para agarrar mis brazos, apretándome fuertemente—. Tú los trajiste a Edén, les diste un hogar real. No es tu culpa que un lunático psicópata quisiera acabar con todo.

—Yo debía haber estado con ellos —susurró Zeke—. Si no hubiera dejado la isla...

—Yo estaría muerta —le dije suavemente—. Y Kanin estaría muerto. Y Sarren seguiría tratando de destruir el mundo, sin nadie que lo detuviera. —Hice una pausa, luego añadí, muy suavemente—: No estoy descontando sus muertes. Y quizá ellos siguen vivos de algún modo. No sabemos con certeza si se han ido. Pero... tú una vez me dijiste que todo pasa por una razón. Tal vez eso es el porqué.

Zeke rió brevemente, sin humor.

—¿Porque me convertí en un vampiro? —preguntó. Nunca lo había escuchado sonar tan amargo—. ¿Porque una ciudad entera está pérdida, y todos a los que amo están probablemente muertos? —Se estremeció, mirando hacia el lago—. Mi familia se ha ido —dijo con voz insensible y vacía—. Perdí todo. Se ve como un precio terriblemente alto a pagar.

Mi voz era casi un susurro.

—Estoy aquí, Zeke.

Un temblor lo atravesó. No dijo nada más, y no sentí ninguna lágrima caer en mis manos. No sabía lo que estaba pensando, pero permanecimos así, en silencio e inmóviles, las olas chocando contra el muelle y las ráfagas de viento rodeándonos. No me moví, sintiendo su piel enfriándose bajo mi mejilla, hasta que sentí una presencia a mis espaldas, un par de ojos negros mirando abajo hacia nosotros.

Volteé. Kanin estaba parado al final del muelle, impenetrable e imponente contra la noche, sus brazos cruzados frente a él. Zeke no había volteado, no había visto el vampiro Maestro, pero esos profundos ojos negros estaban en mí. Él no se movió, no me llamó, pero volví mi mirada a Zeke, bajando mi voz.





—Tengo que irme —le dije, y su cabeza se balanceó muy ligeramente—. ¿Estarás bien?

—Sí. —Su voz era suave, pero casi normal. De mala gana lo dejé ir, y él vaciló antes de añadir—. Allie... gracias.

Quería decir más, pero sentí el peso de la mirada de Kanin en los dos. Así que toqué ligeramente el hombro de Zeke y me fui, dejándolo sólo a las orillas del agua, la preocupación y tristeza seguían pesando en mi mente.

El vampiro Maestro esperó por mí en el final del muelle, mirando mientras me acercaba. Como siempre, no dio ninguna pista de lo que pensaba o sentía, aunque me sorprendió que me hubiera buscado. Usualmente, mi sire era todo silencio, un observador neutral, dejándonos hacer a Jackal y a mí lo que se nos diera la gana, hasta que nuestras discusiones eran lo bastante molestas, de todos modos. Me pregunté porqué había elegido esta noche para venir por mí.

—Ven —dijo simplemente, cuando finalmente me uní a él al borde de los tablones de madera—. Hay trabajo por hacer. Sígueme.

—¿Trabajo? —Fruncí el ceño y seguí a mi sire, trotando para mantener el paso de sus largas zancadas—. ¿Qué trabajo? ¿De que estás hablando?

—La gente aquí perdió mucho —dijo Kanin sin mirarme, sino en dirección a la calle principal y al gran acampado de tiendas agrupadas más allá—. Hay muchos necesitados y muy pocos con los recursos para ayudar. Hay cosas que podemos hacer para aliviar eso.

—¿Por qué yo? —Pasamos el hospital, donde un par de soldados asintieron hacia Kanin pero me miraron a mí con sospecha y cautela. Kanin sonrió sin humor.

—Yo no le preguntaría a James —replicó, haciéndome resoplar—. Y Ezekiel necesita algo de tiempo a solas. Es todo lo que puedes hacer por él, Allison. Él debe aceptar la pérdida por sí mismo. —Su voz se tornó ligeramente grave—. También, temo con cuatro vampiros aquí, Edén podría no salir completamente ileso. Podríamos tener que alimentarnos pronto, así que dejaremos esta parte como compensación. Sólo espero no tener que llegar a eso.



Kanin y yo trabajamos durante la noche. La mayor preocupación era la pared que mantenía lejos a los Rabids; había lugares que se habían debilitado con los ataques implacables y estaban en peligro de desmoronarse por completo. Los humanos nos veían ir y venir sin ninguna sospecha, inconscientes de los monstruos que estaban entre ellos. Después de unas horas fortificando las defensas, Kanin me ofreció de voluntaria para hacer guardia, viendo el camino para los rezagados y asegurándome de que los Rabids no pudieran pasar. Mientras estaba sentada en la cima de una de las torres, mirando hacia abajo ante el silbido, de las masas retorciéndose fuera de las puertas, me pregunté si la verdadera razón de Kanin haciendo esto, era mantenerme lejos de Zeke. Tal vez no con la intención de separarnos, pero si de





mantenerme ocupada y darle a Zeke la posibilidad de hacerle frente a esta pérdida sólo. Tal vez *era* lo mejor para él ahora.

O tal vez no. Tal vez las razones de Kanin eran como él decía, como pago por el daño que los cuatro vampiros podrían traer a la comunidad. O quizá era algo más. No lo sabía. Mi sire siempre había sido inescrutable, y había renunciado a tratar de averiguarlo.

Aproximadamente una hora antes del alba, fui relevada de mis deberes, y regresé al hospital. En una tranquila calma antes del amanecer, la mayor parte del campamento dormía, acurrucados entre mantas y los miembros de la familia, olvidando su miseria por un momento.

Mientras me dirigía hacia la puerta principal, una pizca de sangre fresca vino a mí con la brisa. Ceñuda, lo seguí por una esquina, donde Jackal estaba inclinado casualmente contra la pared, envuelto en una sombra, sus ojos amarillos brillando en la oscuridad. Él olía a sangre, pero limpia y no contaminada con productos químicos, a diferencia de las vendadas, personas heridas en el hospital. Desesperadamente rogué porque no se hubiera comido a ninguno de ellos. Mi Hambre creció con un gruñido, y la hice a un lado de nuevo.

—Oh, hola, hermanita. —Jackal me sonrió abiertamente, entonces sacó algo de su gabardina: una bolsa de plástico llena de oscuro líquido—. ¿Finalmente te liberaron de la labor manual? Un vampiro trabajando para la oveja, que repugnante. Si yo fuera tú, le hubiera dicho al anciano que fuera a sentarse a una fogata en el campamento. Pero, oye, eres mejor que yo. —Me hizo un saludo burlón, entonces mordió el plástico. Fruncí el ceño.

—¿Dónde conseguiste eso? Nadie aquí sabe que eres vampiro.

Puso sus colmillos sobre la bolsa y me sonrió con satisfacción con sus labios llenos de sangre.

—Es fabuloso lo que puedes encontrar si estás husmeando en los cuartos traseros cuando no hay nadie viendo —respondió—. Encontré esto colgando en un refrigerador, y tengo Hambre. ¿Quieres una, hermanita? —Levantó la bolsa, y varias gotas rojas cayeron en el piso, haciendo mi estómago gruñir con Hambre—. Aún quedaban algunas, la última vez que lo comprobé. —Me miró detenidamente otra vez, arqueando una ceja—. ¿Qué es lo que estás mirando?

—Nada —dije, sonriendo—. Sólo nunca pensé verte eligiendo una bolsa de sangre sobre un humano para alimentarte. ¿Estamos finalmente contagiando al gran, malo rey raider?

Puso los ojos en blanco.

—Soy un vampiro, hermana. No soy estúpido. Si uno de esos sacos de carne se va y desaparece sin dejar rastro, ¿a quién van a culpar primero? No necesitamos la fuerte armada de soldados que odian a los vampiros hurgando alrededor haciendo preguntas, y es muy tedioso disponer de una gran pila de cadáveres. Pero no te preocupes. —Se colocó contra la pared, cruzando sus largas piernas, y descubriendo sus colmillos con una sonrisa—. Después





de detener a Sarren, tengo la intención de disfrutar una buena serie de asesinatos para quitarme este sabor de la boca, así que no pienses que me has quitado los colmillos del todo aún.

Sonreí abiertamente.

—Si tú lo dices. James.

Él me miró.

—¿No deberías estar salvando huérfanos con el cachorro ahora mismo? ¿O pretendiendo estar interesada en las historias de Kanin? Ve a molestar a otra persona un rato.

Triunfante, me di la vuelta, preparándome para irme.

—¿Dónde están Kanin y Zeke?

—Como un infierno si lo sé. La última vez que vi al anciano, estaba hablando con el comandante, haciendo planes para irse mañana y toda esa mierda. No parecía que ellos me necesitaran, y además, estaba aburrido. —Jackal tomó un largo trago de la bolsa—. Así que pensé que tenía que hacer mi propia investigación. Oh, y por cierto, ellos desalojaron una habitación para ti así que no tienes que compartir el área común con los enfermitos. Creo que dejar a un vampiro en un hospital los hace ponerse un poco nerviosos después de todo. —Agitó la bolsa a mí, arqueando sus cejas—. ¿Segura que no quieres una, hermana? Podrías dividirlo con el cachorro a la luz de las velas.

Caminé dentro del hospital, dejando a Jackal afuera con su sangre robada. Las habitaciones estaban silenciosas ahora, muchos de los humanos estaban durmiendo, sólo un par de enfermeras merodeaban las camas, revisando a los pacientes. Ellas me ignoraron mientras iba caminando por los pasillos, no sabiendo realmente a dónde iba. Me pregunté si debía ir a buscar a Zeke, pero imaginé que tenía que dejarlo sólo esta noche. Tal vez estaba cansado de que estuviera constantemente rondándolo. El alba estaba a menos de una hora de distancia, y estaba cansada. Zeke sabía que estaba aquí; si quería hablar, vendría a mí.

Finalmente detuve a una enfermera en el corredor y le pregunté dónde era mi habitación. Señaló a la izquierda, luego huyó, apresurándose por la esquina tan rápido como pudo. Así que, aparentemente, algunos humanos aquí saben de los vampiros vagando por los alrededores. Afortunadamente, lo mantenían en secreto del resto de los pacientes. Podía imaginar la turba de miedo, muchos humanos lo estarían si se dieran cuenta que un vampiro estaba durmiendo en la habitación de al lado.

Entré a mi habitación, que pasó a ser un gran almacén con una cama en la esquina, y me congelé cuando vi a una figura apoyada en un estante, esperando por mí.

—¿Zeke? —Parpadeé cuando la puerta se cerró tras de mí—. ¿Qué estás haciendo aquí...?





Zeke avanzó tres pasos hacia delante, tomándome gentilmente entre sus brazos, y presionó sus labios contra los míos. Sorprendida, me puse rígida, pero sólo por un momento. Luego mis brazos se enredaron alrededor de su cintura, y me incliné contra él mientras me apretó más cerca. Su boca se movió sobre la mía, suave pero insistente, casi desesperada. Podía sentir lo duro de sus músculos en su espalda, sus fuertes bandas de acero arrastrándome más cerca. Sus manos se elevaron enredándose en mi cabello, y suspiré contra sus labios, sintiendo un hambre diferente creciendo, quemando a través de mis venas. Quería inclinar mi cabeza hacia atrás, descubriendo mi cuello, pero Zeke me agarró muy fuerte, todo lo que podía hacer era besarlo.

Cuando se hizo para atrás, yo estaba un poco aturdida. Sus brazos estaban envueltos alrededor de mí, presionándome cerca, y no parecía que los fuera a quitar pronto. Alcé la mirada para verlo, encontrándome su intensa mirada, y dándole una sonrisa perpleja.

—¿Qué fue eso? —susurré.

Zeke pegó su frente con la mía, cerrando sus ojos.

—Ese fui yo... finalmente dándome cuenta de lo que es importante. —Suspiró, su voz llena de arrepentimiento—. No debería haberme tomado todo este tiempo, pero parece que siempre había tenido problemas en ver lo que estaba justo frente a mí. Creo... —Frunció el ceño, y se estremeció—. Creo que tenían que habérmelo quitado todo para entenderlo.

—Zeke...

Se hizo hacia atrás, con sus ojos atormentados mirando los míos.

—Edén se ha ido —dijo, haciendo mi estómago apretarse—. Mi casa ha sido destruida, y mi familia... está probablemente muerta. Y soy un vampiro. Perdí casi todo. —Su agarre se apretó dolorosamente, su mirada era casi desesperada—. No puedo perderte, también.

—No vas a perderme —dije, sintiendo un picor en mis ojos—. Te lo había dicho antes, Zeke. Estoy aquí. He estado aquí todo el tiempo.

—Lo sé —dijo entrecortadamente—. Dios sabe que no lo merezco. No merezco una segunda oportunidad, pero... no puedo imaginar mi vida sin ti, Allie. —Su mano rozó, presionando contra mi mejilla, sus ojos brillando con emoción—. Tú eres la única persona que me hace sentir como humano de nuevo. Cuando estoy contigo, incluso puedo ver un futuro. Uno que no está lleno de sangre y muerte, uno en el que puedo vivir contigo. —Hizo una pausa, su voz era tierna pero determinada—. No puedo cambiar lo que he hecho, pero *puedo* intentar hacer las cosas mejor. Quiero vivir, y quiero pasar la eternidad contigo. Si... si tú quieres. Si me quieres a tu lado todo ese tiempo.

Tragué con fuerza para aclarar mi garganta.





—Siempre me has tenido, Ezekiel —dije, encontrándome con su brillante mirada azul—. El tiempo nunca ha importado. Vampiro o humano, si tenemos un para siempre o sólo unos cuantos años, siempre te habría escogido para pasarlo contigo.

Parpadeó, y con la palma de su mano trazó un camino abrasador bajo mi mejilla, su mirada era intensa.

—Te amo, Allison —susurró, haciendo que mi estómago se retorciera en un nudo—. Con todo lo que tengo, corazón, mente y alma. Incluso Sarren no pudo llevarse eso. Incluso cuando estaba en la mesa, gritando y deseando estar muerto, en todo lo que podía pensar era en ti. Has estado conmigo cada paso del camino, y nunca dudaste, aun cuando estaba listo para rendirme. Perdona que haya demorado tanto para entenderlo. —Tomó una de mis manos, sosteniéndola contra su pecho, sin que su mirada dejara la mía—. Así que, este soy yo, todo yo, para siempre. No más mirar atrás. No más excusas. A partir de ahora, chica vampiro... —bajó su cabeza, rozando su labios sobre mi piel—... soy todo tuyo.

Mi garganta se cerró, y mis ojos se pusieron borrosos. Alivio y emoción corrieron por mí, haciéndome querer reír, llorar y abrazarlo, todo a la vez, pero todo lo que pude hacer fue una sonrisa débil y un entrecortado:

—Será todo el maldito tiempo.

Zeke parpadeó, entonces, muy lentamente, sonrió. Una sonrisa real, una que no había visto desde esa horrible noche cuando él había muerto. Y por un momento, todo lo que Sarren le había hecho a él, a nosotros, quedó atrás completamente, y él era el mismo chico que había conocido en la abandonada ciudad: encantador, determinado, con esperanzas.

Inclinándose, me besó, larga y profundamente, y envolví mis brazos alrededor de su cuello, atrayéndolo más cerca. Él nos hizo hacia atrás hasta que quedé contra la pared, la áspera pared presionando mi abrigo, sintiendo cada parte de él contra mí y necesitando más. Sus labios trazaron un camino de mi boca a mi mandíbula y mi cuello; jadeé y arqueé mi cabeza hacia atrás, sintiendo apenas el roce de sus colmillos sobre mi piel. Y aquella hambre llameó de nuevo.

Con un gruñido, lo alejé de la pared, empujándolo a la esquina de la cama en el cuarto. Se hundió fácilmente en el colchón, tirándome abajo con él envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura. Puse mis codos uno a cada lado de su cabeza y lo besé, sintiendo sus manos deslizarse sobre mi espalda, explorando bajo mi abrigo. El oscuro, material andrajoso fue repentinamente muy apretado; me hice hacia atrás y me lo quité, aventándolo al suelo. Zeke alzó la vista hacia mí, sus ojos azules serenos, sin ningún rastro de duda o miedo visible en su cara.

—Allie. —Su voz fue un soplido, un silencioso murmullo, mientras lo besaba otra vez, presionando mis labios contra su mandíbula.





Me incliné hacia su cuello, besando su garganta, apenas rozando su piel con mis colmillos. Mientras que Zeke gimió otra vez, deslicé mi mano bajo su camiseta, trazando su piel. Él jadeó, y empecé a tirar de la prenda hacia arriba.

—Espera —susurró Zeke, sonando sin aliento. Me aparté para mirarlo, con mis labios a escasos centímetros de los suyos—. Allison —dijo, sus ojos estaban ligeramente vidriosos y las puntas de sus colmillos brillaban mientras hablaba—. No tenemos por qué hacer esto. No tiene por qué ser esta noche. —Su mano rozó, y tocó mi mejilla, sin quitar la vista de mi rostro—. Tenemos una eternidad para hacer esto —dijo gentilmente—, si no es el momento adecuado...

Resistí la urgencia de sacar mis colmillos.

—La última vez que elegimos esperar, Ezekiel, *moriste*. —Él se estremeció, sus ojos oscureciéndose con el recuerdo, y apreté mi puño en su camiseta—. No es que tenga alguna intención de perderte otra vez, pero ahora mismo, nos estamos enfrentando a un loco que tiene una buena ventaja para la creación de otro Apocalipsis. Él *no* está privándome de esto. —Saqué mis colmillos entonces, en un gesto de desafío—. Si el mundo acaba mañana —susurré ferozmente—. Si de verdad estos son los últimos días, entonces estaré condenada si tengo algo que lamentar.

Los ojos de Zeke brillaron. Sin ninguna advertencia, alzó su mano a su cabeza e inclinó mi cabeza hacia la suya, chocando nuestros labios. Antes de poder reaccionar, abruptamente avanzó y nos tiró en el colchón cayendo de golpe, parpadeando en sorpresa. Había olvidado lo fuerte que era ahora. Me besó profundamente, luego trazó con sus labios un camino bajo mi cuello, haciéndome jadear y arquearme hacia él. Mi sangre vibraba, surgiendo a través de mis venas. Quería que me mordiera, que hundiera sus colmillos en mi garganta. Moría por sentirlo de nuevo, como si su alma se combinara con la mía y conocer cada pequeño pedazo de su mente y su corazón.

Gruñí, acercándolo, y Zeke respondió con su propio gruñido, sus labios en mi boca, mi cuello, trazando un camino bajando hacia mi cintura. Jadeé y rasgué su camiseta, tirándola por encima de su cabeza. Más ropa siguió, los dos casi frenéticos para quitárnosla, para acercarnos tanto como pudiéramos. Cuando nada nos separó, corrí mis manos por su espalda marcada, bajo sus fuertes musculosos brazos, y sobre su pecho, tratando de memorizarlo con mi toque.

Zeke se hizo para atrás, su rostro estaba muy cerca del mío, su mirada brillante y sus colmillos completamente extendidos.

—Di que me amas, chica vampiro —susurró, con voz baja y ronca—. Dime... que esto es para siempre.

—Te amo —dije inmediatamente—. Y si tenemos una eternidad, no hay nadie más con quien quiera pasarlo.

Él bajó hasta quedar frente a mí, y mordí mi labio, enterrando mis uñas en su espalda. Dolía, pero había sentido mucho peor dolor que este. Cerré mis ojos, rindiéndome a la





sensación. Estábamos muy cerca; se sentía como si estuviera en fuego. Pero aún seguía faltando algo.

Cerca, pensé a través de la bruma. Más cerca, Zeke. No es suficiente.

Zeke de repente me agarró fuerte, un gruñido se escapó de él. A la vez que jadeé, hice mi cabeza hacia atrás, él inclinó su cabeza y *finalmente* enterró sus colmillos en mi garganta.

Grité, agarrándome de sus hombros, un centenar de emociones corriendo a través de mí. Lo sentí en todas partes, dentro y fuera. Sentí su miedo, la desesperación de que podría perderme, ya sea por mano de Sarren o por sus propias fallas, y luego sería dejado a un lado para tratar con el monstruo en el que se había convertido, solo. Sentí su enojo, su rabia hacia su sire, el demonio que había destruido a su familia, que había herido a mucha gente y que aún no había acabado. Su determinación a tener éxito, de mantener tanta gente a salvo como le fuera posible. Y... su amor por mí, intenso y poderoso y casi aterrador. Era un pozo sin fin, un capullo que nos envolvía a los dos, caliente y fuerte e intoxicante. Trajo lágrimas a mis ojos, que rodaron por mis mejillas mientras estaba ahí... incapaz de moverme. No queriendo moverme. Queriendo estar así, por siempre.

Él se alejó, retrayendo sus colmillos, y miró hacia abajo hacia mí. Me encontré con sus ojos y vi que también estaban un poco rojos.

—Nunca... pensé que sería así—susurró en tono asombrado. Colocando una mano en mi mejilla, trazó con su dedo abajo hacia las marcas rojas, su expresión era ansiosa—. ¿Estás bien? —preguntó—. ¿Te hice daño?

Me acerqué a él, deslizando mis dedos en su cabello en la base de su cráneo.

—Ven aquí—susurré, tirando de él hacia mí. Lo hizo al instante, y cuando se inclinó, me levanté del colchón, alzando mi rostro hacia su cuello, y hundí mis colmillos al lado de su garganta.

Zeke jadeó. Su sangre fluyó sobre mi lengua, caliente y dulce y poderosa, abrasadora corriendo por mis venas. Sentí todas sus emociones una vez más, sintiendo su sangre mezclándose con la mía, fusionándonos. Zeke tembló, sosteniéndome cerca, con los ojos cerrados en completa rendición.

Cuando me separé, el alba se asomaba al horizonte; podía sentir la luz empezando a traspasar sobre los árboles y el resto del mundo. Retrayendo mis colmillos, miré adormilada a Zeke, que chocó su mirada de completa adoración con la mía.

No necesitábamos decir nada. Agachándose, Zeke plasmó un gentil beso en mis labios y se puso tras de mí, tirando de las mantas sobre nosotros. Me apoyé en él, sintiendo su sangre y sus emociones girando a través de mí, ahogando incluso a mi monstruo, y por primera vez desde la muerte de mi mamá cuando tenía diez años, me sentí completamente relajada en los brazos de alguien más.





Desperté acostada bajo las sábanas, algo fresco, sólido, presionando contra mi espalda, el brazo de Zeke enrollado alrededor de mi cintura. La habitación estaba tranquila aún; ningún sonido filtrado de la rendija iluminada bajo la puerta, y según mi reloj interno el sol ya se había ocultado. Mi espada estaba abandonada y olvidada bajo la cama, y mi ropa arrugada en un montón junto a ella. Normalmente mi espada sería la primera cosa que comprobaría cuando me levanto, pero ahora mismo, no parecía tan importante.

Los acontecimientos de la noche anterior vinieron a mí, emocional y surrealista, haciéndome estremecer. La noche pasada... con la sangre de Zeke y sus emociones corriendo a través de mí, nunca me había sentido tan cerca de nadie en toda mi vida. Había sido intenso y emocionante y completamente aterrador, viendo sus partes más profundas de lo que había puesto al descubierto, sabiendo lo profundo de sus emociones. Dándome cuenta que él también había visto más allá de mi pared.

Pero ahora, era otra noche, y teníamos locos vampiros que detener y un virus que destruir. Kanin y Jackal seguramente estarían esperando por nosotros, listos para salir de Edén. Brevemente, me pregunté si cualquiera de ellos pudo sentir lo que yo había estado haciendo anoche por nuestro lazo de sangre. Por un momento estuve horrorizada, luego decidí que no me importaba. No era nada de que avergonzarse, además, si Jackal hubiera decidido revisarme y consiguió más de lo que esperaba, bueno, eso era su culpa por estar espiando.

Pero aún no lo quería tocando a mi puerta. Tomando la muñeca de Zeke, empecé a alejar su brazo, intentando deslizarme de la cama y vestirme, pero el débil gruñido detrás de mí, y el brazo en mi cintura se apretó más, tirándome hacia atrás.

—No —murmuró Zeke en mi cabello—. No vayas aún. Sólo unos minutos más.

Lo miré por encima de mi hombro. Sus ojos estaban cerrados, su rostro sereno, excepto por lo leve que tenía apretada su mandíbula. Sonreí, golpeando el brazo que me tenía sosteniendo.

—Kanin y Jackal van a estar esperando por nosotros, lo sabes.

—Lo sé —murmuró Zeke sin abrir sus ojos, aunque frunció el ceño ligeramente—. Dos minutos —pidió, aferrándose tercamente—. Sólo quiero permanecer aquí así contigo. Antes de irnos y darle cara a todo ese lío esperándonos afuera de la habitación.

Di vuelta, girando en sus brazos para estar cara a cara con él. Sus ojos finalmente se abrieron, esos claros, penetrantes ojos azules, mirándome atentamente. Acaricié su mandíbula, deseando que *pudiéramos* estar aquí toda la noche, que no tuviéramos que preocuparnos por los virus mortales y los insanos vampiros que querían destruir el mundo.





—Nosotros vamos a golpearlo —susurré, prometiéndolo a Zeke, a mí misma y a todos—. Este no es el fin, Zeke. No importa qué pase, no voy a renunciar a nuestro para siempre sin ningún infierno de lucha.

Zeke sonrió, su rostro pacífico, y me dio un persistente beso en la boca.

—Muy bien, entonces, chica vampiro —susurró, sus ojos brillando con determinación—. Vayamos a detener el Apocalipsis.





PARTE III



EDÉN





CAPÍTULO 16



—Ahí está —murmuro Kanin.

Levanté la mirada de la baranda, viento helado golpeando mi cabello y ropas, salpicando agua y agitándose en mi cara. Alrededor de nosotros, la oscura, y agitada envergadura del Lago Erie se extendía por siempre, inmutable. Las olas empujaban nuestro pequeño barco, balanceándose como un corcho en el agua, y yo mantenía un agarre firme en la baranda de metal oxidado rodeando la cubierta. Kanin se puso de pie al frente, de brazos cruzados y la vista al frente, una estatua inmóvil contra las olas turbulentas y el cielo negro. Jackal se apoyó contra una de las barandas y alternaba entre contemplar el agua y lanzarme sonrisas de suficiencia. Cuando Zeke y yo llegamos por primera vez al muelle, mi hermano de sangre nos había dado una sola mirada y soltó una risa, aunque, sorprendentemente para él, el único comentario que había hecho fue más bien un triunfante “Ya era la sangrienta hora”. Había estado esperando que dijera algo más, agresivo y listo para pelear, pero hasta ahora había permanecido en silencio sobre el tema, lo cual era bastante desconcertante.

Traté de ignorarlo mientras miraba sobre el agua, entrecerrando los ojos en la dirección que Kanin estaba enfrentando, buscando la isla. Al principio, no vi nada más que olas y ráfagas, girando sin cesar en el vacío. Entonces lo vi, un rayo de luz, cortando a través de la nieve y la oscuridad, haciendo señas como una estrella lejana. Cuando nos acercamos, más aparecieron, hasta que pude vagamente distinguir la isla, un bulto salpicado con luces danzantes contra un cielo más negro.

Zeke se movió detrás de mí, deslizando sus brazos alrededor de mi cintura y apoyando su barbilla sobre mi hombro, mirando hacia el Edén en la distancia. Apoyé mis manos sobre las suyas y me incliné hacia él, sintiendo su sólida presencia en mi espalda.

—Casa. —Lo escuché murmurar, su voz en un tono bajo—. Me pregunto cómo se verá ahora. Si algo puede alguna vez volver a la normalidad.

No sabía la respuesta a eso, así que solo apreté su brazo, observando las luces de Edén volverse más brillante a través de la nieve.

El barco rebotó sobre una ola, bajando con una sacudida que golpeó mis dientes, y el agarre de Zeke se apretó. La masa sombría de la isla se vislumbraba más cerca, el contorno de árboles y rocas tomando forma a través de la oscuridad.





El barco finalmente se detuvo, balanceándose alto, a varios metros de distancia de la tierra. Una costa cubierta de nieve, probablemente una playa, se extendía a ambos lados, brillando con frialdad bajo las estrellas.

—Esto es lo más lejos que voy —dijo el piloto, su voz baja con miedo reprimido—. No quiero monstruos merodeando mi barco si me acerco demasiado. —Señaló hacia Edén con un dedo retorcido—. El municipio y los muelles están en esa dirección, a lo largo del lado occidental de la isla. Pero dejamos de desembarcar gente allí debido a los Rabids.

—Gracias por su ayuda —respondió Kanin, por fin moviéndose de su lugar en el frente del barco—. Continuaremos a pie desde aquí. Allison, Ezekiel. —Miro hacia nosotros—. Vamos.

Jackal resopló, levantándose y poniéndose derecho a medida que nos movíamos para seguir a Kanin.

—¿Qué soy, un hígado picado? —murmuró él, y balanceó sus largas piernas sobre la baranda. Hubo un chapoteo sordo cuando el rey raider se dejó caer en el agua y caminó hacia la orilla.

Zeke y yo seguimos a Kanin, alejándonos del barco hacia el agua oscura del Lago Erie. Casi tan pronto como estuvimos fuera de la cubierta, el motor rugió, y el barco dio la vuelta como una rociadora de niebla helada, dirigiéndose de regreso hacia el continente. Aparentemente, nadie estaba quedándose para llevarnos de vuelta. Debíamos encontrar nuestro propio camino fuera de Edén.

Curvando el labio por la rapidez con que desapareció el barco, emprendí el camino hacia la orilla. Agua golpeó contra mis piernas y empapó la mitad inferior de mi abrigo, frío penetró a pesar que el frío no me afectaba. Olas golpearon contra mis brazos, y el suelo bajo mis pies seguía desplazándose mientras avanzaba obstinadamente hacia Edén.

Estuve aliviada cuando mis botas por fin tocaron tierra firme. Hielo y guijarros crujieron bajo mis pies cuando caminé hacia la orilla con Zeke, uniéndonos a Kanin y Jackal. Más allá de la pendiente, una línea oscura de árboles brillaba con luces distantes parpadeando de forma irregular a través de las ramas. Aparte de la agitación de las olas en la playa y nuestros pasos sobre la nieve, todo estaba silencioso y quieto, como si la propia isla estuviera conteniendo su aliento.

Los ojos de Kanin, oscuros y solemnes, se clavaron en Zeke mientras nos acercábamos.

—¿Dónde estaría Sarren? —preguntó él, e incluso su voz baja sonó anormalmente fuerte en la quietud.

Zeke hizo una pausa, mirando hacia los árboles, sus ojos entrecerrados por sus pensamientos.





—El laboratorio —contestó después de un momento—. El lugar donde los científicos estaban trabajando en una cura. Allí es donde él estará. Estoy seguro de ello.

—Bueno, entonces —dijo Jackal, con una muy lenta, malvada sonrisa que brillaba con sus colmillos—, si el psicópata nos está esperando, no deberíamos hacerlo esperar.

Sarren, pensé, mientras la furia, la rabia que pensé que había olvidado, surgió con una venganza. Todo lo que condujo a este momento, —la tortura de Kanin, la plaga de Nueva Covington, la muerte de Zeke y su transformación— todo apuntaba hacia el loco quien esperaba al final del camino. Esto es; por fin llegamos a Edén. Mirando a Zeke, Kanin y Jackal, mi pequeña familia, rara e indiscutible, apreté mis puños. No le dejaré ganar. De una forma u otra, termina esta noche. No tendremos otra oportunidad.

Kanin se dio vuelta hacia Zeke de nuevo.

—Esta es tu isla, Ezekiel —dijo—. Tu territorio. Espero que sepas hacia dónde ir.

Zeke asintió.

—Por aquí —murmuró, liderándonos por la orilla—. Hay un camino más adelante que nos llevará hacia la ciudad. Deberemos atravesar Edén para llegar al laboratorio, pero hay demasiado espacio abierto entre nosotros y la ciudad. Puede que luchemos contra Rabids todo el camino hasta allí.

Que vengan, pensé, siguiendo a Zeke por la pendiente. Estamos en Edén. Por fin lo logramos. ¿Escuchas eso, Sarren? Estoy aquí. Estoy yendo por ti.

Deslizándonos entre los árboles, encontramos una franja estrecha de pavimento que serpenteaba hacia la oscuridad, y nos dirigimos más adentro de Edén hacia el loco al final del camino.

Estaba tranquilo, demasiado tranquilo, en el pequeño camino pavimentado que atravesaba los campos, pasando las casas lejanas que estaban vacías y oscuras al borde del terreno vacío. Más allá de la playa de donde habíamos llegado, los árboles delgados, volviéndose grandes pastizales abiertos debajo de mantas de nieve no perturbadas. Las pocas casas que vi, a pesar de que estaban limpias y ordenadas, no cayendo en ruinas bajo los años de abandono y decaimiento, no bastaban para la gran cantidad de personas en el punto de control.

—Pensé que Edén era una ciudad —susurré a Zeke.

—Lo es —respondió Zeke en una voz igual de baja. No habíamos visto ninguna forma esquelética pálida acechando en las sombras o en los edificios en la lejanía, pero sabíamos que estaban allí afuera, en algún lugar—. Estamos a las afueras de Edén justo ahora. La mayoría de las áreas circundantes se usan para el cultivo, tanto como puedan tener. La ciudad en sí está más allá.





Miré a lo largo del campo nevado, vacío ahora debido al invierno, supuse, y recordé mis días como un Fringer, muerta de hambre y recogiendo de la basura para sobrevivir. Incluso los ciudadanos registrados de Nueva Covington apenas se les daban suficientes suministros para sobrevivir, a menos que llegaras al Centro de la Ciudad, por supuesto. ¿Cómo hacia Edén para proporcionar suficiente comida para su gente? Por lo que he visto en el punto de control, debía de haber unos miles de sobrevivientes.

—Estas no son las únicas granjas —explicó Zeke cuando por fin le pregunté—. Sólo un pequeño porcentaje de comida viene del mismo Edén. Hay tres islas pequeñas, las pasamos camino aquí, que son exclusivamente para el cultivo y la cría de ganado. Un puñado de agricultores y ganaderos viven allí durante todo el año y una barca suministra a Edén cada par de semanas. —Miro hacia el campo, observando el viento helado arremolinándose a través del pasto—. Estuve aquí solo unos meses —admitió—, pero por lo que he aprendido, las personas aquí se cuidan entre sí, así que nadie realmente pasa hambre por mucho tiempo, incluso en los tiempos malos.

—Huh —comenté, preguntándome cómo debió ser: nunca pasar hambre. Nunca tener que preocuparte de dónde vendría tu próximo pedazo de comida, si podrías rasparlo lo suficiente para mantenerte con vida otro día más. E incluso más impactante, las personas aquí ayudándose entre sí, velando por el otro, en vez de acaparar sus provisiones o intrigando maneras para obtener más de aquellos que tenían. Nunca experimenté eso. Todos en mi mundo, antes de Zeke de todos modos, velaban por ellos mismos—. Suena como si tuvieran una buena vida aquí.

—Lo tenían—murmuró Zeke—. Hasta ahora.

El camino continuaba más allá hacia Edén, y pronto dejamos los campos y granjas detrás. Casas y edificios se volvieron más destacados, hogares sencillos pero resistentes que vagamente se parecían a filas y filas de viviendas urbanas en las ciudades abandonadas. Solo que estas estaban ilesas e intactas, con patios bien cuidados, paredes que no estaban desmoronándose, y techos que no se habían caído. Las casas estaban muy juntas, las personas literalmente viviendo una encima del otro en viviendas de dos y tres pisos. Aun así, era un lugar mucho más bonito que cualquiera que haya visto antes. Estaba lleno de gente, seguro, pero era mejor que los establecimientos destartados de mala calidad que había visto fuera de las ciudades de vampiros, edificios arrojados junto con lo que sea que estuviera alrededor. Estos hogares fueron cuidadosamente construidos y mantenidos, como los pueblos reales lo habían sido antes de la plaga. No eran establecimientos construidos precipitadamente que desaparecerían en unos pocos años.

Sin embargo, el silencio total y el vacío lo hicieron más inquietante. Este lugar se suponía que tenía que ser bullicioso, lleno de gente, ruido y vida, y no lo era. El mundo exterior había sido abandonado durante décadas, y se notaba en cada edificio derrumbado, cada auto





oxidado, carretera llena de hierba, o azoteas divididas por árboles. Todo estaba oscuro, roto, sin vida, y lo había sido durante mucho, mucho tiempo.

Pero aquí, había sutiles indicios de una vida anterior. Una bicicleta azul, apoyada contra un poste de cerca, vieja y desteñida pero aún en condiciones de funcionar. Un auto estacionado al borde del camino, las puertas abiertas, sangre seca salpicando el asiento delantero. Una muñeca yacía en el medio de la acera, como si hubiera sido arrojada y su dueño, ya sea que la dejó allí o había estado apresurado. Unos edificios estaban todavía iluminados por dentro, derramando una suave luz naranja por las ventanas.

—La energía de la planta todavía está funcionando —dijo Zeke, mirando una farola que parpadeaba de forma errática en la esquina—. Eso es algo bueno, creo.

Miré a través de una puerta abierta crujendo suavemente en sus bisagras y encontré un pequeño, y pintoresco salón, una chimenea de piedra en una esquina y un sofá verde enfrente de ella. El sofá era la única cosa en la habitación que no había sido volteado o destruido. Platos rotos cubrían el piso, sillas estaban derribadas y destruidas, y unas siniestras rayas marrones cubrían una parte de la pared. Tomé una respiración rápida y olí lo que temía: ese toque de decadencia y maldad, persistiendo en el aire como una mancha aceitosa. Ellos estaban definitivamente por allí afuera, acechando en la oscuridad. Me preguntaba por qué no nos habíamos topado con alguno de ellos todavía.

No nos habíamos adentrado mucho en la ciudad cuando tropezamos con el primer cadáver de un Rabid.

Yacía en la carretera, la nieve cayendo a su alrededor, su blanco cuerpo demacrado acurrucado como una enorme araña. Su cráneo había sido aplastado, ya sea por balas o algo pesado, y la nieve debajo estaba manchada de negro. Torcí mi labio, Kanin lo ignoró, y Jackal le dio una sonrisa mientras caminaba sobre el cuerpo destrozado y continuaba por el camino.

Mientras más nos acercábamos a Edén, y los edificios a ambos lados se volvían más altos y llenos de gente, el número de cuerpos aumento. Rabids yacían en el camino o en la acera llenos de agujeros o reventados. Las fuerzas militares no habían ido tranquilamente y probablemente fueron la razón de que muchos salieran vivos de Edén. No había cadáveres humanos en el camino, los caídos habían sido desgarrados o comidos por los Rabids en poco tiempo. Pero las señales reveladoras de la masacre todavía estaban allí. Huesos se hallaban esparcidos en medio de cadáveres de Rabids, los restos andrajosos de ropas ensangrentadas todavía aferrándose a ellos. Un cuerpo, más esqueleto que carne, yacía mitad dentro y mitad fuera de un escaparate roto. No podía saber si era hombre o mujer porque estaba demasiado golpeado. El olor de la sangre, de los Rabids y la sangre desenfundada era abrumador, y si hubiera sido humana, me habría puesto violentamente enferma.

— Bueno, alguien ha estado divirtiéndose —comentó Jackal cuando rodeamos una pila de Rabids muertos, la calle y las paredes acribilladas con balazos. Un vehículo grande





camuflado yacía de lado en la acera, ventanas destruidas, una línea de sangre a través del parabrisas—. Este lugar esta jodido peor que Nueva Covington. Todo lo que necesitamos ahora es una multitud de humanos completamente locos desgarrando sus rostros.

Débiles sonidos de rasguños lo interrumpieron. Un Rabid yacía debajo de unas de las grandes llantas, su mitad inferior aplastada por el vehículo, brazos largos arañando débilmente el pavimento. Nos vio y siseó, dejando al descubierto la boca llena de colmillos afilados, justo antes de que Jackal llevara el tacón de su bota hacia su cráneo. Hubo un repugnante estallido, y el Rabid dejo de moverse. Jackal curvó su labio y raspó su pie contra la acera.

—¿Sabes qué? No importa. Puedo hacerlo sin toda esa locura. Este lugar está lo bastante jodido.

Kanin lo ignoró, volviendo su atención hacia Zeke.

—¿Cuánto falta para llegar al laboratorio?

—No está muy lejos —confirmó Zeke—. Los muelles y la plaza del pueblo están a kilómetro y medio por allá —continuó, asintiendo hacia el lado oeste de la isla—. De acuerdo con el alcalde, allí fue donde la barcaza se estrelló y los Rabids venían saliendo, así que estoy tratando de evitar la avenida principal llevándonos por alrededor. El laboratorio está a las afueras de la ciudad, cerca de la planta de energía y el viejo aeropuerto.

—Entonces lidera.

La carretera continuaba más profundo a Edén, cortando a través de edificios y apartamentos, debajo de puentes y pasarelas de niveles superiores. Farolas brillaban tenuemente en las esquinas, y las luces brillaban por encima de nosotros desde las ventanas y las puertas, lanzando sombras extrañas sobre las calles desiertas.

—¿Aún no hay Rabids? —reflexionó Jackal, mirando hacia los callejones oscuros y los edificios sombríos—. Pensé que este infierno estaba tan infestado que no podían lanzar una roca sin golpear a alguien. ¿Dónde los está manteniendo a todos el loco?

—Estoy seguro que lo averiguaremos pronto —murmuró Zeke—. Estoy sorprendido que no nos hayamos topado con nada más. Si Sarren sabía que veníamos, habría pensado que habría instalado unas pocas...

Y en ese momento, por supuesto, mi pierna rozó contra algo: un alambre delgado de cabello estirado a través de la carretera cerca del piso, casi invisible en la oscuridad. Tan pronto como lo sentí, me congelé, pero era demasiado tarde.

Un grito espeluznante sonó por encima, haciéndome saltar hacia atrás con un gruñido, desenvainando mi espada. Zeke y Jackal sacaron sus armas, y nos colocamos espalda con espalda, mirando alrededor por los atacantes. No había cuerpo, humano o Rabid, en los





balcones superiores, ningún movimiento en las sombras. Pero el grito continuó, frenético y aterrorizado, haciendo eco a través de la calle y sobre los tejados, haciéndome estremecer.

—¿De dónde viene? —espeté, deseando ver a quien sea que estaba chillando solo para hacerlo callar. En el silencio sepulcral, los gritos perforaron la noche como un disparo y probablemente se hicieron eco por kilómetros. Pero todavía no podía ver a nadie.

Kanin se abalanzó hacia abajo abruptamente, agarró un ladrillo de la acera, y la arrojó hacia la oscuridad. Vi el destello del proyectil en el aire y golpear algo pequeño en la esquina de un techo. Hubo un crujido y luego un zumbido confuso. Piezas de cables y maquinaria cayeron en el camino, agitándose como polillas muertas, cuando el grito farfulló en el silencio. Aunque los ecos todavía persistían, rebotando en las paredes y sonando en mis oídos.

Y ahora había un nuevo sonido, elevándose de los tejados, volviéndose firmemente más cerca. Un sonido ligero y sibilante, el sonido de muchas cosas acercándose. Jackal enseñó sus colmillos en un silencioso gruñido y levantó su hacha.

—Bueno, haz una pregunta estúpida...

—¡Por aquí! —gruñó Kanin, dándose la vuelta hacia un callejón—. ¡Antes de que estén sobre nosotros!

La figura de un esqueleto blanco cayó sobre el camino desde un balcón de más arriba, sus ojos ardiendo, y arremetió contra mí con un gemido. Me tensé, pero el machete de Zeke destelló entre nosotros, y la cabeza del Rabid golpeó mis botas cuando se derrumbó.

—¡Allie, ve! —espetó él mientras los tejados, las paredes y las calles comenzaron a llenarse con cuerpos pálidos y delgados—. ¡Estoy justo detrás de ti!

Corrimos, siguiendo a Kanin por las estrechas y sinuosas calles, metiéndonos en callejones y a través de edificios, con un estridente silbido de una multitud en nuestros talones. Garras me agarraron desde una calle lateral, enganchando el borde de mi abrigo. Me giré y atacé al mismo tiempo, cortando ambas manos del cuerpo del Rabid antes de seguir corriendo.

Un Rabid saltó sobre el cofre de un auto, siseando. Jackal gruñó y bajo su arma con un perverso crujido, aplastando por igual el metal y la columna vertebral del Rabid.

—Comienzo a sentirme como una rata en un laberinto, aquí —dijo él, mirando a la multitud acercándose a nosotros—. Si alguien tiene una idea además de correr en círculos y matar a todo lo que nos jode, me encantaría escucharlo.

Zeke lanzó a un Rabid que saltó frente a él, y blandió su espada en el cuello de otro, cortándolo limpiamente. Su balanceó golpeó contra el primer Rabid que saltó frente a él de nuevo, golpeándolo contra la pared.

—¿Dónde estamos? —gruñó él, echando un vistazo rápido a una señal de la calle en la esquina. Un Rabid trató de cargar contra él mientras estaba distraído, pero se encontró con mi





katana en su lugar cuando blandí mi espada hacia su centro y lo corté por la mitad—. Centro Dyke y Sandpoint —murmuró Zeke, y retrocedió un paso—. Sé dónde podemos ir. ¡Todos, síganme!

Él fue por otra calle lateral, el resto de nosotros detrás, cortando a Rabids que se acercaban demasiado o que bloqueaban nuestro camino. Zeke y Jackal lideraron el camino, el machete y hacha de fuego trabajando uno tras otro, rebanando los cuerpos o golpeándolos a un lado. Kanin se quedó atrás conmigo y cubrió nuestra salida, con su delgada daga brillante, letalmente precisa mientras destellaba por el aire.

Las calles se abrieron, y justo delante de nosotros, un pequeño edificio de piedra estaba dentro de una valla de hierro forjado al final de un pequeño terreno lleno de hierba. A medida que íbamos hacia la reja, lápidas se hicieron visible a través de la hierba cuidadosamente cortada, cruces y ángeles elevándose hacia el aire, y Jackal dio un gruñido de disgusto.

—¡Oh, claro! Por supuesto que sería una maldita iglesia. ¿Qué más estaba esperando?

Zeke, avanzó rebanando a través de dos Rabids más que vinieron hacia nosotros, no bajó la velocidad.

—Si estás preocupado por estallar en llamas si cruzas el umbral, siéntete libre de quedarte fuera —dijo él sin mirar a Jackal, quien resopló y embistió la empuñadura de su hacha en la cara de un Rabid, arrojándolo hacia atrás.

—Oye, no es por llover en tu pequeño paraíso, pero creo que has olvidado algo. —Giró su arma en un arco vicioso, derribando a un atacante con una fuerza rompe-huesos antes de volverse hacia Zeke—. Eres un demonio ahora, cachorro, igual que el resto de nosotros. No seas tan presumido, eres igual de propenso a obtener el rayo cuando atraveses esas puertas.

—Entonces sabré a dónde pertenezco —murmuró Zeke, y golpeó las rejas del cementerio, empujándolas hacia atrás con un chirrido. Los Rabids nos siguieron por el césped, entre lápidas y estatuas de ángeles, escarbando sobre las tumbas para llegar a nosotros. Luchamos por el camino hacia las escaleras de la pequeña iglesia, hacia las pesadas puertas de madera en la cima. Con la iglesia a nuestras espaldas, los monstruos se vieron obligados a apretujarse mientras subían por las escaleras, haciendo más fácil lidiar con ellos. Pero todavía había un montón de bastardos, y eran estúpidamente persistentes. Mientras Kanin, Jackal y yo bloqueábamos las escaleras, Zeke se dio la vuelta para abrir las puertas. Crujieron cuando trato con la manija, pero no cedieron.

—Cerrado —gruñó—. Alguien ya cerró el modo de entrar. —Golpeó su hombro contra las puertas, colocando su considerable fuerza de vampiro detrás de los golpes. Las puertas pesadas se estremecieron violentamente, pero no se movieron—. ¡Demonios! Está bloqueada. Algo está en el otro lado. No puedo moverla.





Los Rabids gritaron y se presionaron hacia adelante, como si sintieran la sangre y supieran que estábamos acorralados. Kanin apuñaló a uno a través del ojo y retrocedió un paso, enfundando su espada.

—Manténgalos a raya —ordenó, y se dio la vuelta, uniéndose a Zeke en la entrada. Jackal gruñó una maldición y se deslizó hacia mí, cerrando la brecha. Los Rabids sisearon y arañaron hacia nosotros, yendo hacia adelante, y nosotros desesperadamente defendiéndonos de ellos.

—Sabes —dijo Jackal, golpeando a un Rabid en la cara, enviándolo hacia atrás—, parece ser que cada vez que estoy contigo, estoy constantemente yendo a lugares en los que en realidad no quiero estar. Las alcantarillas, la torre del príncipe, una maldita iglesia. —Un Rabid arañó hacia él desde el costado de las escaleras, y él golpeó su cabeza contra la barandilla—. Si alguna vez necesito un favor, hermanita, espero que recuerdes esta mierda. ¿Todas estas situaciones que amenazan la vida? No es en realidad lo mío. Debería haber desaparecido hace mucho tiempo.

—¿Por qué no lo hiciste, entonces? —espeté de regreso, esquivando la garra de un Rabid de mi cara—. Nadie te lo estaba impidiendo. Podrías irte en cualquier momento, igual que esa vez en Nueva Covington. ¿O estás esperando encontrar la cura para abandonar el barco?

Él gruñó, giró, y golpeó al Rabid que saltó hacia mí en el concreto.

—¡Eres tan malditamente frustrante! —rugió, golpeando a otro Rabid con el hacha—. ¿Realmente crees que la cura vale *esto*? ¿Crees que estaría aquí si eso fuera todo lo que quiero? —Se dio la vuelta y golpeó su arma a través del aire, decapitando un Rabid y hundiéndolo en otro—. ¡Saca tu maldita cabeza del trasero, hermana! —Se puso furioso—. Y dame un poco de crédito. Eso no es por lo que estoy aquí.

Un sonido sordo interrumpió lo que iba a decir. Kanin y Zeke golpearon las puertas al mismo tiempo y la fuerza añadida de un vampiro Maestro destrozó lo que sea que había en el otro lado. Las puertas se abrieron con un crujido, el sonido de la dispersión a través del piso.

—Vamos —me dijo Jackal, y rápidamente retrocedimos hacia las puertas, donde Zeke y Kanin estaban de pie justo adentro, listos para cerrarlas. Crucé el umbral, y Jackal se dio la vuelta, lanzándose por la abertura, su hacha moviéndose contra el piso mientras él rodaba.

Chillando, los Rabids se lanzaron hacia adelante. Zeke, Kanin y yo cerramos las puertas, y los golpes de la multitud vibraron a través de la madera. Pero la madera era gruesa y reforzada con bandas de acero que podrían aguantar el asalto implacable. Saltando hacia adelante, Jackal agarró una viga rota del piso y lo puso entre las manijas, apuntalando las puertas cerradas. Se agitaron, sacudiéndose violentamente, pero se mantuvieron.

Retrocediendo, miré alrededor de la habitación. Bancas de madera llenaban el interior, algunas volteadas o destruidas, pero la mayoría intactas. Las ventanas eran altas y estrechas, y tenían marcos de metal que una vez sostuvieron un vitral, ahora rotas, pero demasiado pequeñas para que los Rabids se colaran por allí. Desde el olor de la muerte y los pocos





cadáveres de Rabids cubriendo el piso, lucía como si las personas hubieran tratado de esconderse aquí, justo como estábamos haciendo nosotros, pero no habían tenido éxito. Ya sea que alguien de adentro hubiera sido mordido y transformado, o los Rabids habían conseguido entrar de otro modo. Sangre seca manchaba las paredes, los bancos estaban en pedazos, y huesos sangrientos estaban esparcidos aquí y allá. Muchas bancas habían sido apiladas en la esquina en lo que parecía una barricada improvisada, pero al final, no había servido.

—Bueno —murmuró Jackal, sacudiéndose el polvo de sus manos—, aquí estamos. En una iglesia. Vampiros tomando refugio en una iglesia, eso tiene que ser la cosa más irónica. Cachorro, será mejor que me digas que este lugar tiene una puerta trasera.

Zeke había comenzado a atravesar la habitación pero de repente se detuvo cerca del frente, su mirada cayendo a un púlpito volcado. Agachándose, recogió un libro del desorden, un pequeño libro negro con un listón dorado colgando entre las páginas. La esquina estaba empapada de rojo, y él cerró sus ojos.

Detrás de nosotros, la puerta retumbó, haciéndome saltar.

—Eso no los mantendrá a raya por mucho tiempo —dije. Mi mirada cayó sobre una banca yaciendo unos metros más allá, y avancé hacia allá—. ¡Zeke, ayúdame a mover esto! Tenemos que reforzar la puerta o la romperán en unos minutos.

Zeke parpadeó, luego se sacudió de su trance.

—No —dijo, deteniéndome. Colocando suavemente el libro sobre una banca, se dio la vuelta con los ojos serios—. No podemos escondernos. No hay tiempo. Esto fue solo para darnos una salida, para frenarlos un poco. Sígueme.

Dio media vuelta y corrió por la habitación, esquivando bancas y cuerpos de Rabids, hacia la improvisada barricada en la esquina. Perpleja, lo seguí, Kanin cerca detrás. Jackal arrebató una lámpara de aceite que había estado yaciendo, extraordinariamente intacta, sobre una banca, antes de salir detrás de nosotros.

Un enorme golpe resonó a través de la iglesia, y la puerta se dobló hacia adentro. Rostros de Rabids se asomaron por la grieta, crueles y gruñendo, sus garras y colmillos comenzaron a arrancar la madera a pedazos. Me apresuré tras de Zeke, rezando que supiera sobre lo que estaba hablando, que había otra forma de salir de aquí.

Detrás de la barricada, Zeke se metió en un corto pasillo y abrió la puerta del fondo, revelando un par de estrechas escaleras de madera, con forma de espiral en la oscuridad.

—Por aquí —instó, y desapareció por la puerta.

Yo estaba justo detrás de él, subiendo los escalones a medida que se formaban espirales hacia arriba a través de una torre de piedra y terminaba en un techo de madera con una trampilla. Zeke la empujó, y nos precipitamos hacia una pequeña habitación al aire libre. Sobre





nosotros, una enorme campana de bronce estaba en silencio y a oscuras, y a través de las ventanas de piedras curvadas, podía ver todo Edén extendido abajo.

—Allí está la planta de energía —dijo Zeke, señalando hacia las luces esparcidas más allá de la ciudad. Un grupo de chimeneas se alzaban hacia el cielo, cerniéndose sobre los edificios y ondulantes nubes blancas en el aire—. El laboratorio está justo al lado de...

Un estruendo debajo de nosotros nos advirtió que estábamos sin tiempo.

—Rápido —dijo Kanin, tomando el mando, y saltó desde la torre hacia las ramas de un enorme árbol solitario al lado de la iglesia.

—Ve, Allie —instó Zeke, y fui, comenzando una carrera antes de arrojarme por el borde de la torre. Por un segundo, pude ver directamente la iglesia bajo mis pies, y una enorme horda de Rabids rodeándola, merodeando por la puerta. Las ramas llenaron mi visión, y me agarré a la primera que vi, aferrándome desesperadamente mientras me balanceaba y dio un trágico gemido, pero no se rompió.

Levantándome, miré hacia atrás al resto de nuestro grupo. Zeke estaba en el borde, preparándose para saltar, pero Jackal no se había movido de la trampilla abierta. Todavía sostenía la lámpara de aceite que había recogido antes, y mientras lo observaba, la levantó sobre su cabeza y la arrojó por la trampilla. Hubo un débil estruendo, y Zeke se giró hacia el ruido.

—Jackal, ¿qué estás haciendo? ¡Vamos!

Un chasquido, y apareció una pequeña llama entre los dedos de Jackal. Por un momento, parpadeó sobre sus rasgos agudos y la sonrisa malvada apareció por su rostro, justo antes de arrojarla por el agujero. Hubo un chisporroteo, y una brillante luz naranja estalló a la vida por la trampilla.

Los chillidos y gritos viniendo de adentro de repente adquirieron una nota de alarma. Miré hacia abajo para ver a varios Rabids lanzándose fuera del edificio, arañando frenéticamente al resto de la horda para salir, antes de deslizarse hacia la oscuridad. Sonriendo, Jackal pateó la trampilla cerrándola y caminó lentamente para unirse a Zeke, quien lo estaba mirando con una inconfundible amenaza.

—No tenías que hacer eso.

—Oye, conseguí sacar a los Rabids de nuestras espaldas, ¿no? —La sonrisa de Jackal era insoportablemente presumida cuando avanzó hacia el borde de la torre—. Pensé que estarías agradecido, cachorro. Matar algunos Rabids, quemar una iglesia, no veo lo malo aquí, ¿tú sí? —Y salto hacia las ramas antes de que Zeke pudiera responder. Zeke gruñó hacia él, descubriendo sus colmillos, pero saltó de la azotea también, aterrizando a mi lado sobre la estrecha rama.





—Vamos —murmuró Kanin cuando estábamos todos reunidos en el árbol. Debajo de nosotros, los Rabids habían huidos, volviendo hacia la devastada ciudad, mientras el humo se filtraba por la campana de la torre y las primeras llamas diminutas comenzaron a parpadear por las ventanas—. Iremos por los tejados tan lejos como podamos —continuó Kanin, asintiendo hacia el borde de un edificio de apartamentos más allá de la valla. Desde aquí, será bastante largo el salto, pero lo lograremos—. Espero que podamos evadir a los Rabids y cualquier otra sorpresa que Sarren nos haya dejado al evitar las calles. Vamos.

Se dio la vuelta y caminó grácilmente por la rama estrecha, tan fácil como lo haría por la acera. Jackal se apartó del tronco y comenzó a seguirlo, pero Zeke se detuvo, echando una última mirada a la iglesia condenada, un destello de tristeza y culpabilidad cruzó su rostro. Extendí la mano, frotando con suavidad su brazo, y se dio la vuelta con una sonrisa dolorida.

—Lo siento. —Retrocedió, alejándose de la iglesia, aunque su rostro todavía estaba triste—. Sólo... recuerdos. Pase mucho tiempo en ese edificio después de que llegamos aquí, rezando por orientación, preguntando dónde debería ir después. También era uno de los pocos lugares dónde podía ver a Caleb y Bethany y a los otros. Ellos asistían al servicio los domingos por la mañana, y algunas veces sus padres me invitaban a casa, solo por la tarde. El resto de los otros días, había estado tan ocupado en el laboratorio, trabajando con los científicos, que no los veía demasiado. —Suspiró, mirando hacia atrás una vez más, observando las llamas parpadear a través de las ventanas de la torre—. Muchos recuerdos allí. Es difícil ver que todo se quema.

—Sólo es un edificio, Zeke. Puede ser reconstruido.

—Sí. —Zeke asintió y se alejó—. Tienes razón. Sólo es un edificio. —Su voz se hizo más fuerte, más determinada—. Edén puede ser reconstruido. Podemos empezar de nuevo. Solo tenemos que asegurarnos que *hay* un nuevo comienzo por cual esperar.

Llegamos al final de la rama, las siluetas de Kanin y Jackal esperando por nosotros sobre el tejado cercano. Zeke fue primero, saltando hacia el aire, más lejos que cualquier humano pudiera esperar lograr, aterrizando con facilidad en el otro lado. Me preparé y lo seguí, mi abrigo ondeando detrás de mí, sintiendo una emoción momentánea mientras mi cuerpo se propulsaba a través del espacio abierto y golpeaba el borde con un espacio de sobra.

Kanin tomó el liderazgo de nuevo, y avanzamos en silencio sobre los tejados de Edén, en dirección a las enormes chimeneas ondulantes en la distancia. Caminé junto a Zeke, mirándolo de reojo. Su expresión era sombría y decidida, pero serena. Dado el estado de su casa y todos los horrores que había visto y pasado, pensé que era bastante notable. Tenía la esperanza que no fuera un frente estoico, una máscara serena como la que Kanin llevaba todo el tiempo, y en realidad estuviera a punto de desmoronarse. Su ciudad, su hogar, estaban en ruinas, y todo lo que conocía había cambiado en su cabeza. Yo sabía como era aquello, demasiado bien.

Acercándome, froté su brazo con suavidad.





—¿Estás bien? —murmuré.

Él asintió una vez.

—Tratando de no pensar en ello —dijo—. Sobre... ellos. Sobre todos. Mayormente en Caleb y Bethany, en que solían sentarse a mi lado en la iglesia y decirme todo lo que hicieron sus cabras esa semana. Y... yo solo fracasé espectacularmente, ¿no? —Soltó una risa sin humor y bajo la cabeza, pasando sus dedos por su cabello—. Ellos son los últimos, Allie —dijo, con su voz dolida mientras levantaba su cabeza—. No pueden haber desaparecido.

Era difícil pensar que algo pudiera seguir vivo aquí. Era una tonta esperanza, y ofrecerla, cuando la realidad era oscura y cruel y no le importaba los apegos humanos, o las emociones, o lo que estaba bien. Me había atrevido a tener esperanza antes, y casi me había matado. Iba en contra de todo lo que Allie la Fringer creía; nada dura en el mundo, y la única manera de sobrevivir era no preocuparse por nada.

Pero Allie la Fringer estaba muerta. Y Allison el vampiro tenía una familia ahora. Una extraña familia de no-muertos, algunas veces exasperante, pero ya no estaba sola. Había perdido al chico humano que amaba, solo para volver a encontrarlo. De regreso de los muertos. Y, de algún modo, a pesar de que él había jurado que prefería morir que volverse un vampiro, todavía estaba aquí, caminando justo a mi lado.

Así que... quizás estaba bien tener esperanza, confiar en que las cosas podrían funcionar. Quizás... quizás eso era lo que me había mantenido humana todo este tiempo, la fe de que podía ser más que un monstruo. Cuando perdí esa esperanza, fue cuando el monstruo ganó.

Me sacudí. Epifanías a un lado, no podía permitirme ser distraída. Y no podía dejar que Zeke se distrajera, tampoco. Si *hay* esperanza de un futuro, para todos nosotros, teníamos que detener a Sarren, antes de que destruyera toda esperanza, para siempre.

—Ellos son fuertes —le dije a Zeke—. Esos pequeños niños te siguieron todo el camino hacia Edén, a través de Rabids y animales salvajes y el mismísimo rey psicópata raider. Si están vivos, los encontraremos.

—Pero Sarren va primero —terminó Zeke, asintiendo con gravedad—. Lo sé. —Encontrándose con mi mirada, ofreció una sonrisa triste—. No te preocupes por mí, Allison. Tengo mis prioridades en orden. Sé lo que tenemos que hacer. —Hizo una pausa, y luego añadió en una voz muy suave—: Pero tienes que estar lista para hacer lo mismo.

Le fruncí el ceño, confundida.

—¿De qué estás hablando?

—Oye, cachorro. —La voz de Jackal se hizo eco por los tejados, interrumpiéndonos. Él y Kanin estaban de pie al borde del techo, mirando hacia nosotros. A lo lejos, volutas de humo se retorcían en el aire desde una planta de energía mucho más cercana. Los ojos de Jackal brillaron amarillos, y cruzó sus brazos con una sonrisa en dirección a Zeke—. Cuando hayas





terminado de hacerle ojitos a mi hermana, ¿por qué no vienes aquí y nos muestras hacia dónde se supone que tenemos que ir?

Zeke me dio una mirada de disculpa y avanzó hacia adelante, uniéndose a Kanin y Jackal en el borde del tejado. Lo seguí, mirando hacia abajo desde nuestra posición elevada, curiosa de saber lo que había debajo. A varios metros desde donde estábamos, los atestados apartamentos terminaban, y una valla metálica separaba los edificios de un largo campo grande. A través del terreno abierto, rodeado por otra valla, la planta de energía brillaba como un castillo de metal, envuelto de ondulante humo. Pequeños edificios lo rodeaban, largos y blancos, y Zeke señaló a uno en la misma esquina, envuelto por las sombras de la planta.

—Allí —dijo, su voz sombría—. Ese es el laboratorio.

Dónde Sarren estaría, añadí para mí, sintiendo un escalofrío subir por mi columna. *Esperando por nosotros*. Tragué cuando la realidad golpeó duro: esto era. Íbamos a enfrentar al terrible, brillantemente vampiro loco quien quería destruir el mundo. Sin contar lo que nos íbamos a encontrar cuando entráramos, pero probablemente sería terrible, peligroso y tan horrible como el retorcido cerebro de Sarren lo permitiera. *Espero que estés lista, Allie. La última vez que fuiste a su guarida, uno de ustedes no salió.*

Kanin, de pie inmóvil en el borde del techo, observó el laboratorio con impasibles ojos negros y asintió una vez.

—Seamos cuidadosos —dijo en voz baja, haciendo eco de mis pensamientos—. Sarren sabe que estamos aquí y que estamos cerca. Él ha tenido tiempo de prepararse para nuestra llegada. Cuando entremos en el laboratorio, es probable que trate de reducirnos primero, ya sea con trampas o criaturas vivientes. Debemos estar preparados para enfrentar cualquier horror que estoy seguro nos lanzara. Sarren mismo es su más peligroso cara-a-cara, y su humor puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Incluso después de décadas de conocerlo, aprendiendo sus patrones y cómo trabaja su mente, todavía no puedo decir exactamente lo que hará en una pelea.

—Bueno, puedo responder eso —dijo Jackal despreocupadamente, y enseñó sus colmillos en una sonrisa letal—. Él puede morir. Dolorosamente. Después de que arranque su otro brazo de la cuenca y se la meta tan profundo por su agujero que escupe poesía hasta que se ahogue. Lo que no entiendo es porqué estamos de pie aquí charlando cuando deberíamos estar allá abajo pateando su puerta. Así que, vamos, equipo. —La mirada de Jackal era burlona pero peligrosa—. Vamos a matar nosotros mismos a un psicópata.



El laboratorio estaba en silencio mientras escalábamos la valla metálica y nos dirigíamos hacia el largo edificio blanco al final del terreno. Nada se movía; no había Rabids vagando alrededor del laboratorio, al menos no en el exterior. Las ventanas estaban vacías y oscuras, pero a medida que nos acercábamos al edificio, estaba más convencida que Sarren nos estaba





observando. Kanin evitó las puertas delanteras, llevándonos hacia la parte trasera, aunque yo no sabía porqué nos molestábamos con el sigilo. Si Sarren sabía que estábamos aquí, bien podríamos derribar las puertas y empezar a matar cualquier cosa en nuestro camino.

En cambio, Kanin utilizó su codo para romper una ventana, arreglándoselas de algún modo para hacerlo en silencio, y nos deslizamos en las habitaciones oscuras de la guarida de un loco.

Una vez dentro, Kanin dio media vuelta hacia Zeke.

—¿Por dónde ahora? —preguntó en voz baja, mientras yo revisaba la habitación con cautela. Era blanca y estéril, con largos mostradores alineados con muchas cosas pequeñas que brillaban en la oscuridad. Me estremecí, recordando otro laboratorio, otro conjunto de instrumentos precisos y afilados, guiñándome un ojo desde un charco de sangre de Zeke.

—No estoy seguro —susurró de regreso Zeke, inconsciente de mis repentinos recuerdos espantosos—. Pero si tuviera que adivinar, diría que el nivel del sótano. Ahí es donde los científicos hicieron un montón de sus experimentos. Donde me quedé la mayor parte del tiempo cuando estuve aquí.

Mi estómago se revolvió, pensando en todas las cosas que podrían haberle hecho a Zeke, pero Kanin solo asintió.

—Entonces lidera el camino —le dijo, asintiendo hacia la puerta—. Y seamos cuidadosos.

Nos metimos en el laboratorio, siguiendo a Zeke por estrechos pasillos sin fin, por blancas habitaciones estériles llenas de mostradores, computadores y extrañas maquinarias. Nada parecía roto o fuera de lugar. No había cuerpos, ni sangre, ningún indicio de que algo estuviera fuera de lo común. Excepto por el vacío y la misteriosa quietud, no adivinarías que algo estaba mal.

Y aun así, el laboratorio hizo que mi piel se erizara. Estaba *demasiado* limpio. Todo era demasiado blanco y brillante y pulido, oliendo ligeramente a químicos y desinfectantes. No solo esterilizado, sino sin vida. Mi mundo —el mundo exterior— estaba roto y cayendo a pedazos, lleno de corrosión, escombros y decadencia. Pero, a pesar de eso, estaba vivo. Este lugar estaba casi ofensivamente prístino y sin daños, demasiado perfecto para ser real. Se sentía como un hospital, frío y antiséptico y desapasionada, como si cosas terribles hubieran sucedido aquí pero fueron rápidamente fregadas y olvidadas.

De algún modo, era incluso más perturbador que si hubiéramos abierto la puerta para encontrar las paredes bañadas de sangre y cadáveres mutilados. Esperaba eso de Sarren. Una matanza, no habitaciones frías, pulidas y silenciosas. Él estaba cambiando las reglas, y no me gustaba.

Al parecer, no fui la única que pensó así.





—Huh —comentó Jackal, su voz haciendo eco extrañamente por el pasillo vacío—. Bueno, eso es algo decepcionante. Vinimos todo el camino hasta aquí para matar a Sarren, ¿y él ni siquiera se molesta en dejar algunas trampas o Sangradores deambulando? Estoy casi ofendido.

—Quizás no tuvo tiempo —musité esperanzada—. O quizás no está aquí después de todo.

Kanin negó con la cabeza.

—No. —El vampiro Maestro miró alrededor del laboratorio silencioso, estrechando sus ojos—. No se dejen engañar por esta tranquilidad. Lo que sea que Sarren estuviera planeando aquí, necesitaba asegurarse de no ser interrumpido. Es por eso que dejó a los Rabids sueltos en Edén. Con todo el caos en el exterior, él podía trabajar en paz, sin cuestionamientos y molestias. Ha tenido mucho tiempo para prepararse para nuestra llegada. Supongo que descubriremos lo que nos tiene preparado en cualquier momento ahora.

—Esperemos que sea así, anciano —dijo Jackal, y casualmente volcó una caja de viales en el suelo, donde se destrozaron por el impacto, esparciendo trozos pequeños de vidrios sobre los azulejos. Me tensé, medio esperando que la habitación estallara en caos con el ruido repentino, pero todo permaneció tan tranquilo como siempre. Zeke le lanzó una mirada de molestia, y Jackal sonrió—. No me vestí para nada.

Llegamos a los ascensores y encontramos que funcionaban, aunque ambos, Kanin y Zeke eran recelosos de entrar a una pequeña, y cerrada caja metálica sin ningún lugar al cual escapar. Sería el lugar perfecto para una trampa, una bomba, u otra sorpresa desagradable. Lo sería, Zeke lo señaló, el lugar dónde él pondría una trampa para vampiros; una mina en la parte inferior del ascensor sería letal en un lugar tan estrecho y apretado. O si decidieran bajar por el túnel, una chispa en un tubo de metal lleno de hidrogeno produciría una tormenta de fuego que convertiría incluso a un grupo de vampiros instantáneamente en cenizas.

Eso más o menos nos convenció de tomar las escaleras. Aunque todavía éramos extremadamente cautelosos mientras bajábamos, recordando que la última vez que habíamos estado en una escalera estrecha buscando a Sarren, había explotado. Pero nada sucedió, no hubo explosiones, sin trampas, nada. Llegamos a una puerta, que abrió con facilidad, y entramos a un laberinto de pasillos oscuros y vacíos. El silencio aquí era ensordecedor, y Jackal se dio la vuelta hacia Zeke.

—¿Estás seguro que tienes el laboratorio correcto, cachorro?

Zeke asintió, liderándonos hacia adelante.

—Estoy seguro.

La puerta se cerró detrás de nosotros con un siseo, sumiendo los pasillos en una completa oscuridad. Mi vista de vampiro cambio para compensarlo, y seguimos a Zeke por los largos,





estrechos pasillos que se entrelazaban entre sí y se inclinaban en las esquinas, pasando puertas que se mecían y habitaciones muy oscuras, hasta que estaba completamente pérdida.

—Estoy cansándome de esto, cachorro —murmuró Jackal mientras girábamos por otro pasillo, idéntico a todos los otros—. ¿Tienen las bolsas de sangre aquí algún tipo de complejo, o les *gusta* vivir como ratas en un laberinto? Se siente como si estuviéramos caminando en círculos.

—Sé a dónde voy —respondió Zeke fríamente.

—Es bueno saberlo. Tal vez habrá un trozo de queso esperando por ti al final.

—¿Oyeron eso? —susurré en la tranquilidad.

Todo el mundo se congeló. El silencio descendió, vibrando en mis oídos. Pero justo adelante, alrededor de la siguiente esquina, escuché el sonido más débil de una puerta cerrándose.

Mi piel se erizó. Con las armas afuera, nos acercamos a la esquina, Kanin liderando esta vez, y asomándose por el pasillo. Una simple puerta gris estaba al final del pasillo, balanceándose lentamente en su lugar. No estábamos solos aquí.

Kanin nos hizo señas para que nos quedásemos quietos, se deslizó en silencio hacia la puerta, y la abrió para mirar por la rendija. Agarré la empuñadura de mi espada mientras él miraba en la oscuridad, esperando que algo explotara por el marco o lo lanzará por la puerta. Después de un momento, Kanin miró hacia atrás y nos hizo señas para que avanzáramos. Detrás de mí, Jackal dejó escapar un suspiro.

—Oh —dijo él, caminando hacia adelante—. Eso es decepcionante. Estaba esperando que algo saltara y dijera “Boo”. Vendería mi ciudad para ver al anciano gritar como un pequeño...

Algo se estrelló contra Jackal con un grito.

Jackal cayó al piso y rodó al instante, tratando de ponerse en pie, mientras lo que sea que haya saltado hacia él gritaba de nuevo y rasgaba salvajemente su espalda. Era un Rabid, con ojos blancos y sin sentido, y el hedor de lo podrido, lo decadente y la sangre de repente llenaron el pasillo. Grité y deslicé mi katana hacia abajo, apuntando al cuerpo larguirucho, pero el Rabid lo esquivó y saltó hacia atrás con sorprendente rapidez, más rápido de lo que había visto antes moverse a alguno. Levantando su cabeza, enseñó sus colmillos afilados y siseó hacia mí, y mi estómago se retorció con horror.

Sus ojos estaban vacíos. Los orbes blancos sin pupilas habían sido arañados en agujeros desiguales, junto con el resto de su rostro. Profundos surcos, sangrientos y negros, corrían por sus mejillas, mandíbula, frente, y la cuenca de sus ojos, y su pecho había sido arañado en tiras. Gritó y saltó sobre mí, rastrillando sus garras sangrientas por mi rostro y cuello, y lo corté casi con desesperación. La katana encontró un antebrazo huesudo y cortó su codo, pero el Rabid ni siquiera se inmutó. Zeke se lanzó hacia adelante y balanceo su machete, hundiéndolo





profundamente en el cuello del monstruo, casi cortándolo. El Rabid giró como una serpiente y se lanzó hacia adelante, cortando y golpeando, y Zeke tuvo que saltar hacia atrás para evitar las garras. Una garra golpeó su rostro, abriendo su mejilla, y rugí.

Saltando a su espalda, levanté mi arma y la bajé con toda mi fuerza, apuntando hacia la columna del Rabid. El borde de la katana cortó a través de hueso, carne y músculo antes de golpear el piso, y el Rabid se derrumbó salpicando sangre, cortado desde la cintura para abajo.

Y todavía, continuaba luchando, sus brazos largos arrastrándose por el piso ensangrentado, haciendo caso omiso de que le faltaba su mitad inferior. Alcanzándome, dio un último grito escalofriante, justo antes de que el hacha de Jackal golpeará su cráneo, aplastándolo como un melón, y por fin dejó de moverse.

Me estremecí y me tambaleé lejos del cuerpo, resistiendo la urgencia de desnudar mis colmillos y patearlo tan lejos como pudiera. ¿Era *esto* lo que estaba haciendo Sarren? ¿Volviendo a los Rabids en... lo que sea eso? ¿Pero por qué? ¿Con qué otro propósito que asustarme completamente?

—Bueno, eso fue... interesante. —El tono de Jackal no encajaba con la expresión de su rostro, furioso y aterrador. Sus colmillos estaban al descubierto, sus labios curvados en una mueca silenciosa. Colocando en su hombro el hacha de fuego, se recompuso y dio media vuelta para mirar a Kanin, quien estaba a unos metros de distancia. El vampiro Maestro probablemente había llegado tan pronto el Rabid atacó, pero todo sucedió tan rápido, el Rabid estaba muerto antes de que él se pudiera unir a nosotros—. Gracias por la ayuda, anciano —se burló—. La próxima vez, creo que yo seré el que investigue las extrañas puertas mientras tú te quedas aquí atrás con los enanos. —Se frotó su cuello, haciendo una mueca, y vi una mancha de sangre en sus dedos cuando las bajo.

—Estás sangrando —dije, de repente alarmada, aunque no sabía porqué—. ¿Esa cosa te mordió?

— Aw, hermanita, ¿estás preocupada por mí? —Jackal limpió la sangre sobre su pañuelo—. Tu preocupación es conmovedora, pero está no es mi primera mordedura de un Rabid. Estaré bien, confía en mí.

—¡Pero... algo estaba mal con eso! —recordé a los Sangradores de Nueva Covington, arrancando sus ojos cuando atacaron. Recordé a los vampiros infectados con su sangre, pudriéndose desde adentro. Si era lo mismo con los Rabids...—. ¿Qué pasa si estaba enfermo? —le dije a Jackal—. ¿Qué pasa si estás...?

—¿Qué harías, de todos modos? —desafió Jackal, sonando impaciente—. ¿Obtener una cura de tu manga? ¿O estamos perdiendo tiempo hablando de esto? —Parpadeé hacia él, y el ondeó su mano—. Está hecho, hermana. ¿Quieres ayudarme? Encuentra a Sarren y sostenlo para que así yo pueda arrancar su corazón por sus dientes. Sigamos moviéndonos.





Miré a Zeke, preguntándome si tenía alguna idea, pero gritos sonaron detrás de nosotros, y dos Rabids más se deslizaron más allá del pasillo, desapareciendo alrededor de una esquina. Mi estómago se revolvió. Había más de ellos por ahí, en los pasillos con nosotros. Y, vampiro o no, no quería enfrentar esas cosas de nuevo. Luchar contra Rabids era una cosa; luchar contra Rabids que se desgarraban a sí mismos a tiras, que se movían increíblemente rápido, y no morían a menos que los cortarás literalmente en pedazos era algo completamente distinto.

—Zeke —siseé—. Sácanos de aquí *ahora*.

Él asintió, y nos deslizamos en silencio en otro pasillo, moviéndonos con rapidez, mientras los gritos y siseos de los Rabids de Sarren comenzaron a hacerse ecos a nuestro alrededor.

Nos las arreglamos para evitar toparnos con cualquiera de los monstruos mientras Zeke nos llevaba a un par de puertas al final del pasillo. Moviéndose ligeramente hacia el marco de las puertas, intentó empujarlas hacia atrás, pero no se movieron. Zeke frunció el ceño.

—Cerrado —murmuró. Y estrechó sus ojos—. Este es. No hay otra salida de esta habitación. —Su rostro se oscureció, y dio un paso hacia atrás—. Sarren está aquí. Tiene que estar.

Haciéndolo a un lado, Kanin puso su hombro contra la madera, golpeó un par de veces, y las puertas se abrieron. Comenzamos a avanzar, pero Zeke de repente agarró mi mano, haciéndome mirar hacia atrás. Su expresión era dura, intensa, mientras su mirada se encontraba con la mía.

—Recuerda, Allie —susurró, apretando mis dedos—. Cueste lo que cueste, tienes que detenerlo. Incluso si eso significa ir a través de mí.

Aprensión estalló, y desafío, pero Zeke me soltó y se dio la vuelta antes de que pudiera responder, siguiendo a Kanin y Jackal por las puertas. Levantando mi arma, jurando que no llegaría a eso, di un paso hacia la oscuridad.

Con cautela, nos metimos en la habitación oscura, con las armas listas. La habitación de más allá era similar a las que habíamos visto: pisos de baldosas, mostradores largos, instrumentos extraños. Todo lucía tan fríamente prístino como antes.

Pero Sarren definitivamente había estado aquí. El lugar apestaba a sangre. Aunque no habían rastros de ello o del vampiro loco en cualquier lugar en la habitación. El Hambre se agitó, y lo reprimí con impaciencia. Tenía que estar enfocada. Si Sarren estaba cerca, tenía que estar lista para lo que sea que tenía planeado.

Kanin miró a Jackal y le hizo señas para que lo siguiera. Él se adentró más en la habitación, yendo hacia la izquierda. Zeke asintió hacia mí, luego inclinó la cabeza hacia el lado derecho de la puerta. Avanzamos por las paredes, escudriñando la oscuridad, buscando cualquier señal de Sarren o cualquier horror que podría haber dejado a su paso.





Una puerta de acero inoxidable, pulida hasta que dio un reflejo deforme de la realidad en la tenue luz, dominaba el final de la habitación. Tenía un cerrojo simple de tirar, como una cámara frigorífica o una de las instalaciones de almacenaje de sangre del príncipe vampiro. Había un lugar para asegurar con un candado en el cerrojo, pero en cambio, un destornillador había sido metido en las aberturas y doblado en forma de C.

Miré a Zeke, y él me miró de regreso. No necesitábamos hablar. Alguien había querido que esta puerta permaneciera cerrada. Ese alguien solo podía haber sido Sarren. Él sacó su pistola de la funda y la levanto, apuntando hacia la puerta. Levanté mi katana en mi mano derecha, y extendí mi mano izquierda. Con un silencioso gruñido, envolví mis dedos alrededor del mango del destornillador y tiré. Con un chillido de metal, el eje se enderezó, liberándose del mecanismo de bloqueo. Mis dedos se cerraron alrededor del cerrojo. Abrí la puerta, y un cuerpo cayó de la cámara. Aterrizando a mis pies con un gemido de dolor.





CAPÍTULO 17



—¡Doctor Richardson! —exclamó Zeke, apresurándose hacia adelante. Retrocedí mientras Zeke alejaba al humano de la cámara frigorífica, poniéndolo contra el mostrador. Era un hombre mayor, con cabello tan blanco como su bata de laboratorio y penetrantes ojos negros. Su piel estaba pálida, sus labios azules cuando jadeó y tosió, aspirando profundamente, estremeciéndose entre respiraciones. Zeke se arrodilló a su lado, esperando con paciencia hasta que el ataque pasó, y el humano miró hacia él con sorpresa.

—¿Señor... Crosse? —El hombre jadeó, mirando a Zeke como si no pudiera creerlo. Zeke dio una débil sonrisa, y el humano negó—. Estás de regreso. ¿Cuándo... llegaste aquí?

—Hace un par de días —respondió Zeke y se inclinó hacia adelante—. Vine tan pronto como pude. Doctor Richardson, ¿qué sucedió aquí? ¿Dónde está Sarren?

—¿Sarren?

—El vampiro —facilité—. ¿Alto, calvo, el rostro lleno de cicatrices?

¿Quiere liberar un súper-virus para destruir el mundo?

—Sarren. —El rostro del científico, ya pálido, se drenó de su color restante—. Así que ese es el nombre del demonio. —Sus ojos vidriosos, sin ver, mientras miraba la pared. Por un momento, pensé que se había desmayado—. Que Dios nos ayude a todos.

—Él estuvo aquí, entonces —pinchó Zeke, y el humano asintió, todavía mareado—. ¿Dónde está ahora? —El hombre no respondió, y Zeke se inclinó hacia adelante todavía más, su voz calmada pero firme—. Doctor, no hay tiempo. Por favor, díganos lo que sabe.

—Él nunca nos lo dijo —susurró el científico. De repente, se giró y agarró el brazo de Zeke, su expresión suplicando, casi salvaje—. Nunca nos dijo nada —insistió—, excepto lo que quería que hiciéramos. Cuando por fin nos dimos cuenta de lo que estaba pasando, que le estábamos ayudando a crear... —El hombre se estremeció tan violentamente que la parte trasera de su cabeza golpeó el mostrador, pero pareció no notarlos. Zeke con suavidad quitó la mano de su brazo, su mirada atenta.

—¿Qué estaba creando?

—Intentamos detenerlo —dijo Richardson, todavía mirando hacia la nada—. Intentamos resistirnos, hacerle entrar en razón, pero estaba loco, delirando. Él... comenzó a matar gente, civiles, que tomó de la ciudad. Dijo que iba a torturar y matar a alguien cada hora, y nos haría





observar, a menos que estuviéramos de acuerdo en ayudar. —El doctor Richardson cubrió su rostro con sus manos—. ¿Qué podíamos hacer? —gimió—. Había niños en el grupo.

Zeke se quedó inmóvil, sus ojos y expresión oscuros. Sabía lo que estaba pensando, y esperaba, desesperada, que no fuera el caso.

—Doctor Richardson —dijo Kanin, su voz baja y deliberada—. Ha pasado por mucho, pero necesitamos saber. ¿Con qué, exactamente, estaba ayudando? ¿Qué estaba creando Sarren?

—*Réquiem*.

La palabra fue un susurró, apenas audible. Pero envió una lanza fría por mis entrañas, congelando todo a mi alrededor. Lo recordé. Podía ver a Sarren, surgiendo ante mí con brillantes, ojos locos, su voz un bajo canturreo. *El réquiem ha comenzado, y cuando la última melodía suene, el único aplauso será dulce, silencio eterno*. La voz del doctor Richardson hizo eco débilmente, pareciendo venir desde muy lejos.

—Él lo llamo... Réquiem.

Por un momento, hubo silencio. Luego la voz de Kanin surgió de nuevo, baja y calmada, mientras el vampiro Maestro daba un paso hacia adelante.

—¿Y qué es Réquiem?

El doctor Richardson se apoyó contra el mostrador, frotándose sus ojos. Dejando caer sus manos, tomó un profundo aliento, como si estuviera armándose de valor para una confesión.

—Es un virus —dijo el científico, confirmando lo que todos sabíamos—. Una cepa mutada del virus original Red Lung. —Pareció recobrar la compostura; su expresión se volvió menos salvaje y dejó de mirar fijamente, aunque su voz seguía siendo grave—. Nunca lo vi antes, pero de algún modo, esta versión ha mutado de tal manera que afecta tanto a las células vivas como muertas. Por lo tanto, no solo es mortal para los humanos...

—Afecta a vampiros, también —terminó Kanin, y el científico asintió con cansancio—. ¿Algo cambio? ¿La mutación de Sarren fue más allá?

El doctor Richardson se secó la frente, luego prosiguió en una voz excesivamente clínica.

—Hay muchos términos técnicos y jerga científica, pero trataré de explicar esto tan simple como pueda —dijo, mirándome, como si yo no fuera a entender si usaba grandes palabras. Me ericé, pero mantuve silencio mientras él continuaba—. La cepa mutada que el vampiro trajo podía transmitirse a través de patógenos en el aire —comenzó el doctor Thomas—, al igual que el virus original Red Lung, o el resfrío común. Así es como el Red Lung se propagó tan rápido hace sesenta años. Pero el virus mutado no puede ser transmitido desde un huésped vivo a un no-muerto excepto a través del consumo interno de la sangre del huésped.





—Lo que significa, que el vampiro tendría que morder al humano infectado para contagiarse —dije.

—Sí —concordó el doctor Richardson, viéndose impresionado de que estuviera siguiendo lo que decía—. Los vampiros no pueden coger un resfriado, no respiran o tosen o comparten cepillos de dientes. Y el hecho que estén, técnicamente muertos, lo hace imposible para incubar enfermedades. Un virus necesita células vivas para sobrevivir. Pero Sarren cambió eso. Primero con el virus mutado Red Lung, y luego con Réquiem.

—¿Qué hizo? —pregunté cuando el humano hizo una pausa.

El doctor Richardson tragó saliva.

—Sabes que el virus mutado ya ataca a los vampiros. —Miró alrededor a todos nosotros, su expresión grave. Y me di cuenta que él sabía lo que éramos. Quizás no Zeke, pero definitivamente había adivinado que los tres misteriosos desconocidos cerniéndose sobre él eran vampiros—. Bueno, Sarren fue un paso más allá. No sé lo que estaba pensando, pero el loco infectó a los Rabids.

—Sí, más o menos nos dimos cuenta de eso —interrumpió Jackal impacientemente. Y, aunque sus palabras eran burlonas, su voz era tirante, como si tuviera dolor. Alarma brilló a través de mí mientras él ponía una mano en su cuello, haciendo una mueca—. Debido a las malditas cosas corriendo alrededor en los pasillos. No nos está diciendo nada útil, bolsa de sangre.

Los ojos del humano se ampliaron

—¿Están ahí fuera? —dijo sin voz, sonando horrorizado. Luchó por ponerse en pie, y Zeke agarró su brazo para ayudarlo a levantarse—. ¿Fuiste mordido? —preguntó el humano, mirando hacia todos nosotros—. ¿Alguno de ustedes fue mordido?

Los ojos de Jackal se estrecharon, y se quedó muy quieto.

—¿Por qué?

El hombre se tambaleó lejos de nosotros, una mano en su boca, el blanco de sus ojos viéndose por encima de sus dedos.

—Tienen que irse —dijo, todavía retrocediendo frenéticamente—. *Ahora*, tienen que irse, no pueden estar aquí... —Golpeó la pared, luego se calmó, dejando caer su brazo de su rostro—. Oh, ¿qué importa? —susurró, hundiéndose en el piso—. Estamos muertos. Todos están muertos. No hay forma de detenerlo ahora.

Jackal lo acechó, agarró al hombre por el cuello y lo arrastró a sus pies.

—No me siento particularmente paciente en este momento, doctor bolsa de sangre —gruñó, enseñando sus colmillos mientras el resto de nosotros avanzamos—. ¿Quieres decirme exactamente a qué te refieres con eso?





El humano se quedó mirando a Jackal con cansancio, aparentemente despreocupado de los colmillos que estaban a centímetros de su rostro. Con descaro, extendió la mano y agarró el cuello de la camisa del vampiro, alejándola de su cuello.

Mi estómago se retorció cuando la piel pálida de Jackal fue desnudada a la luz. Las heridas punzantes en su garganta se habían oscurecidos, la carne alrededor de ella volviéndose de un familiar negro en descomposición. Venas negras estaban subiendo por su cuello donde el Rabid lo había mordido, extendiéndose a través de su mandíbula como manchas de telarañas.

—Estás infectado, vampiro —dijo Richardson con una voz plana, y miró más allá de él, hacia el resto de nosotros—. Eso es lo que cambio Sarren. Réquiem puede ser transmitido entre criaturas no-muertos, y seres vivos por igual. Si un Rabid infectado te muerde, obtienes el virus. Si te alimentas de un humano infectado, obtienes el virus. Si un vampiro infectado se alimenta de un humano, el *humano* contrae el Réquiem, el cual entonces puede ser transmitido a otros humanos a través de los patógenos transportados por el aire, al igual que el resfrío común. —El científico dio una risa corta, ligeramente loca—. Ah, ¿y el hecho más interesante? El virus se transmite entre Rabids y humanos de la misma manera. Así que, si un Rabid contrae Réquiem...

—Todos lo harán —susurré.

Me sentí mareada, el piso inestable bajo mis pies. Así que, así era como Sarren iba a acabar con el mundo. Con un virus tan devastador, que nada estaría vivo cuando estuviera hecho. Si Réquiem salía de la isla, si Sarren lo liberaba en el mundo exterior, todo habría terminado. Para todos, vampiros, Rabids, y humanos por igual. Nadie sobreviviría a la plaga. Eventualmente, todos estaríamos muertos.

Jackal dio un gruñido feroz, casi desesperado y sacudió al humano en sus manos.

—¿Qué hay sobre una cura? —gruñó—. Tiene que haber una cura. Ustedes, pedazos de carne, trabajaron en este virus justo al lado de Sarren. Tuvieron que haber creado algo para contrarrestarlo.

—No hay cura —susurró el doctor Richardson, negando con la cabeza—. No hay cura. Lo intentamos. Cuando Sarren no estaba mirando, intentamos desarrollar algo para contrarrestarlo. Pero no tuvimos suficiente tiempo.

—¿Qué pasa con él? —exigió Jackal, señalando con la cabeza a Zeke—. Él sobrevivió a la primera plaga de Sarren. Lo que sea que le haya dado a la bolsa de sangre pareció haber funcionado.

—Es diferente ahora —dijo el humano. — El virus es diferente, mucho más fuerte. Si hubiéramos tenido más tiempo... —Cerró sus ojos—. Pero se ha terminado. Sarren destruyó la cura experimental y toda la investigación que teníamos, todo lo que habíamos aprendido hasta ahora se ha ido. Estuvimos tan cerca —dijo entrecortadamente—. Tan cerca de encontrar una





cura. Las vacunas que le dimos al señor Crosse fueron casi exitosas. Si sólo hubiésemos tenido sangre de vampiro... eso era la única cosa que nos faltaba. Pero es demasiado tarde.

—¿Estás ciego, pedazo de carne? —dijo Jackal, todavía enseñando sus colmillos—. Tienes a cuatro vampiros de pie justo aquí.

—¡No hay tiempo! —estalló el doctor Richardson—. ¡La investigación ha desaparecido! Todo lo que habíamos aprendido, *borrado*. Sarren se fue unos minutos antes de que ustedes llegaran, ¡con el virus! Y una vez que Réquiem golpee el mundo, habrá terminado. Está hecho, vampiro. Esto es el final.

Jackal gruñó y arrojó al humano lejos. Voló a través del cuarto, golpeó el escritorio de la computadora en la pared, y cayó al piso, gimiendo.

El monitor sobre el escritorio de repente parpadeo. Mientras Zeke se apresuraba a ayudar al científico, yo miré la computadora y la imagen que apareció en la pantalla. Por un segundo, vi que se movía, perpleja de lo que pudiera ser. Cuando lo descubrí, se me heló la sangre.

—Kanin —susurré mientras el vampiro Maestro se daba la vuelta, su mirada estrechándose. La pantalla estaba negra excepto por par de pequeños números rojos en el centro, una cuenta regresiva.

2:46.

2:45.

2:44.

—Huh —murmuró Jackal cuando toda la habitación se dio cuenta a la vez de lo que estaba sucediendo—. Ese hijo de puta inteligente.

Kanin se giró hacia todos nosotros.

—¡Todo el mundo, muévase! —rugió, y nos apresuramos a obedecer.

Zeke hizo una pausa para arrastrar al doctor Richardson sobre sus pies, asegurando un brazo sobre su cuello, pero Kanin lo arrancó, tomado al humano del agarre de Zeke, y arrojó al hombre semi-inconsciente sobre un hombro tan fácil como un saco de grano.

—Vamos —ordenó él, y Zeke fue, uniéndose a mí mientras esperaba impaciente a los dos en la puerta. Juntos, huimos, siguiendo a Jackal fuera de la habitación y hacia el laberinto de pasillos, antes de que Zeke tomara la delantera. Tenía la esperanza de no toparnos con Rabids mientras huíamos por nuestras vidas, pero aparentemente eso era mucho pedir.

Un Rabid apareció al final del pasillo, su rostro un lío de sangre y heridas abiertas, un ojo arañado de su cuenca. Al vernos, dio un grito que hizo eco por las paredes y se lanzó hacia adelante, sus irregulares dientes infectados yendo por mi garganta.

No bajé la velocidad. Sacando mi katana, me encontré de frente con el Rabid, cortando a través de su pecho huesudo incluso cuando chocamos y hundió sus garras curvadas en mi





hombro. Se aferró a mí, rasgando y arañando a pesar de que su parte inferior ya no estaba. Gruñendo, me lo quité de encima y seguí corriendo. Más Rabids bloqueaban nuestro camino, y cortamos nuestro camino a través, ignorando las garras que arañaban hacia nosotros, esquivando los dientes mordiendo hacia nuestros cuellos. Un Rabid hundió sus colmillos en mi manga, apenas errando a mi piel, me lo sacudí de encima con impaciencia, deteniéndome solo para cortar las piernas de la cosa debajo de ella. Infecciones y virus condenados; si era mordida me preocuparía por ello una vez que saliera de aquí.

Irrumpiendo por las puertas del nivel inferior, huimos por las escaleras, los gritos de los Rabids haciendo eco detrás de nosotros. No miramos hacia atrás o bajamos la velocidad. La entrada se alzaba al final del vestíbulo, gruesas puertas metálicas que estaban probablemente bloqueadas o selladas. Jackal y Zeke las golpearon al mismo tiempo, llevando sus hombros contras ellas, y las puertas se abrieron con un estallido. Saltamos los escalones y arrancamos por el terreno vacío...

... y un tremendo *boom* estalló desde el laboratorio detrás de nosotros, la onda de choque estrellándose contra mi espalda, lanzándome al suelo. Una intensa ola de calor siguió, y trozos de cristal, escombros y madera en llamas cayeron sobre mí mientras rodaba, tratando de proteger mi cabeza. Por fin, me puse de rodillas, evitando el cristal y trozos de escombros ardientes dispersos a mi alrededor, y miré hacia atrás al edificio.

No era sorprendente, estaba demolido. El techo había desaparecido, las ventanas voladas, y las paredes restantes estaban ennegrecidas por las cenizas. Llamas rugían a través de las ventanas, enviando humo negro hacia el cielo, como la última esperanza para una cura quemada con el laboratorio.

Contrayéndome por el dolor, miré alrededor por los demás. A unos metros de distancia, Zeke yacía sobre su estómago, y Jackal estaba luchando por ponerse en pie. Kanin, ya de pie, se acercó a examinar el cuerpo del doctor Richardson, yaciendo sobre su espalda en el pavimento.

Haciendo una mueca, me arrastré hacia Zeke, rezando que no estuviera gravemente herido, pero él gimió y se sentó, mirando con tristeza al laboratorio quemándose.

—Zeke. —Coloqué una mano sobre su hombro, mirándolo con cuidado, en busca de heridas—. ¿Estás lastimado? ¿Fuiste mordido?

—No. —Negó con la cabeza, aturdido. La luz del fuego bailaba en sus ojos, lanzando parpadeantes sombras sobre su rostro mientras miraba hacia el infierno—. Eso es todo, entonces —susurró—. La investigación se ha ido. No hay esperanza para una cura. No hay esperanza para nada ahora.

No. Un gruñido retumbó en mi garganta, y agarré su brazo, arrastrándonos a ambos para ponernos de pie. Ira y determinación ardió quemando en mi estómago mientras me daba vuelta para enfrentarlo.





—Sarren no va a ganar —dije, haciendo que Zeke parpadeara—. *No* le estoy dando nuestro para siempre a ese bastardo enfermo. Esto no ha terminado todavía.

Un gemido se hizo eco cerca, cuando el doctor Richardson se movió y luchó por sentarse, Kanin se cernió sobre él. Trató de levantarse, pero se quedó sin aliento y agarró su brazo izquierdo, acunando su brazo sobre su estómago. El codo estaba empapado de sangre, y algo afilado sobresalía debajo de su bata de laboratorio.

—Fracturado —dijo I entre dientes, apretando su mandíbula por el dolor—. No creo que vaya a ir a ninguna parte con ustedes, vampiros. —Miró más allá de Kanin, hacia el laboratorio en llamas, e hizo una mueca—. Aunque les agradezco que no me hayan dejado allí.

—Doctor Richardson —dije, precipitándome hacia él—. Usted dijo que Sarren se había ido no mucho antes de que llegáramos. ¿Sabe hacia dónde fue? ¿Dónde está ahora?

El humano asintió.

—Va a propagar ese virus —murmuró Richardson sombrío, su expresión tensa por el dolor—. Pero necesita salir de la isla primero. Así que, en realidad hay un solo lugar donde puede ir.

—Los muelles —dijo Zeke, su voz repentinamente endurecida—. Él estará en los muelles. Si lo atrapamos allí, todavía podemos detener esto.

Parpadeé. El laboratorio había desaparecido, la investigación destruida, y la cura estaba perdida. Un segundo atrás, él parecía listo para rendirse. Pensé que tendría que convencerlo de continuar. Pero ya no lucía derrotado u horrorizado. Lucía más como un vampiro enojado. Sus colmillos estaban sobresaliendo, y sus ojos brillaban con furia y determinación mientras retrocedía, haciendo señas a todos nosotros.

—No estamos lejos —dijo—. Conozco el camino más rápido. —Hizo una pausa, dándole al humano una mirada solemne, como si se diera cuenta que no podíamos llevarlo con nosotros—. ¿Doctor Richardson...?

—Vayan —susurró el científico, ondeando su mano buena hacia nosotros—. No se preocupen por mí. Detengan a Sarren. Detengan Réquiem. Nada más importa.

Zeke asintió una vez, y nos fuimos.

Las calles estaban fríamente vacías de Rabids mientras corríamos de regreso por el camino que llegamos, siguiendo a Zeke por los estrechos caminos retorcidos de Edén. Me pregunté dónde se fueron todos, hasta que tomé una rápida respiración, buscando por pistas de putrefacción y decaimiento en el viento, y atrapé un rastro de sangre fresca en el aire. Con razón las calles estaban vacías. De dónde sea que venga ese olor, ahí era dónde encontraríamos a los Rabids.

Zeke giró en una esquina, y las filas de edificios de repente terminaron, llegando a una parada al borde de un camino. A través de la calle, podía ver un estacionamiento rodeado de





una valla metálica, y más allá de eso, un largo muelle de cemento extendido a lo largo del Lago Erie.

Estaba vacío.

Nos apresuramos hacia el muelle, saltando la valla, y corrimos hacia el final del muelle, mirando desesperadamente alrededor. Muchos barcos se mecían en la superficie del agua, sencillos barcos de remos, probablemente usados para la pesca y ahora olvidados por el caos. Pero Sarren no estaba en ninguno de ellos.

Entonces Kanin dio un suspiro fatigado y señaló sobre el lago.

—Allí.

Seguimos su mirada. Más allá, sobre la vastedad del Lago Erie, solo podía ver el casco de un gran barco, desvaneciéndose en la oscuridad. Incluso desde la distancia, era enorme, una de esas enormes barcazas como el de afuera de Viejo Chicago que sostenía a todos los raiders con sus motos y vehículos. Miré al barco, la frustración y desesperación impotente amenazando con aplastarme. Llegamos demasiado tarde. Sarren había estado justo aquí, y lo dejamos escapar.

—Mierda. —La voz de Jackal era tensa. Mantuvo una mano sobre su cuello, su voz tensa con dolor—. Parece como si nuestro barco acabará de zarpar. —Hizo una mueca y se apoyó contra un poste, viéndose exhausto mientras miraba al barco desvanecerse—. Aunque porque el psicópata usaría una barcaza lenta para salir de esta isla está más allá de mí. A menos...

Se calló, cuando la comprensión nos golpeó a todos al mismo tiempo. Detrás de nosotros, Edén yacía vacía y abandonada... porque Sarren había cargado una enorme barcaza llena de Rabids y navegado directo hacia el corazón de la ciudad. Y ahora...

—Oh, Dios —susurré—. El punto de control. Así es como planea propagar Réquiem. Está llevando los Rabids contagiados *de regreso*, para soltarlos sobre los refugiados. Una vez que la barcaza golpeé el punto de control...

Habrá terminado. Réquiem estará suelto en el mundo. Los Rabids matarán a los refugiados y luego se propagara, llevando el virus a cada Rabid o humano con el que se crucen. Será el final de todo, justo como dijo Sarren.

—No —gruñó Zeke, dirigiéndose hacia el camino por el que habíamos venido—. No es demasiado tarde. Todavía podemos alcanzarlo. ¡Sígueme!

Nos llevó por el muelle hacia otro par de embarcaderos, donde varios barcos más pequeños se mecían en el agua, pequeñas artesanías elegantes con motor en vez de remos, contruidos para la velocidad. Tambores de acero estaban al borde de cada embarcadero; combustible para los barcos, creo. Pero en vez de ir hacia los embarcaderos, Zeke trotó hacia un pequeño edificio al borde del muelle, casi una choza. Tenía una sencilla puerta de madera en el costado y una ventana con un mostrador en el frente, y no tenía idea para qué era.





—Zeke, qué...

Ignorando la ventana, Zeke caminó hacia la puerta de la pequeña choza y la abrió de una patada, volando hacia atrás con un estrépito.

—Los barcos en Edén son propiedad comunal —indicó mientras entrábamos. Jackal y Kanin se cernían en el marco, ya que la habitación era apenas lo suficientemente grande para dos personas. Cañas de pescar, lanzas, redes y otros suministros estaban apoyadas contra las paredes o en los estantes, y un solo taburete estaba delante de la ventana—. Cualquiera puede usarlos —continuó Zeke—, siempre y cuando los traigan de vuelta. Aquí es donde ellos registran cuáles barcos se han ido y cuándo regresaran.

Un panel colgaba a un costado del mostrador con varias llaves colgando de los ganchos en el tablero. Arrebatando una, Zeke revisó la etiqueta que colgaba debajo y asintió antes de darse la vuelta.

—Está bien, vamos.

Un sonido de chillidos lo interrumpió e hizo que mi sangre se congelara. Desde un depósito cercano, emergieron Rabids, un enjambre pálido contra la oscuridad. Respiré, y el olor de la sangre me golpeó como una bofetada en la cara, viniendo del largo edificio de metal. Sarren había estado un paso por delante de nosotros, otra vez.

Los Rabids gritaron y se volvieron hacia nosotros, y mi piel se erizó. Era el mismo grupo de más temprano esa noche, excepto por una cosa. Varios de ellos tenían heridas frescas por sus brazos y rostros, y muchos estaban desgarrando sus rostros incluso mientras se acercaban, moviéndose como marionetas bruscas.

—Mierda, están infectados —gruñó Jackal, y lanzó una mirada dura a Zeke—. Vamos, cachorro, ¡movámonos!

Corrimos a través del pavimento, la multitud de Rabids infectados, gritando a nuestros talones. Virando hacia un embarcadero de madera, seguimos a Zeke sobre el agua hasta el final del muelle, donde un pequeño descolorido barco blanco se mecía sobre las olas. Saltando hacia el barco, Zeke se apresuró hacia el frente, metiendo la llave en el contacto, mientras el resto de nosotros nos apretujábamos en el borde de los tablones y mirábamos a los Rabids merodear más cerca.

—Vamos —murmuró Zeke detrás de nosotros cuando el motor del barco dio una tos ronca y se apagó—. Vamos, enciende. —Giró la llave de nuevo; el motor gorgoteó, farfulló y se apagó de nuevo—. Demonios.

—Quítate del camino. —Jackal se subió al barco, empujándolo a un lado—. Supongo que sabes tanto de barcos como de motores de motocicletas. —Se agachó, su rostro intenso—. Sólo mantengan a los locos fuera de mi espalda por unos segundos.





Un grito en el otro extremo de los embarcaderos me hizo sacudirme. Los Rabids saltaron hacia el muelle, chillando y siseando, arañándose a sí mismos. Saqué mi katana, rugí un desafío, y di un paso para encontrarme con ellos.

El primer Rabid saltó sobre mí, golpeando hacia mi rostro con una velocidad terrible. Salté hacia atrás y separé la cabeza de su cuerpo, sabiendo que era la única manera de detenerlo. Otro brincó sobre el cadáver del primero y arremetió hacia mi garganta, pero Kanin estaba de repente allí, apuñalando su delgada cuchilla a través de la sien de la criatura, lanzándolo fuera de la plataforma.

—¡Jackal! —gruñí, defendiéndome desesperadamente de un Rabid tratando de alcanzar mi rostro. Siseó y trepó por mi espada, sin hacer caso del borde cortando a través de su pecho—. No es por apresurarte, pero si no salimos de aquí pronto, no importará si Sarren huye o no, porque todos estaremos muertos. ¡Apresúrate!

Sonó un disparo de la pistola de Zeke. Le escuché darle a los barriles en la esquina de los embarcaderos, resonando en el metal. Miré hacia atrás, y lo vi parado en la parte trasera del barco, con su brazo levantado hacia el final de los embarcaderos. Disparó de nuevo, perforando el tambor, y una corriente de líquido transparente comenzó a fluir desde el centro.

Un dolor punzante surgió desde mi cuello, haciéndome jadear. En esa fracción de segundo de distracción, un Rabid había logrado atravesar mis defensas y hundió sus colmillos en mi garganta. Con un siseo desesperado, deslice la katana entre nosotros y la empujé con fuerza, cortando su cabeza. El monstruo cayó, liberando mi cuello, pero tropecé por el dolor, viendo al resto de la horda acercándose. Zeke gritó algo, quizás sobre retroceder, pero la agonía y los Rabids gritando me hicieron difícil escuchar lo que estaba diciendo.

Otro monstruo saltó hacia adelante, azotando con sus garras, pero Kanin giró, alejándolo de un golpe, y me agarró alrededor de la cintura. Cuando me tiró de regreso hacia el barco, miré hacia Zeke, todavía en la parte trasera del barco, y lo vi levantar su brazo. Una extraña pistola naranja brillante estaba aferrada en su mano, y dio un solo disparo hacia el muelle.

El disparo se encendió en un brillante color naranja-rojo en la oscuridad, silbando y lanzando chispas, dejando un rastro de fuego cuando atravesó el aire y golpeó el barril al que había disparado antes. Hubo un destello, y una enorme bola de fuego estalló en la noche, enviando Rabids volando hacia el agua. Sentí la ráfaga de calor desde donde estaba de pie con Kanin, y me di la vuelta, protegiéndome los ojos.

Cuando volví a mirar, el extremo del muelle ardió con lenguas de fuego, lamiendo los postes y rompiendo con avidez la madera. Mi instinto vampiro se encogió, instándome a ir lo más lejos de las llamas como pudiera, incluso esta distancia era demasiado cerca. Más allá del rugido del infierno, podía oír a los Rabids gritando.

—Eso es —gruñó Zeke mientras retrocedía, la pistola de bengalas cayendo de sus manos—. Eso debería retenerlos lo suficiente para...





Y los Rabids llegaron a través de las llamas.

Me sacudí, apenas levantando mi katana a tiempo mientras todo el enjambre, no solo uno o dos, saltaron a través del fuego como si no estuviera allí y se apresuraron por los embarcaderos de nuevo. Corté salvajemente al primer Rabid que se abalanzó sobre mí, su espalda y brazos envueltos en llamas, y mi instinto vampiro chilló de terror absoluto.

—¡Jackal! —grité mientras Kanin pateó a un Rabid en llamas hacia el agua, giró, y suavemente decapitó a otro. Por el rabillo de mi ojo, vi a Zeke saltar de la parte trasera del barco, volando sobre el agua, y golpeó su machete en un Rabid mientras aterrizaba a mi lado—. ¡Puedes hacer funcionar ese barco en cualquier momento ahora!

—¡No si me sigues jodiendo! —vino la breve respuesta desde el timón del barco.

Los Rabids gritaron y se presionaron hacia adelante, apiñándose en el muelle, garras y dientes arañándome desde todos lados. Atrapé destellos de Kanin y Zeke a mi lado, defendiéndose de los Rabids que nos rodeaban, pero en unos pocos segundos seríamos arrollados.

—¡Lo tengo! —El barco gorgoteó, rugió y se apagó con la misma rapidez, matando mi repentina oleada de esperanza—. Bueno, demonios. ¡Falsa alarma! ¿Qué demonios usan estas bolsas de sangre por combustible, su propia orina?

—¡Jackal!

Sin respuesta, pero un segundo más tarde el motor escupió, tosió y finalmente rugió a la vida en una columna de humo blanco.

—¡Bien! —llamó Jackal mientras comenzábamos a retroceder de la implacable presión de los Rabids—. El último barco de esta maldita ciudad loca está navegando, así que corten las sogas y salgamos de este infierno.

Kanin lanzó a un Rabid fuera de la plataforma, se dio la vuelta y cortó la soga atada al embarcadero. El motor gorgoteó, y el barco comenzó a alejarse, moviéndose por el muelle y hacia el agua. Corrimos hacia el final del embarcadero, el Lago Erie a nuestra espalda y un enjambre de monstruos asesinos todavía avanzando, mientras que el barco se alejaba más. Necesitábamos saltar, pero los Rabids nos tirarían hacia abajo tan pronto como diéramos la espalda.

—¡Jackal! —grité, cortando la cabeza de un monstruo un segundo antes de que sus dientes encontraran mi piel—. ¡Si nos dejas, juró por Dios que lo que quede de mí, te cazará y te estrangulará en tu sueño!

Una risa sonó detrás de mí, y por el rabillo de mi ojo Jackal apareció al costado del barco, el cual seguía a la deriva sobre el lago. Algo pequeño y naranja brilló en su mano mientras levantaba su brazo.

—Oh, hermana. Realmente no tienes fe en mí en absoluto, ¿verdad? Pato.





La bengala explotó de la mano de Jackal, pasando como un rayo por delante de mí mientras me agachaba, y rasgó a la turba de Rabids en un destello de luz y calor.

—¡Salta! —ordenó Kanin sobre los gritos, los Rabids agitándose hacia atrás en ciega confusión, y lo hice. Girándome, me lancé sobre el agua, golpeando la baranda del barco y agarrándome con una mano, aferrando desesperadamente mi katana con la otra.

Dedos se sujetaron alrededor de mi muñeca, y alguien me arrastró sobre el borde y hacia el barco, poniéndome derecha. Jackal sonrió y dejó caer mi brazo cuando Kanin aterrizó con gracia en la cubierta y Zeke se izó al costado de la baranda.

Miré a Jackal e hice una mueca de dolor. Así de cerca, podía ver los círculos negros bajo sus ojos, la piel que estaba más pálida de lo normal. Las ominosas venas negras se habían extendido, arrastrándose por su garganta, y sus ojos dorados brillaban con dolor a pesar de la sonrisa siempre presente. Mi estómago se retorció. La infección se estaba propagando rápido. A este ritmo, Jackal podría no pasar la noche.

—No me mires así, hermanita. —Jackal me dio una mueca y retrocedió—. Olvidas... que siempre salgo a la cima, sin importar las circunstancias. Así que, no preocupes tu pequeña linda cabeza. Sobreviviré. Siempre encuentro un modo. —Sus ojos estrechos, parpadeando hacia la sangre manchando mi cuello—. Tú, sin embargo, podrías necesitar llegar a Sarren rápido. Burlarse del cachorro no será lo mismo sin ti alrededor.

Un Rabid explotó desde el agua antes que pudiera responder, agarrándose a las barandas y dejando al descubierto sus colmillos en un grito.

—¡Oh, por el amor de mierda! —gruñó Jackal, girando y golpeando un rollo de sogas a través de su rostro, dejándolo caer hacia atrás—. Los bastardos no se rinden, ¿verdad?

Más Rabids se agarraron a la cubierta, mojados y gruñendo. Parecía ser que el miedo a las aguas profundas se había desvanecido con su aversión al fuego.

—¡Sácanos de aquí! —espeté, y salté para ayudar a Zeke y a Kanin a sacar a los Rabids del barco. Un rostro pálido se levantó sobre la baranda, siseándome, y lo partí en dos antes de que avanzara.

Mientras Kanin, Zeke y yo nos precipitábamos de un lugar a otro, repeliendo a nuestros inhumanos huéspedes, el barco se sacudió hacia adelante, ganando velocidad. Cuando los embarcaderos se alejaron, los Rabids se cayeron, y observé Edén volverse más y más pequeño hasta que fue tragado por la oscuridad. Jackal dirigió el barco hacia el suroeste, y aceleró sobre las olas, el viento y las salpicaduras azotando nuestros rostros, rogando que atrapáramos nuestro objetivo a tiempo.

La carrera para detener el Fin del Mundo había comenzado.





CAPÍTULO 18



—Ahí está la barcaza —informó Zeke, mirando por encima de la popa del barco. Me reuní con él en la borda, viendo que la gran nave rectangular se acercaba más y más, alzándose hasta una altura imposible contra el cielo.

—Es enorme —susurré cuando Kanin se acercó a mi lado, evaluando en silencio la tarea frente a nosotros—. ¿Cómo lo vamos a parar?

—No podemos detenerlo —dijo Kanin, entrecerrando los ojos mientras observaba el buque y como se abría paso inexorablemente hacia tierra.

Mi estómago dio un vuelco. ¿Era demasiado tarde? ¿Habíamos llegado tan lejos, luchando todo el camino, sólo para perder?

—No tenemos que detenerlo —dijo Kanin. Su voz fue monótona, irrevocable—. Necesitamos que dé la vuelta. Si somos capaces de llegar al timón deberíamos tener espacio suficiente para virarlo y dirigirlo de nuevo a Edén. Si conseguimos que encalle en la isla, deberíamos ser capaces de contener las cosas. —Hizo una pausa y vi algo en sus ojos que no pude definir. ¿Tristeza? ¿Resolución?—. Entonces podremos tratar con los Rabids, pero lo más importante es no dejarlos escapar al continente.

Asentí y Zeke echó un vistazo hacia el rey raider que permanecía de pie al timón.

—Acércanos —le dijo, y el barco se lanzó hacia delante, saltando a través de las olas que quedaban de la estela de la barcaza.

Cuando estábamos acortando la distancia, la sombra de la barcaza cerniéndose sobre nosotros, una alta, pálida figura apareció de repente inclinándose sobre la borda. Mis labios se retrajeron sobre mis colmillos y sentí a Zeke ponerse en tensión a mi lado.

Sarren, lleno de cicatrices, brillante y loco psicópata, caminó tranquilamente a lo largo de la cubierta superior, sonrió y nos saludó.

Gruñí, el odio, la furia y la determinación estallando ante la visión del desquiciado vampiro. No habría una manera fácil de dar la vuelta. Sarren nos estaba esperando y tendríamos que lidiar con él antes de intentar detener la nave que iba hacia el punto de control.

Entonces Sarren levantó su mano y señaló con un dedo largo y huesudo al aire, algo a lo largo del lado de la nave. Giré rápidamente mi mirada hacia donde estaba señalando y me aferré a la barandilla con fuerza suficiente para sentir que se doblaba bajo mis dedos.





Un poste de metal colgaba sobre el borde de la barcaza, una red colgaba de un lado a otro del poste, balanceándose sobre el agua llena de espuma. En el interior, dos pequeñas, aterrorizadas caras, se asomaron hacia mí y mi estómago se desplomó.

—¡Caleb! —Zeke se lanzó hacia delante como si fuera a saltar sobre la barandilla, su mirada horrorizada fija en la red que se balanceaba sobre mar abierto—. ¡Bethany! ¡Agárrense! ¡Voy hacia allí!

Un grito débil llegó de la dirección de los niños, la aguda voz de Caleb clamando por Zeke. Ahora podía ver a ambos niños, atados espalda contra espalda con una pesada cadena, sus caras manchadas por las lágrimas. Bethany tenía ocho años, el cabello dorado, frágil y tímida, pero había sobrevivido al viaje completo de pesadilla hasta Edén. Y Caleb, de seis años, pero mucho más resistente para su edad y la única persona en todo el grupo que no me había tenido miedo por ser un vampiro.

Horrorizada, regresé mi mirada hacia Sarren y él me lanzó una amplia, malvada sonrisa, tocando una cuerda que estaba atada a la barandilla. La cuerda se extendía de vuelta hacia la barcaza, tensándose por el lado de la nave hasta el poste de metal. Todo dentro de mí se heló.

No, pensé desesperadamente. Por Zeke, por Caleb, por Bethany y por todos los demás que habían sido atrapados en la mira despiadada de Sarren. Por el amor de Dios, si todavía queda una pizca de la humanidad que hubo una vez en ti, la que sea, no lo hagas.

Sarren levantó su brazo izquierdo, el mismo que le corté con mi katana la última vez que nos vimos justo por encima del codo. Una hoja perversamente curva había reemplazado el antebrazo y se sujetaba a su codo mediante abrazaderas de metal y correas. Sarren me sonrió por encima del borde del arma, sosteniendo mi mirada, entonces la llevó hacia abajo cortando, hacia la barandilla. La cuerda se rompió y los niños gritaron mientras la red caía y se hundía como una piedra en el agua espumosa.

—¡No! —Zeke dio un ahogado, desesperado gritó y volvió su mirada hacia mí. Su rostro torturado, sus ojos brillantes por la angustia. Él sabía que teníamos que parar a Sarren. Sabía que si Réquiem tocaba tierra todo habría terminado. Pero seguía siendo Zeke. El Zeke que protegía a los suyos, el que se negó a dejar a nadie atrás, el que amaba a su pueblo con fiereza y daría su vida por mantenerlos a salvo. Si Caleb y Bethany morían, incluso aunque salváramos el mundo, él nunca se lo perdonaría.

—Ve —le dije, y él se giró, saltó los rieles y se zambulló en el agua fría sin dudarlo. Emergiendo a la superficie, se lanzó hacia el lugar donde la red se había hundido en el agua, luchando contra las olas y la estela de espuma que se formaba en el curso de la barcaza. Lo observé, el barco alejándonos velozmente, hasta que una ola rompió sobre la delgada, brillante forma cortando a través del agua y Zeke se perdió de vista.





Me tragué el repentino terror de que nunca volvería a verle y me giré hacia la barcaza. Jackal condujo el barco más rápido y acortamos la distancia, las olas rebotando tan fuerte contra nosotros que sentí el crujir de la cubierta cuando bajamos.

—Gira a su alrededor —dijo Kanin a Jackal, quien asintió gravemente y giró la rueda del timón. El barco hizo un ángulo cerrado y comenzó a seguir el costado de la gran nave—. El puente de mando está en la proa. Necesitamos guiar esta cosa lejos de la tierra.

Un grito le interrumpió. Alcé la vista justo a tiempo para ver a un Rabid arrojándose a sí mismo a la parte superior de la barcaza y la tierra en la cubierta. Dio un alarido y se lanzó hacia Jackal, pero Kanin lo interceptó, dirigiendo su hoja profundamente en el lado de su cuello y rasgándolo hacia delante. La cabeza del Rabid cayó hacia atrás y Kanin pateó al monstruo por encima de la barandilla, dentro del lago.

—¡Mierda! —Jackal dio un tirón del timón y el barco viró hacia el lado contrario. Helada, miré hacia arriba a la barcaza para ver una enorme horda de Rabids pululando sobre la plataforma, gritando y silbando y desgarrándose entre ellos. No estaban encerrados en la bodega o en jaulas, estaban sueltos sobre la cubierta. Y ya infectados.

Rebasamos la plataforma abierta, los Rabids gritándonos y silbándonos desde el borde, y nos aproximamos al costado de la parte delantera de la barcaza. Las olas arrojaron al barco tras la estela espumosa formada por la enorme nave surcando el agua, pero Jackal maniobró hasta que nos tuvo a pocos metros de distancia de la pared. Un conjunto de oxidados peldaños de metal estaban soldados a un lado, dirigiéndose a la parte superior de la cubierta. Kanin se giró hacia mí.

—Vamos.

Saltó desde el borde hacia la escalera, trepando hacia arriba por el costado y desapareció por encima de la barandilla. Le seguí, lanzándome sobre el agua y agarrándome a los peldaños cuando descendí.

Me giré, buscando a Jackal, esperando verlo justo detrás de mí. Todavía estaba al timón, su magro cuerpo inclinado sobre la rueda, casi apoyado contra ella. Tragué saliva. Desde que lo conocía, nunca había mostrado signos de debilidad o dolor, hasta ahora.

—Jackal. —Mi voz fue débilmente sobre las olas. Mi hermano no se movió y mi temor fue en aumento. Sarren estaba al otro lado de la barcaza y había una horda de aullantes Rabids infectados entre nosotros, pero sabía que aparecería muy pronto—. ¡Vamos! ¡Salta! Antes de que Sarren llegue aquí.

Jackal levantó la cabeza, los ojos brillantes y me lanzó una forzada sonrisa. Venas negras se arrastraban hasta su garganta y su mandíbula y la piel de sus mejillas estaba empezando a oscurecerse.





—Sí, con respecto a eso. —Su voz hizo que mi estómago se hundiera. Fue tensa, llena de agonía, pero resuelta. Como si acabara de llegar a una conclusión y supiera que no nos iba a gustar lo que venía después—. Lo siento, hermana. Pero vas a tener que luchar esta vez sin mí.

—¡No puedes hablar en serio! ¿Vas a abandonar ahora? —Le miré boquiabierta, sin saber si sentirme aturdida, furiosa o aterrorizada de no volver a verlo nunca más porque pronto estaría muerto—. ¿Después de todo lo que hemos hecho para llegar hasta aquí? ¿Cuando sabes lo que hará Réquiem una vez encalle en tierra? ¿Nos vas a abandonar?

Sonrió y el barco se desvió.

—Eso es en lo que soy el mejor —dijo en voz alta sin un atisbo de remordimiento. Me quedé detrás de él, incrédula y me sonrió—. No te preocupes, hermana, estoy seguro que el anciano y tú serán capaces de derrotar a Sarren por ustedes mismos. Pero no puedo luchar contra Sarren así y he sobrevivido todo este tiempo sabiendo cuando las probabilidades no están a mi favor. Así que me temo que voy a tener que retirarme.

—¡No puedes huir de esto, idiota! ¡Estás infectado con Réquiem! ¿Dónde vas a ir?

—No te preocupes, hermanita. —La sonrisa de Jackal fue más bien una mueca—. ¿Qué es lo que siempre te digo? Siempre salgo airoso. Preocúpate solo de golpear a Sarren. Dale un par de patadas en los dientes por mí ¿Lo harás? Lo apreciaría mucho.

—Jackal... —Desesperada, le miré fijamente, deseando saber qué decir que detuviera esto—. No vas a sobrevivir. Si perdemos, si Sarren gana, todo el mundo va a morir.

Jackal me sonrió con ironía.

—Entonces los veré a los dos en el infierno —dijo en voz alta y salió a toda velocidad, cruzando por delante de la barcaza y desapareciendo en la oscuridad. Entumecida, permanecí mirando la embarcación hasta que se perdió entre las olas, mientras Jackal desaparecía una vez más hacia lo desconocido, entonces corrí hacia las escaleras.

Kanin me estaba esperando en la parte superior, sin decir nada mientras trepaba por encima de la barandilla y me unía a él en el borde de la barcaza. Nos quedamos de pie en la cubierta frontal, el viento azotando nuestras ropas mientras el enorme buque cortaba infalible a través del agua. A varios metros de distancia, el puente de mando se elevaba en el aire, y más allá, la cubierta se desplomaba hasta la plataforma flotante que componía el resto de la barcaza. Largos contenedores de metal estaban dispersos a través de la plataforma, creando un laberinto de pasillos y corredores y también una pasarela para que los Rabids no pudieran llegar desde abajo. Por supuesto, un movimiento erróneo o un resbalón significaría tener una caída hacia una muerte espantosa. Un par de contenedores habían sido apilados juntos y empujados contra la pared más cercana a la cabina del piloto, lo que impedía a los monstruos subir a la cubierta de proa. Sarren estaba ahora a la vista.

—Jackal... —comencé sin saber muy bien que decir.





—No importa —dijo Kanin, moviéndose rápidamente hacia la cabina del piloto—. Hizo su elección y ahora depende de nosotros. Si podemos llegar a los controles y hacer que el barco vire, ya habrá tiempo para hacer frente a los Rabids y Sarren. Pero debemos impedir que Réquiem toque tierra. Si los Rabids escapan al continente, se habrá terminado todo.

—Oh, Kanin —ronroneó una familiar, instantáneamente aterradora voz, desde algún lugar por encima. Miré hacia arriba y allí estaba Sarren, de pie encima de la cabina del piloto, su brazo convertido en espada reluciendo a la luz de la luna, un piolet de acero en la mano que le quedaba. Su sonrisa era brutalmente inhumana—. ¿De verdad creías que esto sería fácil?

Saltando hacia abajo, el alto, huesudo vampiro se giró hacia mí con fuerza salvaje y apenas pude sacar mi katana a tiempo para bloquearle. La curvada, puntiaguda cabeza del hacha golpeó la hoja y me envió tambaleándome hacia atrás unos pocos pasos y Sarren, instantáneamente se volvió para desviar el golpe de Kanin con su otro brazo. Las armas se encontraron con un chirrido áspero, salté de nuevo en la refriega, gruñendo por mi odio hacia el loco vampiro. Cuando su espada cortó hacia mí, me agaché y lancé un mandoble con mi katana, apuntando hacia su garganta. Él movió suavemente su cabeza hacia atrás solo lo justo para evitarlo, bloqueando con su brazo la puñalada de Kanin a la vez que martilleaba mi intestino con el extremo romo del hacha. Algo dentro de mí se rompió, y el dolor se extendió por mi parte central, haciéndome casi caer de rodillas. Mientras me tambaleaba, Sarren balanceó su espada brazo hacia mi cabeza, apuntando hacia mi cuello y por una fracción de segundo pensé que había perdido. Que me iba a decapitar y que iba a morir definitivamente.

Entonces Kanin se agachó por debajo del hacha de Sarren, lanzándose y estrellándose contra él, golpeándolo hacia atrás. Varios puntos de la hoja cortaron mi garganta, sacando sangre, pero mi cabeza permaneció firmemente sobre mi cuello. Sarren lanzó un silbido molesto y dejó caer su huesudo codo sobre la columna vertebral de Kanin, luego giró el hacha hacia arriba, contra su mandíbula mientras él se tambaleaba. Kanin se alejó dando vueltas, la sangre brotando de su boca y barbilla y lo atrapé antes de que pudiera caer.

—¡Kanin!

—Estoy bien. —El vampiro escupió sangre, entonces miró a Sarren, que nos esperaba con calma, con una sonrisa complacida en su rostro lleno de cicatrices. Parecía no tener prisa en enfrentarse contra nosotros—. Eso estuvo muy cerca, Allison —murmuró Kanin, lanzándome una mirada que era a la vez ansiosa y severa—. Te enseñé mejor que eso. Calma tu rabia, no dejes que Sarren te haga picar el anzuelo de atacar ciegamente. Recuerda lo importante que es esto.

Asentí. Había sido descuidada y estaba pagando sin duda por ello ahora mismo. Mis costillas palpitaban y cada movimiento enviaba un fragmento de dolor irregular a través de mi abdomen, haciéndome apretar los dientes. Algo por dentro estaba definitivamente roto, tal vez varios algo. Estaba sanando, aunque lentamente, pero teníamos una larga lucha por delante de nosotros. Y no teníamos mucho tiempo para terminarla.





A diferencia de Sarren, que tenía todo el tiempo del mundo.

—¿Puedes oírlo? —susurró Sarren, sus ojos brillando con alegría y locura mientras nos acercábamos de nuevo, esta vez con cautela. Alzó el brazo con la espada hacia el frente de la embarcación, una mirada de éxtasis cruzó su rostro—. La canción, el Réquiem, nos está llamando a todos nosotros. El final está cada vez más cerca, la nota final, tañendo para enviar este mundo a dormir. —Su mirada se desvió hacia mí y sonrió—. No lo puedes detener, pajarito. Solo puedes batir las alas contra los barrotes de tu jaula y ni siquiera te has dado cuenta que estás atrapada. No quieres ver el mal, la corrupción, todo a tu alrededor, torciendo todo lo que toca. Réquiem te hará libre. Nos hará a todos libres.

—La muerte no es la respuesta —gruñí, apretando los dientes por el dolor en mis costillas—. Destruir todo, dejando que el mundo comience de nuevo no es la respuesta. Te estás dando por vencido. Pero todavía hay cosas por las que vale la pena luchar, por las que vale la pena *vivir*.

Sarren me dirigió una mirada de auténtica lástima.

—No, pajarito —dijo, sacudiendo la cabeza—. Sigues siendo un demonio infantil, demasiado joven para saber la verdad. La eternidad no es un regalo. Es una maldición. Cuanto más tiempo se vive, el mundo se convierte en más sombrío y más oscuro, hasta que vas dando tumbos, ciego, en las sombras. Kanin lo sabe, ¿verdad viejo amigo? —Miró a mi sire, sonriendo débilmente—. Deseaste el olvido, algo que pusiera fin a tu eterno vagar. Pero tienes miedo de lo que pueda venir después, que el mal que mancilla tu alma te envíe a la condenación. Y por eso, continúas viviendo, existiendo en el infierno que has creado, con la esperanza de expiar lo que has hecho. —Sarren se rió entre dientes enviando un escalofrío por mi columna vertebral—. Pero la redención no es para nosotros, viejo amigo. Nada puede borrar lo que hemos causado, los siglos de sangre y muerte. ¿Cómo podemos limpiar nuestras almas, si el mundo que nos rodea late con la podredumbre, la suciedad y la decadencia? —Los labios de Sarren se curvaron en una mueca de disgusto—. No, es el momento de acabar con esto. Es tiempo para limpiar el mal, de una vez por todas. ¡Y tú, pajarito, no podrás detenerlo!

Se abalanzó, acercándose rápidamente, balanceando su espada hacia mi cara. No había olvidado lo rápido que era realmente el loco vampiro, pero aun sabiendo lo rápido que podía moverse Sarren, no me sirvió para nada. Aunque me lo esperaba, apenas logré saltar hacia atrás, balanceando desesperadamente mi katana para mantenerlo a raya. En el mismo instante, Kanin intervino con su cuchillo, cortando hacia su garganta. Pero Sarren bloqueó mi movimiento, esquivó el arma de Kanin y arremetió con una patada, golpeándome en el pecho. Mientras fui lanzada a lo lejos, vi a Sarren girar hacia el otro vampiro, girando el hacha en un violento arco hacia su cuello. Esta vez, Kanin se agachó bajo su brazo, se lanzó y hundió su espada en el estómago de Sarren, atravesándolo hasta el otro lado.

Sarren rugió. Mientras me tambaleaba sobre mis pies, sintiendo el fuerte latido de mis costillas explotando por el dolor, el vampiro se abalanzó sobre Kanin, golpeándolo de refilón





en la sien incluso mientras Kanin le respondía con una puñalada en el pecho. Comencé a avanzar, con la intención de entrar de nuevo en la refriega, pero Kanin me lo ahorró con un vistazo de una fracción de segundo mientras Sarren se tambaleaba hacia atrás.

—Ve a la cabina del timón —ordenó mientras Sarren silbaba como una serpiente furiosa y se acercaba a él de nuevo—. ¡No te preocupes por mí, haz virar la barcaza, Allison!

Sarren rugió de nuevo, sus ojos locos mordiendo hacia mí y me fui corriendo hacia la cabina del piloto. Vi al loco vampiro comenzar a ir hacia mí, pero Kanin se abalanzó sobre él con un gruñido aterrador de su propia cosecha, forzándole a girarse. Golpeando las escaleras, me alcé de un salto hasta la tercera planta, ignorando a los Rabids que me gritaban y silbaban desde abajo, tratando de trepar por la barandilla de metal. Llegué a la última cubierta, donde una línea de oscuras ventanas rodeaba una pequeña habitación con una puerta de metal, agarré el picaporte y lo giré hacia abajo.

No se movió. Giré de nuevo, poniendo toda mi fuerza vampírica en darle la vuelta, pero la puerta no se movió. Miré más de cerca y vi que el metal a lo largo del borde de la puerta había sido fundido, soldándola cerrada y las ventanas tenían gruesas vigas de hierro que corrían a lo largo de ellas por la parte interior.

—No, no, pajarito —susurró la aterradora voz de Sarren y el vampiro se alzó a sí mismo hasta la cubierta con una sola mano. La sangre le cubría la cara, corriendo por su piel blanca, filtrándose en la red de cicatrices—. Eso no es para ti.

Gruñí a mi miedo y me giré violentamente hacia él; su mano libre se disparó, agarrándome por la muñeca y me tiró fuera de la cubierta, lanzándome al espacio. Sentí una punzada de terror instantáneo cuando el enjambre de aullantes, infectados Rabids se abalanzaron hacia mí mientras yo caía en picado antes de golpear el borde de un contenedor metálico con una sacudida y una nueva llamarada de agonía.

Haciendo una mueca, miré para arriba para ver a Sarren descendiendo hacia mí, su espada segando hacia abajo hacia mi cabeza y me lancé hacia un lado. El vampiro golpeó el contenedor con un ruido sordo y un grito, haciendo volar chispas del metal.

Mi katana estaba a unos pocos metros de mi brazo. La alcancé, pero Sarren se acercó y dejó caer su pie rompiendo mi codo. El hueso se quebró, pero mi grito se cortó cuando el vampiro me dio una patada en las costillas, que me lanzó contra la barandilla y destrozó mi mundo en fragmentos de agonía.

Un rugido hizo eco a través de la cubierta. Miré hacia atrás para ver a Kanin, su cara y brazo manchados de sangre, descendiendo sobre Sarren como un ángel vengador, lanzándolo hacia atrás. Por unos breves, frenéticos momentos, los dos vampiros gruñeron y lucharon entre sí en el borde del contenedor, a un paso de caer en picado sobre el enjambre de abajo. Traté de levantarme para ayudar a Kanin, pero a pesar de que mis heridas habían empezado a curarse,





los huesos tejiéndose lentamente otra vez juntos, apenas podía moverme poco más de unos centímetros sin jadear por el dolor.

La daga de Kanin repentinamente consiguió atravesarlo, hundiéndose en el pecho de Sarren; el vampiro aulló. Antes de que Kanin pudiera retirarse, Sarren lo agarró de la muñeca, hundiendo más profundamente la hoja en su cuerpo mientras que cortaba hacia la garganta de Kanin. Kanin se lanzó hacia un lado para evitarlo, dejando su daga incrustada en el pecho de Sarren y tropezó hacia el borde de la plataforma.

Grité cuando, por un breve segundo, se tambaleó allí, pareciendo como que pudiera caer. Escuché a los Rabids estallar en un frenesí de chillidos, sabía que estaban saltando y arañando por el vampiro sobre sus cabezas. Todo lo que Sarren tenía que hacer era empujarlo y Kanin caería por el borde hacia su muerte.

Pero Sarren extendió la mano, enganchó a Kanin por el cuello y lo lanzó lejos del borde. Kanin golpeó el suelo y rodó, yendo a detenerse a unos pocos pasos de mí, en una fracción de segunda una mirada de asombro cruzó su rostro.

Sarren sacudió la cabeza hacia nosotros.

—Ah, ah —canturreó, moviendo un dedo huesudo—. Nada de eso. No puedes contagiarte tu desagradable enfermedad y arruinar la sinfonía. Estamos justo llegando al clímax. —Alcanzó la daga que aún tenía clavada en el pecho, jaló hasta sacarla, observándola con calma y la dejó caer sobre la cubierta—. Y ahora, creo que es hora de que te mate, viejo amigo —caviló, comenzando a avanzar—, de una vez por todas.

Kanin se enderezó con calma, desarmado y observó al vampiro loco acechándolo. Apreté mi mandíbula, y me impulsé hasta ponerme de pie, apretando los dientes para evitar un grito contenido. Todavía cada movimiento apuñalaba como un cuchillo y mi brazo derecho colgaba inútilmente, pero el izquierdo aún funcionaba. Lo suficiente como para mantener una espada, de todos modos. Dando un paso hacia adelante, me puse entre Sarren y mi sire y le mostré mis colmillos.

—Vas a tener que pasar por encima de mí —le gruñí, levantando mi katana. Sarren me miró con divertida sorpresa y luego se echó a reír.

—Oh, pajarito, ya veo. —Asintió, casi sonriendo para sí mismo—. Veo por qué Kanin te eligió. No sabes cuándo hay que parar. Continúas rabiando contra lo inevitable, continúas batiendo tus alas contra la oscuridad que se acerca, incluso mientras te arrastra hacia su dulce, eterno abrazo—. Sus colmillos brillaron hacia mí a través de las sombras—. Posees tal fuego, tal... esperanza. Y para alguien como Kanin debes haber resultado irresistible. A pesar que se dijera a sí mismo que la esperanza era inútil. —Inclinando la cabeza me miró intensamente—. Así que, debes representar todo en lo que él cree. Todo lo que anhela expiar.

Escatimé un vistazo a Kanin, a pocos pasos de la barandilla, mirándonos. Su expresión estaba en blanco, pero encontré su oscura mirada y vi un centenar de emociones mirándome





fijamente. Algo inescrutable pasó entre nosotros, un fugaz entendimiento, casi demasiado rápido para ser real. Si se trataba de nuestro lazo de sangre o alguna otra cosa, no estaba segura, pero supe lo que tenía que hacer. Asentí ligeramente hacia él y me volví hacia Sarren.

—¿Qué haría él —reflexionó Sarren, consciente de nuestra breve conexión—, si te destruyera justo aquí? Justo delante de sus ojos. Todas sus esperanzas desapareciendo en un instante. Ni siquiera tendría que matarlo después. Con su pajarito desaparecido, con su canción silenciada para siempre, no habrá nada que le salve de su propia desesperación. —Finalmente miró a Kanin, un brillo realmente malvado en sus ojos—. ¿Cómo te suena eso, viejo amigo?

Di un paso hacia delante y le mostré mis colmillos.

—¡Eh! Psicópata —gruñí y la mirada de Sarren se posó sobre mí—. ¿Por qué no dejas ya de hablar? Eres peor de lo que fue nunca Jackal, y a menos que tu intención sea matarme parlotando, continuemos con esto. —Alcé mi katana con una sola mano y le lancé una mueca desafiante—. Todavía no estoy muerta.

Sarren se rió y se enfrentó a mí por completo, deslizando sus colmillos a la vista.

—Muy bien, pajarito —susurró mientras yo agarraba mi espada y me preparaba—. Si estás tan ansiosa por morir, voy a complacerte. Tu príncipe se ha ido, tu hermano te ha abandonado y Kanin no será capaz de salvarte. Piensa en eso mientras te mando al infierno.

Atacó, su brazo con la espada un rayo de metal en la oscuridad, dirigiéndose hacia mí. No traté de bloquearlo, ni de contrarrestarlo. Mientras Sarren apuñalaba hacia adelante, salté hacia atrás y medio giré, lanzando mi espada hacia un lado.

Hacia Kanin.

Los ojos de Sarren se abrieron cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Giró, la hoja fallando por centímetros a mi cabeza, para enfrentar el ataque inesperado por la espalda. Pero Kanin ya se estaba moviendo, la katana cortando un arco mortal a través del aire, derecho hacia el cuello de Sarren y el vampiro loco desesperadamente se lanzó hacia atrás para evitarlo.

Demasiado tarde. El canto cortó su garganta en un spray carmesí, abriendo una enorme herida debajo de su barbilla. La cabeza de Sarren cayó hacia atrás, la herida abierta chorreando sangre por todo el frente, mientras su boca hacía ásperos sonidos de gorgoteos y su mano tanteaba su garganta abierta. Se tambaleó alejándose, golpeó la barandilla y cayó por la borda de la barcaza, desapareciendo en las aguas que espumeaban abajo.



Sarren se había ido.





Me dejé caer contra la barandilla, temblando por el alivio, mientras unos mil dolores decidieron darse a conocer. Mi brazo palpitaba y no sabía cuánto tendría roto por dentro pero se sentía como si toda mi caja torácica estuviera hecha pedazos, apuñalándome con cada movimiento. Estaba sanando; podía sentir las heridas cerrándose, los huesos soldándose de nuevo juntos, pero era dolorosamente lento y el Hambre estaba rugiendo hasta su máxima intensidad por los daños. Necesitaba sangre, pero no había nadie alrededor. Nadie humano, de todos modos. Y no nos podíamos relajar todavía.

Encajando mi mandíbula, me esforcé por ponerme en pie, apretando los dientes ante la instantánea llamarada de dolor y miré alrededor buscando a Kanin.

Permanecía de pie en la borda de la barcaza, todavía sujetando mi katana con una pálida mano, sus oscuros ojos mirando al lugar donde había caído Sarren. Su expresión era ilegible y, por alguna razón, eso envió un toque de miedo a través de mi estómago.

—¿Kanin? —Fui cojeando hacia él, buscando su rostro. Tenía los ojos vidriosos y no parecía haberme escuchado. Mi temor aumentó. Algo andaba mal. Teníamos que parar el barco antes de que encallara en el campamento de refugiados y liberara a Réquiem por el mundo. Kanin lo sabía. ¿Por qué solo estaba allí de pie?—. Eh. —Agarré su brazo y se sacudió, finalmente me miró, aunque su expresión todavía era distante, muy distante—. Tenemos que parar el barco —le dije—. Destrozar el motor, darle la vuelta, ¡algo! ¿Cómo lo hacemos? Dime qué hacer.

Me miró parpadeando.

—El puente de mando —dijo, como si acabara de salir de un sueño—. Consigue entrar, vira la nave, si Sarren no ha bloqueado los controles. Ve —continuó, poniendo la katana en mis manos—. Es posible que todavía tengas tiempo suficiente.

Comencé a avanzar, pero me detuve, recordando la puerta soldada y me volví a mirarlo. Se había subido a la barandilla y estaba mirando el final de la plataforma, donde los Rabids infectados chillaban y se rasgaban unos a otros. Por un momento dudó, luego dio un paso hacia el borde.

—¡Kanin! —Me lancé retrocediendo y agarré su brazo—. ¿Estás loco? ¿Qué estás haciendo? —Mi sire me miró, con una expresión resignada y apreté mis manos sobre su manga—. ¿Sabes algo? —adiviné, buscando su rostro—. Ibas a hacer algo sin mí.

No contestó, le miré a los ojos, suplicando.

—Kanin —susurré—. Por favor. Estamos solos ahora. Dime qué está pasando.

Kanin suspiró y sus hombros se hundieron mientras inclinaba la cabeza.

—Soy yo —susurró finalmente, casi demasiado suave para oírlo.





Fruncí el ceño, confundida. La barcaza se tambaleó hacia delante, implacable, a pocos metros de distancia, los gritos de los Rabids infectados se hicieron eco desde el fondo de la nave, pero Kanin parecía haberlos olvidado.

—¿Qué quieres decir?

—Lo averigüé —continuó, su voz apenas un murmullo—. Lo que quería decir Sarren, por qué no me dejó caer. —Todavía permanecí mirándole con desconcierto y su mirada se desvió hacia el borde de la cubierta, donde los Rabids esperaban en el otro lado—. La cura —susurró, haciendo que mi estómago diera un vuelco—. El Dr. Richardson dijo que estaban perdidos sin sangre de vampiro para terminar la cura. Esa investigación se ha perdido, pero le dieron lo que tenían a Ezequiel antes de abandonar Edén para encontrarte. —Su mirada volvió hacia mí, oscura e intensa—. Y en Nueva Covington, cuando me estaba muriendo por el primer virus de Sarren, me inyectaste la sangre de Ezequiel y eso me salvó la vida. Fue suficiente para curar la enfermedad. —Tocó ligeramente su pecho—. Esa investigación ahora fluye a través de mí, a través de mi sangre.

Lo que estaba diciendo Kanin me golpeó como una tonelada de ladrillos y me quedé mirándolo sorprendida.

—La sangre de un vampiro Maestro —susurré, dando un paso atrás—. Eso quiere decir que la cura...

—Soy yo —dijo Kanin de nuevo—. La cura para Réquiem, para el Rabidismo... está en mí.

Le miré boquiabierta, tambaleándome por las implicaciones. ¡La cura! La cura para el Rabidismo al fin. Sarren había luchado tan duro para destruirla, para matar cualquier esperanza que alguien pudiera encontrar y había estado en Kanin todo el tiempo. La sangre de un vampiro, combinada con la investigación de la vacuna que le habían dado a Zeke justo antes de abandonar Edén para encontrarme.

¿Podría realmente funcionar? Parecía demasiado bueno para ser verdad, demasiado fácil. Pero Zeke había sobrevivido al primer virus de Sarren y Kanin era de los pocos vampiros que todavía podía tener descendientes sin crear Rabids. Su sangre era fuerte, la sangre de un vampiro Maestro; puede que solo eso fuera suficiente.

—Eso es increíble, Kanin —dije en voz baja, todavía aturdida por el descubrimiento—. Solo tenemos que detener el barco y encontrar la manera de llegar a un laboratorio. Si la cura está en ti solo necesitamos tu sangre para acabar con el Rabidismo.

—Allison. —Su voz hizo que me congelara, las últimas palabras muriendo en mi garganta. Kanin miró hacia mí, gentil y resuelto—. No hay tiempo —murmuró, sacudiendo la cabeza—. Mira.





Miré por encima de la barandilla, hacia la noche. Al principio no había nada. Entonces, a través de las olas y las sombras, una luz parpadeó en la oscuridad y mi corazón se desplomó.

Era el punto de control, el destino de ataque. Estaba más cerca de lo que pensaba.

—Estamos demasiado cerca —dijo Kanin, su voz extrañamente tranquila—. Incluso aunque Sarren no haya bloqueado los controles, no hay tiempo para virar la nave. Y una vez que encalle, los Rabids escapan y Réquiem podrá destruir el mundo una vez que comience a extenderse. No podemos correr el riesgo de que el virus llegue a tierra. Debemos pararlo aquí. —Hizo una pausa, sus siguientes palabras fueron muy suaves, pero llenas de determinación—. Debo detenerlo aquí.

—¿Cómo? —le pregunté, sin realmente pensar en ello.

Kanin me sonrió, una desmayada, triste, dulce sonrisa y el mundo simplemente se detuvo.

—No. —De un paso me puse frente a él, el horror inundando mis venas, congelando mis entrañas. Mi sire solo continuó mirándome y agarré la pechera de su camisa con desesperación—. ¡Kanin, no! No puedes. Tiene que haber otra manera.

—No hay otra manera. —Su voz era tenue, tranquila. Posó una mano sobre mi brazo, como si fuera a apartarme y apreté mi agarré.

No me importaba lo que pensara. No iba a dejar que hiciera esto. Había perdido a demasiados; incluso a Jackal, el hermano de sangre que nunca pensé que echaría de menos, se había ido, probablemente hacia una muerte segura. *No* podía perder a Kanin, el último miembro de mi familia, el que me había dado una segunda oportunidad y una familia desde el principio.

—Allison. —Kanin me miró, sus ojos oscuros gentiles pero serios. No me alejé empujándome, o me separó haciendo palanca, a pesar de que podría haberse liberado tan fácilmente como abrir una puerta—. Déjame hacer esto. —Sacudí mi cabeza, incapaz de hablar, aunque su voz nunca vaciló—. Tengo que hacer esto. No podemos permitir que Réquiem se extienda. La cura está dentro de mí y los Rabids tienen que recibirla antes de que el barco encalle. Sobre eso es lo que estaba hablando Sarren. Él lo sabía. Sabía que si mi sangre entraba en sus sistemas, su plan fallaría. Con la sanación acelerada de los Rabids, la cura se extenderá a través de ellos muy rápidamente y Réquiem será destruido.

—No sabemos eso. —Me atraganté mientras mis ojos comenzaron a arder—. No sabemos realmente lo que Sarren quería decir. Podrías estar tirando tu vida por la borda, Kanin.

—No. —Kanin negó con la cabeza, casi en un sueño—. Tiene sentido. La sangre de un Maestro es lo único lo suficientemente fuerte como para contrarrestar el virus. Sarren sabía que lo que estaba en Ezequiel era la clave para la cura. Lo único que faltaba... era la sangre de vampiro. —Sus ojos se cerraron, su cabeza se inclinó hacia atrás, hacia el cielo—. He estado





buscando tanto tiempo —susurró—. Tanto tiempo una manera de expiar, de ser perdonado por todo lo que he hecho. Y ahora, el círculo está completo, como debe ser. Esta es mi redención. —Abrió sus ojos, sus manos se alzaron y descansaron sobre mis hombros, apretando suavemente—. Empecé esto, Allison, es lógico que lo termine también.

—Kanin. —Las lágrimas corrían por mis mejillas, sanguinolentas y calientes, dificultándome la visión. Inclinandome hacia delante, me desplomé contra él, aferrándome a su camisa—. No puedes —dije ahogadamente, sabiendo que era inútil. Él ya había tomado una decisión—. No... me dejes. ¿Qué voy a hacer... cuando te hayas ido?

Muy lentamente, sus brazos se deslizaron alrededor de mí, sosteniéndome contra él.

—No vas a estar sola —murmuró, inclinando su cabeza cerca de la mía—. Tienes a Ezequiel. El camino será difícil y es probable que se tengan que salvar el uno al otro de vez en cuando. Pero Ezequiel me ha sorprendido y tú eres uno de los vampiros más fuertes que nunca he visto. Te he enseñado todo lo que he podido. —Se echó hacia atrás sonriéndome—. No necesitas más.

No podía hablar. Apenas podía ver entre mis lágrimas. Silenciosamente, dejé que mis manos cayeran de su pecho, la desesperación dando paso a la desesperanza. Kanin me sostuvo un momento más, entonces bajó los brazos y dio un paso atrás, su mirada escrutadora.

—Eres mi última descendiente —murmuró—. Mi legado para este mundo. —Sus ojos se volvieron solemnes, rozó sus nudillos por mi mejilla—. Tú eres el Maestro ahora, Allison —afirmó simplemente—. Posiblemente el primero que se ha creado desde la plaga de Rabidismo. Lo supe desde aquella noche en Viejo Chicago, cuando saliste de la hibernación, solo un vampiro Maestro podría revivir tan rápidamente. Y continúas creciendo más y más fuerte, hasta estás a la altura de los príncipes de las ciudades. —Parpadeé sorprendida y me lanzó una leve sonrisa mientras se alejaba—. Ahora es tu turno de dejar tu propia marca en el mundo.

—Kanin, espera —susurré mientras empezaba a girar. Hizo una pausa y me tragué las lágrimas para aclarar mi voz—. Nunca... tuve la oportunidad de darte las gracias —le dije con voz temblorosa, de frente a mi sire por última vez—. Por todo. Lo que me has enseñado, poder elegir qué tipo de monstruo voy a ser... no voy a olvidar eso.

Kanin se inclinó hacia delante, se agachó y muy suavemente tocó con sus labios mi frente.

—Estoy orgulloso de ti, Allison Sekemoto —susurró mientras se echaba hacia atrás—. Decidas lo que decidas, cualquier camino que elijas tomar, espero que sigas siendo la misma chica que conocí aquella noche bajo la lluvia. La única decisión de la que no me arrepiento.

Luego se volvió y se alejó, deteniéndose solo para agarrar su espada de donde yacía en la cubierta, donde Sarren la había dejado caer. Lo miré, incapaz de moverme, incapaz de detener





el flujo de lágrimas, mientras Kanin caminaba tranquilamente hasta el borde de la plataforma y miraba hacia los Rabids que estaban abajo.

Por un momento se quedó allí, un vampiro Maestro, mi sire, mi maestro, mi mentor y mi amigo, recortándose contra el cielo nocturno. Entonces, las lágrimas sanguinolentas que llenaban mis ojos, me cegaron. Parpadeé alejándolas, aclarando mi visión...

... y la plataforma estaba vacía cuando volví a mirar.

Un coro de locos gritos y aullidos se alzó sobre el borde de la plataforma, cruel y sanguinario. Volví mi rostro hacia la pared, apretando los dientes y cerrando mis ojos con fuerza, tratando de bloquear los sonidos. Los gritos de los Rabids se intensificaron, explotando en el aire, y el repentino olor de sangre mezclado con el viento, haciéndome gritar y golpear mis puños contra la pared, pero Kanin no emitió ningún sonido. Sin gritos de dolor, ni gruñidos de rabia u odio, nada. Solo al final, cuando los enfrentamientos habían cesado, sentí una última, breve puñalada de emoción por el Maestro muerto. No era miedo, ni ira, ni pesar.

Era... alegría. Por fin Kanin estaba en paz.

Entonces el sentimiento parpadeó y murió y sentí nuestro lazo de sangre desvanecerse, mientras el vampiro que había maldecido al mundo, que me había hecho inmortal incluso mientras buscaba un camino para limpiar su alma, finalmente encontró su redención.





CAPÍTULO 19



Estaba sola.

No podía moverme. No podía pensar. Sólo podía quedarme ahí arrodillada sobre la helada cubierta, sintiendo la pared de la cabina del piloto contra mi mejilla y sollozar. Los Rabids siseaban y se arañaban el uno al otro detrás de mí, sus voces ásperas se elevaban en el aire, pero ni siquiera podía odiarlos. No podía sentir nada a través de la pena que me entumecía, del horrible y doloroso conocimiento de que había dejado morir a mi sire. No me olvidaba del hecho que había dado su vida para detener a Réquiem, pero no me importaba. Había muerto salvando al mundo, había encontrado su expiación, pero todo lo que sabía en ese momento era que Kanin se había ido.

—¡Allie!

Sentí una presencia llegar detrás de mí, y entonces brazos fuertes sobre mis hombros, haciéndome retroceder, alejándome de la pared. Levanté la mirada y me encontré con los ojos azules de Zeke que me veían con ansiedad, Estaba empapado de pies a cabeza y su piel era como el hielo, pero esto no parecía afectarle.

—¿Te encuentras bien? —susurró Zeke mientras ponía su mano en mi mejilla y su mirada me barría en busca de heridas. Cuando no pude responderle, su expresión se tornó alarmada—. Allie, háblame. ¿Estás herida? ¿En dónde están Kanin y Jackal? ¿Dónde está Sarren?

—Se han ido —dije ahogadamente—. Todos se han ido. Jackal se largó otra vez. Sarren consiguió que su estúpida y maníaca cabeza le fuera cortada y cayó por la borda. Y Kanin... —Mi mirada se dirigió hacia el borde de la cubierta, al punto en donde Kanin había estado parado, tranquilo y resuelto, aceptando su destino—. Kanin... se dio cuenta que la cura estaba dentro de él —susurré, mientras sentía una nueva oleada de lágrimas inundando mis ojos, incluso cuando intentaba controlarme—. Sarren se lo dijo. La cura estaba dentro de él, y sabía que Réquiem tenía que ser detenido antes de que tocáramos tierra. Así que... así que él...

Zeke respiró profundo y soltó el aire con lentitud. Me tomó entre sus brazos y me abrazó, apretándome tan fuerte como podía.

—Lo siento tanto, Allison —murmuró contra mi cabello. No dijo nada más; no había nada que decir. Nos quedamos arrodillados ahí por un momento, aferrándonos el uno al otro, mientras los Rabids gritaban debajo de nosotros y el barco seguía moviéndose con rapidez, sin preocuparse por la muerte de uno de los últimos vampiros Maestros.





Al final retrocedí y me limpié la cara que me ardía.

—¿Cómo llegamos aquí, Zeke? —murmuré. Y entonces, de repente, recordé por qué se había lanzado al lago y jadeé—. ¿Dónde... dónde están Caleb y Bethany? —Me volvió a llenar la desesperación cuando me di cuenta que estaba solo. Si, para rematar las cosas, esos dos niños pequeños se habían ahogado...

—Se encuentran bien —me aseguró Zeke, calmando mi pánico—. Llegué a ellos a tiempo. —Asintió hacia el segundo piso de la cabina del piloto, donde dos caritas pálidas se asomaban mirándonos—. Se están congelando —murmuró sombrío—, y aterrizados, pero estarán bien. Al menos por ahora. Tuve que cargarlos todo el camino hasta aquí y después encontrar la escalera para subir mientras estaban aferrados a mi espalda. —Negó con tristeza—. Creo que es la primera vez que me he alegrado de ser un vampiro, no lo habríamos logrado de otro modo.

Mi Hambre se despertó y rugió llena de vida cuando vi a los dos niños, pero los dedos de Zeke presionaron contra mi brazo y su voz se volvió urgente.

—Allison —dijo, mientras intentaba calmar mi sed de sangre y enfocarme—. No hemos terminado. Tenemos que detener este barco. —Asintió hacia el borde de la cubierta—. Aún hay un montón de Rabids ahí abajo. Incluso si no están infectados, si esta cosa llega al puesto de control, será una masacre.

Miré sobre la barcaza hacia donde las luces del punto de control brillaban, justo delante de nosotros. No parecía haber suficiente tiempo, y yo estaba cansada, lastimada y famélica. Mi brazo de la espada aún me dolía; ahora sólo podía flexionar los dedos, y todavía había un hueso roto alojado en alguna parte de mi pecho. Quería recostarme hasta que lo que sea que estuviera roto dentro de mí, sanara. Quería encontrar al humano más cercano y hundir mis colmillos en su garganta. Y quería encontrar un lugar tranquilo en donde hacerme un ovillo y hacer luto por la muerte de mi sire. En su lugar, asentí y me alejé de Zeke, limpiando los últimos restos de sangre de mis ojos.

—Entonces vamos —le dije, dirigiéndome a la cabina del piloto hacia las escaleras en la cima de la cubierta—. La puerta de los controles está soldada, pero si podemos abrirla, podríamos ser capaces de detener esta cosa.

Me apresuré a subir los escalones, ignorando las pequeñas figuras temblorosas de Caleb y Bethany mientras se acurrucaban en el segundo piso, manteniendo mi Hambre bajo control con desesperación. El demonio me gritaba que los atacara, que me abalanzara y abriera la garganta de un niño, sabiendo que eso calmaría el dolor que me apuñalaba desde el interior. Me tomó toda mi fuerza de voluntad seguir avanzando cuando Caleb me llamó, ondeando un brazo delgado y pálido en mi dirección.





Llegamos a la puerta de la cabina. Puse mi hombro contra el metal y me estrellé contra ella, ignorando el dolor que se extendió a través de mi cuerpo. No cedió y Zeke se unió a mí, lanzándose contra la puerta también, tratando de abrirla.

—Esto no es bueno —murmuró después que nos hubiéramos lanzado contra ella unas cuantas veces sin resultado—. No va a abrirse.

Miré hacia la puerta, y la furia y la desesperación me llenaron y bailaron la una con la otra. *Soy un vampiro Maestro*, pensé, apretando los puños. Aunque todavía me era difícil de creer el concepto, yo, ¿un vampiro Maestro como Kanin? ¿Como el príncipe? Pero confiaba en mi sire, y sabía que nunca me mentiría. *Kanin sería capaz de atravesarla. Y no voy a dejar que la gente en la costa muera por culpa de una maldita puerta. ¡Así que ábrete, estúpida cosa!*

Me lancé contra ella una vez más, poniendo la última de mi fuerza en el golpe. El impacto hizo vibrar mi cuerpo, enviando una ola de dolor a través de mis costillas heridas, pero la puerta voló abierta con un estruendo, y yo trastabillé dentro.

Sin embargo, mi momento de triunfo se desvaneció rápidamente, una vez estuvimos dentro de la cabina. Los controles, ya desconocidos y complicados, habían sido destrozados y doblados más allá de toda reparación. El timón había sido arrancado, destruido, y yacía en pedazos en una esquina. Sarren había encerrado su maldición dentro, tal y como Kanin había supuesto, y no había manera de cambiar de dirección. No desde aquí, de todas formas.

—¡Maldición! —espeté, mirando alrededor con impotencia. Las luces de la costa brillaban peligrosamente cerca a través de las ventanas—. ¿Ahora qué?

—El ancla —dijo Zeke, apuntando hacia una caja de metal en la pared, con un solo botón en el centro—. Deja caer el ancla: podría ser suficiente para girar esta cosa para que no se estrelle contra el puesto de control.

Presioné el botón con fuerza. Hubo un clic, pero nada sucedió. La barcaza continuó avanzando sin control hacia la costa sin mostrar signos de detenerse.

—Debió haber cortado la cadena —gruñó Zeke, pasándose ambas manos por el cabello—. Y no hay tiempo para llegar al cuarto de máquinas, incluso si pudiéramos entrar. —Cerró los ojos, presionando los puños contra su frente—. ¿Qué vamos a hacer?

Desesperada, miré más allá de la barcaza y de los Rabids que pululaban debajo sobre la plataforma, hacia la parte trasera del barco. Vi la cadena a la que se refería Zeke, la que se suponía estaba sujeta al ancla, yaciendo en una pulcra espiral sobre la cubierta. Obviamente no había ancla, pero había un par de contenedores de metal cerca, idénticos a los que los Rabids estaban merodeando más abajo. Y el fantasma de una idea pasó a través de mi mente. Era una apuesta, y tendríamos que pasar a través de una muchedumbre gigante de Rabids, pero estábamos sin opciones. Estábamos sin tiempo.

—Vamos —le dije a Zeke, alejándome de los controles—. Se me acaba de ocurrir algo.





Me giré hacia la puerta, pero me congelé cuando vi a Caleb en el marco, pálido y temblando, levantando la mirada hacia mí con ojos grandes y oscuros.

—Allie —dijo, y una sonrisa temblorosa se extendió por su rostro—. Lo sabía. Sabía que volverías.

El demonio se levantó con un rugido, pero antes de que pudiera moverme Zeke saltó y me tomó por la cintura, mientras mis colmillos se extendían y me tensaba lista para avanzar, para abalanzarme y rasgarle la garganta al niño.

—¡Caleb, regresa! —gritó Zeke, y los ojos de Caleb se abrieron desmesurados con miedo. Zeke me sostuvo en un agarre apretado, sus brazos eran como bandas de acero a mi alrededor, incluso mientras apretaba los ojos y me giraba hacia él, luchando por recuperar el control—. Ve a la planta baja con Bethany y quédense ahí —ordenó Zeke con voz firme mientras yo convertía mis manos en puños sobre su camisa y presionaba la frente contra su pecho—. Cuando nos vayamos, Bethany y tú van a venir a esta habitación, bloquearán la puerta y no la abrirán por nadie excepto yo, ¿entendiste?

Mi demonio aulló y el Hambre rasguñaba mis entrañas, ambos volviéndome loca. Escuché a Caleb sorberse la nariz, su voz asustada empezar a protestar, y la voz de Zeke que se endurecía.

—¡Ahora, Caleb!

El chico rompió a sollozar hipando y huyó. Zeke no me soltó hasta que los pasos desaparecieron bajando por la escalera. Sólo entonces aflojó su agarre con mucho cuidado, aunque no lo suficiente para dejarme ir.

—¿Allie?

—Estoy bien —dije entre dientes. El Hambre ardía a través de mis venas; era implacable y terrible, pero obligué a mis colmillos a retraerse y detuve los pensamientos de saltar sobre un niño y enterrar mis dientes en su garganta—. Gracias por sostenerme

—Siempre, chica vampiro. —Zeke presionó su frente contra la mía—. Sólo prométeme que harás lo mismo por mí. Nos sostendremos el uno al otro. —Levantó la mirada, asegurándose de que Caleb se hubiera ido, después se alejó—. Pero justo ahora, tenemos que detener un barco. ¿Cuál era tu plan?

Oh, sí. El barco.

—Por aquí —dije, dirigiéndolo de regreso bajando las escaleras. Olí a Caleb y a Bethany en algún lugar cerca, pero no podría permitirme pensar en ellos justo ahora. Una vez de regreso en la cubierta, miré hacia el otro lado del barco; más allá de la plataforma y el laberinto de contenedores de embarque debajo. Me dio un escalofrío. Los Rabids nos siseaban y gritaban desde abajo, y la costa estaba temiblemente cerca. Teníamos unos minutos, máximo.

—¿Cuál es el plan, Allison?





Apunté al otro lado del abismo.

—La cadena —dije, y su mirada cayó sobre los pesados rollos al otro lado del barco—. Ya no está el ancla, pero si logramos sujetar la cadena a ese contenedor y empujarlo sobre el borde...

—Podría ser suficiente para girar la barcaza —terminó Zeke—. En especial cuando se llene de agua. No detendrá el barco, pero sólo necesitamos girarlo para que no llegue al punto de control. Asintió con lentitud, aunque su expresión era insegura—. Podría funcionar, pero ese contenedor es gigante, Allie. ¿Seremos capaces de moverlo?

—Debemos hacerlo —gruñí, y él no discutió. Levanté mi mano sobre mi espalda y extraje mi espada, con mis dedos aún rígidos de cuando Sarren me había roto el brazo—. Tendremos que pasar a través de los Rabids —dije, mientras Zeke también extraía su machete—. Si nos mantenemos sobre los contenedores, no deberían ser un problema, pero tenemos que llegar al otro lado. Nada más importa ahora.

Zeke asintió y levantó su arma.

—Ve —dijo, asintiendo hacia el borde de la cubierta—. Estoy justo atrás de ti.

Me paré al borde de la plataforma y estudié lo que era un laberinto de contenedores, tratando de estimar el mejor camino para llegar al otro lado. Al instante, los Rabids se movieron hacia adelante con gritos y chillidos, arañando la pared y tratando de saltar sobre mí. Me di cuenta que ahora su número era más pequeño, y que había cadáveres pálidos diseminados por la cubierta, retorcidos y en pedazos. El vampiro Maestro, aunque había estado en desventaja numérica y tenía intenciones de morir, no se había ido en silencio a su noche eterna.

Deliberadamente mantuve mi mirada lejos de una sospechosa mancha oscura en el centro de la plataforma. El lugar donde había caído mi sire.

Di un paso atrás, me preparé y salté de la cubierta, dirigiéndome a la cima del contenedor de embarque más cercano. Aterricé en el techo con un sonido metálico, y los Rabids pulularon a su alrededor de inmediato, arañando los lados con sus garras. Uno de ellos se encaramó sobre los demás, siseando cuando trepó a mi lado, le corté la cabeza de los hombros con una rápida cuchillada de mi espada, y cayó hacia atrás dentro de la muchedumbre.

Zeke aterrizó detrás de mí con un *clang*, y juntos corrimos hacia el otro lado, con los Rabids como un enjambre gritando debajo de nosotros. Saltamos de contenedor en contenedor, cruzando la plataforma y sólo unos cuantos monstruos pálidos se las arreglaron para arañar su camino hasta las cimas. Se lanzaron ciegos de ira hacia nosotros mientras gritaban, pero los cortamos en pedazos y proseguimos.

Me detuve al llegar al borde de un contenedor.





Este era el último techo que teníamos que cruzar, y había uno final que requería un salto muy alto, antes de que llegáramos al otro lado de la barcaza. Para tener siquiera una oportunidad necesitaba correr para ganar impulso, pero había dos Rabids bloqueando mi camino, siseando y gruñendo mientras venían hacia nosotros.

Al menos, uno de ellos lo hacía. El otro se tambaleaba y lucía confuso. Mientras el primer Rabid se abalanzaba y se encontraba con un fin rápido en mi katana, el otro sacudía su cabeza, casi cayéndose por el borde del techo. Su cara había sido tan arañada que era más un cráneo que carne, pero pequeños pedazos de piel empezaban a crecer sobre las heridas abiertas.

El Rabid se sacudió a sí mismo y vino por mí otra vez, siseaba pero ahora era más lento; sus movimientos no eran tan frenéticos como antes.

Los corté en pedazos con facilidad y lo pateé sobre el borde del techo, dejando que cayera sobre la multitud debajo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Zeke, llegando detrás de mí. Tenía sangre goteando de sus brazos, cara y machete, pero no era suya. Sus colmillos brillaron cuando habló—. ¿Qué pasó?

Negué, queriendo explicar lo que había visto en el Rabid, pero no había tiempo.

—Nada —dije, enfrentándome a la orilla de la cubierta, y al gran salto ante nosotros—. ¿Estás listo para esto? —pregunté, dándole una rápida mirada a Zeke—. ¿Puedes hacerlo?

Un Rabid arañó su camino hasta detrás de nosotros y gritó, causando que Zeke se tensara.

—No tengo opción. ¡Vamos!

Corrí hacia el borde del contenedor y me lancé al espacio vacío. Tal vez era el nuevo conocimiento de que era un vampiro Maestro, o tal vez sólo estaba desesperada, pero se sintió como si hubiera saltado más alto de lo que lo había hecho nunca antes. Llegué a la cima de la cubierta con espacio de sobra y al instante me giré, me lancé, tomé a Zeke cuando caía hacia el borde de la plataforma, llevándolo a la seguridad.

Nos tumbamos en el piso por solo un momento, enredados el uno en el otro, con nuestros dedos entrelazadas, antes de ponernos de pie.

El contenedor abierto yacía al borde de la barcaza, vacío y hueco a la luz de la luna, y corrí hacia él.

—¡Toma la cadena! —le dije a Zeke, siendo yo misma una parte de los enormes y pesados eslabones. Los rollos eran eslabones gigantes y pesados más grandes que mi puño. No se reventarían, eso era seguro.

Solo tenía que asegurarme que no se soltarían del contenedor.





Llevándola hacia el compartimiento de metal, busqué algo a qué unirlo. Había gruesas barras verticales de acero en la parte de atrás de las puertas abiertas; pasé la cadena alrededor de ellas, después miré alrededor buscando algo con que asegurarlas en su lugar.

—¡Allie! —Zeke me lanzó una tubería. La tomé y la empujé a través de los eslabones de metal y, apretando los dientes, doblé la tubería alrededor de la cadena, varias veces.

Ya está, pensé, dando un paso atrás, examinando mi trabajo: la cadena estaba unida al contenedor y las puertas ya estaban abiertas. Ahora todo lo que teníamos que hacer era empujarlo por la borda y esperar que esa enorme caja de metal se llenara de agua y generara suficiente resistencia para girar el barco.

Algo se movió al borde de mi visión y la sangre se congeló en mis venas.

No. No puede ser. Debería estar muerto.

Me giré mientras gritaba una advertencia desesperada, y Zeke levantó la mirada de donde estaba desenvolviendo los pesados rollos de cadenas.

Demasiado tarde.

Una hoja larga y curvada surgió del pecho de Zeke, saliendo al aire y brillando a la luz de la luna, y Zeke gritó. Sarren, empapado y goteando, con los colmillos desnudos en un gruñido aterrador, lo levantó en el aire, y yo rugí.

Desenfundé mi katana y me lancé hacia Sarren, quien movió su brazo y arrojó el cuerpo de Zeke a un lado antes de girarse hacia mí. Zeke se impactó con la cubierta a varios metros, gritando de agonía, y yo me acerqué a Sarren.

—¡Por qué no te mueres de una vez! —grité, atacando al loco vampiro con mi espada, intentado cortarlo a la mitad. Ya no habría más sorpresas; esta vez le cortaría la cabeza, las piernas, su otro brazo, su espina. Lo cortaría en una docena de pedazos y los esparciría en diferentes lugares recónditos de la tierra para asegurarme que estaba muerto.

Sarren bloqueó mi ataque con su espada, atacó y me tomó por la garganta. Seguía siendo tremendamente rápido. Sentí que mis pies dejaban el aire mientras mi oponente me levantaba y me arrojaba contra la cubierta con un estruendo que hizo que mi cabeza zumbara.

Sarren se arrodilló a mi lado, aún sujetándome por la garganta. Su rostro estaba transfigurado en un gruñido, con sus aterradores ojos en blanco. Mi estómago se llenó de miedo. Esta vez no había palabras, ningún juego con su presa, no había burlas o pistas o poesía perturbadora. Ahora me enfrentaba al demonio, y no estaba interesado en palabras. Todo lo que quería era hacerme pedazos.

Sarren apretó su agarre, sus dedos huesudos se cerraron como un torniquete, aplastando mi tráquea y volviendo el mundo rojo por el dolor.

Una rodilla clavó el brazo de mi espada contra la cubierta; no podía mover mi brazo, y vi cuando Sarren levantó su espada, apuntando a mi cuello.





Con un gruñido desafiante, convertí mi mano libre en un puño y golpeé el brazo en mi garganta tan fuerte como pude, dándole al codo. Hubo un crujido y Sarren se vino abajo, la presión en mi garganta se liberó mientras era lanzado fuera de balance.

Empujé con fuerza con mis piernas, lanzándolo sobre mi cabeza, después me puse de pie con mi espada.

Apenas tuve tiempo para girarme antes de que estuviera sobre mí otra vez, siseando y desnudando los colmillos. Esquivé el primer golpe rabioso, desvié el segundo, y fui tirada hacia atrás cuando Sarren saltó y me pateó en el pecho. Golpeé la cubierta, rodé hasta mis rodillas y apuñalé hacia arriba tan rápido como pude, casi sin pensar.

Mis brazos se sacudieron cuando Sarren golpeó la punta de mi espada, empalándose a sí mismo a través del estómago. Bajó la mirada hacia el arma que atravesaba sus entrañas, desnudó los colmillos y dio un paso adelante, deslizándose a lo largo del borde de la katana y dirigiendo el brazo de su espada a mi rostro.

Retrocedí de golpe, arreglándomelas para mantener un agarre en mi arma, liberando la katana al desgarrarlo creando una lluvia de sangre. Sarren ni siquiera fue más despacio cuando me atacó una vez más, llevándome una vez más a través de la cubierta. Estaba cubierto de sangre en el frente, goteando en el metal, pero sus ojos estaban enloquecidos y empañados, más allá de cualquier dolor.

Más allá de su cabeza, capté por medio segundo un vislumbre de tierra, de las luces del puesto de control, casi sobre nosotros.

Gruñí, me alejé de la espada de Sarren y atacé con la mía, desesperada por terminar esto. La esquivó, su cabeza eludió el borde por centímetros, y se abalanzó sobre mí con un grito inhumano. Salté hacia atrás, pero choqué contra la pared del cuarto de máquinas, golpeando mi cabeza contra el metal. En ese momento de sorpresa, Sarren se abalanzó y la punta de su espada impactó contra mi hombro, hundiéndose profundamente y clavándose en la pared.

Agonía estalló. Aullé e intenté acuchillarlo, pero levantó su mano libre y golpeó mi muñeca cuando el golpe venía en decaída, con lo que mi espada se liberó de mi agarre y se deslizó a través de la cubierta.

Grité cuando Sarren se dio la vuelta siseando y empujó la hoja aún más profundo, girándola mientras lo hacía.

De repente Zeke chocó contra Sarren, golpeándolo desde un costado mientras con su espada intentaba cortar el cuello. El impacto envió otra llamarada de agonía subiendo por mi hombro, prendiéndolo en llamas, mientras la hoja que me tenía clavada a la pared se rompió con un sonido metálico y Sarren se alejó dando tumbos con la mitad de su espada. El vampiro desquiciado se giró con un rugido contra Zeke, quien lo enfrentó con su machete en mano, con la otra presionada contra su pecho.





Sus ropas estaban manchadas de sangre, y apenas se podía poner de pie, pero tenía la mandíbula apretada con dolor y determinación.

Zeke desnudó los colmillos y atacó viciosamente a Sarren en la cara, pero el arco de su golpe fue descontrolado, dificultoso a causa del dolor y la pérdida de sangre. Sarren lo bloqueó con facilidad y tomó a Zeke por la garganta, levantándolo mientras gruñía. Tomé la espada en mi hombro e, ignorando el borde afilado que cortaba mis dedos, la saqué, arremetí contra Sarren y la hundí en su espalda.

Se dio la vuelta con un rugido, dándome un revés en la mandíbula y mandándome a volar. Golpeé la cubierta y rodeé hasta la barandilla, gritando cuando todo se volvió rojo por el dolor. No podía seguir así.

Ya casi estaba acabada, pero tenía que seguir luchando. Por Zeke, por Kanin y por todos en Edén, no podía dejar que Sarren ganara.

Levanté la cabeza y capté un destello metálico, yaciendo a la distancia de un brazo. Mi espada. Traté de moverme, de alcanzarla, pero pasos hicieron eco sobre la cubierta, y una sombra cayó sobre mí.

Levanté la mirada. Ahí estaba Sarren de pie, pálido y terrible en la oscuridad. Sostenía a Zeke contra él, con un brazo rodeando su cuello, y me miraba por sobre su hombro. Las manos de Zeke estaban libre de armas, y arañaba inútilmente el brazo alrededor de su cuello con el rostro tenso.

—Ahora, pajarito. —La voz de Sarren era rasposa, y tiró de la cabeza de Zeke hacia atrás, exponiendo su garganta. Sólo podía mirar mientras Sarren levantaba el brazo en el que amarró su espada, la cual estaba lista para golpear con un brillo malévolos y su borde dentado y letal—. Observa mientras destruyo todo lo que alguna vez has amado.

Un bombardeo de disparos hizo eco desde la costa más adelante, resonando a través de la oscuridad y haciendo destellar la cubierta y la barandilla. Sarren se sacudió de la sorpresa, siseando mientras miraba hacia el punto de control. Me encontré con la mirada de Zeke por medio segundo, y me dio un leve asentimiento.

Arremetí, tomando mi arma de la cubierta, y cuando Sarren se dio la vuelta, apuñalé con toda mi fuerza. A través del estómago de Zeke y en el corazón de Sarren. Zeke gritó y Sarren se puso rígido, con sus ojos sobresaliendo a causa de la sorpresa y el dolor. Extraje mi espada y, mientras Zeke caía, me puse de pie como pude y corté con mi espada el cuello de Sarren, cercenándole la cabeza.

Colapsé en la cubierta junto a Zeke cuando mi fuerza me abandonó, mientras el cuerpo de Sarren colapsaba como el de una marioneta y se quedaba quieto.





Su cabeza calva rebotó en la cubierta, rodó varias veces, y terminó a unos cuantos metros, con la cara llena de cicatrices congelada en una expresión de sorpresa. Por fin, esta vez, no volvería a ponerse de pie.

—Zeke. —Me levanté sobre un codo y puse una mano sobre su pecho; mi voz rasposa era un susurro. Él yacía sobre su espalda sobre un charco de sangre, sus ojos estaban vidriosos mientras miraba con fijeza al cielo—. ¿Puedes escucharme?

Hizo una mueca de dolor y apretó sus mandíbulas, con los colmillos extendidos por completo a causa del dolor. Pero su mano buscó la mía y la apretó con fuerza, y su voz era urgente cuando se giró para verme.

—Detén la barcaza, Allison. —Una gota de sangre le cayó de la boca y apretó los dientes—. Apresúrate. No nos... queda tiempo. No creo que... pueda ponerme de pie justo ahora. Por favor. —Apretó mi mano—. Tendrás que hacerlo tú.

Asentí con cansancio. Estaba tan cansada. Todo me dolía, y no creía tener la fuerza suficiente para pararme, mucho menos para girar una barcaza entera, pero me empujé a ponerme de rodillas, y entonces, apretando mi mandíbula, me puse derecha. El Hambre rugió como el fuego a través de mis venas, y cada paso era una tortura, pero me tambaleé a través de la cubierta y prácticamente caí contra el contenedor de embarque abierto que habíamos encadenado a la cubierta.

Puse mis manos sangrientas contra el costado y empujé, pero nada sucedió, excepto que me cortó una brillante ola de agonía como un cuchillo, y el Hambre que gritó en mis venas. Apreté los dientes e intenté otra vez, cerrando mis ojos al dolor, pero la terca caja se rehusó a ceder.

Me dejé caer contra el muro y cerré los ojos. No podía hacerlo. Era demasiado débil, tenía demasiado dolor y no me quedaba nada de fuerza. *Lo siento, Zeke*, pensé, deslizándome hacia abajo por el metal, con pena y desesperación causando un nudo en mi garganta. *Quería pasar la eternidad contigo.*

Puedes hacer esto.

Parpadeé y abrí los ojos. La cubierta estaba vacía; estaba sola en este lado del barco, pero estaba casi segura que había escuchado *su voz*, grave y confiada, como si estuviera parado justo frente a mí.

Eres la última de mis hijos, mi legado para este mundo. Eres un vampiro Maestro, Allison. Espero que, sin importar lo que decidas, sin importar el camino que elijas, sigas siendo la misma chica que conocí esa noche bajo la lluvia. La única decisión de la cual no me arrepiento.

—Kanin —susurré y mi garganta se apretó una vez más. Mirando con fijeza la pared de metal, desnudé los colmillos—. No te decepcionaré.





Puse mi hombro contra el acero una vez más, cerré los ojos y empujé, ignorando el dolor y el Hambre que me consumía. Por varios segundos, el contenedor no se movió. Después hubo un chirrido oxidado cuando la caja se movió, sólo unos cuantos centímetros, pero era suficiente. Me lancé a la tarea, empujando con toda mi fuerza, pensando en Kanin, Zeke, Caleb, incluso en Jackal: todas las personas que me habían traído tan lejos. No les fallaría.

Aletearía mis alas —como lo había puesto tan elocuentemente un psicópata que estaba recién muerto— contra la oscuridad hasta que esta me tragara entera, o la hiciera dar marcha atrás por completo.

El contenedor de metal hizo un horrible sonido chirriante cuando se deslizó a través de la cubierta, parándose al mero borde de la barcaza. Me detuve, reuní lo último de mi fuerza y empujé tan fuerte como pude. La caja gigante se inclinó sobre su lado, pareció balancearse al borde de la cubierta, y por fin se volcó, golpeando las aguas oscuras con una tremenda salpicadura.

Me derrumbé sobre la cubierta una vez más, escuchando a la lluvia traquetear sobre el costado mientras el contenedor se hundía bajo la superficie, esperaba que llenándose de agua. Lo había hecho. No sabía si había logrado hacerlo a tiempo, si sería suficiente para girar la barcaza, pero no había nada más que pudiera hacer. Mientras yacía ahí creí poder sentir a la barcaza cambiando de dirección... girando... girando... con una lentitud agonizante. Pero no podía estar segura.

Y entonces hubo un crujido ensordecedor que sacudió la cubierta, mientras el enorme barco por fin tocaba tierra. La barcaza se estremeció con violencia, el metal chirrió, la madera se quebró, sonando como si se estuviera arrancando a sí misma, antes de que por fin parara de moverse. Creí escuchar gritos y llanto desde la costa, disparos estallando en la noche, y supe que debería ponerme de pie, tratar de ayudar. Me dolía, mucho, pero estaba sanando, y no estaba en peligro de ponerme a hibernar. Al menos, no aún.

Pero Zeke...

Frenética de repente, me empujé hasta ponerme de pie y medio gateé, medio me tambaleé hasta donde yacía Zeke y colapsé a su lado.

Su expresión era laxa, pero ante mi toque, se removió y sus ojos se abrieron. Brillaban por el Hambre, estaban vidriosos por el dolor, pero vivos.

—¿Allie? —Su mirada, preocupada y ansiosa a pesar del Hambre, buscó la mía—. ¿Funcionó? —susurró—. ¿Giraste el barco a tiempo?

—No lo sé —susurré de regreso. Levanté mi cabeza para mirar más allá de la cubierta, pero no pude ver nada pasando la barandilla excepto árboles—. Hice todo lo que pude.





—Bueno, eso estuvo muy cerca, enanos —dijo una voz clara y familiar mientras una sombra caía sobre mí—. Otros cincuenta metros y hubiera sido una masacre. Lo cual, no me entiendan mal, por lo general me encantaría, pero no cuando estoy del lado perdedor.

Levanté la mirada. Jackal se cernía sobre nosotros, usando su sonrisa usual, sosteniendo casualmente un rifle de asalto sobre un hombro. Heridas frescas y abiertas brillaban en sus mejillas, y las enfermizas venas negras se habían extendido de su mandíbula al costado de su rostro, pero estaba ahí parado alto y orgulloso sobre la cubierta, negando con la cabeza hacia mí. Su abrigo ondulaba detrás de él, y sus ojos dorados brillaban en la oscuridad.

—Jackal —susurré, mientras él levantaba una ceja sardónica—. ¿Sigues... aquí? Creí que habías huido...

Resopló.

—¿Con Réquiem suelto? ¿A dónde iría, exactamente? Tenemos que detenerlo aquí, pero me imaginé que si Sarren nos asesinaba a todos, la maldita plaga empezaría al segundo en que la barcaza tocara tierra y los Rabids se esparcieran. Sabía que no sería de ninguna ayuda venciendo al psicópata. Así que implementé un plan de contingencia. De esa forma, si se las arreglaba para matarlos a todos, al menos yo podría advertir a las bolsas de carne de lo que venía.

—¿Ese era tu plan? —Lo miré con fijeza, recordando lo que había dicho en el bote, justo antes de que se fuera y se desvaneciera entre las olas—. ¡Creí que nos estabas abandonando! ¿Por qué no simplemente me dijiste eso antes?

Jackal me sonrió con presunción.

—¿Y perderme esos adorables despotriquetos que haces tan bien? ¿Qué diversión habría en eso?

—Espera un segundo. —Zeke se esforzó para enderezarse con una expresión llena de incredulidad y escepticismo—. Tú... me estás diciendo que fuiste para advertir al pueblo. ¿Para salvar a los humanos?

—No leas demasiado en eso, cachorro —se burló Jackal con desprecio—. No quiero que Réquiem se esparza al igual que tú. Eso pondría un gran obstáculo en mis planes si todos murieran. Así que, sí, me fui para advertir a las bolsas de sangre, quienes estuvieron todos de acuerdo en que deberíamos todavía tratar de detener esta cosa. Tal vez matar a tantos Rabids como pudiéramos antes de que llegaran a la costa. —Levantó su rifle de asalto—. Ahí es cuando los vi a ti y a tu novia sobre la cubierta con Sarren, consiguiendo sus traseros pateados, y pensé en intervenir. Por cierto, no es nada. Sólo estoy un poco decepcionado que no llegara a ver la cara de Sarren cuando por fin dejó su cuello flacucho. —Resopló y miró al cadáver pálido y derrumbado que yacía a varios metros. La cabeza no se veía por ninguna parte, habiendo rodado hasta caer por la borda cuando el barco llegó a tierra. Una esquina del labio





de Jackal se levantó en una sonrisa satisfecha, antes de que se pusiera serio—. Que mal que el anciano nunca llegara a verlo.

Un nudo se atoró en mi garganta, incluso mientras parpadeaba hacia él.

—Lo sabes.

—También tengo un lazo de sangre, hermana. —Jackal me sonrió, aunque le faltaba la mordacidad de antes—. Sentí cuando el anciano bastardo por fin estiró la pata. Pareció ser lo que él quería, así que adivino que Sarren no fue el que lo acabó. Como sea, ¿cómo pasó?

Tragué fuerte.

—Kanin —empecé, tratando de mantener mi voz estable—, descubrió la cura... estaba dentro de él. —Las cejas de Jackal se arquearon, y una mirada incrédula le cruzó el rostro mientras continuaba—. Que él portaba la cura para el Réquiem en su sangre. Dio su vida para asegurarse que el virus no se esparciera al resto del mundo, que terminara justo aquí—. Mi vista se volvió borrosa, y parpadeé con fuerza para aclararla, mientras mi voz salía un poco ahogada—. Nos salvó. Salvó todo.

—Huh. —Jackal parpadeó hacia mí con expresión inescrutable. Girándose, miró de regreso a la plataforma, donde los Rabids habían estado minutos antes—. Bueno, anciano. —Suspiró, y su voz no era presuntuosa, o sarcástica, o burlona—. Has estado esperando por este día desde que los Rabids fueron creados por primera vez. Espero que hayas encontrado la paz.

De repente hizo una mueca de dolor, hundiéndose en la cubierta, con el rifle de asalto haciendo un estrépito a su lado. Alarmada, me enderecé, estirándome para estabilizarlo, pero Jackal se derrumbó sobre su espalda en la cubierta, poniendo un brazo sobre su rostro. Podía ver la horrible herida de mordida en su cuello, negra y brillante, volviendo oscura la carne a su alrededor.

—Bueno, no es esto jodidamente hilarante. —Suspiró cuando el viento sopló sobre la barandilla, girando alrededor de tres vampiros tirados sobre la cubierta—. Salvamos a un puñado de bolsas de sangre llorones, matamos a un psicópata más viejo que el polvo, paramos otra plaga que destruiría al mundo... y todavía no tenemos la cura. Después de todo, Dios de verdad nos odia. —Suspiró otra vez, dejando que su otro brazo descansara sobre su estómago, como si se estuviera preparando para tomar una siesta—. Como parece que esta será mi último aliento, ¿no creo que fuera capaz de convencerlos a ustedes dos bonachones de que masacraran a una villa conmigo? Por los buenos viejos tiempos.

—No —dije, mientras Zeke fruncía el ceño junto a mí. Aunque *estaba* famélica, y tendría que alimentarme pronto, al igual que Zeke. Esperemos y el Dr. Thomas tuviera disponibles una verdadera bolsa de sangre o dos—. No vas a hacer una matanza con los humanos por los que trabajamos tan duro por salvar —le dije a Jackal, quien resopló sin mirarme—. Además, no vas a morir.





—¿Oh? —Bajó su brazo, mirándome con resignación—. Entonces, hermana, ¿tienes la cura bajo la manga?

—En realidad, creo que lo hago.

Ambos se me quedaron viendo. Miré a Zeke, luego a Jackal, y sentí una pequeña chispa de esperanza crecer de manera constante hasta convertirse en una llama ardiente.

Kanin había sido inyectado con la sangre de Zeke en Nueva Covington, pero no había sido el único. Sólo para asegurarme, palpé alrededor de mi cuello donde el Rabid infectado me había mordido, encontrando piel suave y firme, y sonreí.

—Soy un vampiro Maestro —dije, ante sus expresiones sorprendidas—. La cura también está dentro de mí.





CAPÍTULO 20



Desperté acostada en una mesa.

Abrí los ojos e hice una mueca ante una luz que brillaba sobre mí, siseando y girándome, oculté el rostro. La superficie bajo mi espalda se sentía dura y lisa, metálica. Confusa, intenté enderezarme, entrecerrando los ojos por la luz mientras me preguntaba dónde estaba.

—Ah, señorita Allison. Ya despertó.

Se me acercó un hombre vestido con una bata blanca y anteojos en los que se reflejaba la luz. Tenía un brazo en cabestrillo y un lado de su cabeza estaba cubierto por una venda, pero lo reconocí en cuanto lo vi.

—¿Dr. Richardson?

Asintió, y el resto de la habitación se enfocó; era pequeña y blanca, con pisos de azulejos y estantes llenos de instrumentos afilados. La superficie sobre la que yacía era una mesa de metal, brillante y con un ligero aroma a químicos y sangre. Mi estómago se revolvió cuando me di cuenta de en dónde estaba. De alguna manera, había vuelto al laboratorio.

Alcé mi mano a mi espalda buscando mi espada, pero la descubrí faltante. Miré con fijeza al científico, le gruñí y desnudé los colmillos.

—Debería haberme atado si creía que iba a retenerme aquí —dije mientras los ojos del humano se abrían desmesuradamente.

—Tranquila. —Richardson extendió su mano sana—. Cálmate, chica. No es lo que crees.

—¿En dónde están Jackal y Zeke?

—¡Están bien! Ambos están bien. Por favor, tranquilízate.

—¿Los dos?

—Sí. —El científico asintió con firmeza—. Los dos. —Suspiró cuando me relajé un poco y retraje los colmillos. Estaban bien. Incluso Jackal se encontraba bien—. Y no planeamos retenerte aquí —continuó Richardson gesticulando hacia la puerta, la cual estaba abierta y sin guardias—. Puedes irte cuando lo desees, sólo escúchame.

—¿En dónde estamos? —pregunté, tratando de recordar los últimos minutos de la noche anterior. Después de que el barco tocó tierra, la mayoría de los Rabids habían huido a los bosques o se habían unido a la multitud que todavía permanecía alrededor de los portones del punto de control. Había descubierto más tarde que Jackal había tomado un pequeño bote para





llegar a la barcaza en lugar de luchar por atravesar la horda. Habíamos vuelto al punto de control de la misma manera y encontrado a un pelotón de soldados esperándonos; por suerte con un gran suministro de bolsas de sangre y ningún civil alrededor para tentarnos. Aparentemente Jackal les había dicho lo que tenían que preparar para cuando regresáramos.

Después de tomarme dos, sólo lo suficiente para sanarme y mantener el Hambre a raya, había vuelto al hospital con Jackal y Zeke. Hendricks había estado esperándonos, pero con Jackal en tan mal estado, había enviado a Zeke a lidiar con el alcalde mientras buscaba al Dr. Thomas y lo forzaba a ayudar al vampiro enfermo. El pequeño humano no dijo nada cuando le ordené que extrajera mi sangre y se la inyectara a Jackal, claramente aterrorizado ahora que había *tres* vampiros con los que contender en lugar de sólo uno.

Después de eso, con el amanecer a menos de una hora, el resto de la conversación se había vuelto borrosa. Recordaba reunirme con el alcalde Hendricks y Zeke, contarles sobre la cura, y que el alcalde había preguntado si estaba dispuesta a ofrecer un poco de mi sangre para investigarla. Había aceptado después de hacerlo jurar que no me usarían para un experimento de laboratorio.

Y después había despertado aquí.

—¿Estamos en Edén? —pregunté con asombro, pero el Dr. Richardson negó con la cabeza.

—No, seguimos en el punto de control —respondió y me ofreció una sonrisa torcida—. Confía en mí, estaba tan confundido como tú cuando desperté en un hospital y no en la isla. Después de que ustedes cuatro me dejaran en el laboratorio, pensé que iba a morir. Me oculté cerca de la planta de energía hasta que me desmayé por la pérdida de sangre. —Negó—. Pero, al parecer, aún no era mi hora. Una unidad vino por mí hoy temprano en la mañana, dijeron que uno de los vampiros les avisó dónde encontrarme y que el alcalde Hendricks en persona había ordenado mi rescate.

—¿Por qué?

—Por ti, vampiro. —La voz del científico se volvió seria—. A causa de lo que les dijiste; sobre Réquiem, sobre la cura. Necesitaban a alguien que entendiera la investigación, que hubiera trabajado de primera mano con el virus. Llegué aquí con una ligera contusión y un brazo roto, y aun así me pusieron a trabajar tan pronto como los analgésicos entraron en acción y estaba lo suficiente lúcido para ponerme de pie. —Sus ojos brillaron detrás de sus anteojos mientras me miraba con fijeza—. Por supuesto, si hubiera sabido lo que tenían, lo que querían que hiciera, habría empezado tan pronto como me desperté, con un brazo roto o no. El pensar... —Me miró fijamente, evaluándome—. Después de todo este tiempo, la respuesta estaba justo frente a nosotros. Si sólo hubiéramos entendido a los vampiros un poco más.

—Hablas de la investigación —adiviné—. Los experimentos fallidos sobre vampiros.





—Sí. —Richardson asintió—. La llave era la sangre vampiro. Eso es lo que siempre pensamos, pero sólo teníamos media respuesta. La sangre de un vampiro normal no funcionaría. Los vampiros tipo dos y tres siguen creando Rabids cuando tratan de Convertir a alguien. Necesitábamos algo más fuerte, algo más poderoso, para vencer al virus Rabidismo. Pero tú sabes todo eso, ¿no es así? Tú encontraste la pieza faltante.

Antes de que pudiera contestar, me dio la espalda, caminó hasta el mostrador detrás de él y tomó algo que tintineaba. Cuando se dio la vuelta, un vial brillaba entre sus dedos mientras los sostenía en alto, lleno de algo que bajo las luces brillaba de un rojo oscuro.

—Tu sangre —murmuró—. La sangre de un vampiro Maestro, combinada con las vacunas experimentales que le dimos a Zeke antes de que se fuera, hace ya tantos meses. Todavía no ha sido probada, no en un humano, de cualquier manera. Pero tú ya inyectaste a tu amigo Jackal y ahora está en camino a una recuperación completa. Así que, si nos basamos en ello, y en la investigación que fui capaz de realizar... —Hizo una pausa, sin apartar la mirada del vial, con su voz volviéndose más suave al llenarse de asombro, de esperanza—. Esta... esta es nuestra cura. Por fin tenemos una cura.



Edén celebró esa noche. Aunque el alcalde y el doctor habían preferido mantenerlo en secreto por ahora, de alguna forma se había filtrado del hospital la noticia sobre la cura y expandido como fuego por las masas. A pesar de las circunstancias de una hambruna cerniéndose, cajas de alcohol habían aparecido misteriosamente de alguna parte, y partidas de caza habían logrado regresar con varios venados esa tarde, así que el ánimo del campamento era de júbilo. Se encendieron fogatas a lo largo del campamento, y los humanos circulaban por todas partes, reían y charlaban, sin preocuparse por los pocos vampiros que ahora caminaban entre ellos.

Permanecí apartada de la multitud, cautelosa de las enormes fogatas pero sin querer estar cerca de tantos humanos ebrios de alcohol y euforia. Sus voces llenas de emoción llegaban flotando mientras me movía a través de las sombras, escuchando retazos de conversaciones, sobre la cura, sobre Edén y sobre ir a casa.

No podía unirme a su celebración. Teníamos una cura; la única cosa que tanto humanos como vampiros habían buscado, cotizado, necesitado con desesperación, por sesenta años. El Dr. Richardson me había dicho que si la cura funcionaba como esperaba, cualquier humano inyectado con la vacuna debería volverse inmune al Rabidismo. No “curaría” a los Rabids ni los volvería humanos otra vez; ellos ya estaban muertos, y la muerte era la única cosa que no podías curar. Pero anularía la enfermedad y haría que los Rabids no pudieran pasar el Rabidismo a seres vivos. Eso era, si lograbas acercarte lo suficiente para inyectarlos con la cura. Y un vampiro que hubiera recibido la vacuna ya no sería un portador del Rabidismo y podría,





en teoría, ser capaz de crear vampiros otra vez. No era perfecto, pero era un comienzo. Debería estar feliz.

Pero el costo había sido alto. Al menos para mí. Los humanos no sabían; nunca entenderían el sacrificio que había sido hecho para que pudieran vivir, para que todos pudiéramos vivir.

Deseaba que él estuviera aquí para verlo.



Vagué por el perímetro del campamento y vi a la persona que había estado buscando cerca del borde de la luz y me dirigí hacia él. Zeke también había permanecido alejado de las multitudes, hablando con un par de humanos en las sombras. Los reconocí cuando me acerqué, o al menos a uno de ellos. El silencioso Jake, alto, oscuro y apoyándose en una muleta, sacudió la mano de Zeke antes de retirarse cojeando junto a una mujer de cabello oscuro, la cual tenía un brazo alrededor de la cintura, abrazándolo de forma protectora. Zeke sonrió débilmente cuando me acerqué pero su mirada era distante mientras lo observaba alejarse.

—Hola —dije con suavidad tocando su codo.

—Allie. —Ahora su voz era baja y llena de alivio cuando se dio la vuelta. Se adelantó sin dudar y me besó, con una mano presionando la parte baja de mi espalda y la otra contra mi mejilla. Cerré los ojos y me relajé contra él; dejándome sentir segura, que habíamos ganado, aunque fuera por un momento—. El Dr. Richardson me dijo que habías despertado —dijo cuando nos separamos; sus ojos azules eran intensos mientras bajaba la mirada hacia mí—. ¿Te encuentras bien?

Asentí.

—¿Qué hay de ti? —pregunté, acariciando su pecho con la mano sobre el lugar en donde había sido apuñalado, dos veces. Ahora se veía bien: no había ninguna herida, cicatriz, ni siquiera manchas de sangre. Por primera vez, estaba feliz de que Zeke fuera un vampiro. Si hubiera sido humano, es seguro que hubiera muerto.

Zeke sonrió sombríamente.

—Estoy bien. Me tomó cuatro bolsas de sangre antes de que me sintiera normal otra vez, y le di al Dr. Thomas el susto de su vida cuando vino a examinarme. Al alcalde Hendricks no le importó porque acabábamos de salvar su ciudad pero... creo que es seguro decir que ahora todos saben que soy un vampiro.

Acaricié su mejilla y mi voz era comprensiva.

—¿Estás bien con eso?

—Está mejorando.—Se inclinó hacia mi toque—. Aquí la gente ya no confía en mí, pero no los culpo. Me conocieron como humano, pero ahora que soy un vampiro, no saben qué





pensar. Me imagino que tendré que probarme a mí mismo frente a ellos, a todos, igual a como tú lo hiciste con nosotros.

—Entonces planeas quedarte.

Asintió.

—Al menos hasta que Edén vuelva a ponerse en pie. Después de eso... —Se encogió de hombros—. No lo sé. No creo que quieran que me quede aquí, que *nos* quieran. Creo que tendremos que ir un día a la vez.

—¿Zeke Crosse?

Nos giramos. Una mujer estaba detrás de él, no era mayor pero sí algo acabada, parecía haber sido curtida por privaciones y la vida. Su cabello castaño claro estaba recogido, y su mano envuelta en vendas. Zeke se alejó de mí y sus ojos se agrandaron cuando la enfrentó.

—¿Señora Brooks! No sabía que se encontraba aquí. Me dijeron que había salido de la isla, pero... —Se detuvo, pasándose una mano por el cabello, y su voz se llenó de culpa—. Siento mucho lo de su esposo. Y... y Matthew. Debería haber estado ahí...

Ella levantó una mano para detenerlo.

—¿Es verdad lo que dicen? —casi susurró, aunque su voz era práctica. Zeke hizo una mueca de dolor y sus hombros cayeron cuando la mujer continuó—. Que... que eres un vampiro. ¿Es cierto?

Inclinó la cabeza.

—Sí, señora.

Ella empezó a temblar, luciendo como si huiría si pudiera, pero no retrocedió.

—Has matado gente —acusó, como si quisiera que Zeke la contradijera, que le dijera se equivocaba—. Para... para alimentarte.

—Sí.

Su rostro se puso pálido y lo último de su coraje pareció desaparecer.

—Monstruo —susurró, y tuve que morderme el labio para retenerme, y no avanzar y gruñirle en la cara. *¿Quieres ver un monstruo?*, pensé furiosa. *Te mostraré un monstruo. Estás mirando a la persona equivocada.* Pero Zeke no dijo nada, sólo se quedó ahí parado con su cabeza inclinada, aceptando la acusación. Tampoco la mujer se dio la vuelta ni huyó, sino que siguió mirando a Zeke con fijeza como si tratara de ver al demonio dentro de él—. Y aun así... —Dudó por un momento—. Caleb y Bethany me dicen que los salvaste en Edén. Los salvaste de ese horrible vampiro que quería matarnos a todos. Quien mató a mi esposo y a mi hijo... —Rompió a sollozar y se frotó los ojos antes de recomponerse. Zeke levantó la mirada; sus ojos llenos de esperanza cautelosa, pero la mujer no lo vio—. Si eso es cierto —continuó—, si salvaste a la otra mitad de mi familia, entonces no puedo odiarte, Zeke. Incluso si eres





vampiro. Pero... sí te temo. Temo lo que puedas hacerles a mis hijos. Ellos te admiran tanto, y no comprenden lo que podría llegar a pasa.

—Nunca les haría daño —dijo Zeke con voz áspera.

—Sé que eso crees. —Asintió, luciendo derrotada—. Quieren verte —continuó, y Zeke se sobresaltó—. Caleb... es muy insistente. Ambos estaban devastados cuando te fuiste, y no me siento bien al mantenerlos alejados del chico que los trajo a Edén, quien los cuidó su vida entera. Eras su familia antes de que yo lo fuera. No puedo mantenerlos alejados de ti.

Sorbió por la nariz y miró detrás de ella, hacia donde una mujer soldado estaba un poco alejada, sosteniendo las manos de dos rostros familiares. A Caleb se le iluminó la cara y nos saludó con entusiasmo, y su madre nos dio una mirada llena de lágrimas y súplica.

—Por favor, no lastimes a mis niños, Ezekiel —susurró, y se movió hacia atrás mientras la mujer soldado liberaba a los niños. Bethany dudó, pero Caleb corrió hacia nosotros a toda velocidad. Zeke se puso rígido, y me moví con rapidez detrás de él, poniendo una mano en su espalda.

—Está bien —dije en voz muy baja para que sólo el pudiera escucharme—. Estoy justo aquí.

Y después tuve que hacerme a un lado cuando Caleb se estrelló contra Zeke, envolviendo ambos brazos alrededor de sus piernas y haciéndolo retroceder un paso.

—Ough, tranquilo chico. —Los estabilizó a ambos, aunque pude notar que su hombros estaban rígidos y su rostro muy controlado—. Hombre, has crecido mucho. ¿Qué has estado comiendo últimamente?

—¡Te fuiste! —acusó Caleb, levantando la mirada hacia él, con su mandíbula apretada y enojado, y Zeke parpadeó con sorpresa—. Me dejaste —continuó el niño, aunque seguía sin soltar su agarre en las piernas de Zeke—. Igual que Roth. Igual que Allison. —Me dio la mirada indignada de un niño de seis años, antes de volverse a Zeke otra vez—. Prometiste que viviríamos todos juntos en Edén. ¿Por qué te fuiste?

Zeke suspiró. Se liberó a sí mismo con gentileza y se arrodilló para quedar cara a cara con Caleb. Bethany, llegando detrás de él, lo saludó con timidez, y Zeke le sonrió, extendiendo un brazo para acercarla.

—Tuve que hacerlo —les explicó a ambos—. Tenía que encontrar a Allison y traerla de regreso. Entienden eso, ¿verdad? No iba a irme para siempre.

Asintieron, aunque el labio inferior de Caleb seguía sobresaliendo con obstinación.

—Chicos, ahora ambos tienen una familia —continuó Zeke—. Tienen padres, y cabras, y una casa, y todo. Allie no tenía nada de eso. Esa es la razón de porqué quería traerla a Edén. Necesitaba un hogar, igual que ustedes.





Sonreí con nostalgia. Un hogar y una familia. Zeke lo había sabido, incluso antes de que yo lo hiciera, cuán importante era eso. Que yo ansiaba ambos; una familia que no me dejara y un lugar a donde pertenecer. Los había encontrado, con Zeke, Kanin e incluso Jackal. Era un vampiro, y pertenecía a la oscuridad, pero eso estaba bien. Ya no estaba sola. Y mi camino, como mi sire siempre me había dicho, era *mío*.

Bethany asintió en silencio, aceptando la explicación de Zeke, pero Caleb estaba pensativo.

—¿Ahora eres un vampiro? —preguntó con sencillez, levantando la mirada a Zeke con ojos grandes e inocentes—. ¿Como Allison?

Zeke se encogió, pero asintió.

—Sí —dijo con suavidad—. Así que, eso significa que ya no puedo estar con ustedes tanto como antes, ¿entienden? Puede que no me vean por mucho tiempo, pero eso no significa que me haya ido, o que ya no me importen. Sólo significa... que soy un vampiro. No quiero herirlos.

Caleb se mordió el labio un momento, sopesando esto. Bethany parecía un poco asustada ante la mención de vampiros, pero con todo lo que ella había pasado, no podías culparla. Incluso si era Zeke.

—¿Tienes colmillos? —preguntó Caleb de repente. Zeke parpadeó y le dio una mirada cautelosa.

—Sí.

—Quiero verlos.

Ahora retrocedió poniéndose rígido.

—Caleb...

—¡Quiero ver! —Caleb se adelantó con el rostro serio—. El pastor dice que los vampiros son malos y perversos, pero no le creo. Allison es un vampiro, y no es mala. Pero ahora todos te tienen miedo, incluso mamá. —Su labio sobresalió y lució desafiante—. Muéstrame, Zeke. Quiero ver si te hace diferente.

La madre de Caleb se adelantó con la cara tiesa de miedo, pero Zeke sostuvo una mano en alto.

—Está bien —dijo mirándola—. Déjeme mostrarle. Tal vez entonces comprenderá mejor.

Su rostro se puso blanco, pero asintió con rigidez. Zeke suspiró, inclinó la cabeza, después la levantó otra vez, retrayendo los labios. Sus colmillos resplandecieron en la oscuridad, brillantes y letales, y Bethany se echó hacia atrás con un grito.

Caleb no se movió. Se enfrentó a Zeke con tranquilidad, estudiando los colmillos desnudados en su dirección con la frente arrugada, como en busca algo.





Levantó una pequeña mano con lentitud, tocando la mandíbula de Zeke, y Zeke retrocedió, con los ojos abiertos con sorpresa. Caleb le sostuvo la mirada, frunciendo el ceño, después negó con la cabeza.

—No —dijo simplemente, como si fuera algo que siempre hubiera sabido—. Sigues siendo el mismo.

Zeke cerró los ojos. Respiró entrecortadamente y tomó a Caleb entre sus brazos, inclinándolo la cabeza. Después de un momento, Bethany se acercó para unirse a ellos, inclinándose sobre su hombro, y él envolvió también un brazo a su alrededor. Parpadeé para alejar lo rojo de mis ojos y retrocedí para darles espacio.

Una sombra delgada y oscura se movió a través de los árboles, lejos de la gente, dirigiéndose al lago, y fruncí el ceño. Era Jackal. No había visto a mi hermano de sangre desde que había sido inyectado con mi sangre, y había tenido la intención de revisar cómo estaba una vez me hubiera puesto al día con Zeke. Estaba menos preocupada por él que antes; incluso herido en una ciudad de mortales incautos, había probado que sabía cómo controlarse a sí mismo, a veces mejor que yo. La única pregunta era si estaba dispuesto a comportarse, a no dejarse llevar por el monstruo.

¿A dónde iba?

Lo seguí, curiosa, deteniéndome sólo una vez para mirar atrás a Zeke y a los niños. Estaba de pie otra vez, hablando con la madre de Caleb con ambos niños aferrados a él. Se encontró con mi mirada sobre el hombro, sonrió y asintió para que continuara. Estaría bien. El monstruo ya no lo controlaba, al menos no en este momento.

Me deslicé abajo hacia el banco, siguiendo la costa más allá del puerto, a donde la alta figura solitaria estaba de pie al borde del agua. La brisa jugó con su cabello oscuro, y su gabardina ondulaba y batía detrás de él mientras miraba a las olas. Me subió un extraño cosquilleo por la espalda. Sólo por un momento, con él en pie sin moverse y en silencio al borde de la madera, me recordó, muy débilmente, a Kanin.

Sacudí la cabeza, preguntándome de dónde había salido *eso*, y me adelanté.

—Hola —lo saludé, haciéndolo voltearse. Las heridas ennegrecidas seguían ahí, en su frente y mejillas, pero eran meras sombras de lo que habían sido, y las venas oscuras que le cubrían el cuello se habían ido por completo—. Parece que sobreviviste.

—¿Decepcionada, hermana? —Jackal me dio una sonrisa burlona, luciendo como su viejo yo—. Te lo dije, siempre acabo de pie, sin importar qué.

—Como un viejo gato. —Miré más allá de él y vi un bote de remos a unos cuantos metros, listo para ser empujado al agua. Mi corazón palpité con fuerza cuando me di cuenta, sorprendiéndome de lo renuente que era verlo partir—. Supongo que ya te vas.





—Sí. —Jackal miró detrás de él, hacia las aguas del lago—. Creo que ya era hora. Matamos a Sarren, encontramos la cura y salvamos al mundo de otra súper plaga. Voy a ahogarme por todos estos actos de bondad. —Se giró hacia mí, sonriendo—. Me imaginé que mejor me iba antes de que me aburriera demasiado y empezara a divertirme a mi modo. Es probable que al cachorro y a ti no les guste eso.

—Todavía podrías quedarte —dije—. Ayudar a reconstruir Edén.

Resopló riendo.

—Por favor. ¿Quedarme y ayudar a un montón de bolsas de carne sudorosas con trabajo manual? No es mi estilo, hermanita. Ya deberías de conocerme mejor.

—Sí, tonta de mí, pensando que podrías no ser un completo bastardo después de todo. —Sonreí y puse los ojos en blanco—. Así que, ¿a dónde vas? Ya fuiste curado de Rabidismo. Supongo que estás en camino a levantar ese ejército vampiro.

—Bueno... —Jackal se rascó un lado del cuello—. Lo he estado pensando, y me di cuenta que para hacerlo funcionar, tendría que conseguir un nuevo lote entero de esbirros. Es obvio que no voy a usar a mis antiguos esbirros, no cuando los mierdecillas trataron de matarme. Tendría que regresar a Viejo Chicago, matar a todos lo que quedaron, y empezar desde el principio. Y eso suena como un montón de trabajo. —Jackal negó—. Reinar una ciudad de humanos asesinos que te traicionan por la espalda suena mucho más fácil que reinar una ciudad de vampiros asesinos que te traicionan por la espalda. Y creo que merezco unas vacaciones. Tal vez retome la idea en un siglo o dos. Por ahora, voy a tomarme un descanso de toda esta mierda de salvar al mundo y relajarme, tal vez viaje un poco, ver lo que hay allá afuera. Siempre quise ver Europa; aparentemente los vampiros allá son la cosa real; algunos de ellos pueden trazar su línea de sangre hasta el primer chupasangre en persona. —Me sonrió, mostrando los colmillos—. No creo que pueda convencerte de ir conmigo.

—No. —Negué con la cabeza—. De cualquier forma, me quedaré en Edén con Zeke hasta que la ciudad vuelva a ponerse en pie.

—Ah, bueno. No digas que no lo intenté. —Jackal retrocedió y levantó la mano en un saludo burlón—. Te veré por ahí, hermanita. Diviértete con tus bolsas de sangre. Y dile al cachorro que si alguna vez quiere mi cabeza, estoy listo para él en cualquier momento.

—Oye —le hablé mientras empezaba a dirigirse al bote. Se dio la vuelta y levantó una ceja: la silueta de un vampiro alto y delgado contra la noche, con ojos dorados brillando en la oscuridad—. Gracias —le dije con suavidad—. Por quedarte.

Mi hermano de sangre resopló.

—No te ablandes conmigo, hermanita —me advirtió, y su tono sólo era medio burlón—. Ahora eres un Maestro. Si alguna vez nos volvemos a encontrar, no te daré ventaja.

Sonreí.





—No esperaría menos.

Entonces giré y me fui, y Jackal se subió al bote de remos y lo empujó al agua. No me detuve, sino que continué hasta el banco, de regreso a Zeke, a los humanos, y a la luz. Jackal, mi hermano de sangre, el otro prodigio de Kanin, y el rey raider de Viejo Chicago, continuó deslizándose en la oscuridad. Sentí el pulso en nuestra sangre empezar a desvanecerse más y más, hasta que apenas pude sentirlo.



Tomó varias semanas hasta que las personas pudieran volver a Edén. Incluso con Sarren muerto y el Réquiem detenido, Edén seguía infestada con Rabids, y ninguno de los humanos pudo regresar hasta que fueran destruidos. Hacerlos salir durante el día tomaría una eternidad, pero ir por ellos en la noche era demasiado peligroso. Pudimos haber esperado a que el Réquiem acabara con ellos; con el tiempo los Rabids habrían muerto por la enfermedad, pero ya no quedaban suministros en el punto de control, y el alcalde no quería correr el riesgo de que un Rabid saliera de la isla ahora que se había ido su miedo a aguas profundas. Además, parecía que les tomaba una gran cantidad de tiempo para que sucumbieran al virus, más de lo que era normal y de lo que les había tomado a los Sangradores, o incluso a los vampiros infectados, para morir. Tal vez era parte del diseño de Sarren, de su plan para esparcir el Réquiem tan lejos como pudiera, pero sin importar la razón, el alcalde quería que los Rabids fueran destruidos tan pronto como fuera posible. Por supuesto, nos ofrecimos de voluntarios.

Fue idea de Zeke poner una trampa; usar sangre para atraer a la horda a donde los queríamos, después emboscarlos y matarlos a todos. El calor del edificio en llamas hizo que mi piel picara y podía ser visto a kilómetros, y el hedor de carne Rabid quemada permaneció por horas en el aire después de que todo acabara, pero se deshizo de una parte considerable de la horda. Después de unas pocas incursiones más en la ciudad, cazando a los Rabids que quedaron, asegurándonos de tenerlos a todos, el alcalde por fin anunció que la gente podía regresar a sus hogares.

Incluso entonces, tendría que pasar mucho tiempo para que Edén volviera a la normalidad. Se perdieron muchas vidas, hogares y familias fueron destrozados, y quedó mucha devastación después del ataque. Zeke y yo ayudamos donde podíamos, pero era obvio que la gente de Edén seguía desconfiando de nosotros, a pesar de que el alcalde nos diera la ciudadanía completa, y nuestra presencia a menudo fue percibida con miedo y furia. A pesar de todo lo que hicimos por Edén, seguíamos siendo vampiros.

Aun así, nos quedamos; todo el invierno y hasta la primavera. A veces pensaba en Kanin, y me preguntaba lo que mi sire pensaría si me viera ahora. Zeke se reconectó con su familia y visitaba a Caleb y Bethany cuando podía, aunque nunca solo ni por mucho tiempo. Ahora estaba en paz consigo mismo, contento con su nuevo estatus como vampiro, pero nunca olvidó lo que era en verdad, y lo que podía hacer. Yo hice unos pocos amigos en Edén, uno de ellos el





alcalde Hendricks, y el Dr. Richardson, quien parecía fascinado con vampiros y quería aprender todo lo que pudiera sobre ellos. Él también nos proveía a Zeke y a mí de bolsas de sangre tan pronto como las necesitáramos, y conforme el tiempo pasó, la gente de Edén empezó a vernos menos como monstruos y más como curiosidades; éramos peligrosos, sí, y podíamos matar a un humano con facilidad, pero también resguardábamos y protegíamos la ciudad. Sin mencionar que la habíamos salvado de una súper plaga y echamos a todos los Rabids. Así que no podíamos ser completamente malvados. Eventualmente, a Zeke y a mí nos fue concedida una cautelosa aceptación y nos convertimos en sólo otra parte de la ciudad. Los vampiros residentes de Edén.

Zeke y yo estábamos juntos constantemente. Era extraño; cuantas más veces compartiéramos sangre, nuestras emociones y a nosotros mismos, más profundo se volvía nuestro lazo y más me enamoraba de él. Una vez me pregunté si podría confiar en alguien lo suficiente para quedarme con él por toda la vida; ahora, una eternidad con Zeke no parecía ser suficiente.

Aun así, aunque estaba feliz con Zeke, más feliz de lo que había estado en mucho tiempo, me sentía inquieta. El laboratorio había sido reparado; fue uno de los primeros edificios en ser reconstruido, y todos los humanos en la ciudad estaban en proceso de recibir la vacuna tan pronto como fuera sintetizada. Pronto Edén sería inmune al Rabidismo, ¿pero qué hay de todos los demás? El resto del mundo desconocía sobre la cura, incluso que existía. ¿Quién les diría? ¿Quién *podría* decirles, con el país tan infestado de Rabids, vampiros y otros monstruos?

Por supuesto, conocía la respuesta. Aunque era difícil pensar en eso; la enormidad de la tarea era simplemente asombrosa. Si el mundo alguna vez fuera a volver a la normalidad, alguien tenía que salir y llevarles la cura a todos. Edén brillaba como un faro de esperanza en la oscuridad, un paraíso seguro para sus residentes, pero no podía llegar a todo el mundo. No, esa carga tendría que caer en alguien más, alguien a quien le importara salvar tanto a humanos como a vampiros. Alguien con un montón de tiempo en sus manos.

Ahora, es tu turno de dejar tu huella en el mundo.

Así que, lo haría.



Estaba de pie en un puerto solitario, con viento helado haciendo volar mi cabello, mirando hacia las oscuras aguas del Lago Erie. A mi lado, un simple bote de remos se balanceaba arriba y abajo en las olas, golpeando en silencio contra los tablones. Estaba vacío excepto por una diminuta hielera con un par de bolsas de sangre, un puñado de jeringas y una caja con varios viales de la preciosa vacuna. El Dr. Richardson no podía permitirse dar muchas de la versión sintetizada, pero no estaba preocupada porque se acabaran. Mientras me mantuviera con vida, igual lo haría la cura.





Una brisa recorrió el lago, ahora cálida, pronosticando lluvia. El invierno casi acababa, lo que significaba que ya casi había pasado un año desde que me convertí en vampiro. Un año desde esa noche en la lluvia, en donde había muerto en los brazos de Kanin y empecé una nueva vida. ¿Quién habría imaginado que una rata de la calle llena de cinismo y amargura terminaría aquí, como un vampiro, lista para salir al mundo, siguiendo los pasos de su sire?

¿Puedes verme, Kanin?, pensé, mirando a la oscuridad. El cielo nocturno brillaba sobre nosotros con millones de estrellas, y una luna llena con un halo de luz rodeándola se asomaba para mirarme. Espero estar haciendo lo que deseabas, lo que trataste de enseñarme. Va a tomarme mucho tiempo, pero no me rendiré, tal y como no te rendiste tú. Y rezo para que, donde quiera que estés, por fin hayas encontrado paz.

Escuché pasos detrás de mí, y los brazos de Zeke se deslizaron alrededor de mi cintura, atrayéndome hacia él. Estiré un brazo hacia atrás y rodeé su cuello mientras pasaba sus labios por mi mandíbula, besándola con suavidad. Mi sangre hervía ante su contacto, reaccionando a su presencia, como si reconociera a su otra mitad. Me llenó un sentimiento de profunda alegría y me recargué contra él.

—¿Estás seguro que quieres hacer esto? —susurré, cerrando los ojos ante su toque, y él asintió.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido —respondió también en murmullos—. Edén está segura. El alcalde Hendricks me dijo que el último de sus ciudadanos recibirá la vacuna mañana. La mayoría de los edificios han sido reparados, y tienen suficientes suministros para el resto del invierno. Ya viene la primavera —añadió, besando mi oreja—, y la siembra empezará pronto. No necesitan vampiros para eso.

—¿Ya te despediste de Caleb y Bethany?

—Oh, sí. —Se rió—. Debiste haber visto el berrinche que se echó Caleb. Culpa, lágrimas, todo un circo. Incluso amenazó con que ya no le iba a gustar, pero le prometí que regresaría. Algún día. —Sonaba divertido y triste al mismo tiempo—. Aunque podría ya ser adulto y con sus propios hijos cuando vuelva a verlos a él y a Bethany.

Me sentí un poco culpable y me giré en sus brazos para poder verlo a los ojos. Este era el hogar de Zeke. No quería hacer esto sola, no podía imaginarme sin él, pero no lo llevaría arrastrando en un viaje interminable si no estaba absolutamente seguro de querer ir.

—¿Estás completamente seguro que esto es lo que quieres?

—Sí, Allison. —Zeke puso su mano sobre mi mejilla, su mirada era determinada—. Estoy seguro. Por fin tenemos una cura, pero el resto de la gente necesita saber de ella. Depende de nosotros esparcirla por el mundo, dejar que los humanos sepan que no tienen que vivir con miedo. Con el tiempo, la gente volverá a poblar el planeta, y las cosas serán como eran Antiguamente. Tendrán que ideárselas sobre cómo vivir con los vampiros, cómo coexistir,





incluso si es posible. Pero tiene que empezar en alguna parte. —Tomó mi mano y la sostuvo contra su pecho—. Este es el principio, justo aquí. Con nosotros.

—Podría llevarnos mucho tiempo —le indiqué, no para disuadirlo, sino como advertencia—. Mucho, mucho tiempo. Podríamos nunca terminar, Zeke. Podría tomarnos toda la eternidad.

Sonrió, bajo la cabeza y me besó. Un beso largo y prolongado, una promesa llena de amor, coraje y esperanza.

—Te amo, chica vampiro —susurró mientras se retiraba—. Y la eternidad es exactamente lo que tenemos.

FIN





Créditos

Moderadora: Maka Mayi

Traductores

Kirtassh	AdyRod
Yessenia*	albasr11
Jhosel	Kiariitha
kirtassh	monica

Corrección y Revisión final:

Connie

Diseño:

Dabria Rose

